



**FRANCISCO**  
**MISAS MATUTINAS**



A photograph of Pope Francis wearing white papal vestments, including a zucchetto and a pectoral cross. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background is dark and out of focus, showing other people in dark clothing.

**FRANCISCO**  
**MISAS MATUTINAS**

Enero

Febrero

Marzo

Abril Mayo

Junio

Septiembre

Octubre

Noviembre

Diciembre

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2015.***



*Textos tomados de:*

[www.vatican.va](http://www.vatican.va)

*Compuestos por:*

[alphonsus2002@googlemail.com](mailto:alphonsus2002@googlemail.com)

**ENERO.**

**8 de enero de 2015. Que el Señor cambie el corazón de los crueles.**

**9 de enero de 2015.**

**Corazones endurecidos.**

**22 de enero de 2015. Quien intercede por nosotros.**

**23 de enero de 2015. Un Dios que reconcilia.**

**26 de enero de 2015. Todo es mérito de las mujeres.**

**8 de enero de 2015. Que el Señor cambie el corazón de los crueles.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 16 de enero de 2015

En sufragio de las víctimas del cruel atentado terrorista que tuvo lugar en París el Papa Francisco celebró el jueves 8 de enero, por la mañana, la misa en la capilla de la Casa Santa Marta. Lo dijo él mismo al inicio

del rito, manifestando todo su dolor por este feroz y vil acto, expresando una especial cercanía a los familiares de las personas asesinadas o heridas y rezando para que el Señor cambie el corazón de los terroristas. «El atentado de ayer en París —afirmó el Pontífice— nos hace pensar en tanta crueldad, crueldad humana; en tanto terrorismo, ya sea el terrorismo aislado como el terrorismo de Estado. La crueldad de la que es capaz el hombre. Recemos, en esta misa, por las víctimas de esta

crueldad. ¡Muchas! Y pidamos también por los crueles, para que el Señor cambie su corazón».

En estos días, destacó luego el Papa en la homilía, «la palabra clave en la liturgia y en la Iglesia es “manifestación”: el Hijo de Dios se manifestó en la fiesta de la Epifanía a los gentiles; en el Bautismo, cuando desciende sobre Él el Espíritu Santo; en las bodas de Caná, cuando hace el milagro del agua que se convierte en vino».

Precisamente «estos son los

tres signos —explicó— que la liturgia presenta en estos días para hablarnos de la manifestación de Dios: Dios se da a conocer». Pero «la pregunta es esta: ¿cómo podemos conocer a Dios?». Y así —afirmó el Papa Francisco refiriéndose a la primera lectura del día (*1 Juan 4, 7-10*) — nos encontramos inmediatamente ante «el tema que toma el apóstol Juan en la primera Carta: el conocimiento de Dios». Por lo tanto, «¿qué es conocer a Dios? ¿Cómo se puede conocer a Dios?».

A estas preguntas, dijo el Papa Francisco, «una primera respuesta sería: se puede conocer a Dios con la razón». ¿Pero de verdad «puedo conocer a Dios con la razón? En parte sí». En efecto, «con mi inteligencia, razonando, mirando las cosas del mundo, se puede primero comprender que hay un Dios, y la existencia de Dios se puede comprender en algunos rasgos de la personalidad de Dios». Pero, precisó el Papa, «esto es insuficiente para conocer a Dios», en cuanto que «a Dios

se le conoce totalmente en el encuentro con Él, y para el encuentro la razón sola no basta, se necesita algo más: la razón te ayuda a llegar hasta cierto punto».

En su carta «Juan dice claramente quién es Dios: Dios es amor». Por eso «sólo por el camino del amor puedes conocer a Dios». Ciertamente, añadió el Papa Francisco, «amor razonable, acompañado por la razón, pero amor». Tal vez, en este punto, nos podríamos preguntar: «¿pero cómo puedo amar lo que no conozco?». La

respuesta es clara: «Ama a los que tienes cerca».

Precisamente «esta es la doctrina de dos mandamientos: el más importante es amar a Dios, porque Él es amor». El segundo, en cambio, «es amar al prójimo, pero, para llegar al primero, debemos subir por los escalones del segundo». En una palabra, explicó el Papa, «a través del amor al prójimo llegamos a conocer a Dios, que es amor», y «sólo amando razonablemente, pero amando, podemos llegar a ese amor». Francisco quiso luego repetir

las palabras escritas por san Juan: «Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios». Pero, recordó, «tú no puedes amar si Dios no te mete el amor dentro, si no te genera este amor», porque «quien ama conoce a Dios». En cambio, escribe san Juan, «quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor». Pero, puso en guardia el Papa, aquí no se trata de «amor de telenovela». Es más bien un «amor sólido, fuerte», un

«amor eterno que se manifiesta —la palabra de estos días es “manifestación”— en su Hijo que vino para salvarnos». Por lo tanto es un «amor concreto, un amor de obras y no de palabras». He aquí, entonces, que «para conocer a Dios se requiere toda una vida: un camino, un camino de amor, de conocimiento, de amor al prójimo, de amor a quienes nos odian, de amor a todos». Es Jesús mismo, observó el Papa, quien «nos dio el ejemplo de amor». Y precisamente «en esto está el amor: no hemos

sido nosotros los primeros en amar a Dios, sino que ha sido Él quien nos ha amado y ha mandado a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados». Por eso «en la persona de Jesús podemos contemplar el amor de Dios». Y, «haciendo lo que Jesús nos ha enseñado sobre el amor al prójimo, llegamos —paso a paso— al amor de Dios, al conocimiento de Dios que es amor».

El Papa destacó que el apóstol Juan, en su carta, «va un poco más allá» cuando afirma que

«en esto consiste el amor». Es decir, «no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero: Dios nos precede en el amor». En efecto, destacó el Papa Francisco, «cuando yo encuentro a Dios en la oración, siento que Dios me amaba antes de que yo comenzase a buscarlo». Sí, «Él siempre primero, Él nos espera, Él nos llama». Y «cuando nosotros llegamos, Él está allí». Luego el Papa hizo referencia a otro pasaje de la Escritura (*Jeremías* 1, 11-12), citándolo

literalmente: «Qué hermoso lo que dice Dios a Jeremías: "¿Qué ves, Jeremías? — Veo una rama de almendro, Señor. El Señor me dijo: —Bien visto, porque yo velo para cumplir mi Palabra"». Y «la flor de almendro —explicó el Papa Francisco— es la primera que florece en la primavera, la primera». Esto significa que «el Señor está allí, vigilante», es siempre «el primero como el almendro, nos ama el primero». Y también nosotros, aseguró el Papa, «tendremos siempre esta sorpresa: cuando

nos acercamos a Dios a través de las obras de caridad, a través de la oración, en la comunión, en la Palabra de Dios, encontramos que Él está allí, el primero, esperándonos, así nos ama». Y precisamente «como la flor del almendro, es el primero». En realidad, destacó el Papa Francisco, «ese versículo de Jeremías nos dice mucho».

En la misma línea se sitúa también el episodio presentado por el pasaje del Evangelio de Marcos (6, 34-44) propuesto por la liturgia. «Primero dice

que Jesús tuvo compasión de mucha gente, es el amor de Jesús: vio mucha gente, como ovejas que no tenían pastor, desorientadas». Pero también hoy, recordó el Papa Francisco, hay «mucha gente desorientada en nuestras ciudades, en nuestros países: mucha gente». Cuando «Jesús vio a esta gente desorientada se conmovió: comenzó a enseñarles la doctrina, las cosas de Dios y la gente le prestaba atención, lo escuchaba muy bien porque el Señor hablaba bien, hablaba al

corazón».

Luego, relata san Marcos en su Evangelio, Jesús, al darse cuenta de que cinco mil personas ni siquiera habían comido, pidió a los discípulos que se ocupasen de ello. Así, pues, es Cristo quien «va, el primero, al encuentro de la gente». Por su parte, tal vez, «los discípulos se pusieron un poco nerviosos, sintieron fastidio y su respuesta es fuerte: ¿tenemos que ir a comprar 200 denarios de pan y darles de comer?». Así, si «el amor de Dios era el primero,

los discípulos no habían entendido nada». Pero es precisamente «así el amor de Dios: siempre nos espera, siempre nos sorprende». Es «el Padre, nuestro Padre que nos ama mucho, quien siempre está dispuesto a perdonarnos, siempre». Y no una vez» sino «setenta veces siete: siempre». Precisamente «como un Padre lleno de amor». Así, «para conocer a este Dios que es amor debemos subir por la escalera del amor al prójimo, de las obras de caridad, de las obras de misericordia que el

Señor nos enseñó».

El Papa Francisco concluyó pidiendo «que el Señor, en estos días en los que la Iglesia nos hace pensar en la manifestación de Dios, nos dé la gracia de conocerlo por el camino del amor».

9 de enero de 2015.

## **Corazones endurecidos.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 16 de enero de 2015

Un corazón endurecido no logra comprender ni siquiera los más grandes milagros. Pero, «¿cómo se endurece un corazón?». Se lo preguntó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 9 de enero en Santa Marta.

Los discípulos, se lee en el pasaje litúrgico del Evangelio de san Marcos (6, 45-52), «no habían comprendido lo de los panes, porque tenían su corazón endurecido». Eso que, explicó el Papa Francisco, «eran los apóstoles, los más íntimos de Jesús. Pero no entendían». E incluso habiendo asistido al milagro, incluso habiendo «visto que esa gente —más de cinco mil— había comido con cinco panes» no comprendieron. «¿Por qué? Porque su corazón estaba endurecido».

Muchas veces Jesús «habla en el Evangelio de la dureza del corazón», reprende al «pueblo de dura cerviz», llora sobre Jerusalén «que no comprendió quién era Él». El Señor se confronta con esta dureza: «tiene un gran trabajo Jesús — destacó el Papa— para hacer más dócil este corazón, para formarlo sin durezas, para hacerlo afable». Un «trabajo» que continúa después de la resurrección con los discípulos de Emaús y muchos otros. «Pero —se preguntó el Pontífice—, ¿cómo se endurece un

corazón? ¿Cómo es posible que esta gente, que estaba siempre con Jesús, todos los días, que lo escuchaba, lo veía... tuviese un corazón endurecido? ¿Cómo puede un corazón llegar a ser así?». Y relató: «Ayer le pregunté a mi secretario: Dime, ¿cómo se endurece un corazón? Él me ayudó a pensar un poco en esto». De aquí la indicación de una serie de circunstancias con las que cada uno puede confrontar la propia experiencia personal. Ante todo, dijo el Papa Francisco, el corazón «se

endurece por experiencias dolorosas, por experiencias duras». Es la situación de quienes «vivieron una experiencia muy dolorosa y no quieren entrar en otra aventura». Es precisamente lo que sucedió a los discípulos de Emaús tras la resurrección, de quienes el Pontífice imaginó las consideraciones: «"Hay demasiado, demasiado ruido, pero marchémonos un poco lejos, porque..." —Porque, ¿qué? —"Eh, nosotros esperábamos que este fuese el Mesías, pero no lo era, yo no

quiero ilusionarme otra vez, no quiero hacerme ilusiones”».

He aquí el corazón endurecido por una «experiencia de dolor».

Lo mismo sucede a Tomás:

«No, no, yo no creo. Si no pongo el dedo allí, no creo». El corazón de los discípulos era duro «porque habían sufrido».

Y al respecto el Papa Francisco recordó un dicho popular

argentino: «El que se quema con leche, ve la vaca y llora».

O sea, explicó, «es la experiencia dolorosa que nos impide abrir el corazón».

Otro motivo que endurece el

corazón es también «la cerrazón en sí mismo: construir un mundo en sí mismo». Esto sucede cuando el hombre está «cerrado en sí mismo, en su comunidad o en su parroquia». Se trata de una cerrazón que «puede dar vueltas alrededor de muchas cosas»: del «orgullo, la suficiencia, de pensar que yo soy mejor que los demás» o también «de la vanidad». Precisó el Papa: «Existen el hombre y la mujer "espejo", que están cerrados en sí mismos por mirarse a sí mismos, continuamente»: se

podrían definir «narcisistas religiosos». Estos «tienen el corazón duro, porque son cerrados, no son abiertos. Y buscan defenderse con estos muros que construyen a su alrededor».

Existe además un ulterior motivo que endurece el corazón: la inseguridad. Es lo que experimenta quien piensa: «Yo no me siento seguro y busco dónde aferrarme para estar seguro». Esta actitud es típica de la gente «que está muy apegada a la letra de la ley». Sucedió, explicó el

Pontífice, «con los fariseos, los saduceos y los doctores de la ley de la época de Jesús».

Quienes objetaban: «Pero la ley dice esto, dice esto hasta aquí...», y así «hacían otro mandamiento»; al final, «pobrecillos, se cargaban 300-400 mandamientos y se sentían seguros».

En realidad, hizo notar el Papa Francisco, todas estas «son personas seguras, pero como está seguro un hombre o una mujer en la celda de una cárcel detrás de las rejas: es una seguridad sin libertad».

Mientras que es precisamente la libertad lo que «vino a traernos Jesús». San Pablo, por ejemplo, riñe a Santiago y también a Pedro «porque no aceptan la libertad que nos trajo Jesús».

He aquí, entonces, la respuesta a la pregunta inicial: «¿Cómo se endurece un corazón?». El corazón, en efecto, «cuando se endurece, no es libre y si no es libre es porque no ama». Un concepto expresado en la primera lectura de la liturgia del día (*1 Juan 4, 11-18*), donde el apóstol habla del

«amor perfecto» que «aleja el temor». En efecto, «en el amor no hay temor, porque el temor supone un castigo y quien teme no es perfecto en el amor. No es libre. Siempre tiene el temor que suceda algo doloroso, triste», que nos haga «ir mal por la vida o arriesgar la salvación eterna». En realidad son sólo «imaginaciones», porque ese corazón sencillamente «no ama». El corazón de los discípulos, explicó el Papa, «estaba endurecido porque todavía no habían aprendido a amar».

Entonces nos podemos preguntar: «¿Quién nos enseña a amar? ¿Quién nos libera de esta dureza?» Puede hacerlo «solamente el Espíritu Santo», aclaró el Papa Francisco precisando: «Tú puedes hacer mil cursos de catequesis, mil cursos de espiritualidad, mil cursos de yoga, zen y todas esas cosas. Pero todo eso nunca será capaz de darte la libertad de hijo». Sólo el Espíritu Santo «mueve tu corazón para decir "padre"»; sólo Él «es capaz de aplastar, de romper esta dureza del

corazón» y hacerlo «dócil al Señor. Dócil a la libertad del amor». No por casualidad el corazón de los discípulos permaneció «endurecido hasta el día de la Ascensión», cuando dijeron al Señor: «Ahora tendrá lugar la revolución y llega el reino». En realidad «no entendían nada». Y «sólo cuando vino el Espíritu Santo, las cosas cambiaron».

Por ello, concluyó el Pontífice, «pidamos al Señor la gracia de tener un corazón dócil: que Él nos salve de la esclavitud del corazón endurecido» y «nos

lleve hacia adelante en esa hermosa libertad del amor perfecto, la libertad de los hijos de Dios, la que sólo puede dar el Espíritu Santo».

***22 de enero de 2015. Quien intercede por nosotros.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 30 de enero de 2015

«Jesús salva y Jesús es el intercesor: estas son las dos palabras clave» para comprender «el punto esencial», aquello que es «más importante» para nuestra vida. Es esta la verdad de fe que el Papa Francisco reafirmó en la

misa del jueves 22 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

En la celebración estuvieron presentes representantes de la comunidad eslovaca residente en Roma. Dándoles la bienvenida, al inicio, el Pontífice quiso expresar cercanía a «la valiente Iglesia eslovaca que en este momento, en esta época, lucha por defender a la familia. ¡Adelante y ánimo!».

Para la meditación sobre el ministerio de Jesús, el Papa partió del pasaje del Evangelio

propuesto por la liturgia del día (*Marcos 3, 1-12*) donde, destacó, «tres veces se dice la palabra “muchedumbre”». El pasaje evangélico nos relata, en efecto, cómo «el pueblo de Dios encuentra en Jesús una esperanza porque su modo de obrar, de enseñar, toca el corazón, llega al corazón, porque tiene la fuerza de la Palabra de Dios». Y «el pueblo percibe esto y ve que en Jesús se realizan las promesas, que en Jesús hay una esperanza». Más allá de todo, añadió el Papa Francisco, ese «pueblo

estaba un poco aburrido del modo de enseñar la fe por parte de los doctores de la ley de ese tiempo, que cargaban sobre los hombros muchos mandamientos, muchos preceptos, pero no llegaban al corazón de la gente». Por ello «cuando ve y oye a Jesús, las propuestas de Jesús, las bienaventuranzas, siente que algo se mueve dentro —es el Espíritu Santo quien suscita esto— y va al encuentro de Jesús».

Pero el evangelista Marcos, según el Papa Francisco,

«quiere explicar por qué viene tanta gente a Jesús». El Evangelio nos dice que «habla con autoridad, no como hablan los escribas, los fariseos, los doctores de la ley». Luego «Jesús cura a la gente» que, de todos modos, «va un poco buscando el propio bien». Por lo demás, reconoció, «nunca podemos seguir a Dios con pureza de intención desde el inicio, siempre un poco para nosotros, un poco para Dios, y el camino es purificar esta intención». Así, «la gente va, busca a Dios, pero busca

también la salud, la curación». Y por esta razón «se echaban sobre Él para tocarlo, para que saliera su fuerza y los curase». «Así es Jesús —explicó el Papa Francisco— y este es un momento de la vida de Jesús que se repite». Pero «hay algo más importante detrás de esto». En efecto, lo que de verdad es «más importante no es que Jesús cure», que luego es también «un signo de otra curación». O que «Jesús diga palabras que lleguen al corazón» incluso si «esto ayuda para ir por el camino de Dios».

Para comprender bien «lo que es más importante en el ministerio de Jesús» el Papa Francisco volvió a proponer el contenido de la primera lectura (*Carta a los Hebreos 7, 25 - 8, 6*) donde, afirmó, «hay dos palabras» fundamentales: «Hermanos, Cristo puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de Él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos». Por lo tanto, «Jesús salva y Jesús es el intercesor. Estas son las dos palabras clave».

Sí, repitió el Papa, «¡Jesús salva!». Y «estas curaciones, estas palabras que llegan al corazón son el signo y el inicio de una salvación». Son «el itinerario de la salvación de muchos que empiezan a ir a escuchar a Jesús o a pedir una curación y luego vuelven a Él y perciben la salvación». He aquí, entonces, que la cosa más importante, recordó el Papa Francisco, no es que Jesús cure y enseñe, sino que salva. Porque «Él es el Salvador y nosotros somos salvados a través de Él». Y esto «es más

importante» y «es la fuerza de nuestra fe».

La segunda palabra clave es «intercede». En efecto, recordó el Papa, «Jesús se marchó hacia el Padre y desde allí intercede aún por nosotros, todos los días, en todos los momentos». Y «esto es algo actual: Jesús ante el Padre, que ofrece su vida, la redención, mostrando al Padre las llagas, el precio de la salvación». Y así «Jesús intercede todos los días». Por ello «cuando nosotros, por una cosa o por otra» estamos «un poco

decaídos, recordemos que Él intercede por nosotros, intercede por nosotros continuamente». En cambio, destacó, «muchas veces olvidamos esto». Pero Jesús no es que «fue al cielo, nos envió el Espíritu Santo y se terminó la historia. ¡No! Actualmente, en cada momento, Jesús intercede».

En tal perspectiva el Papa Francisco sugirió rezar con estas sencillas palabras: «"Señor Jesús, ten piedad de mí". ¡Intercede por mí!».

Es importante, insistió, «dirigirse

al Señor pidiendo esta intercesión». El «punto central» es lo que escribe el autor de la *Carta a los Hebreos* que nos recuerda que «tenemos un sumo sacerdote tan grande, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos». Precisamente «este es el punto central: que tenemos un intercesor». Y el Papa invitó expresamente a no olvidar «que el Señor es el intercesor: salvador e intercesor». Añadiendo que «nos hará bien recordar esto».

En definitiva, continuó el Pontífice, «la multitud busca a Jesús con ese olfato de la esperanza del pueblo de Dios que esperaba al Mesías, y espera encontrar en Él la salud, la verdad, la salvación, porque Él es el salvador y como salvador también hoy, en este momento, intercede por nosotros». El Papa Francisco concluyó deseando «que nuestra vida cristiana esté cada vez más convencida de que hemos sido salvados, que tenemos un salvador, Jesús a la derecha del Padre, que

intercede. Que el Señor, el Espíritu Santo, nos haga comprender estas cosas».

***23 de enero de 2015. Un Dios que reconcilia.***

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 30 de enero de 2015

La confesión no es un «juicio» ni una «tintorería» que quita los pecados, sino el encuentro con un Padre que perdona siempre, perdona todo, olvida las culpas del pasado y luego hace incluso fiesta. Y es precisamente el modo concreto

del abrazo de reconciliación de Dios lo que el Papa volvió a proponer en la misa del viernes 23 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. En la celebración estuvieron también presentes representantes de la comunidad filipina residente en Roma, que se reunieron en torno al Papa Francisco para revivir la alegría del reciente viaje pastoral.

«Dios ha reconciliado consigo el mundo en Cristo y nos confió a nosotros el mensaje de reconciliación» (cf. *2 Corintios*

5, 19): he aquí el punto de partida elegido por el Papa Francisco para su meditación.

«Es hermoso este trabajo de Dios: reconciliar» destacó el Papa, poniendo

inmediatamente de relieve que Dios encomienda «también a nosotros esta tarea», es decir, «realizar la reconciliación, reconciliar siempre».

No cabe duda, dijo, que «el cristiano es hombre y mujer de reconciliación, no de división».

Por lo demás, «el padre de la división es el diablo». Es Dios mismo, luego, quien da «este

ejemplo de reconciliar al mundo, a la gente». La referencia corresponde a «lo que hemos escuchado en la primera lectura», tomada de la Carta a los Hebreos (8, 6-13), en especial a «esa promesa tan hermosa: “Yo haré una nueva alianza”». Es una cuestión tan decisiva que, dijo el obispo de Roma, «cinco veces en este pasaje se habla de la alianza». En efecto, «es Dios quien reconcilia, estableciendo una nueva relación con nosotros, una nueva alianza». Y «por ello envía a Jesús; el Dios que

reconcilia es el Dios que perdona».

El pasaje de la Carta a los Hebreos, continuó el Papa Francisco, «termina con esa hermosa promesa: “Ya no recordaré sus pecados”». Es «el Dios que perdona: nuestro Dios perdona, reconcilia, sella la nueva alianza y perdona». Pero «¿cómo perdona Dios? Ante todo, Dios perdona siempre. No se cansa de perdonar. Somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón. Pero Él no se cansa de perdonar». Tan así que «cuando Pedro preguntó a

Jesús: ¿cuántas veces tengo que perdonar?, ¿siete veces?», la respuesta recibida fue elocuente: «No siete veces sino setenta veces siete» (cf. *Mateo* 18, 21-22). Es decir, «siempre», porque precisamente «así perdona Dios: siempre». Por lo tanto, «si tú has vivido una vida con muchos pecados, muchas cosas malas, pero al final, arrepentido, pides perdón, te perdona inmediatamente. Él perdona siempre».

En cambio, reconoció el Papa Francisco, «nosotros no

tenemos esta certeza en el corazón y muchas veces dudamos» preguntando si «Dios perdonará». En realidad, recordó, «sólo hay que arrepentirse y pedir perdón: inada más! ¡No hay que pagar nada! Cristo pagó por nosotros y Él perdona siempre».

«Otra cosa» importante que el Pontífice quiso reafirmar es que Dios no sólo «perdona siempre», sino también que perdona «todo: no existe pecado que Él no perdone». Tal vez, explicó, alguien podría decir: «Yo no voy a confesarme

porque he hecho muchas cosas malas, muchas de esas cosas, por lo que no tendré perdón...». En cambio, «no es verdad», recordó el Papa Francisco, porque Dios, «si tú vas arrepentido, perdona todo». Y «muchas veces no te deja hablar: tú comienzas a pedir perdón y Él te hace sentir la alegría del perdón antes de que tú hayas acabado de decir todo». Precisamente «como sucedió con ese hijo que, tras haber malgastado todo el dinero de la herencia, con una vida inmoral», luego «se

arrepintió» y preparó el discurso para presentarse ante su padre. Pero «cuando llegó el padre no lo dejó hablar, lo abrazó: porque él perdona todo. Lo abrazó».

Luego «hay otra cosa que hace Dios cuando perdona: hace fiesta». Y «esta —precisó el Pontífice— no es una imagen, lo dice Jesús: “Habrá fiesta en el cielo cuando un pecador vaya al Padre”». Por ello verdaderamente «Dios hace fiesta». Así «cuando nosotros sentimos nuestro corazón apesadumbrado por los

pecados, podemos decir: vayamos al Señor a darle alegría para que me perdone y haga fiesta». Dios «actúa así: hace fiesta siempre porque reconcilia».

Continuando la meditación sobre la Carta a los Hebreos, el Papa volvió a proponer las palabras conclusivas. Que, explicó, sugieren «algo hermoso sobre el modo de perdonar de Dios: Dios olvida». Con otras palabras la Escritura dice también: «Tus pecados los arrojaré al mar y si son rojos como la sangre, llegarán a ser

blancos como un corderillo» (cf. *Miqueas* 7, 19; *Isaías* 1, 18).

Dios, por lo tanto, «se olvida».

Y así «si alguno de nosotros va al Señor» y dice: «¿Te

acuerdas, yo ese año hice aquella cosa mala?», Él

responde: «No, no, no. No

recuerdo». Porque «una vez

que Él perdona no recuerda,

olvida», mientras que nosotros

«muchas veces con los demás

llevamos una “cuenta

corriente”: este una vez hizo

esto, una vez hizo esto otro...».

En cambio, «Dios, no: perdona

y olvida». Pero —se preguntó el

Papa Francisco— «si Él olvida, ¿quién soy yo para recordar los pecados de los demás?». El Padre, sin embargo, «olvida, perdona siempre, perdona todo, hace fiesta cuando perdona y olvida, porque quiere reconciliar, quiere encontrarse con nosotros».

A la luz de esta reflexión el Papa recordó que «cuando uno de nosotros —un sacerdote, un obispo— va a confesar, siempre tiene que pensar: ¿estoy dispuesto a perdonar todo? ¿Estoy dispuesto a perdonar siempre? ¿Estoy dispuesto a

alegrarme y hacer fiesta?  
¿Estoy dispuesto a olvidar los pecados de esa persona?». Así, «si tú no estás dispuesto, mejor que ese día no vayas al confesonario: que vaya otro, porque tú no tienes el corazón de Dios para perdonar». En efecto, «en la confesión, es verdad, existe un juicio, porque el sacerdote juzga» diciendo: «has hecho mal en esto, has hecho...». Sin embargo, explicó el Papa, «es más que un juicio: es un encuentro, un encuentro con el Dios bueno que siempre perdona, que perdona todo,

que sabe hacer fiesta cuando perdona y que olvida tus pecados cuando te perdona». Y «nosotros sacerdotes debemos tener esta actitud: hacer encontrar». En cambio, «muchas veces las confesiones parecen un trámite, una formalidad», donde todo parece «mecánico», pero de ese modo, se preguntó el Pontífice, ¿dónde está «el encuentro con el Señor que reconcilia, te abraza y hace fiesta? Este es nuestro Dios, tan bueno». Es importante, destacó el Pontífice, «enseñar igualmente

a confesarse bien, de modo que aprendan nuestros niños, nuestros jóvenes», y recuerden que «ir a confesarse no es ir a la tintorería para que te quiten una mancha»: confesarse «es ir al encuentro del Padre que reconcilia, que perdona y que hace fiesta».

Como conclusión, el Papa Francisco invitó a «pensar en esta alianza que el Señor hace cada vez que pedimos perdón». Y a pensar también «en nuestro Padre que siempre reconcilia: el Dios reconcilió consigo al mundo en Cristo,

confiando a nosotros la palabra de la reconciliación». El deseo, dijo también el Papa, es que «el Señor nos dé la gracia de estar contentos hoy por tener un Padre que perdona siempre, que perdona todo, que hace fiesta cuando perdona y que se olvida de nuestra historia de pecado».

***26 de enero de 2015. Todo es mérito de las mujeres.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 30 de enero de 2015

Ni cobardía ni vergüenza de ser cristianos. Porque la fe «es un espíritu de fuerza, de caridad y de prudencia». Es esta la enseñanza que el Papa Francisco tomó de la memoria litúrgica de los santos Tito y Timoteo, discípulos del apóstol de los gentiles.

Al celebrar el lunes 26 de enero, por la mañana, la misa en la capilla de la Casa Santa Marta, el Pontífice se centró especialmente en la prima lectura —tomada de la segunda carta de san Pablo a Timoteo (1, 1-8)— para poner de relieve cómo la fe cristiana nos da «la fuerza para vivir, cuando reavivamos este regalo de Dios. Nos da amor, nos da caridad», para «hacer fecunda la fe. Y nos da el espíritu de prudencia: es decir, saber que nosotros no podemos hacer todo lo que queremos», porque «en

nuestro camino tenemos que seguir adelante y buscar las vías, las formas para llevarlo adelante».

Al inicio de la homilía el Papa destacó que los obispos Timoteo y Tito son como los hijos de Pablo, quien «quiere mucho a ambos». De Timoteo el apóstol revela su «fe sincera» (2 *Tm* 1, 5), es decir, «una fe noble». Es más, según el Papa Francisco el texto original se podría traducir como una «fe sin hipocresía», una «fe en sentido auténtico». En concreto, «como el buen vino

que, después de muchos años, es puro, noble».

Además, el Pontífice recordó cómo Pablo revela también el origen de esa fe de Timoteo. Él, en efecto, la recibió de su abuela Loide y de su madre Eunice. Porque, comentó, «son las mamás, las abuelas, quienes realizan la transmisión de la fe».

Al respecto, el Papa Francisco aclaró que «una cosa es transmitir la fe y otra es enseñar las verdades de la fe». En efecto, «la fe es un don. La fe no se puede estudiar. Se

estudian las verdades de la fe, para comprenderla mejor, pero con el estudio nunca llegas a la fe. La fe es un don del Espíritu Santo, es un regalo, que va más allá de toda preparación». Y sobre este aspecto el Papa destacó que Timoteo era un joven obispo, en tal medida que en la primera carta Pablo le dijo: «Que nadie te menosprecie por tu juventud». (1 Tm 4, 12). Es probable, en efecto, «que alguien, al ver que era tan joven», lo despreciase, con argumentaciones de este tipo: «Este jovencito que viene

a mandar aquí...». Pero, continuó, «el Espíritu Santo lo había elegido». Y, así, «este obispo joven» escucha «de parte de Pablo: recuerda de dónde viene tu fe, quién te la dio, el Espíritu Santo, a través de la mamá y de la abuela». Al respecto, el Papa Francisco hizo referencia al «hermoso trabajo de las mamás y de las abuelas, el hermoso servicio de esas mujeres que hacen las veces de mamás y de mujeres en una familia —puede ser una empleada, puede ser una tía— de transmitir la fe». Aunque,

añadió, deberíamos preguntarnos «si hoy las mujeres tienen esta conciencia del deber de transmitir la fe, de dar la fe».

Volviendo a la sinceridad de la fe de Timoteo alabada por Pablo, el Pontífice destacó que tanto en la primera como en la segunda carta vuelve el tema de la custodia del *depositum fidei*: «Guardar la fe. La fe se debe guardar», destacó al volver a proponer las palabras del apóstol: «Querido Timoteo, guarda el depósito, evita las vacías habladurías paganas, las

vacías habladurías mundanas» (cf. *1 Tm* 6, 20). El obispo de Roma destacó sobre todo la expresión «Guarda el depósito» y recordó que «este es nuestro deber. Todos nosotros recibimos el don de la fe.

Debemos custodiarlo, para que al menos no se agüe, para que siga siendo fuerte con el poder el Espíritu Santo que nos lo ha regalado».

Pablo recomienda al respecto «reavivar el don de Dios» (*2 Tm* 1, 6). Por lo demás, comentó el Papa Francisco, «si nosotros no tenemos este

cuidado, cada día, de reavivar este regalo de Dios que es la fe», esta «se debilita, se agota, termina por ser una cultura: "Sí, sí, soy cristiano, sí..."», una cultura, solamente. O una gnosis, un conocimiento: "Sí, yo conozco bien todas las cosas de la fe, conozco bien el catecismo"». Pero, preguntó el Papa, «¿tú cómo vives tu fe? Esta es la importancia de reavivar cada día este don: de hacerlo vivo».

De aquí la advertencia contra «el espíritu de cobardía y la vergüenza». Porque «Dios no

nos dio un espíritu de cobardía. El espíritu de cobardía va contra el don de la fe, no deja que crezca, que siga adelante, que sea grande». Y la vergüenza es el «pecado» de quien dice: «Sí, tengo fe, pero la cubro, que no se vea mucho...». Es «esa fe — comentó el Pontífice—, como dicen nuestros antepasados, “al agua de rosas”. Porque me avergüenzo de vivirla fuertemente». Pero, afirmó, «esta no es la fe».

Partiendo de estas premisas el Papa deseó que «hoy sería una

hermosa tarea para todos nosotros tomar esta segunda carta de Pablo a Timoteo y leerla. Es muy breve, se lee bien y es muy hermosa. El consejo de un obispo anciano al obispo joven; le da consejos para que lleve adelante su Iglesia: como guardar el depósito, como recordar que la fe es un don que me fue dado por el Espíritu Santo a través de mi mamá, mi abuela y tantas mujeres que han ayudado».

Pero, ¿por qué, se preguntó el Papa Francisco, «son

principalmente las mujeres quienes transmiten la fe?» La respuesta hay que buscarla una vez más en el testimonio de la Virgen: «Sencillamente — respondió el Pontífice— porque ella que nos dio a Jesús es una mujer. Es el camino que Jesús eligió. Él quiso tener una madre: también el don de la fe pasa por las mujeres, como a Jesús por María».

He aquí entonces la exhortación conclusiva del Papa: «Pensad en esto y, si podéis, leed hoy esta segunda carta a Timoteo, tan hermosa.

Y pidamos al Señor la gracia de tener una fe sincera, una fe que no se negocia según las oportunidades que se presentan. Una fe que todos los días busco reavivar, o al menos pido al Espíritu Santo que la reavive, y así da un grande fruto». Del Papa Francisco la invitación a volver «a casa con este consejo de Pablo a Timoteo: “querido Timoteo, guarda el depósito”, es decir, guarda este don».

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2015.***



*Textos tomados de:*

[www.vatican.va](http://www.vatican.va)

Compuestos por:

[alphonsus2002@googlemail.com](mailto:alphonsus2002@googlemail.com)

## **FEBRERO.**

3 de febrero de 2015. **El Evangelio al alcance de la mano.**

5 de febrero de 2015. **Yo cuidaré de ti.**

6 de febrero de 2015. **La noche oscura del más grande.**

9 de febrero de 2015.

**Trabajando con Dios.**

10 de febrero de 2015. **Dos carnets de identidad.**

17 de febrero de 2015. **Como mártires.**

19 de febrero de 2015.

**Detenerse y elegir.**

20 de febrero de 2015. **Ayuno de injusticia.**

***3 de febrero de 2015. El Evangelio al alcance de la mano.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 6 de febrero de 2015

Leer cada día una página del Evangelio durante «diez, quince minutos y no más», teniendo «fija la mirada en Jesús» para «imaginarme en la escena y hablar con Él, como surge de mi corazón»: estas son las características de la

«oración de contemplación», auténtica fuente de esperanza para nuestra vida. Es la sugerencia dada por el Papa durante la misa que celebró el martes 3 de febrero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

En la primera lectura, destacó el Papa Francisco, «el autor de la Carta a los Hebreos (12, 1-4) hace memoria de los primeros días después de la conversión, después del encuentro con Jesús, y hace memoria también de nuestros padres: “Cuánto sufrieron a lo largo del

camino"». Precisamente «mirando a estos padres dice que también nosotros estamos rodeados de "una nube tan ingente de testigos"». Así, pues, «es el testimonio de nuestros antepasados» que «él trae a la memoria». Y «hace referencia también a nuestra experiencia, cuando éramos muy felices en el primer encuentro con Jesús». Esta «es la memoria, de la que hemos hablado como una referencia de la vida cristiana».

Pero hoy, destacó el Papa, «el autor de la Carta habla de otra

referencia, es decir, de la esperanza». Y «nos dice que debemos tener el valor de seguir adelante: “Corramos, con constancia, en la carrera que nos toca”». Luego «dice cuál es precisamente el núcleo de la esperanza: “teniendo fijos los ojos en Jesús”». He aquí el punto: «si nosotros no tenemos la mirada fija en Jesús difícilmente podremos tener esperanza». Tal vez «podremos tener optimismo, ser positivos, ¿pero la esperanza?».

Por lo demás, explicó el Papa Francisco, «la esperanza se

aprende sólo mirando a Jesús, contemplando a Jesús; se aprende con la oración de contemplación». Y «de esto quiero hablar hoy» confesó, alimentando su reflexión a través de una pregunta: «Os puedo preguntar: ¿cómo rezáis?». Alguno, dijo, podría responder: «Yo, padre, rezo las oraciones que aprendí siendo niño». Y comentó: «Está bien, eso es bueno». Otro podría añadir: «Rezo también el rosario, pero todos los días». Y el Papa: «Es bueno rezar el rosario todos los días». Por

último está quien podría decir: «Hablo también con el Señor, cuando tengo una dificultad, o con la Virgen o con los santos...». Y también «esto es bueno».

Ante todo esto el Pontífice hizo otra pregunta: «Pero, ¿haces tú la oración de contemplación?». Un interrogante, tal vez, un poco desconcertante, tanto que alguno podría decir: «¿Qué es eso, padre? ¿Cómo es esa oración? ¿Dónde se compra? ¿Cómo se hace?». La respuesta del Papa Francisco es clara: «Se puede hacer sólo con el

Evangelio en la mano». En concreto, sugirió, «tomas el Evangelio, eliges un pasaje, lo lees una vez, lo lees dos veces; imagina, como si tú vieses lo que sucede y contempla a Jesús».

Para dar una indicación práctica, el Papa tomó como ejemplo el pasaje del Evangelio de san Marcos (5, 21-43) propuesto por la liturgia, que «nos enseña muchas cosas hermosas». Partiendo de esta página, preguntó: «¿Cómo hago la contemplación con el Evangelio de hoy?». Y al

compartir su experiencia personal, propuso una primera reflexión: «Veo que Jesús estaba en medio de la multitud, a su alrededor había mucha gente. Cinco veces dice este pasaje la palabra "multitud". Pero, ¿Jesús no descansaba? Puedo pensar: ¡siempre con la gente! La mayor parte de su vida Jesús la pasó por la calle, con la multitud. ¿Y no descansaba? Sí, una vez: el Evangelio dice que dormía en la barca, pero sucedió que llegó la tormenta y los discípulos lo despertaron. Jesús estaba

continuamente entre la gente». Por ello, sugirió el Papa, «se mira a Jesús así, contemplo a Jesús así, me imagino a Jesús así. Y le digo a Jesús lo que me viene en mente decirle».

El Papa Francisco continuó su meditación con estas palabras: «Luego, en medio de la multitud, estaba esa mujer enferma y Jesús se dio cuenta. ¿Cómo hace Jesús, en medio de tanta gente, para darse cuenta de que una mujer lo tocó?». Es Él mismo, en efecto, quien hace la pregunta directa: «¿Quién me ha tocado?». Por su parte,

los discípulos dijeron a Jesús: «Ves como te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"». La cuestión, indicó el Papa, es que «Jesús no sólo comprende a la multitud, siente la multitud, siente el latido del corazón de cada uno de nosotros, de cada uno: nos cuida a todos, a cada uno, siempre».

El Papa, al seguir releendo el pasaje de san Marcos, explicó que la misma situación se repite también cuando se acerca a Jesús «el jefe de la sinagoga, a contarle sobre su

hija gravemente enferma. Y Él dejando todo se ocupa de esto: Jesús en lo grande y en lo pequeño, ¡siempre!». Luego, continuó, «podemos seguir adelante y ver cómo llega a la casa, ve todo el alboroto, a las mujeres llamadas para llorar cuando se vela un muerto: gritos, llantos». Pero Jesús dice: «Estad tranquilos: ¡duerme!». Ante estas palabras, alguno comenzó incluso a reírse de Él. Pero «Él permaneció en silencio» y con su «paciencia» logró soportar la situación, no responder a

quienes se reían de Él.

El relato evangélico termina con «la resurrección de la niña». Y Jesús, «en lugar de decir: “¡Ánimo!”, les dice: “Por favor, dadle de comer”».

Porque Jesús, es la conclusión del Papa, «tiene siempre pequeños detalles».

«Lo que hice con este Evangelio —explicó el Papa Francisco— es precisamente la oración de contemplación: tomar el Evangelio, leer e imaginarme la escena, imaginarme lo que sucede y hablar con Jesús, como surge

del corazón». Y «así hacemos crecer la esperanza, porque tenemos fija la mirada en Jesús». De aquí la propuesta: «haced esta oración de contemplación». E incluso en medio de muchas ocupaciones, sugirió, se puede siempre encontrar el tiempo, tal vez quince minutos en casa: «Toma el Evangelio, un pasaje breve, imagina lo sucedido y habla con Jesús sobre eso». Así, «tu mirada estará fija en Jesús, y no tanto en la telenovela, por ejemplo; tu oído estará atento a las palabras de Jesús y no

tanto a los comentarios del vecino, de la vecina».

«La oración de contemplación nos ayuda en la esperanza» y nos enseña a «vivir de la esencia del Evangelio», recordó el obispo de Roma. Por esto hay que «rezar siempre: rezar las oraciones, rezar el rosario, hablar con el Señor, pero también hacer esta oración de contemplación para tener nuestra mirada fija en Jesús». De aquí «viene la esperanza». Y así también «nuestra vida cristiana se mueve en ese marco, entre memoria y

esperanza: memoria de todo el camino pasado, memoria de tantas gracias recibidas del Señor; y esperanza, mirando al Señor, que es el único que puede darme la esperanza». Y «para mirar al Señor, para conocer al Señor, tomemos el Evangelio y hagamos esta oración de contemplación». Al concluir, el Papa Francisco volvió a proponer la experiencia de la oración de contemplación: «Hoy por ejemplo —sugirió— buscad diez minutos, quince y no más: leed el Evangelio, imaginad y decid

algo a Jesús. Y nada más. Así, vuestro conocimiento de Jesús será más grande y vuestra esperanza crecerá. No olvidéis, teniendo fija la mirada en Jesús». Precisamente por esto se llama «oración de contemplación».

***5 de febrero de 2015. Yo cuidaré de ti.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 13 de febrero de 2015

La verdadera misión de la Iglesia no es poner en funcionamiento una eficiente máquina de ayudas, siguiendo el modelo de una ONG. El perfil del apóstol —que anuncia con sencillez y pobreza el Evangelio

con el único auténtico poder que viene de Dios— se reconoce, en cambio, en la clara expresión de Jesús a los discípulos que volvían felices de la misión: «somos siervos inútiles». Y, así, el Papa —en la misa celebrada el jueves 5 de febrero, en la capilla de la Casa Santa Marta— reafirmó que la verdadera «misión de la Iglesia es curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, perdona todo, es padre, Dios es afectuoso y nos espera siempre».

En el pasaje evangélico de Marcos (6, 7-13) propuesto por la liturgia, recordó el Pontífice, «hemos escuchado cómo Jesús llama a sus discípulos» y los envía a «llevar el Evangelio: es Él quien llama». El Evangelio dice «que los llamó, los envió y les dio autoridad: en la vocación de los discípulos, el Señor da el poder: el poder de expulsar los espíritus impuros para liberar, para curar. Este es el poder que da Jesús». Él, en efecto, «no da el poder de proyectar o hacer grandes empresas»; sino «el poder, el

mismo poder que tenía Él, el poder que Él había recibido del Padre, se lo entrega». Y lo hace con un «consejo claro: id en comunidad, pero para el viaje no llevéis nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero: ¡siendo pobres!».

«El Evangelio —afirmó el Papa Francisco— es tan rico y tan poderoso que no necesita formar grandes compañías, grandes empresas para ser anunciado». Porque el Evangelio «se debe anunciar siendo pobres, y el verdadero pastor es el que va como Jesús:

pobre, a anunciar el Evangelio, con ese poder». Y «cuando el Evangelio se custodia con esta sencillez, con esta pobreza, se ve claramente que la salvación no es una teología de la prosperidad» sino que «es un don, el mismo don que Jesús había recibido para darlo». El Papa Francisco volvió a proponer «esa escena tan hermosa de la sinagoga, cuando Jesús se presenta a los suyos: "He sido enviado para traer la salvación, para traer la buena noticia a los pobres, a los presos la liberación, a los

ciegos el don de la vista. La liberación a todos los que están oprimidos y para anunciar el año de gracia, el año de alegría"». Precisamente este, dijo, «es el objetivo del anuncio evangélico, sin muchas cosas extrañas, mundanas». Jesús «envía así».

Y —se preguntó— «¿qué manda hacer» a los discípulos? ¿Cuál es su programa pastoral?». Sencillamente el de «atender, curar, levantar, liberar, expulsar los demonios: este es el programa sencillo». Que coincide, destacó el Papa

Francisco, con «la misión de la Iglesia: la Iglesia que atiende, que cura». Tanto es así, recordó, que «algunas veces hablé de la Iglesia como de un hospital de campaña: ¡es verdad! ¡Cuántos heridos hay, cuántos heridos! ¡Cuánta gente necesita que sus heridas sean curadas!».

Por lo tanto, continuó el Papa, «esta es la misión de la Iglesia: curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es padre, que Dios es afectuoso,

que Dios nos espera siempre». De su misión, destacó el Pontífice refiriéndose al Evangelio de Lucas (10, 17-20), «los discípulos volvieron felices» porque «no creían ser capaces de poder lograrlo». Y «decían al Señor: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”». Estaban justamente «felices porque este poder de Jesús, realizado con sencillez, con pobreza, con amor, daba buen resultado».

Precisamente la frase que los discípulos felices dirigieron a

Jesús, según lo relatado en el Evangelio, «nos explica todo». Ellos decían: «Hemos hecho esto, y esto, y esto, y esto...». Así, después de escucharlos, Jesús cerró los ojos y dijo: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo». Un frase que revela cuál es «la guerra de la Iglesia: es verdad, tenemos que recoger ayudas y formar organizaciones que ayuden porque el Señor nos da los dones para esto»; pero, advirtió el Papa, «cuando olvidamos esta misión, olvidamos la pobreza,

olvidamos el celo apostólico y ponemos la esperanza en estos medios, la Iglesia lentamente cae hacia una ONG y se convierte en una hermosa organización: poderosa pero no evangélica, porque falta ese espíritu, esa pobreza, esa fuerza de sanar».

Hay algo más: al regresar, Jesús lleva consigo a los discípulos «a descansar un poco, a pasar un día en el campo, a comer bocadillos con un refresco». En definitiva, el Señor quería «pasar juntos un poco de tiempo para festejar».

Y juntos hablan de la misión que acababan de realizar. Pero Jesús no les dice: «Sois geniales. En la próxima salida, ahora, organizad mejor las cosas». Se limita a recomendar: «Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: "somos siervos inútiles"» (Lc 17, 10). En estas palabras del Señor, destacó el Papa Francisco, está el perfil del apóstol. Y, en efecto, «¿cuál sería la alabanza más bella para un apóstol?». He aquí la respuesta: «Ha sido un obrero del reino, un

trabajador del reino».

Precisamente «esta es la alabanza más grande, porque va por este camino del anuncio de Jesús, va a curar, a custodiar, a proclamar esta buena noticia y este año de gracia. A hacer que el pueblo vuelva a encontrar al Padre, a llevar la paz al corazón de la gente».

Como conclusión, el Papa invitó a leer este pasaje del Evangelio, subrayando «cuáles son las cosas más importantes para Jesús, para el anuncio del Evangelio: son estas, estas

pequeñas virtudes». Y «luego es Él, es el Espíritu Santo quien lo hace todo».

**6 de febrero de 2015. La noche oscura del más grande.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 13 de febrero de 2015

Un hombre, Juan, es un camino, que es el camino de Jesús, indicado por el Bautista, pero es también el nuestro, en el cual todos estamos llamados en el momento de la prueba.

Parte de la figura de Juan —«el grande Juan: al decir Jesús que fue “el hombre más grande nacido de mujer”»— la reflexión del Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta el viernes 6 de febrero. El Evangelio de san Marcos (6, 14-29) relata la prisión y el martirio de este «hombre fiel a su misión; el hombre que sufrió muchas tentaciones» y que «nunca, nunca traicionó su vocación». Un hombre «fiel» y «de gran autoridad, respetado por todos: el grande de ese tiempo».

El Papa Francisco se detuvo a analizar su figura: «Lo que salía de su boca era justo. Su corazón era justo». Era tan grande que «Jesús dirá también de él que “era Elías que regresó, para limpiar la casa, para preparar el camino”». Y Juan «era consciente de que su deber era sólo anunciar: anunciar la proximidad del Mesías. Él era consciente, como nos hace reflexionar san Agustín, que él sólo era la voz, la Palabra era otro». Incluso cuando «se vio tentado de “robar” esta verdad, él siguió

siendo justo: “Yo no soy, viene detrás de mí, pero yo no soy: yo soy el siervo; yo soy el servidor; yo soy el que abre las puertas para que Él venga». En este punto el Pontífice introdujo el concepto de camino, porque, recordó: «Juan es el precursor: precursor no sólo de la entrada del Señor en la vida pública, sino de toda la vida del Señor». El Bautista «sigue adelante en el camino del Señor; da testimonio del Señor no sólo mostrándolo —“¡Es éste!”— sino también llevando la vida hasta las

últimas consecuencias como la condujo el Señor». Y terminando su vida «con el martirio» fue «precursor de la vida y de la muerte de Jesucristo».

El Papa siguió reflexionando sobre estos caminos paralelos a lo largo de los cuales «el grande» sufre «muchas pruebas y llega a ser pequeño, pequeño, pequeño, pequeño hasta el desprecio». Juan, como Jesús, «se abaja, conoce el camino del abajamiento. Juan con toda esa autoridad, pensando en su vida,

comparándola con la de Jesús, dice a la gente quién es él, como será su vida: “Conviene que Él crezca, yo en cambio debo disminuir”». Es esta, destacó el Papa, «la vida de Juan: disminuir ante Cristo, para que Cristo crezca». Es «la vida del siervo que deja sitio, abre camino, para que venga el Señor».

La vida de Juan «no fue fácil»: en efecto, «cuando Jesús comenzó su vida pública», él era «cercano a los esenios, es decir, a los observantes de la ley, pero también de las

oraciones, de las penitencias». Así, a un cierto punto, en el período en el que estaba en la cárcel, «sufrió la prueba de la oscuridad, de la noche en su alma». Y esa escena, comentó el Papa Francisco, «conmueve: el grande, el más grande manda al encuentro de Jesús a dos discípulos para preguntarle: "Juan te pregunta: ¿eres tú o me he equivocado y tenemos que esperar a otro?"». A lo largo del camino de Juan se asomó «la oscuridad del error, la oscuridad de una vida

consumida en el error. Y esto fue para él una cruz».

Ante la pregunta de Juan «Jesús responde con las palabras de Isaías»: el Bautista «comprende, pero su corazón permanece en la oscuridad».

Todo esto incluso estando disponible ante las peticiones del rey, «a quien le gustaba escucharlo, a quien le gustaba conducir una vida adúltera», y «casi se convierte en un predicador de corte, de ese rey perplejo». Pero «él se humillaba» porque «pensaba convertir a ese hombre».

Por último, dijo el Papa, «después de esta purificación, después de este continuo caer en el anonadamiento, dando lugar al abajamiento de Jesús, termina su vida». El rey, perplejo, «es capaz de tomar una decisión, pero no porque su corazón se haya convertido»; sino más bien «porque el vino le da valor». De esta manera Juan termina su vida «bajo la autoridad de un rey mediocre, ebrio y corrupto, por el capricho de una bailarina y el odio vengativo de una adúltera».

Así, «termina un grande, el hombre más grande nacido de mujer», comentó el Papa Francisco que confesó:  
«Cuando leo este pasaje, me conmuevo». Y añadió una consideración útil para la vida espiritual de todo cristiano:  
«Pienso en dos cosas: primero, pienso en nuestros mártires, en los mártires de nuestros días, esos hombres, mujeres y niños que son perseguidos, odiados, expulsados de sus casas, torturados, masacrados». Esto, destacó, «no es algo del pasado: hoy sucede esto.

Nuestros mártires, que terminan su vida bajo la autoridad corrupta de gente que odia a Jesucristo». Por eso «nos hará bien pensar en nuestros mártires. Hoy pensamos en Paolo Miki, pero eso sucedió en 1600. Pensemos en los de hoy, de 2015».

El Pontífice prosiguió añadiendo que este pasaje lo impulsa también a reflexionar sobre sí mismo: «Yo también moriré.

Todos nosotros moriremos.

Nadie tiene la vida "comprada".

También nosotros, queriéndolo o no, vamos por el camino del

abajamiento existencial de la vida». Y esto, dijo, le impulsa «a rezar para que este abajamiento se asemeje lo más posible al de Jesucristo, a su abajamiento».

Así se cierra el círculo de la meditación del Papa Francisco: «Juan, el grande, que disminuye continuamente hasta la nada; los mártires, que se abajan hoy, en nuestra Iglesia de hoy, hasta la nada; y nosotros, que estamos en este camino y vamos hacia la tierra, donde todos acabaremos». En este sentido la oración final del

Papa: «Que el Señor nos ilumine, nos haga entender este camino de Juan, el precursor del camino de Jesús; y el camino de Jesús, que nos enseña cómo debe ser el nuestro».

*9 de febrero de 2015.*

## ***Trabajando con Dios.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
7, viernes 13 de febrero de  
2015

Dios está siempre obrando por amor y nos corresponde a nosotros responderle con responsabilidad y espíritu de reconciliación, dejando lugar al Espíritu Santo. Es la invitación que el Papa dirigió en la misa

celebrada el lunes 9 de febrero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«La liturgia de la Palabra de hoy —explicó inmediatamente el Papa Francisco refiriéndose al pasaje del Génesis (1, 1-19) — nos lleva a pensar, a meditar sobre los trabajos de Dios: Dios trabaja». Tanto que «Jesús mismo dijo: “Mi padre sigue trabajando, sigue actuando; yo también”». Y, así, recordó el Papa, «algunos teólogos medievales explicaban: primero Dios, el creador, crea el universo, crea los cielos, la

tierra, los seres vivos. Él crea. El trabajo de creación» Sin embargo, «la creación no termina: Él continuamente sostiene lo que ha creado, obra para sostener lo que ha creado para que siga adelante».

Precisamente en el Evangelio de san Marcos (6, 53-56), hizo notar el Papa, «vemos "la otra creación" de Dios», o sea, «la de Jesús que viene a "re-crear" lo que había sido destruido por el pecado». Y «vemos a Jesús entre la gente». Escribe en efecto san Marcos: «Apenas desembarcaron, lo reconocieron

y se pusieron a recorrer toda la comarca; cuando se enteraba la gente dónde estaba Jesús, le llevaba los enfermos en camillas; y los que lo tocaban se curaban». Es «la "re-creación"», y precisamente «la liturgia expresa el alma de la Iglesia en esto, cuando nos hace decir una hermosa oración: "Oh Dios tú que maravillosamente creaste el universo, y más maravillosamente lo recreaste en la redención"». Por lo tanto, «esta "segunda creación" es más maravillosa que la

primera, este segundo trabajo es más maravilloso».

Está también, prosiguió el Papa Francisco, «otro trabajo: el trabajo de la perseverancia en la fe, que Jesús dice que lo realiza el Espíritu Santo: “Yo os enviaré al Paráclito y Él os enseñará y os recordará, os hará recordar lo que os he dicho”». Es «el trabajo del Espíritu dentro de nosotros, para hacer viva la palabra de Jesús, para conservar la creación, para garantizar que esta creación no muera». Por lo tanto «la presencia del Espíritu

ahí, que hace viva la primera y la segunda creación».

En definitiva «Dios trabaja, sigue trabajando y nosotros podemos preguntarnos cómo debemos responder a esta creación de Dios, que nace del amor porque Él trabaja por amor». Así, «a la “primera creación” debemos responder con la responsabilidad que el Señor nos da: “la tierra es vuestra, llevadla adelante, hacedla crecer”». Por eso, «también para nosotros está la responsabilidad de hacer crecer la tierra, de hacer crecer la

creación, de custodiarla y hacerla crecer según sus leyes: somos señores de la creación, no dueños». Y no debemos «adueñarnos de la creación, sino llevarla adelante, fiel a sus leyes». Precisamente «esta es la primera respuesta al trabajo de Dios: trabajar para custodiar la creación, para hacerla fructificar».

En esta perspectiva, afirmó el Papa, «cuando escuchamos que la gente organiza reuniones para pensar en cómo custodiar la creación, podemos decir: "Pero no, son los verdes"». En

cambio, observó, «no son los verdes: esto es cristiano». Y «es nuestra respuesta a la “primera creación” de Dios, es nuestra responsabilidad». De hecho, «un cristiano que no custodia la creación, que no la hacer crecer, es un cristiano que no le importa el trabajo de Dios, ese trabajo nacido del amor de Dios por nosotros». Y «esta es la primera respuesta a la primera creación: custodiar la creación, hacerla crecer». Pero «¿cómo respondemos “a la segunda creación”»? Se preguntó el Papa Francisco,

destacando que, al respecto, «el apóstol Pablo nos dice una palabra justa, que es la verdadera respuesta: “dejaos reconciliar con Dios”». Se trata, explicó, de «esa actitud interior abierta para ir continuamente por el camino de la reconciliación interior, de la reconciliación comunitaria, porque la reconciliación es obra de Cristo». Y Pablo dice también: «Dios ha reconciliado al mundo en Cristo». Y «esta es la segunda respuesta». Por lo tanto «a la “segunda creación” decimos: “Sí, debemos dejarnos

reconciliar con el Señor”». El Papa Francisco propuso después otra cuestión: «Y ¿cómo respondemos al trabajo que hace el Espíritu Santo en nosotros, de recordarnos las palabras de Jesús, de explicarnos, de hacernos entender lo que Jesús dijo?». Fue precisamente «Pablo quien dijo» que no entristeciéramos «al Espíritu Santo que está en vosotros: estad atentos, es vuestro huésped, está dentro de vosotros, trabaja dentro de vosotros. No entristezcáis al Espíritu Santo». Y esto «porque

creemos en un Dios personal. Dios es persona: es persona Padre, persona Hijo y persona Espíritu Santo». Por lo demás, «los tres están implicados en esta creación, en esta recreación, en esta perseverancia en la recreación». Así, «a los tres respondemos: custodiar y hacer crecer la creación, dejarnos reconciliar con Jesús, con Dios en Jesús, en Cristo, todos los días, y no entristecer al Espíritu Santo, no expulsarlo: es el huésped de nuestro corazón, el que nos acompaña, nos hace

crecer».

Como conclusión el Papa rezó para que «el Señor nos dé la gracia de entender que Él está obrando; y nos dé la gracia de responder justamente a este trabajo de amor».

*10 de febrero de 2015. **Dos carnets de identidad.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 13 de febrero de 2015

Para conocer nuestra verdadera identidad no podemos ser «cristianos que están sentados» sino que debemos tener el «valor de ponernos siempre en camino para buscar el rostro del Señor», porque

somos «imagen de Dios». En la misa celebrada en Santa Marta, el martes 10 de febrero, el Papa Francisco, comentando la primera lectura de la liturgia — el relato de la creación en el libro del Génesis (1, 20 - 2, 4) — reflexionó sobre una pregunta esencial para toda persona: «¿Quién soy yo?». Nuestro «carné de identidad», dijo el Papa, se encuentra en el hecho de que los hombres fueron creados «a imagen y semejanza de Dios». Pero entonces, añadió, «la pregunta que nos podemos hacer es:

¿Cómo conozco, yo, la imagen de Dios? ¿Cómo llego a saber cómo es Él para saber cómo soy yo? ¿Dónde encuentro la imagen de Dios?». La respuesta se encuentra «no ciertamente en la computadora, en las enciclopedias, tampoco en los libros», porque «no hay un catálogo que contenga la imagen de Dios». Existe sólo un modo «para encontrar la imagen de Dios, que es mi identidad» y consiste en ponerse en camino: «Si no nos ponemos en camino, jamás podremos conocer el rostro de

Dios».

Este deseo de conocimiento se encuentra también en el Antiguo testamento. Los salmistas, hizo notar el Papa Francisco, «muchas veces dicen: quiero conocer tu rostro»; y «Moisés también una vez le dijo al Señor». Pero en realidad «no es fácil, porque ponerse en camino significa dejar muchas seguridades, muchas opiniones de cómo es la imagen de Dios, y buscarlo». Significa, en otros términos, «dejar que Dios, la vida nos ponga a prueba», significa

«arriesgar», porque «solamente así se puede llegar a conocer el rostro de Dios, la imagen de Dios: poniéndose en camino».

El Papa se remitió de nuevo al Antiguo testamento para recordar que «así hizo el pueblo de Dios, así hicieron los profetas». Por ejemplo «el gran Elías: tras vencer y purificar la fe de Israel, siente la amenaza de la reina y tiene miedo y no sabe qué hacer. Se pone en camino. Y en cierto momento, prefiere morir». Pero Dios «lo llama, le da de comer, de beber

y le dice: sigue caminando». Así, Elías «llega al monte y allí encuentra a Dios». Su recorrido fue, por lo tanto, «un largo camino, un camino penoso, un camino difícil», pero nos enseña que «quien no se pone en camino, jamás conocerá la imagen de Dios, jamás encontrará el rostro de Dios». Es una lección para todos nosotros: «los cristianos sentados, los cristianos inmóviles —afirmó el Pontífice— no conocerán el rostro de Dios». Tienen la presunción de decir: «Dios es así, así...», pero

en realidad «no lo conocen». Para caminar, en cambio, «se necesita esa inquietud que Dios mismo puso en nuestro corazón y que te lleva adelante a buscarlo». Lo mismo, explicó el Pontífice, sucedió a «Job que, con su prueba, comenzó a pensar: pero ¿cómo es Dios, que permite que esto me suceda?». Incluso sus amigos «después de un gran silencio durante días, comenzaron a hablar, a discutir con él». Pero todo eso fue inútil: «con estos argumentos, Job no conoció a Dios». En cambio, «cuando él

se dejó interpelar por el Señor en la prueba, encontró a Dios». Y precisamente de Job se puede escuchar «esa palabra que nos ayudará mucho en este camino de búsqueda de nuestra identidad: “yo te conocía de oídas, pero ahora mis ojos te han visto”». Es este el núcleo de la cuestión según el Papa Francisco: «El encuentro con Dios» que puede darse «solamente poniéndose en camino».

Cierto, continuó, «Job se puso en camino con una maldición», incluso «tuvo el valor de

maldecir la vida y su historia: "maldito el día en que nací..."». En efecto, reflexionó el Papa, «a veces, en el camino de la vida, no encontramos un sentido a las cosas». Esta misma experiencia vivió el profeta Jeremías, quien, «tras ser seducido por el Señor, percibe la maldición: "¿por qué a mí?"». Él quería «quedarse sentado tranquilo» y en cambio, «el Señor quería hacerle ver su rostro». Esto es válido para cada uno de nosotros: «para conocer nuestra identidad y conocer la

imagen de Dios es necesario ponerse en camino», permanecer «inquietos, no quietos». Precisamente esto «es buscar el rostro de Dios». El Papa Francisco se refirió también al pasaje del Evangelio de san Marcos (7, 1-13), en el cual «Jesús encuentra gente que tiene miedo de ponerse en camino» y que construye una especie de «caricatura de Dios». Pero eso «es un carné de identidad falso» porque, explicó el Pontífice, «estos no-inquietos han silenciado la inquietud del corazón: dibujan

a Dios con los mandamientos» pero haciendo así «se olvidan de Dios» para observar sólo «la tradición de los hombres». Y, «cuando tienen una inseguridad, inventan o crean otro mandamiento». Jesús dice a los escribas y fariseos que se llenan de mandamientos: «Anuláis la Palabra de Dios con la tradición que habéis transmitido, y de cosas como estas hacéis muchas». Esto precisamente «es el falso carné de identidad, el que podemos tener sin ponernos en camino, quietos, sin la inquietud del

corazón».

Al respecto el Papa puso en evidencia un detalle «curioso»: el Señor, en efecto, «los alaba pero los reprende en el punto que más duele. Los alaba: “sois en verdad hábiles en rechazar el mandamiento de Dios para observar vuestra tradición”», pero luego «los reprende allí donde está el punto más fuerte de los mandamientos hacia el prójimo». Jesús recuerda, en efecto, que Moisés dijo: «Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte». Y

prosigue: «vosotros en cambio, decís: si uno le dice al padre o a la madre: los bienes con que podría ayudarte son *corbán*, es decir, ofrenda sagrada, ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre». Al hacer así «se lavan las manos con el mandamiento más tierno, más fuerte, el único que tiene una promesa de bendición». Y, así, «están tranquilos, están quietos, no se ponen en camino». Esta por consiguiente «es la imagen de Dios que ellos tienen». En realidad su recorrido es un

camino «entre comillas»: es decir, «un camino que no camina, un camino quieto. Reniegan de sus padres, pero cumplen las leyes de la tradición que ellos han creado».

Al concluir su reflexión el obispo de Roma volvió a proponer el sentido de los dos textos litúrgicos como «dos carnets de identidad». El primero es «el que todos tenemos, porque el Señor nos hizo así», y es «el que nos dice: ponte en camino y conocerás tu identidad, porque

tú eres imagen de Dios, estás hecho a semejanza de Dios. Ponte en camino y busca a Dios». El otro, en cambio, nos asegura: «No, quédate tranquilo: cumple todos estos mandamientos y esto es Dios. Este es el rostro de Dios». De aquí el deseo de que el Señor nos «dé a todos la gracia de la valentía para ponernos siempre en camino, para buscar el rostro del Señor, ese rostro que un día veremos pero que aquí, en la tierra, debemos buscar».

*17 de febrero de 2015. **Como mártires.***

*Martes.*

**El Papa ofreció la celebración por los veintiún coptos «degollados por el solo motivo de ser cristianos»**

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 20 de febrero de 2015

«Ofrecemos esta misa por nuestros veintiún hermanos

coptos, degollados por el solo motivo de ser cristianos». Lo dijo el Papa Francisco en la celebración que presidió el martes 17 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta. «Recemos por ellos —añadió—, que el Señor los acoja como mártires, por sus familias, por mi hermano Tawadros que sufre mucho». Y precisamente con el patriarca de la Iglesia ortodoxa copta, Tawadros II, el Papa habló personalmente por teléfono el lunes por la tarde manifestándole su profunda participación en el dolor por el

cruel asesinato realizado por los fundamentalistas islámicos. Y aseguró también su oración con ocasión de los funerales. Repitiendo las palabras de la antífona de ingreso «Sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame» (Salmo 31, 3-4), el Papa Francisco inició la homilía. El pasaje del Libro del Génesis sobre el diluvio (6, 5-8; 7, 1-5.10), propuesto por la liturgia del día, «nos hace pensar —dijo el Pontífice— en la capacidad

de destrucción que tiene el hombre: el hombre es capaz de destruir lo que ha hecho Dios» cuando «le parece que es más poderoso que Dios». Y, así, «Dios puede hacer cosas buenas, pero el hombre es capaz de destruirlas todas». También «en la Biblia, en los primeros capítulos, encontramos muchos ejemplos, desde el comienzo». Por ejemplo, explicó el Papa Francisco, «el hombre llama el diluvio por su maldad: es él quien lo llama». Además, «el hombre llama el fuego del

cielo, en Sodoma y Gomorra, por su maldad». Luego «el hombre crea la confusión, la división de la humanidad — Babel, la Torre de Babel— por su maldad». En definitiva, «el hombre es capaz de destruir, nosotros somos todos capaces de destruir». Nos lo confirma, también en el Génesis, «una frase muy, muy aguda: “la maldad del hombre crecía sobre la tierra y todos los pensamientos de su corazón — del corazón de los hombres— tienden siempre y únicamente al mal, siempre”».

No es cuestión de ser demasiado negativos, destacó el Papa, porque «esta es la verdad». A tal punto que «somos capaces de destruir incluso la fraternidad», como lo demuestra la historia de «Caín y Abel en las primeras páginas de la Biblia». Un episodio que, precisamente, «destruye la fraternidad, es el inicio de las guerras: los celos, las envidias, tanta codicia de poder, de tener más poder». Sí, afirmó el Papa Francisco, «esto parece negativo, pero es realista». Por lo demás, añadió, basta con

tomar un «periódico cualquiera» para ver «que más del noventa por ciento de las noticias son noticias de destrucción: imás del noventa por ciento! ¡Y esto lo vemos todos los días!».

Pero entonces, «¿qué sucede en el corazón del hombre?», fue la pregunta fundamental propuesta por el Papa. «Jesús, una vez, advirtió a sus discípulos que el mal no entra en el corazón del hombre porque coma algo que no es puro, sino que sale del corazón». Y «del corazón del

hombre salen todas las maldades». En efecto, «nuestro corazón débil está herido». Está «siempre ese deseo de autonomía» que lleva a decir: «Yo hago lo que quiero y si tengo ganas de hacer esto, lo hago. Y si por esto quiero declarar una guerra, la declaro. Y si por esto quiero destruir a mi familia, lo hago. Y si para ello tengo que matar al vecino, lo hago». Pero precisamente «estas son las noticias de cada día», destacó el Papa, observando que «los periódicos no nos cuentan noticias de la

vida de los santos».

Así, pues, continuó tratando la cuestión central: «¿por qué somos así?». La respuesta es directa: «Porque tenemos esta posibilidad de destrucción, este es el problema». Y actuando así, luego, «en las guerras, en el tráfico de armas somos emprendedores de muerte». Y «hay países que venden las armas a este que está en guerra con este, y las venden también a este, para que así continúe la guerra». El problema es precisamente la «capacidad de destrucción y

esto no viene del vecino» sino «ide nosotros!».

«Cada íntimo intento del corazón no era otra cosa más que el mal» repitió una vez más el Papa Francisco. Al recordar precisamente que «nosotros tenemos esta semilla dentro, esta posibilidad». Pero «tenemos también al Espíritu Santo que nos salva». Se trata, por ello, de elegir a partir de las «pequeñas cosas». Y, así, «cuando una mujer va al mercado y encuentra a otra, comienza a hablar, a criticar a la vecina, a la otra mujer de

más allá: esa mujer mata, esa mujer es malvada». Y lo es «en el mercado» pero también «en la parroquia, en las asociaciones: cuando hay celos y envidias, van al párroco y le dicen: “esta no, este sí, este hace”». También «esta es la maldad, la capacidad de destruir que todos nosotros tenemos».

Es sobre este punto que «hoy la Iglesia, a la puerta de la Cuaresma, nos hace reflexionar». La invitación del Papa se orienta a preguntarnos la razón de ello, a partir del

pasaje evangélico de san Marcos (8, 14-21). «En el Evangelio Jesús riñe un poco a los discípulos que discutían: “pero tú tenías que tomar el pan —¡No, tú!”». En definitiva los doce «discutían como siempre, peleaban entre ellos». Y he aquí que Jesús les dirige «una hermosa palabra: “Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes”». Así, «presenta sencillamente el ejemplo de dos personas: Herodes es malo, asesino, y los fariseos hipócritas». Pero el Señor habla también de

«“levadura” y ellos no comprendían».

El hecho es que, como relata san Marcos, los discípulos «hablaban de pan, de este pan, y Jesús les dice: “pero esa levadura es peligrosa, lo que nosotros tenemos dentro y que nos conduce a destruir. Estad atentos, prestad atención”».

Luego «Jesús muestra la otra puerta: “¿Tenéis el corazón endurecido? ¿No recordáis cuando distribuí los cinco panes, la puerta de la salvación de Dios?”». En efecto, «por este camino de la discusión —dijo—

jamás, jamás se hará algo bueno, siempre habrá divisiones, destrucción». Y continuó: «Pensad en la salvación, en lo que también Dios hizo por nosotros, y elegid bien». Pero los discípulos «no entendían porque el corazón estaba endurecido por esta pasión, por esta maldad de discutir entre ellos y ver quién era el culpable de ese despiste del pan».

El Papa Francisco exhortó a considerar «seriamente este mensaje del Señor». Con la consciencia de que «estas no

son cosas raras, no es el discurso de un marciano», sino que son, en cambio, «las cosas que cada día suceden en la vida». Y para verificarlo, repitió, basta sólo con tomar «el periódico, nada más». Sin embargo, añadió, «el hombre es capaz de hacer mucho bien: pensemos en la madre Teresa, por ejemplo, una mujer de nuestro tiempo». Pero si «todos nosotros somos capaces de hacer tanto bien» somos igualmente «capaces también de destruir en lo grande y en lo pequeño, en la

familia misma: destruir a los hijos, no dejando crecer a los hijos con libertad, no ayudándoles a crecer bien» y así, en cierto modo, anulando a los hijos. Al considerar que «tenemos esta capacidad», para nosotros «es necesaria la meditación continua: la oración, la confrontación entre nosotros», precisamente «para no caer en esta maldad que lo destruye todo».

Y «contamos con la fuerza» para hacerlo, como «nos recuerda Jesús». Por ello «hoy nos dice: "Recordadlo.

Recordaos de mí, que he derramado mi sangre por vosotros; recordaos de mí que os he salvado, que os he salvado a todos; recordaos de mí, que tengo la fuerza para acompañaros en el camino de la vida, no por la senda de la maldad, sino por el camino de la bondad, de hacer el bien a los demás; no por el camino de la destrucción, sino por la senda del construir: construir una familia, construir una ciudad, construir una cultura, construir una patria, ¡cada vez más!».

La reflexión de hoy sugirió al Papa Francisco pedir al Señor, «antes de comenzar la Cuaresma», la gracia de «elegir siempre bien el camino con su ayuda y no dejarnos engañar por las seducciones que nos llevarán por el camino equivocado».

*19 de febrero de 2015.*

***Detenerse y elegir.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
9, viernes 27 de febrero de  
2015

En la prisa de la vida hay que tener la valentía de detenerse y elegir. Y el tiempo cuaresmal sirve precisamente para esto. Durante la misa celebrada el jueves 19 de febrero, por la mañana, en Santa Marta, el

Papa Francisco puso el acento en la necesidad de plantearse las preguntas que son importantes para la vida de los cristianos y saber hacer las elecciones justas. Al comentar las lecturas del jueves después de Cenizas (*Deuteronomio* 30, 15-20; *Salmo* 1, *Lucas* 9, 22-25), el Pontífice explicó que «al inicio del camino cuaresmal, la Iglesia nos hace reflexionar sobre las palabras de Moisés y de Jesús: “Tú debes elegir”». Se trata, por lo tanto, de reflexionar sobre la necesidad que todos nosotros tenemos de

hacer elecciones en la vida. «Y Moisés —destacó el Papa Francisco— es claro: “Mira, yo pongo ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal: elige”». En efecto, «el Señor nos ha dado la libertad, una libertad para amar, para caminar por sus caminos». Y de este modo somos libres y podemos elegir. Lamentablemente, advirtió el Papa, «no es fácil elegir». Es más cómodo «vivir dejándose llevar por la inercia de la vida, de las situaciones, de las costumbres». Por ello «hoy la Iglesia nos dice: “Tú eres

responsable; tú debes elegir"». He aquí entonces los interrogantes planteados por el Pontífice: «¿Tú has elegido? ¿Cómo vives? ¿Cómo es tu modo de vida, tu estilo de vida? ¿Está de la parte de la vida o de la parte de la muerte?». Naturalmente la respuesta tendría que ser la de «elegir el camino del Señor. "Te pido que ames al Señor". Y así Moisés nos hace ver el camino del Señor: "Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar y vas a postrarte ante otros dioses para

servirlos, yo os anuncio hoy que os perderéis irremediablemente". Elegir entre Dios y los demás dioses, esos que no tienen el poder de darnos nada, sólo pequeñas cositas que pasan». Volviendo a la dificultad de elegir, el Papa Francisco dijo ser consciente de que «siempre tenemos esa costumbre de ir un poco donde va la gente, un poco como todos». Pero, continuó, «hoy la Iglesia nos dice: "Detente y elige". Es un buen consejo. Y hoy —sugirió el Papa— nos hará bien detenernos y durante

la jornada pensar: ¿cómo es mi estilo de vida? ¿Por qué caminos voy?».

Por lo demás, en la vida diaria tendemos a la actitud opuesta.

«Muchas veces —recordó— vivimos corriendo, vivimos con prisa, sin darnos cuenta cómo es el camino; y nos dejamos llevar por las necesidades, por las necesidades del día, pero sin pensar». De aquí la invitación a detenerse:

«Comienza la Cuaresma así, con pequeñas preguntas que ayudarán a pensar: “¿Cómo es mi vida?”». La primera cuestión

a plantearse —explicó el Papa— es: «¿quién es Dios para mí? ¿Elijo al Señor? ¿Cómo es mi relación con Jesús?». Y la segunda: «¿Cómo es la relación con los tuyos; con tus padres; con tus hermanos; con tu esposa; con tu marido; con tus hijos?». En efecto, son suficientes «estas dos preguntas y seguramente encontraremos cosas que tenemos que corregir».

A continuación el Pontífice se preguntó también «por qué vamos con tanta prisa por la vida sin saber por qué tipo de

camino transitamos». Y también en esto el Papa Francisco fue explícito: «porque queremos ganar, queremos tener beneficios, queremos tener éxito». Pero Jesús nos hace pensar: «¿Qué ventajas tiene un hombre que gana el mundo entero, pero se pierde o se arruina a sí mismo?». En efecto, «un camino equivocado —dijo el Papa— es el de buscar siempre el propio éxito, los propios bienes, sin pensar en el Señor, sin pensar en la familia». Volviendo a las dos preguntas sobre la relación con

Dios y con nuestros seres queridos, viendo que «uno puede ganar todo, pero al final llegar a ser un fracasado. Ha fracasado. Esa vida es un fracaso». Incluso las que parecen haber tenido éxito, la vida de mujeres y hombres a quienes «han hecho un monumento» o han dedicado «un cuadro», pero no «supieron elegir bien entre la vida y la muerte».

Y para recordar el concepto, el Papa Francisco explicó que «nos hará bien detenernos un poco —cinco, diez minutos— y

hacernos la pregunta: ¿cómo es la velocidad de mi vida?

¿Reflexiono acerca de las cosas que hago? ¿Cómo es mi relación con Dios y con mi familia?». En esto «nos ayudará también ese consejo tan hermoso del Salmo:

“Dichoso el hombre que confía en el Señor”». Y «cuando el Señor nos da ese consejo

—“¡Detente! Elige hoy, elige”— no nos deja solos; está con nosotros y quiere ayudarnos».

Y nosotros, por nuestra parte, debemos «sólo confiar, confiar en Él».

Al volver a proponer las palabras del Salmo «Dichoso el hombre que confía en el Señor» el Papa exhortó a ser conscientes de que Dios no nos abandona. «Hoy, en el momento en que nos detengamos para pensar en estas cosas y tomar decisiones, elegir algo, sepamos que el Señor está con nosotros, está a nuestro lado, para ayudarnos. Nunca nos deja caminar solos. Está siempre con nosotros. Incluso en el momento de la elección». De aquí la doble tarea conclusiva: «confiemos

en este Señor, que está con nosotros, y cuando nos dice “elige entre el bien y el mal” nos ayuda a elegir el bien». Y, sobre todo, «pidámosle la gracia de ser valientes», porque «es necesario un poco de valor» para «detenerse y preguntarse cómo estoy ante Dios, cómo son las relaciones con mi familia, qué tengo que cambiar, qué debo elegir. Y Él —aseguró el Papa Francisco— está con nosotros».

*20 de febrero de 2015. **Ayuno de injusticia.***

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 27 de febrero de 2015

«Usar a Dios para cubrir la injusticia es un pecado gravísimo». Una severa advertencia contra las injusticias sociales, sobre todo las provocadas por quienes explotan a los trabajadores,

expresó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 20 de febrero, por la mañana, en la capilla de Santa Marta.

El Pontífice partió de la oración con la que al inicio del rito se elevó al Señor la petición «de acompañarnos en este camino cuaresmal, para que la observancia exterior corresponda a una profunda renovación del Espíritu». Es decir, aclaró, para que «lo que nosotros hacemos exteriormente tenga una correspondencia, tenga frutos

en el Espíritu»: en resumen, «que la observancia exterior no sea una formalidad».

Para hacer más concreta su reflexión, el Papa Francisco puso el ejemplo de quien practica el ayuno cuaresmal pensando: «Hoy es viernes, no se puede comer carne, me prepararé un buen plato de frutos del mar, un buen banquete... Yo lo cumplo, no como carne». Pero así —afirmó inmediatamente— «pecas de gula». Por lo demás, precisamente «esta es la distinción entre lo formal y lo

real» acerca de lo que habla la primera lectura de la liturgia, tomada del libro del profeta Isaías (58, 1-9a). En el texto la «gente se lamentaba porque el Señor no atendía a sus ayunos». Por su parte el Señor corrige al pueblo, con palabras que el Pontífice resumió así: «El día de vuestro ayuno, atendéis vuestros asuntos, oprimís a vuestros empleados. Vosotros ayunáis entre disputas y altercados y golpeando con puños injustos». Por ello «esto no es ayuno, no comer carne pero luego hacer todas estas

cosas: altercar, explotar a los empleados» y otras cosas más. También Jesús, añadió el Papa Francisco, «condenó esta propuesta de la piedad en los fariseos, en los doctores de la ley: observar muchas cosas exteriores, pero sin la verdad del corazón». El Señor, en efecto, dice: «No ayunéis más como lo hacéis hoy, cambiad el corazón. ¿Y cuál es el ayuno que yo quiero? Desatar las cadenas injustas, romper los vínculos del yugo, dar la libertad a los oprimidos y romper toda atadura, compartir

el pan con el hambriento, dejar espacio en casa a los necesitados, a los sin techo, vestir a quien ves desnudo sin descuidar a tus parientes, haciendo justicia». Este, precisó el Papa, «es el verdadero ayuno, que no es sólo exterior, una observancia exterior, sino un ayuno que nace del corazón».

A continuación el Pontífice hizo notar cómo «en los escritos» está «la ley hacia Dios y la ley hacia el prójimo», y cómo ambas van juntas. «Yo no puedo —explicó— decir: cumplo

los tres primeros mandamientos... y los demás más o menos. No, están unidos: el amor a Dios y el amor al prójimo forman una unidad y si quieres hacer penitencia, real no formal, debes hacerla ante Dios y también con tu hermano, con el prójimo». Basta pensar en lo que dijo el apóstol Santiago: «Tú puedes tener mucha fe, pero la fe sin obras está muerta; ¿para qué sirve?». Lo mismo es válido para «mi vida cristiana», comentó el Papa Francisco. Y a quien busca

tranquilizar la conciencia asegurando: «Yo soy un gran católico, padre, me gusta mucho... Yo voy siempre a misa, todos los domingos, comulgo...», el Papa respondió: «Está bien. Y, ¿cómo es la relación con tus empleados? ¿Les pagas en negro? ¿Les pagas el justo salario? ¿Depositaste las aportaciones para la pensión? ¿Y para asegurar la salud y las prestaciones sociales?». Lamentablemente, destacó, muchos «hombres y mujeres tienen fe, pero dividen las

tablas de la ley: "Sí, yo hago esto". — "¿Pero das limosna?". — "Sí, siempre envío un cheque a la Iglesia". — "Está bien. Pero a tu iglesia, a tu casa, con los que dependen de ti, sean los hijos, los abuelos, los empleados, ¿eres generoso, eres justo?"». En efecto, fue su constatación, no se puede «dar limosnas a la Iglesia cometiendo una injusticia» con los propios empleados. Y eso es precisamente lo que el profeta Isaías hace comprender: «No es un buen cristiano el que no es justo con las personas que

dependen de él». Y no lo es tampoco «el que no se desprende de algo necesario para darlo a otro que tenga necesidad».

Por lo tanto, «el camino de la Cuaresma es doble: a Dios y al prójimo». Y debe ser «real, no meramente formal». El Papa Francisco volvió a afirmar que no se trata sólo «de no comer carne el viernes», es decir, de «hacer alguna cosita» y luego dejar «crecer el egoísmo, la explotación del prójimo, la ignorancia de los pobres». Es necesario dar un salto de

calidad, pensando sobre todo en quien tiene menos. El Pontífice lo explicó dirigiéndose idealmente a cada fiel: «¿Cómo estás de salud tú que eres un buen cristiano?». —“Gracias a Dios bien; pero incluso cuando necesito voy inmediatamente al hospital y como soy socio de una mutualidad, me hacen una visita de inmediato y me dan las medicinas necesarias». —«Es algo bueno, da gracias al Señor. Pero, dime, ¿has pensado en los que no tienen esta asistencia social con el hospital y que cuando llegan

deben esperar seis, siete, ocho horas?». No es una exageración, confesó el Papa Francisco, revelando que escuchó una experiencia de este tipo por parte de una mujer que los días pasados esperó ocho horas para una visita urgente.

El pensamiento del Papa se dirigió a toda la «gente que aquí en Roma vive así: niños y ancianos que no tienen la posibilidad de ser atendidos por un médico». Y «la Cuaresma sirve» precisamente «para pensar en ellos»; para

preguntarnos qué podemos hacer por estas personas: «Pero, padre, están los hospitales». — «Sí, pero debe esperar ocho horas y luego te dan el turno para dentro de una semana». En cambio, observó, habría que preocuparse sobre todo de las personas que atraviesan situaciones de dificultad y preguntarse: «¿Qué haces por esa gente? ¿Cómo será tu Cuaresma?». — «Gracias a Dios yo tengo una familia que cumple los mandamientos, no tenemos problemas...». —

«Pero en esta Cuaresma, ¿hay sitio en tu corazón para los que no cumplieron los mandamientos, para los que se han equivocado y están en la cárcel?» — «Pero, con esa gente yo no...» — «Pero si tú no estás en la cárcel es porque el Señor te ha ayudado a no caer. ¿Tienen los presos un sitio en tu corazón? ¿Tú rezas por ellos, para que el Señor los ayude a cambiar de vida?».

De aquí la oración conclusiva dirigida por el Papa Francisco al Señor a fin de que acompañe «nuestro camino cuaresmal»

haciendo que «la observancia exterior corresponda con una profunda renovación del Espíritu».

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2015.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@googlemail.com*

## **MARZO.**

2 de marzo de 2015.

**Vergüenza y misericordia.**

3 de marzo de 2015. **Quando el Señor exagera.**

5 de marzo de 2015. **Sin nombre.**

9 de marzo de 2015. **Nada de espectáculo.**

10 de marzo de 2015. **Puerta abierta.**

12 de marzo de 2015.

**Corazones petrificados.**

16 de marzo de 2015. **Cómo**

**se cambia.**

**17 de marzo de 2015. No**

**cerréis esa puerta.**

**23 de marzo de 2015. Tres**

**mujeres y tres jueces.**

**24 de marzo de 2015.**

**¿Cristianos? Sí, pero...**

**26 de marzo de 2015. Himno**

**a la alegría.**

*2 de marzo de 2015.*

## ***Vergüenza y misericordia.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
10, viernes 6 de marzo de  
2015

La capacidad de avergonzarse y  
acusarse a sí mismo, sin  
descargar la culpa siempre en  
los demás para juzgarlos y  
condenarlos, es el primer paso  
en el camino de la vida  
cristiana que conduce a pedir al

Señor el don la misericordia. Es este el examen de conciencia sugerido por el Papa en la misa que celebró el lunes 2 de marzo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Para su reflexión el Papa Francisco partió de la primera lectura, tomada del libro de Daniel (9, 4-10). Está, explicó, «el pueblo de Dios» que «pide perdón, pero no es un perdón de palabra: este pedir perdón es un perdón que viene del corazón porque el pueblo se siente pecador». Y el pueblo «no se siente pecador en teoría

—porque todos nosotros podemos decir “somos todos pecadores”, es verdad, es una verdad: ¡todos aquí!— pero ante el Señor dice las cosas malas que hizo y lo que no hizo de bueno». Se lee, en efecto, en la Escritura: «Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la

tierra».

En esencia, hizo notar el Papa Francisco, en estas palabras del pueblo está «la descripción de todo lo malo que hicieron». Y, así, «el pueblo de Dios, en este momento, se acusa a sí mismo». Y no se descarga con «los que nos persiguen», con los «enemigos». Más bien se mira a sí mismo y dice: «Me acuso a mí mismo ante ti, Señor, y me avergüenzo». Palabras claras, que encontramos también en el pasaje de Daniel: «Señor, a nosotros nos abruma la

vergüenza».

«Este pasaje de la Biblia — sugirió el Papa— nos hace reflexionar sobre una virtud cristiana, es más, en más de una virtud». En efecto, «la capacidad de acusarse a sí mismo, la acusación de sí mismo» es «el primer paso para encaminarse como cristiano». En cambio, «todos nosotros somos maestros, somos doctores en justificarnos a nosotros mismos» con expresiones como: «Yo no fui, no, no es culpa mía; pues sí, pero no era tanto... Las cosas

no son así...».

En definitiva, dijo el Papa Francisco, «todos encontramos una excusa» para justificarnos «de nuestras faltas, de nuestros pecados». Es más, añadió, «muchas veces somos capaces de poner esa cara de "¡yo no lo sé!", cara de "yo no lo hice, tal vez será otro"». En pocas palabras, estamos siempre listos para «pasar por inocente». Pero así, advirtió el Papa, «no se avanza en la vida cristiana».

Por lo tanto, reafirmó, «el primer paso» es la capacidad de

acusarse a sí mismo. Y es ciertamente «bueno» hacerlo con el sacerdote en la confesión. Pero, preguntó el Papa Francisco, «antes y después de la confesión, en tu vida, en tu oración, ¿eres capaz de acusarte a tí mismo? ¿O es más fácil acusar a los demás?». Esta experiencia, destacó el obispo de Roma, suscita «algo un poco extraño pero que, al final, nos da paz y salud». En efecto, «cuando comenzamos a mirar todo aquello de lo que somos capaces, nos sentimos mal, sentimos repugnancia» y

llegamos a preguntarnos: «¿Pero yo soy capaz de hacer esto?». Por ejemplo, «cuando encuentro en mi corazón una envidia y sé que esa envidia es capaz de hablar mal del otro y matarlo moralmente», me tengo que preguntar: «¿Soy capaz de ello? Sí, yo soy capaz». Y precisamente «así comienza esta sabiduría, esta sabiduría de acusarse a sí mismo».

Por consiguiente, «si no aprendemos este primer paso de la vida —afirmó el Papa Francisco— jamás daremos

pasos hacia adelante por el camino de la vida cristiana, de la vida espiritual». Porque, precisamente, «el primer paso» es siempre el de «acusarse a sí mismo», incluso «sin decirlo: yo y mi conciencia».

Al respecto el Papa propuso un ejemplo concreto. Cuando vamos por la calle y pasamos ante una prisión, dijo, podríamos pensar que los detenidos «se lo merecen».

Pero —invitó a considerar— «¿sabes que si no hubiese sido por la gracia de Dios, tú estarías allí? ¿Has pensado que

eres capaz de hacer las cosas que ellos hicieron, incluso peores?». Esto, precisamente, «es acusarse a sí mismo, no esconder a uno mismo las raíces de pecado que están en nosotros, las tantas cosas que somos capaces de hacer, aunque no se vean».

Es una actitud, prosiguió el Papa Francisco, que «nos lleva a la vergüenza delante de Dios, y esta es una virtud: la vergüenza delante de Dios».

Para «avergonzarse» hay que decir: «Mira, Señor, siento repugnancia de mí mismo, pero

tú eres grande: a mí la vergüenza, a ti —y la pido— la misericordia». Precisamente como dice la Escritura: «Señor, nos abrumba la vergüenza, porque hemos pecado contra ti». Y lo «podemos decir, porque soy capaz de pecar y hacer muchas cosas malas: “A ti, Señor, nuestro Dios, la misericordia y el perdón. La vergüenza para mí y a ti la misericordia y el perdón”». Es un «diálogo con el Señor» que «nos hará bien en esta Cuaresma: la acusación de nosotros mismos».

«Pidamos misericordia» volvió a proponer el Papa refiriéndose especialmente al pasaje de la liturgia de san Lucas (6, 36-38). Jesús «es claro: sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Por lo demás, explicó el Papa Francisco, «cuando uno aprende a acusarse a sí mismo es misericordioso con los demás». Y puede decir: «¿Pero quién soy yo para juzgarlo, si soy capaz de hacer cosas peores?». Es una frase importante: «¿quién soy yo para juzgar al otro?». Esto se

comprende a la luz de la palabra de Jesús «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» y con su invitación a «no juzgar». En cambio, reconoció el Pontífice, «cómo nos gusta juzgar a los demás, hablar mal de ellos». Sin embargo, el Señor es claro: «no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados». Es un camino ciertamente «no fácil», que «inicia con la acusación de uno mismo, inicia con esa vergüenza delante de Dios y

con la petición de perdón a Él: pedir misericordia».

Precisamente «de ese primer paso se llega a esto que el Señor nos pide: ser misericordiosos, no juzgar a nadie, no condenar a nadie, ser generosos con los demás».

En esta perspectiva, el Papa invitó a orar para que «el Señor, en esta Cuaresma, nos dé la gracia de aprender a acusarnos a nosotros mismos, cada uno en su soledad», preguntándose: «¿Soy capaz de hacer esto? ¿Con este sentimiento soy capaz de hacer

esto? ¿Con este sentir que tengo en mi interior soy capaz de las cosas más perversas?». Y orando así: «ten piedad de mí, Señor, ayúdame a avergonzarme y dame misericordia, así podré ser misericordioso con los demás».

*3 de marzo de 2015. **Cuando el Señor exagera.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 6 de marzo de 2015

Continúan —siguiendo la liturgia diaria de la Palabra— las reflexiones del Papa Francisco sobre el tema de la conversión. Tras la invitación del lunes «a acusarnos a nosotros mismos, a decirnos la

verdad sobre nosotros mismos, a no maquillarnos el alma para convencernos que somos más buenos de lo que realmente somos», en la misa que celebró el martes 3 de marzo en Santa Marta, el Pontífice profundizó «el mensaje de la Iglesia» que «hoy se puede resumir en tres palabras: la invitación, el don y el "fingimiento"». Una invitación que, como se lee en el libro del profeta Isaías (1, 10.16) se refiere precisamente a la conversión: «Oíd la palabra del Señor. Lavaos, purificaos», o sea: «Lo que tenéis dentro y

que no es bueno, lo que es malo, lo que está sucio, debe ser purificado».

Ante la petición del profeta: «Apartad de mi vista vuestras malas acciones», «dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien», está quien dice: «Pero, Señor, yo no hago el mal; voy a misa todos los domingos, soy un buen cristiano, doy muchos donativos». A estas personas el Papa Francisco les preguntó idealmente: «¿Tú has entrado en tu corazón? ¿Eres capaz de acusarte a ti mismo por las

cosas que encuentras allí?»». Y en el momento que se advierte la necesidad de la conversión, nos podemos también preguntar: «¿Cómo puedo convertirme?». La respuesta nos la da la Escritura: «Aprended a hacer el bien». «La suciedad del corazón», en efecto, destacó el Papa, «no se quita como se quita una mancha: vamos a la tintorería y salimos limpios. Se quita con el obrar». La conversión es «hacer un camino distinto, otro camino distinto al del mal». Otra pregunta: «¿Y cómo hago

el bien?». La respuesta la da también el profeta Isaías: «Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda». Indicaciones que, como explicó el Papa Francisco, se comprenden bien en una realidad como la de Israel, donde «los más pobres y los más necesitados eran los huérfanos y las viudas». Para cada uno de nosotros significa: ve «donde están las llagas de la humanidad, donde hay mucho dolor; y así, haciendo el bien, lavarás tu corazón. Tú serás

purificado. Esta es la invitación del Señor».

Conversión significa, por lo tanto, que estamos llamados a hacer el bien «a los más necesitados: la viuda, el huérfano, los enfermos, los ancianos abandonados, de los que nadie se acuerda»; pero también «los niños que no pueden ir a la escuela» o los niños «que no saben hacer la señal de la cruz». Porque, puso de relieve con amargura el Pontífice, «en una ciudad católica, en una familia católica hay niños que no saben rezar,

que no saben hacer la señal de la cruz». Y, entonces, hay que «ir a ellos» a llevarles «el amor del Señor».

Si hacemos esto, se preguntó el Papa, «¿cuál será el don del Señor?». Él «nos cambiará», dijo retomando la frase con la que el profeta Isaías afirma: «Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana». Incluso ante nuestro miedo y titubeo —«Pero, padre, tengo muchos pecados. He cometido muchos,

muchos, muchos, muchos»— el Señor nos confirma: «Si tú vienes por este camino, por el que yo te invito, incluso si vuestros pecados fueran como escarlata, quedarán blancos como nieve».

Comentó el Pontífice: «¡Es una exageración! El Señor exagera; pero es la verdad», porque Dios, ante nuestra conversión, «nos da el don de su perdón» y «perdona generosamente».

Dios no se limita a decir: «Yo te perdono hasta aquí, luego veremos lo demás...». Al contrario, «el Señor perdona

siempre todo, todo». Pero, puntualizó el Papa Francisco concluyendo su razonamiento, «si quieres ser perdonado» tienes que encaminarte por la «senda de hacer el bien». Tras el análisis de las primeras dos palabras propuestas al inicio de la homilía —la «invitación», o sea: ponte en camino para convertirte, para hacer el bien; y el «don», es decir: «te daré el perdón más grande, te cambiaré, te purificaré»— el Papa pasó a la tercera palabra, el «fingimiento». Al releer el

pasaje del Evangelio de san Mateo (23, 1-12) donde Jesús habla de los escribas y fariseos, el Papa Francisco hizo notar que «también nosotros somos astutos», como pecadores: «siempre encontramos un camino que no es el justo, para aparentar ser más justos de lo que somos: es el camino de la hipocresía».

Precisamente a esto se refiere Jesús en el pasaje propuesto por la liturgia. Él habla «de los hombres a los que les gusta alardear de justos: los fariseos, los doctores de la ley, que

dicen las cosas justas, pero hacen lo contrario». A estos «astutos», explicó el Pontífice, les gusta «la vanidad, el orgullo, el poder, el dinero». Y son «hipócritas» porque «fingen convertirse, pero su corazón es una mentira: son mentirosos». En efecto, «su corazón no pertenece al Señor; pertenece al padre de todas las mentiras, a Satanás. Y este es el “fingimiento” de la santidad».

Es una actitud contra la cual Jesús usó siempre palabras muy claras. Él, de hecho,

prefería «mil veces» a los pecadores en vez de los hipócritas. Al menos «los pecadores decían la verdad sobre sí mismos: “apártate de mí Señor que soy un pecador”» (Lc 5, 8). Así, recordó el Pontífice, había hecho «Pedro, una vez». Un reconocimiento que, en cambio, no está jamás en la boca de los hipócritas, quienes dicen: «Te agradezco, Señor, porque no soy pecador, porque soy justo» (Lc 18, 11). Estas son las tres palabras sobre las que hay que «meditar» en esta segunda

semana de Cuaresma: «la invitación a la conversión; el don que nos dará el Señor, es decir, un gran perdón»; y «la “trampa”, es decir, “fingir” convertirse y tomar la dirección de la hipocresía». Con estas tres palabras en el corazón se puede participar en la Eucaristía, «nuestra acción de gracias», en la cual se oye «la invitación del Señor: “Ven hacia mí, cómeme. Yo cambiaré tu vida. Sé justo, haz el bien pero, por favor, cuídate de la levadura de los fariseos, de la hipocresía».



*5 de marzo de 2015. Sin nombre.*

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 13 de marzo de 2015

Ser mundanos significa perder el propio nombre hasta tener los ojos del alma «oscurecidos», anestesiados, hasta el punto de ya no ver a las personas que nos rodean. Sobre este «pecado» el Papa

Francisco puso en guardia en la misa que celebró el jueves 5 de marzo, por la mañana, en Santa Marta.

«La liturgia cuaresmal de hoy nos propone dos historias, dos juicios y tres nombres», destacó inmediatamente el Papa Francisco. Las «dos historias» son las de la parábola del rico y del mendigo Lázaro, narrada por san Lucas (16, 19-31). En especial, afirmó el Papa, la primera historia es «la del hombre rico que vestía de púrpura y de lino finísimo» y «se concedía

placeres», en tal medida que «banqueteaba cada día». En realidad el texto, precisó el Papa Francisco, «no dice que haya sido malo»: más bien «era un hombre de vida acomodada, se daba a la buena vida». En el fondo «el Evangelio no dice que se divertiera en abundancia»; su vida era más bien «una vida tranquila, con los amigos». Tal vez «si tenía a los padres, seguramente les enviaba bienes para que tuviesen lo necesario para vivir». Y quizá «era también un hombre

religioso, a su estilo. Recitaba, tal vez, alguna oración; y dos o tres veces al año seguramente iba al templo para ofrecer los sacrificios y daba grandes donativos a los sacerdotes». Y «ellos, con esa pusilanimidad clerical le agradecían y le hacían tomar asiento en el sitio de honor». Esto era «socialmente» el sistema de vida del hombre rico presentado por san Lucas. Está luego «la segunda historia, la de Lázaro», el pobre mendigo que estaba ante la puerta del rico. ¿Cómo es

posible que ese hombre no se diese cuenta que debajo de su casa estaba Lázaro, pobre y hambriento? Las llagas de las que habla el Evangelio, destacó el Papa, son «un símbolo de las numerosas necesidades que tenía». En cambio, «cuando el rico salía de casa, tal vez el coche con el que salía tenía los cristales oscuros para no ver hacia fuera». Pero «seguramente su alma, los ojos de su alma estaban oscurecidos para no ver». Y así el rico «veía sólo su vida y no se daba cuenta de lo que sucedía» a

Lázaro.

Al fin de cuentas, afirmó el Papa Francisco, «el rico no era malo, estaba enfermo: enfermo de mundanidad». Y «la mundanidad transforma las almas, hace perder la conciencia de la realidad: viven en un parábola del rico y del mendigo Lázaro,, construido por ellos». La mundanidad «anestesia el alma». Y «por eso, ese hombre mundano no era capaz de ver la realidad». Por ello, explicó el Papa, «la segunda historia es clara»: hay «muchas personas que

conducen su vida de forma difícil», pero «si yo tengo el corazón mundano, jamás comprenderé esto». Por lo demás, «con el corazón mundano» no se pueden comprender «la carencia y la necesidad de los demás. Con el corazón mundano se puede ir a la iglesia, se puede rezar, se pueden hacer muchas cosas». Pero Jesús, en la oración de la última Cena, ¿qué pidió? «Por favor, Padre, cuida a estos discípulos», de modo «que no caigan en el mundo, no caigan en la mundanidad». Y la

mundanidad «es un pecado sutil, es más que un pecado: es un estado pecaminoso del alma».

«Estas son las dos historias» presentadas por la liturgia, resumió el Pontífice. En cambio, «los dos juicios» son «una maldición y una bendición». En la primera lectura, tomada de Jeremías (17, 5-10) se lee: «Maldito quien confía en el hombre, y busca apoyo en las criaturas, apartando su corazón del Señor». Pero esto, puntualizó el Papa Francisco, es

precisamente el perfil del «mundano que hemos visto» en el hombre rico. Y «al final, ¿cómo será» este hombre? La Escritura lo define «como un cardo en la estepa: no verá llegar el bien, “habitará en un árido desierto” —su alma es desierta— “en una tierra salobre, donde nadie puede vivir”». Y todo esto «porque los mundanos, en verdad, están solos con su egoísmo».

En el texto de Jeremías está luego también la bendición: «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su

confianza. Será un árbol plantado junto al agua», mientras que el otro «era como un cardo en la estepa». Y, luego, he aquí «el juicio final: nada es más falso y enfermo que el corazón y difícilmente se cura: ese hombre tenía el corazón enfermo, tan apegado a este modo de vivir mundano que difícilmente podía curarse».

Después de las «dos historias» y los «dos juicios» el Papa Francisco volvió a proponer también «los tres nombres» sugeridos en el Evangelio: «son

los del pobre, Lázaro, Abrahán y Moisés». Con una ulterior clave de lectura: el rico «no tenía nombre, porque los mundanos pierden el nombre». Son sólo un elemento «de la multitud acomodada que no necesita nada». En cambio un nombre lo tienen «Abrahán, nuestro padre, Lázaro, el hombre que lucha por ser bueno y pobre y carga con numerosos dolores, y Moisés, quien nos da la ley». Pero «los mundanos no tienen nombre. No han escuchado a Moisés», porque sólo necesitan

manifestaciones  
extraordinarias.

«En la Iglesia —continuó el Pontífice— todo está claro, Jesús habló claramente: ese es el camino». Pero «al final hay una palabra de consuelo: cuando ese pobre hombre mundano, en los tormentos, pidió que mandasen a Lázaro con un poco de agua para ayudarlo», Abrahán, que es la figura de Dios Padre, responde: «Hijo, recuerda...». Así, pues, «los mundanos han perdido el nombre» y «también nosotros, si tenemos el corazón

mundano, hemos perdido el nombre». Pero «no somos huérfanos. Hasta el final, hasta el último momento existe la seguridad de que tenemos un Padre que nos espera.

Encomendémonos a Él». Y el Padre se dirige a nosotros diciéndonos «hijo», incluso «en medio de esa mundanidad: hijo». Y esto significa que «no somos huérfanos».

«En la oración al inicio de la misa —dijo por último el Papa Francisco— hemos pedido al Señor la gracia de orientar nuestro corazón hacia Él, que

es Padre». Y así, concluyó,  
«continuamos la celebración de  
la misa pensando en estas dos  
historias, en estos dos juicios,  
en los tres nombres; pero,  
sobre todo, en la hermosa  
palabra que siempre se  
pronunciará hasta el último  
momento: hijo».

**9 de marzo de 2015. Nada de espectáculo.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 13 de marzo de 2015

El estilo de Dios es la «sencillez»: inútil buscarlo en el «espectáculo mundano». También en nuestra vida Él obra siempre «en la humildad, en el silencio, en las cosas pequeñas». Esta es la reflexión

cuaresmal que el Papa Francisco quiso proponer en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el lunes 9 de marzo.

Como de costumbre, el Pontífice partió de la liturgia de la palabra en la que, observó, «existe una palabra común» en las dos lecturas: «la ira; la indignación». En el Evangelio de san Lucas (4, 24-30) se narra el episodio donde «Jesús vuelve a Nazaret, va a la sinagoga y comienza a hablar». En un primer momento «toda la gente lo escuchaba con

amor, feliz» y estaba asombrada de las palabras de Jesús: «estaban contentos». Pero Jesús prosigue con su discurso «y reprende la falta de fe de su pueblo; recuerda cómo esta falta es también histórica» haciendo referencia al tiempo de Elías (cuando —recordó el Papa— «había tantas viudas», pero Dios envió al profeta «a un viuda de un país pagano») y a la purificación de Naamán el sirio, narrada en la primera lectura tomada del segundo libro de los Reyes (5, 1-15). Inicia así la dinámica entre las

expectativas de la gente y la respuesta de Dios que estuvo en el centro de la homilía del Pontífice. En efecto, explicó el Papa Francisco, mientras la gente «escuchaba con gusto lo que decía Jesús», a alguien «no le gustó lo que decía» y «quizá algún hablador se alzó y dijo: ¿pero este de qué viene a hablarnos? ¿Dónde estudió para que nos diga estas cosas? Que nos haga ver su licenciatura. ¿En qué universidad estudió? Este es el hijo del carpintero y lo conocemos bien».

Explotan así «la furia» y «la violencia»: se lee en el Evangelio que «lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta un precipicio del monte» para despeñarlo. Pero, se preguntó el Pontífice, «la admiración, el estupor» ¿cómo pasaron «a la ira, a la furia, a la violencia?». Es lo que sucede también al general sirio de quien se escribe en el segundo libro de los Reyes: «Este hombre tenía fe, sabía que el Señor lo curaría. Pero cuando el profeta le dice “ve, báñate”, se indigna». Tenía otras

expectativas, explicó el Papa, y en efecto pensaba en Eliseo: «Al estar de pie, invocará el nombre del Señor su Dios, agitará su mano hacia la parte enferma y me quitará la lepra... Pero nosotros tenemos ríos más hermosos que el Jordán». Y así se marcha. Sin embargo, «los amigos le hacen entrar en razón» y, tras regresar, se cumple el milagro. Dos experiencias distantes en el tiempo pero muy similares: «¿Qué quería esta gente, estos de la sinagoga, y este sirio?» preguntó el Papa Francisco. Por

una parte «a los de la sinagoga Jesús les reprende la falta de fe», tanto que el Evangelio subraya cómo «Jesús allí, en ese lugar, no hizo milagros, por la falta de fe». Por otro, Naamán «tenía fe, pero una fe especial». En cualquier caso, destacó el Papa Francisco, todos buscaban lo mismo: «Querían el espectáculo». Pero «el estilo del buen Dios no es hacer espectáculo: Dios actúa en la humildad, en el silencio, en las cosas pequeñas». No por casualidad, al sirio, «la noticia de la posible curación le llega

de una esclava, una joven, que era la criada de su mujer, de una humilde jovencita». Al respecto comentó el Papa: «Así va el Señor: por la humildad. Y si vemos toda la historia de la salvación, encontraremos que siempre el Señor obra así, siempre, con las cosas sencillas».

Para hacer comprender mejor este concepto, el Pontífice hizo referencia a otros diversos episodios de las Escrituras. Por ejemplo, observó, «en la narración de la creación no se dice que el Señor cogiera la

varita mágica», no dijo: «Hagamos al hombre» y el hombre fue creado. Dios, en cambio, «lo hizo con el barro y su trabajo, sencillamente». Y, así, «cuando quiso liberar a su pueblo, lo liberó a través de la fe y la confianza de un hombre, Moisés». Del mismo modo, «cuando quiso hacer caer la poderosa ciudad de Jericó, lo hizo a través de una prostituta». Y «también para la conversión de los samaritanos, pidió el trabajo de otra pecadora». En realidad, el Señor desplaza

siempre al hombre. Cuando «invitó a David a luchar contra Goliath, parecía una locura: el pequeño David ante aquel gigante, que tenía una espada, tenía muchas cosas, y David solamente la honda y las piedras». Lo mismo sucede «cuando dijo a los Magos que había nacido precisamente el rey, el gran rey». ¿Qué encontraron? «Un niño, un establo». Por lo tanto, destacó el obispo de Roma, «las cosas simples, la humildad de Dios, este es el estilo divino, nunca el espectáculo».

Por lo demás, explicó, la del «espectáculo» fue precisamente «una de las tres tentaciones de Jesús en el desierto». Satanás le dijo, en efecto: «Ven conmigo, subamos al alero del templo; tú te tiras y todos verán el milagro y creerán en ti». El Señor, en cambio, se revela «en la sencillez, en la humildad». Entonces, concluyó el Papa Francisco, «nos hará bien en esta Cuaresma pensar en nuestra vida sobre cómo el Señor nos ayudó, cómo el Señor nos hizo seguir adelante,

y encontraremos que siempre lo hizo con cosas sencillas». Incluso podrá parecernos que todo sucedió «como si fuera una casualidad». Porque «el Señor hace las cosas sencillamente. Te habla silenciosamente al corazón». Resultará útil, por lo tanto, en este período recordar «las numerosas veces» que en nuestra vida «el Señor nos visitó con su gracia» y hemos entendido que la humildad y la sencillez son su «estilo». Esto, explicó el Papa, vale no solamente en la vida diaria,

sino también «en la celebración litúrgica, en los sacramentos», en los cuales «es bello que se manifieste la humildad de Dios y no el espectáculo mundano».

*10 de marzo de 2015. **Puerta abierta.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 13 de marzo de 2015

«Pedir perdón no es un simple pedir disculpas». No es fácil, así como «no es fácil recibir el perdón de Dios: no porque Él no quiera dárnoslo, sino porque nosotros cerramos la puerta no perdonando» a los demás. En la

homilía de la misa en Santa Marta del martes 10 de marzo, el Papa Francisco añadió una tesela a la reflexión sobre el camino penitencial que caracteriza la Cuaresma: el tema del perdón.

La reflexión partió del pasaje de la primera lectura, tomada del libro del profeta Daniel (3, 25.34-43), donde se lee que el profeta Azarías «pasaba un momento de prueba y recordó la prueba de su pueblo, que era esclavo». Pero, puntualizó el Pontífice, el pueblo «no era esclavo por casualidad: era

esclavo porque había abandonado la ley del Señor, porque había pecado». Por ello Azarías reza así: «Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia... Ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. Hoy pedimos misericordia». Es decir, Azarías «se arrepiente. Pide perdón por el pecado de su pueblo». Así, pues, el profeta «no se lamenta

ante Dios en la prueba», no dice: «Pero tú eres injusto con nosotros, mira lo que sucede ahora...». Él, en cambio, afirma: «Hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados y nos merecemos esto». He aquí el detalle fundamental: Azarías «tenía conciencia de pecado». El Papa hizo notar luego también que Azarías no dice al Señor: «Disculpa, nos hemos equivocado». En efecto, «pedir perdón es otro cosa, es algo distinto que pedir disculpas». Se trata de dos actitudes

diferentes: el primero se limita a pedir disculpas, el segundo implica el reconocimiento de haber pecado.

El pecado, en efecto, «no es un simple error. El pecado es idolatría», es adorar a los «numerosos ídolos que tenemos»: el orgullo, la vanidad, el dinero, el «yo mismo», el bienestar. He aquí porqué Azarías no pide simplemente disculpas, sino que «pide perdón».

El pasaje del evangelio de san Mateo (18, 21-35) llevó al Papa Francisco a afrontar la otra

cara del perdón: del perdón que se pide a Dios al perdón que se ofrece a los hermanos. Pedro plantea una pregunta a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo?». En el Evangelio «no son muchos los momentos en los que una persona pide perdón», explicó el Papa, recordando algunos de estos episodios. Está, por ejemplo, «la pecadora que llora sobre los pies de Jesús, lava los pies con sus lágrimas y los seca con sus cabellos»: en ese caso, dijo el Pontífice, «la mujer

había pecado mucho, había amado mucho y pide perdón». Luego se podría recordar el episodio en el que Pedro, «tras la pesca milagrosa, dice a Jesús: “Aléjate de mí, que soy un pecador”»: allí él «se da cuenta de que no se había equivocado, que había otra cosa dentro de él». También, se puede volver a pensar en el momento en el que «Pedro llora, la noche del Jueves santo, cuando Jesús lo mira». En todo caso, son «pocos los momentos en los que se pide perdón». Pero en el pasaje

propuesto por la liturgia Pedro pregunta al Señor cuál debe ser la medida de nuestro perdón: «¿Sólo siete veces?». Jesús responde al apóstol «con un juego de palabras que significa "siempre": setenta veces siete, es decir, tú debes perdonar siempre». Aquí, subrayó el Papa Francisco, se habla de «perdonar», no simplemente de pedir disculpas por un error: perdonar «a quien me ha ofendido, a quien me hizo mal, a quien con su maldad hirió mi vida, mi corazón».

He aquí entonces la pregunta para cada uno de nosotros: «¿Cuál es la medida de mi perdón?». La respuesta puede venir de la parábola relatada por Jesús, la del hombre «a quien se le perdonó mucho, mucho, mucho, mucho dinero, mucho, millones», y que luego, bien «contento» con su perdón, salió y «encontró a un compañero que tal vez tenía una deuda de 5 euros y lo mandó a la cárcel». El ejemplo es claro: «Si yo no soy capaz de perdonar, no soy capaz de pedir perdón». Por ello «Jesús

nos enseña a rezar así al Padre: "Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden"».

¿Qué significa en concreto? El Papa Francisco respondió imaginando el diálogo con un penitente: «Pero, padre, yo me confieso, voy a confesarme... — ¿Y qué haces primero de confesarte? — Pienso en las cosas que hice mal. — Está bien. — Luego pido perdón al Señor y prometo no volver hacerlo... — Bien. ¿Y luego vas al sacerdote?». Pero antes «te

falta una cosa: ¿has perdonado a los que te han hecho mal?». Si la oración que se nos ha sugerido es: «Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los demás», sabemos que «el perdón que Dios te dará» requiere «el perdón que tú das a los demás».

Como conclusión, el Papa Francisco resumió así la meditación: ante todo, «pedir perdón no es un simple pedir disculpas» sino que «es ser consciente del pecado, de la idolatría que construí, de las

muchas idolatrías»; en segundo lugar, «Dios siempre perdona, siempre», pero pide que también yo perdone, porque «si yo no perdono», en cierto sentido es como si cerrase «la puerta al perdón de Dios». Una puerta, en cambio, que debemos mantener abierta: dejemos entrar el perdón de Dios a fin de que podamos perdonar a los demás.

*12 de marzo de 2015.*

## ***Corazones petrificados.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
11, viernes 13 de marzo de  
2015

Ninguna componenda: o nos  
dejamos amar «por la  
misericordia de Dios» o  
elegimos el camino «de la  
hipocresía» y hacemos lo que  
queremos dejando que nuestro  
corazón «se endurezca» cada

vez más. Es la historia de la relación entre Dios y el hombre, desde los tiempos de Abel hasta nuestros días, en el centro de la reflexión propuesta por el Papa Francisco durante la misa en Santa Marta el jueves 12 de marzo.

El Pontífice partió de la oración del salmo responsorial —«No endurezcáis vuestro corazón»— y se preguntó: «¿Por qué sucede esto?». Para comprenderlo hizo referencia ante todo a la primera lectura tomada del libro del profeta Jeremías (7, 23-28) donde

está, por decirlo así, sintetizada la «historia de Dios». Y nos podríamos preguntar: ¿Cómo, «Dios tiene una historia?». ¿Cómo es posible visto que «Dios es eterno»? Es verdad, explicó el Papa Francisco, «pero desde el momento en que Dios entró en diálogo con su pueblo, entró en la historia».

Y la historia de Dios con su pueblo «es una historia triste» porque «Dios lo dio todo» y a cambio «sólo recibió cosas malas». El Señor había dicho: «Escuchad mi voz. Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis

mi pueblo. Seguid el camino que os señalo, y todo os irá bien». Ese era el «camino» hacia la felicidad. «Pero ellos no escucharon ni hicieron caso» y, es más, «caminaron según sus ideas, según la maldad de su obstinado corazón»: es decir, no querían «escuchar la Palabra de Dios». Esta opción, explicó el Papa, caracterizó toda la historia del pueblo de Dios: «pensemos en el asesinato, en la muerte de Abel, asesinado por su hermano, corazón malvado de envidia». Sin embargo, a pesar

de que el pueblo haya continuamente «dado la espalda» al Señor, Él afirma: «Yo no me he cansado». Y envía «con asidua atención» a los profetas. Aun así, sin embargo, los hombres no lo escucharon. Es más, se lee en la Escritura, «endurecieron la cerviz y fueron peores que sus padres». Y «la situación del pueblo de Dios empeoró, a través de las generaciones». El Señor dijo a Jeremías: «Ya puedes repetirles este discurso, seguro que no te escucharán; ya puedes gritarles, seguro que

no te responderán. Aún así les dirás: "Esta es la gente que no escucha la voz del Señor, su Dios, y no quiso escarmentar». Y luego, destacó el Papa, añadió una palabra «terrible: "Ha desaparecido la fidelidad... Vosotros no sois un pueblo fiel"». Aquí, comentó el Papa Francisco, parece que Dios llorase: «Te he amado tanto, te he dado tanto y tú... todo en contra de mí». Un llanto que recuerda el de Jesús «contemplando Jerusalén». Por lo demás, explicó el Pontífice, «en el corazón de Jesús estaba

toda esta historia, donde la fidelidad había desaparecido». Una historia de infidelidad que atañe «nuestra historia personal», porque «nosotros hacemos nuestra voluntad. Pero haciendo esto, en el camino de la vida seguimos una senda de endurecimiento: el corazón se endurece, se petrifica. La palabra del Señor no entra. El pueblo se aleja». Por ello, dijo el Papa, «hoy, en este día cuaresmal, podemos preguntarnos: ¿Escucho la voz del Señor, o hago lo que yo quiero, lo que me gusta?».

El consejo del salmo responsorial –«No endurezcáis vuestro corazón»– se vuelve a encontrar «muchas veces en la Biblia» donde, para explicar la «infidelidad del pueblo», se usa a menudo «la figura de la adúltera». El Papa Francisco recordó, por ejemplo, el pasaje famoso de Ezequiel 16: «Toda una historia de adulterio, es la tuya. Tú, pueblo, no fuiste fiel a mí, eres un pueblo adúltero». O también las muchas veces en que Jesús «reprochaba a los discípulos ese corazón endurecido», como hizo con los

de Emaús: «¡Qué necios y torpes sois!».

El corazón malvado –explicó el Pontífice al recordar que «todos tenemos un pedacito»– «no nos deja entender el amor de Dios. Nosotros queremos ser libres», pero «con una libertad que al final nos hace esclavos, y no con la libertad del amor que nos ofrece el Señor».

Esto, subrayó el Papa, sucede también en las «instituciones»: por ejemplo, «Jesús cura a una persona, pero el corazón de estos doctores de la ley, de estos sacerdotes, de este

sistema legal era muy duro, siempre buscaban excusas». Y, así, le dicen: «Pero, tú arrojas a los demonios en nombre del demonio». Tú eres un brujo demoníaco. Son los legalistas «que creen que la vida de la fe se regula solamente por las leyes que hacen ellos». Para ellos «Jesús usa esa palabra: hipócritas, sepulcros blanqueados, muy hermosos por fuera pero por dentro llenos de podredumbre y de hipocresía».

Lamentablemente, dijo el Papa Francisco, lo mismo «ocurrió en

la historia de la Iglesia». Pensemos «en la pobre Juana de Arco: hoy es santa. Pobrecita: estos doctores la quemaron viva, porque decían que era herética». O incluso más cercano en el tiempo, pensemos «en el beato Rosmini: todos sus libros al Índice. No se podían leer, era pecado leerlos. Hoy es beato». Al respecto el Pontífice destacó que así como «en la historia de Dios con su pueblo, el Señor enviaba a los profetas para decir que amaba a su pueblo», así «en la Iglesia, el Señor

envía a los santos». Son ellos «los que llevan adelante la vida de la Iglesia: son los santos. No son los poderosos, no son los hipócritas». Son «el hombre santo, la mujer santa, el niño, el joven santo, el sacerdote santo, la religiosa santa, el obispo santo...»: es decir, los «que no tienen el corazón endurecido», sino «siempre abierto a la palabra de amor del Señor», los que «no tienen miedo de dejarse acariciar por la misericordia de Dios. Por eso los santos son hombres y mujeres que comprenden

tantas miserias, tantas miserias humanas, y acompañan al pueblo de cerca. No desprecian al pueblo».

Con este pueblo que «perdió la fidelidad» el Señor es claro: «El que no está conmigo, está contra mí». Alguien podría preguntar: «¿Pero no existirá otro camino de componenda, un poco de aquí y un poco de allá?». No, dijo el Pontífice, «o estás en la senda del amor, o estás en la senda de la hipocresía. O te dejas amar por la misericordia de Dios, o haces lo que quieres según tu

corazón, que se endurece cada vez más por esta senda». No existe, afirmó, «una tercera senda posible: o eres santo, o vas por el otro camino». Y quien «no recoge» con el Señor, no sólo «deja las cosas», sino «peor: desparrama, arruina. Es un corruptor. Es un corrupto, que corrompe».

Por esta infidelidad «Jesús llora por Jerusalén» y «por cada uno de nosotros». En el capítulo 23 de san Mateo, recordó el Papa concluyendo, se lee una maldición «terrible» contra los

«dirigentes que tienen el corazón endurecido y quieren endurecer el corazón del pueblo». Dice Jesús: «Así recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel. Serán culpables de tanta sangre inocente, derramada por su maldad, su hipocresía, su corazón corrupto, endurecido, petrificado».

*16 de marzo de 2015. **Cómo se cambia.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 20 de marzo de 2015

Nosotros somos el «sueño de Dios» que, enamorado de verdad, quiere «cambiar nuestra vida». Precisamente por amor. Sólo nos pide tener fe para dejarlo obrar. Y así, «sólo podemos llorar de

alegría» ante un Dios que nos «re-crea», dijo el Papa Francisco en la misa celebrada el lunes 16 de marzo, en la capilla de la Casa Santa Marta. En la primera lectura, tomada de Isaías (65, 17-21) «el Señor nos dice que crea cielos nuevos y tierra nueva, es decir, “re-crea” las cosas», destacó el Papa Francisco, al recordar también que «muchas veces hemos hablado de estas “dos creaciones” de Dios: la primera, la que se hizo en seis días, y la segunda, cuando el Señor “rehace” el mundo, arruinado

por el pecado, en Jesucristo».

Y, destacó, «hemos dicho muchas veces que esta segunda es más maravillosa que la primera». En efecto, explicó el Papa, «la primera ya es una creación maravillosa; pero la segunda, en Cristo, es aún más maravillosa».

En la meditación, sin embargo, el Papa Francisco eligió detenerse «en otro aspecto», a partir precisamente del pasaje de Isaías en el cual, explicó, «el Señor habla de lo que hará: un cielo nuevo, una tierra nueva». Y «encontramos que el Señor

tiene mucho entusiasmo: habla de alegría y dice una palabra: "Me regocijaré con mi pueblo"». En esencia, «el Señor piensa en lo que hará, piensa que Él, Él mismo gozará de la alegría con su pueblo». Así «es como si fuese un "sueño" del Señor, como si el Señor "soñase" acerca de nosotros: cuán hermoso será cuando estemos todos juntos, cuando nos encontraremos allá o cuando esa persona, la otra o la otra caminará...».

Precisando aún más su razonamiento, el Papa

Francisco recurrió a «una metáfora que nos pueda hacer comprender: es como si una joven con su novio o el joven con su novia pensase: cuando estaremos juntos, cuando nos casemos...». He aquí, precisamente, «el “sueño” de Dios: Dios piensa en cada uno de nosotros, nos quiere mucho, sueña con nosotros, sueña con la alegría de la que gozará con nosotros». Y es precisamente «por esto que el Señor quiere “re-crearnos”, hacer de nuevo nuestro corazón, “re-crear” nuestro corazón para hacer

triunfar la alegría».

Todo esto condujo al Papa a sugerir alguna pregunta:

«¿Habéis pensado alguna vez: el Señor sueña conmigo, piensa en mí, yo estoy en la mente, en el corazón del Señor, el Señor es capaz de cambiarme la vida?». Isaías, añadió el Papa Francisco, nos dice también que el Señor «hace muchos proyectos: construiremos casas, plantaremos viñas, comeremos juntos: todos esos proyectos típicos de un enamorado».

Por lo demás, «el Señor se

manifiesta enamorado de su pueblo» llegando incluso a decir: «Pero yo no te elegí porque tú eres el más fuerte, el más grande, el más poderoso; sino que te elegí porque tú eres el más pequeño de todos». Es más, «se podría decir: el más miserable de todos. Pero te elegí así, y esto es el amor». «De allí —afirmó el Papa— este continuo querer del Señor, este deseo suyo de cambiar nuestra vida. Y nosotros podemos decir, si escuchamos esta invitación del Señor: “Cambiaste mi luto en danzas”», o sea las palabras

«que rezamos» en el Salmo 29. «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado» dice también el Salmo, reconociendo de este modo que el Señor «es capaz de cambiarnos, por amor: está enamorado de nosotros».

«Creo que no existe un teólogo que pueda explicar esto: no se puede explicar», destacó el Papa Francisco. Porque «sobre esto sólo se puede reflexionar, sentir y llorar de alegría: el Señor nos puede cambiar». A este punto surge espontáneo preguntarse: ¿qué debo hacer? La respuesta es clara: «Creer,

creer que el Señor puede cambiarme, que Él puede». Exactamente lo que hizo con el funcionario del rey que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún, como relata san Juan en su Evangelio (4, 43-54). Ese hombre, se lee, a Jesús le «pedía que bajase a curar a su hijo, porque estaba por morir». Y Jesús le respondió: «Anda, tu hijo vive». Así, pues, ese padre «creyó en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino: creyó, creyó que Jesús tenía el poder de curar a su niño. Y tuvo razón».

«La fe —explicó el Papa Francisco— es dejar espacio a este amor de Dios; es dejar espacio al poder, al poder de Dios, al poder de alguien que me ama, que está enamorado de mí y desea la alegría conmigo. Esto es la fe. Esto es creer: es dejar espacio al Señor para que venga y me cambie». El Papa concluyó con una significativa anotación: «Es curioso: este fue el segundo milagro que hizo Jesús. Y lo hizo en el mismo sitio que había hecho el primero, en Caná de Galilea». En el pasaje

del Evangelio de hoy se lee: «Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino». De nuevo «en Caná de Galilea cambia incluso la muerte de este niño en vida». De verdad, dijo el Papa Francisco, «el Señor puede cambiarnos, quiere cambiarnos, ama cambiarnos. Y esto, por amor». A nosotros, concluyó, «sólo nos pide nuestra fe: es decir, dejar espacio a su amor para que pueda obrar y realizar un cambio de vida en nosotros».

***17 de marzo de 2015. No cerréis esa puerta.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 20 de marzo de 2015

La Cuaresma es tiempo propicio para pedir al Señor, «para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia», la «conversión a la misericordia de Jesús».

Demasiadas veces, en efecto, los cristianos «son especialistas

en cerrar las puertas a las personas» que, debilitadas por la vida y por sus errores, estarían, en cambio, dispuestas a recomenzar, «personas a las cuales el Espíritu Santo mueve el corazón para seguir adelante».

La ley del amor está en el centro de la reflexión que el Papa Francisco desarrolló, el martes 17 de marzo, por la mañana, en Santa Marta, a partir de la liturgia del día. Una Palabra de Dios que parte de una imagen: «el agua que cura». En la primera lectura el

profeta Ezequiel (47, 1-9.12) habla, en efecto, del agua que brota del templo, «un agua bendecida, el agua de Dios, abundante como la gracia de Dios: abundante siempre». El Señor, en efecto, explicó el Papa, es generoso «al dar su amor, al sanar nuestras llagas».

El agua está presente también en el Evangelio de san Juan (5, 1-16) donde se narra acerca de una piscina —«llamada en hebreo *Betseda*»— caracterizada por «cinco soportales, bajo los cuales

estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos». En ese sitio, en efecto, «había una tradición» según la cual «de vez en cuando bajaba del cielo un ángel» a mover las aguas, y los enfermos «que se tiraban allí» en ese momento «quedaban curados».

Por ello, explicó el Pontífice, «había tanta gente». Y, así, se encontraba también en ese sitio «un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años». Estaba allí esperando y Jesús le preguntó:

«¿Quieres quedar sano?». El enfermo respondió: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua, cuando viene el ángel. Para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Es decir, quien se presenta a Jesús es «un hombre derrotado» que «había perdido la esperanza». Enfermo, pero —destacó el Papa Francisco— «no sólo paralítico»: estaba enfermo de «otra enfermedad muy mala», la acedia.

«Es la acedia la que hacía que estuviese triste, que sea

perezoso», destacó. Otra persona, en efecto, hubiese «buscado el camino para llegar a tiempo, como el ciego en Jericó, que gritaba, gritaba, y querían hacerle callar y gritaba más fuerte: encontró el camino». Pero él, postrado por la enfermedad desde hacía treinta y ocho años, «no tenía ganas de curarse», no tenía «fuerzas». Al mismo tiempo, tenía «amargura en el alma: "Pero el otro llega antes que yo y a mí me dejan a un lado"». Y tenía «también un poco de resentimiento». Era «de verdad

un alma triste, derrotada, derrotada por la vida».

«Jesús tiene misericordia» de este hombre y lo invita: «Levántate. Levántate, acabemos esta historia; toma tu camilla y echa a andar». El Papa Francisco describió la siguiente escena: «Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Pero estaba tan enfermo que no lograba creer y tal vez caminaba un poco dudoso con su camilla sobre los hombros». A este punto entraron en juego otros personajes: «Era sábado,

¿qué encontró ese hombre? A los doctores de la ley», quienes le preguntaron: «¿Por qué llevas esto? No se puede, hoy es sábado». Y el hombre respondió: «¿Sabes? Estoy curado». Y añadió: «El que me ha curado es quien me ha dicho: "Toma tu camilla"». Sucede, por lo tanto, un hecho extraño: «esta gente en lugar de alegrarse, de decir: "¡Qué bien! ¡Felicidades!"», se pregunta: «¿Quién es este hombre?». Los doctores comienzan «una investigación» y discuten: «Veamos lo que

sucedió aquí, pero la ley... Debemos custodiar la ley». El hombre, por su parte, sigue caminando con su camilla, «pero un poco triste». Comentó el Papa: «Soy malo, pero algunas veces pienso qué hubiese sucedido si este hombre hubiese dado un buen cheque a esos doctores. Hubiesen dicho: "Sigue adelante, sí, sí, por esta vez sigue adelante"».

Continuando con la lectura del Evangelio, tenemos a Jesús que «encuentra a este hombre más tarde y le dice: "Mira, has

quedado sano, pero no vuelvas atrás —es decir, no peques más — para que no te suceda algo peor. Sigue adelante, sigue caminando hacia adelante”». Y el hombre fue a los doctores de la ley para decir: «La persona, el hombre que me curó se llama Jesús. Es Aquel». Y se lee: «Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado». De nuevo comentó el Papa Francisco: «Porque hacía el bien también el sábado, y no se podía hacer». Esta historia, dijo el Papa

actualizando su reflexión, «se repite muchas veces en la vida: un hombre —una mujer— que se siente enfermo en el alma, triste, que cometió muchos errores en la vida, en un cierto momento percibe que las aguas se mueven, está el Espíritu Santo que mueve algo; u oye una palabra». Y reacciona: «Yo quisiera ir». Así, «se arma de valor y va». Pero ese hombre «cuántas veces hoy en las comunidades cristianas encuentra las puertas cerradas». Tal vez escucha que le dicen: «Tú no puedes, no, tú

no puedes; tú te has equivocado aquí y no puedes. Si quieres venir, ven a la misa del domingo, pero quédate allí, no hagas nada más». Sucede de este modo que «lo que hace el Espíritu Santo en el corazón de las personas, los cristianos con psicología de doctores de la ley lo destruyen».

El Pontífice dijo estar disgustado por esto, porque, destacó, la Iglesia «es la casa de Jesús y Jesús acoge, pero no sólo acoge: va a al encuentro de la gente», así como «fue a buscar» a ese hombre. «Y si la

gente está herida —se preguntó—, ¿qué hace Jesús?, ¿la reprende diciéndole: por qué está herida? No, va y la carga sobre los hombros». Esto, afirmó el Papa, «se llama misericordia». Precisamente de esto habla Dios cuando «reprende a su pueblo: "Misericordia quiero, no sacrificios"».

Como es costumbre, el Pontífice concluyó la reflexión sugiriendo un compromiso para la vida cotidiana: «Estamos en Cuaresma, tenemos que convertirnos». Alguien, dijo,

podría reconocer: «Padre, hay tantos pecadores por la calle: los que roban, los que están en los campos nómadas... —por decir algo— y nosotros despreciamos a esta gente». Pero a este se le debe decir: «¿Y tú quién eres? ¿Y tú quién eres, que cierras la puerta de tu corazón a un hombre, a una mujer, que tiene ganas de mejorar, de volver al pueblo de Dios, porque el Espíritu Santo ha obrado en su corazón?». Incluso hoy hay cristianos que se comportan como los doctores de la ley y «hacen lo mismo

que hacían con Jesús», objetando: «Pero este, este dice una herejía, esto no se puede hacer, esto va contra la disciplina de la Iglesia, esto va contra la ley». Y así cierran las puertas a muchas personas. Por ello, concluyó el Papa, «pidamos hoy al Señor» la «conversión a la misericordia de Jesús»: sólo así «la ley estará plenamente cumplida, porque la ley es amar a Dios y al prójimo, como a nosotros mismos».

***23 de marzo de 2015. Tres mujeres y tres jueces.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 27 de marzo de 2015

«Donde no hay misericordia, no hay justicia». Quien paga por la falta de misericordia es, también hoy, el pueblo de Dios que sufre cuando encuentra «jueces especuladores, viciosos y rígidos» incluso en la Iglesia

que es «santa, pecadora, necesitada». Lo dijo el Papa el lunes 23 de marzo en la misa celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta.

El Papa Francisco destacó inmediatamente que las lecturas propuestas por la liturgia —tomadas del libro de Daniel (13, 1-9.15-17.19-30.33-62) y del Evangelio de san Juan (8, 1-11)— «nos hacen ver dos juicios a dos mujeres». Pero, añadió, «yo me permito recordar otro juicio que se refiere a una mujer: el que Jesús nos relata en el

capítulo 18 de san Lucas». Así, pues, «hay tres mujeres y tres jueces: una mujer inocente, Susana; otra, pecadora, la adúltera; y una tercera, la del Evangelio de san Lucas, una pobre viuda». Y «las tres, según algunos padres de la Iglesia, son figuras alegóricas de la Iglesia: la Iglesia santa, la Iglesia pecadora y la Iglesia necesitada, porque las viudas y los huérfanos eran los más necesitados en ese tiempo». Precisamente por esto, explicó el Papa, «los padres piensan que sean figuras alegóricas de

la Iglesia».

En cambio «los tres jueces son malos, los tres». Y, continuó, «me urge destacar esto: en esa época el juez no era sólo un juez civil: era civil y religioso, era las dos cosas juntas, juzgaba las cuestiones religiosas y también las civiles». De este modo, «los tres eran corruptos: los que condujeron a la adúltera hasta Jesús, los escribas, los fariseos, los que hacían la ley y también emitían los juicios, tenían dentro del corazón la corrupción de la rigidez». Para

ellos, en efecto, «todo era la letra de la ley, lo que decía la ley, se sentían puros: la ley dice esto y se debe hacer esto...». Pero, destacó el Papa Francisco, «estos no eran santos; eran corruptos, corruptos porque una rigidez de ese tipo sólo puede seguir adelante en una doble vida». Tal vez precisamente los «que condenaban a estas mujeres luego iban a buscarlas por detrás, a escondidas, para divertirse un poco». Y el Papa quiso destacar también que «los rígidos son —uso el

adjetivo que Jesús les daba a ellos— hipócritas: llevan una doble vida». En tal medida que «los que juzgan, pensemos en la Iglesia —las tres mujeres son figuras alegóricas de la Iglesia —, los que juzgan con rigidez a la Iglesia tienen una doble vida. Con la rigidez ni siquiera se puede respirar».

Refiriéndose en especial al pasaje del libro de Daniel, el Papa recordó que ciertamente «no eran santos tampoco ninguno de aquellos dos» que acusaron injustamente a Susana. Y precisamente

«Daniel, a quien el Espíritu Santo mueve a profetizar, los llama "envejecidos en días y en crímenes"». A uno de ellos le dice también: «La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. Lo mismo hacíais con las mujeres israelitas, y ellas por miedo se acostaban con vosotros». En definitiva, los dos «eran jueces viciosos, tenían la corrupción del vicio, en este caso la lujuria». Y «se dice que cuando se tiene este vicio de la lujuria, con los años se hace más feroz, empeora». Por lo tanto, los dos jueces «estaban

corrompidos por los vicios». Y «del tercer juez —el del Evangelio de san Lucas que recordé hace un momento— Jesús dice que no temía a Dios y no le interesaba nadie: no le importaba nada, sólo le interesaba él mismo», afirmó el Papa Francisco. Era, en pocas palabras, «un especulador, un juez que con su trabajo de juzgar hacía los negocios». Y era por ello «un corrupto, un corrupto de dinero, de prestigio».

El problema de fondo, explicó el Papa es que estas tres personas

—tanto el «especulador» como «los viciosos» y los «rígidos»— «no conocían una palabra: no conocían lo que era la misericordia». Porque «la corrupción los conducía lejos del hecho de comprender la misericordia», de «ser misericordiosos». En cambio «la Biblia nos dice que en la misericordia está precisamente el justo juicio». Y así «las tres mujeres —la santa, la pecadora y la necesitada— sufren por esta falta de misericordia». Pero eso es válido «también hoy». Y lo toca con la mano «el

pueblo de Dios» que, «cuando encuentra a estos jueces, sufre un juicio sin misericordia, tanto en lo civil como en lo eclesiástico». Por lo demás, precisó el Papa, «donde no hay misericordia no hay justicia». Y así «cuando el pueblo de Dios se acerca voluntariamente para pedir perdón, para ser juzgado, cuántas veces, cuántas veces, encuentra a uno de estos». Encuentra «a los viciosos», por ejemplo, «que están allí, capaces también de tratar de explotarlos», y este «es uno de los pecados más graves». Pero

encuentra lamentablemente también a «los especuladores», a quienes «no les importa nada y no dan oxígeno a esa alma, no dan esperanza: a ellos no les interesa». Y encuentra «a los rígidos, que castigan en los penitentes de lo que esconden en su alma». He aquí, entonces, «a la Iglesia santa, pecadora, necesitada, y a los jueces corruptos: sean ellos especuladores, viciosos o rígidos». Y «esto se llama falta de misericordia».

Como conclusión, el Papa Francisco quiso «recordar una

de las palabras más bonitas del Evangelio, tomada precisamente del pasaje de san Juan, que me conmueve mucho: ¿Ninguno te ha condenado? —Ninguno, Señor. —Tampoco yo te condeno». Y precisamente esta expresión de Jesús —«Tampoco yo te condeno»— es «una de las palabras más hermosas porque está llena de misericordia».

*24 de marzo de 2015.*

***¿Cristianos? Sí, pero...***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
13, viernes 27 de marzo de  
2015

¿Cuántos se dicen cristianos  
pero no aceptan «el estilo» con  
el cual Dios quiere salvarnos?  
Son a quienes el Papa  
Francisco definió como  
«cristianos sí, pero...»,  
incapaces de comprender que

la salvación pasa por la cruz. Y Jesús en la cruz —explicó el Pontífice en la homilía de la misa que celebró en Santa Marta el martes 24 de marzo— es precisamente «el núcleo del mensaje de la liturgia de hoy». En el pasaje evangélico de san Juan (8, 21-30), Jesús dice: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre...» y, anunciando su muerte en la cruz, recuerda la serpiente de bronce que Moisés hizo elevar «para curar a los israelitas en el desierto», como se lee en la primera lectura tomada del

libro de los Números (21, 4-9). El pueblo de Dios esclavo en Egipto —explicó el Papa— había sido liberado: «Ellos habían visto verdaderos milagros. Y, cuando tuvieron miedo, en el momento de la persecución del faraón, cuando estuvieron ante el mar Rojo, vieron el milagro» que Dios había realizado para ellos. El «camino de liberación» comenzó con la alegría. Los israelitas «estaban contentos» porque fueron «liberados de la esclavitud», contentos porque «llevaban consigo la promesa de una tierra muy buena, una

tierra sólo para ellos» y porque «ninguno de ellos había muerto» en la primera parte del viaje. También las mujeres estaban contentas porque tenían con ellas «las joyas de las mujeres egipcias».

Pero a un cierto punto, continuó el Pontífice, en el momento que «se alargaba el camino», el pueblo ya no soportó el viaje y «se cansó». Por ello comenzó a hablar «contra Dios y contra Moisés: ¿por qué nos han sacado de Egipto para morir en el desierto?». Comenzó «a

criticar: a hablar mal de Dios, de Moisés», diciendo: «No tenemos ni pan ni agua, y nos da náuseas ese pan sin sustancia, el maná». Es decir, a los israelitas «les daban náuseas las ayudas de Dios, el don de Dios. Y, así, la alegría del comienzo de la liberación se convirtió en tristeza, en murmuración».

Probablemente preferían «un mago que con la varita mágica» los liberase y no un Dios que les hiciese caminar y que «en cierto modo» les hiciese «ganar la salvación» o, «al menos,

merecerla en parte».

En la Escritura se ve «un pueblo descontento» y, destacó el Papa Francisco, «la crítica es una vía de salida de ese descontento». En su descontento «se desahogaban, pero no se daban cuenta de que con esa actitud envenenaban su alma». He aquí, entonces, la llegada de las serpientes, porque «así, como el veneno de las serpientes, en ese momento el pueblo tenía el alma envenenada».

También Jesús habla de la

misma actitud, de «ese modo de ser no contento, no satisfecho». Refiriéndose a un pasaje que encontramos en los Evangelios de san Mateo (11, 17) y de san Lucas (7, 32), el Pontífice dijo: «Jesús, cuando habla de esta actitud dice: “¿Quién os entiende a vosotros? Sois como esos niños en la plaza: hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado. Entonces, ¿nada os satisface?”». Es decir, el problema «no era la salvación, la liberación»,

porque «todos la querían»; el problema era «el estilo de Dios: no gustaba el sonido de Dios para bailar; no gustaban las lamentaciones de Dios para llorar». Entonces, «¿qué querían?». Querían, explicó el Papa, obrar «según su pensamiento, elegir el propio camino de salvación». Pero ese camino «no conducía a nada». Una actitud que encontramos aún hoy. Incluso «entre los cristianos», se preguntó el Papa Francisco, ¿cuántos están «un poco envenenados» de esta insatisfacción? Oímos decir:

«Sí, verdaderamente, Dios es bueno, pero cristianos sí, pero...». Son los que, explicó, «no terminan de abrir el corazón a la salvación de Dios» y «piden siempre condiciones»; los que dicen: «Sí, sí, sí, yo quiero ser salvado, pero por este camino». Es así que «el corazón se envenena». Es el corazón de los «cristianos tibios», que tienen siempre algo de qué lamentarse: «"pero el Señor, ¿por qué me ha hecho esto?" –"pero te ha salvado, te ha abierto la puerta, te ha perdonado

muchos pecados”– “Sí, sí, es verdad, pero...”». El israelita en el desierto decía: «Yo quisiera agua, pan, eso que me gusta, no esta comida tan ligera. Estoy hastiado». Y también nosotros «muchas veces decimos que estamos hastiados del estilo divino». Destacó el Papa Francisco: No aceptar el don de Dios con su estilo, ese es el pecado, ese es el veneno; lo que envenena el alma, quita la alegría, no deja seguir».

Y «¿cómo resuelve todo esto el Señor? Con el mismo veneno,

con el mismo pecado»: es decir, «Él mismo toma sobre sí el veneno, el pecado y es elevado». Así sana «esta tibieza del alma, ese ser cristianos a medias», ese ser «cristianos sí, pero...». La curación, explicó el Papa, llega sólo «mirando la cruz», mirando a Dios que asume nuestros pecados: «mi pecado está allí». Sin embargo, «cuántos cristianos mueren en el desierto de su tristeza, de su murmuración, de su no querer el estilo de Dios». Esta es la reflexión para cada cristiano:

mientras Dios «nos salva y nos muestra cómo nos salva», yo «no soy capaz de tolerar un poco un camino que no me gusta mucho». Es «ese egoísmo que Jesús reprochaba a su generación», la que decía acerca de Juan Bautista: «No, es un endemoniado». Y la que cuando vino el Hijo del hombre lo definió como un «comilón» y un «borracho». «¿Pero quién os entiende?» dijo el Papa añadiendo: «También yo, con mis caprichos espirituales ante la salvación que Dios me da, ¿quién me entiende?».

He aquí entonces la invitación a los fieles: «Miremos a la serpiente, el veneno ahí en el cuerpo de Cristo, el veneno de todos los pecados del mundo y pidamos la gracia de aceptar los momentos difíciles; de aceptar el estilo divino de salvación; de aceptar también esta comida tan ligera de la que se lamentaban los judíos»: la gracia, o sea, «de aceptar los caminos por los cuales el Señor me conduce hacia adelante». El Papa Francisco concluyó deseando que la Semana Santa «nos ayude a salir de esta

tentación de llegar a ser  
"cristianos sí, pero..."».

***26 de marzo de 2015. Himno a la alegría.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 27 de marzo de 2015

Alegría y esperanza son las características del cristiano. Y es triste encontrar a un creyente que no sabe gozar, asustado en su apego a la fría doctrina. Ha sido por eso un auténtico himno a la alegría el

que lanzó el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 26 de marzo, en la capilla de la Casa Santa Marta. Al inicio, el Papa recordó la «hora de oración por la paz» promovida en todas las comunidades carmelitas. «Queridos hermanos y hermanas», dijo tras el saludo litúrgico, «pasado mañana, 28 de marzo, se conmemorará el quinto centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia». Y «por petición del padre general de los Carmelitas Descalzos, hoy

aquí presente con el padre vicario, ese día tendrá lugar en todas las comunidades carmelitas del mundo una hora de oración por la paz. Me uno de corazón —afirmó el Papa Francisco— a esta iniciativa, a fin de que el fuego del amor de Dios venza los incendios de guerra y de violencia que afligen a la humanidad, y el diálogo predomine por doquier sobre el enfrentamiento armado». Y concluyó así: «Que Santa Teresa de Jesús interceda por esta petición nuestra».

En las dos lecturas propuestas hoy por la liturgia, destacó inmediatamente el Pontífice, «se habla de tiempo, de eternidad, de años, de futuro, de pasado» (*Génesis* 17, 3-9 y *Juan* 8, 51-59). En tal medida que precisamente el tiempo parece que es la realidad «más importante en el mensaje litúrgico de este jueves». Pero el Papa Francisco prefirió «tomar otra palabra» que, sugirió, «creo que es precisamente el mensaje de la Iglesia hoy». Y son las palabras de Jesús que presenta el

evangelista Juan: «Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio y se llenó de alegría».

Así, pues, el mensaje central de hoy es «la alegría de la esperanza, la alegría de la confianza en la promesa de Dios, la alegría de la fecundidad». Precisamente «Abrahán, en el tiempo del que habla la primera lectura, tenía noventa y nueve años y el Señor se le apareció y le aseguró la alianza» con estas palabras: «Por mi parte, esta es mi alianza contigo: serás

padre de muchedumbre de pueblos».

Abrahán, recordó el Papa Francisco, «tenía un hijo de doce, trece años: Ismael». Pero Dios le asegura que se convertirá en «padre de una muchedumbre de pueblos». Y «le cambia el nombre». Luego «continúa y le pide que sea fiel a la alianza» diciendo: «Mantendré mi alianza contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como alianza perpetua». En concreto, Dios dice a Abrahán «te doy todo, te doy el tiempo: te doy

todo, tú serás padre».

Seguramente Abrahán, dijo el Papa, «era feliz por esto, sentía una consolación plena» escuchando la promesa del Señor: «Dentro de un año tendrás otro hijo». Ciertamente, ante esas palabras «Abrahán rió, dice la Biblia a continuación: ¿cómo un hijo a los cien años?». Sí, «había engendrado a Ismael a los ochenta y siete años, pero a los cien un hijo es demasiado, no se puede comprender». Y así «rió». Pero precisamente «esa sonrisa, esa risa fue el inicio de la alegría

de Abrahán». He aquí, por lo tanto, el sentido de las palabras de Jesús que hoy vuelve a proponer el Papa como mensaje central: «Abrahán, vuestro padre, exultó en la esperanza». En efecto, «no se atrevía a creer y dijo al Señor: “Pero si al menos Ismael viviese en tu presencia”». Y recibió esta respuesta: «No, no será Ismael. Será otro».

Para Abrahán, por lo tanto, «la alegría era plena», afirmó el Papa. Pero «también su esposa Sara, un poco más tarde, rió: estaba un poco oculta, detrás

de las cortinas de la entrada, escuchando lo que decían los hombres». Y «cuando estos enviados de Dios dieron a Abrahán la noticia sobre el hijo, también ella rió». Es precisamente este, afirmó el Papa Francisco, «el inicio de la gran alegría de Abrahán». Sí, «la gran alegría: exultó en la esperanza de ver de este día; lo vio y se llenó de alegría». Y el Papa invitó a contemplar «este hermoso icono: Abrahán ante Dios, postrado con el rostro en tierra: escuchó esta promesa y abrió el corazón a la

esperanza y se llenó de alegría».

Y es precisamente «esto y aquello lo que no entendían los doctores de la ley» destacó el Papa Francisco. «No entendían la alegría de la promesa; no entendían la alegría de la esperanza; no entendían la alegría de la alianza. No entendían». Y «no sabían alegrarse, porque habían perdido el sentido de la alegría que llega solamente por la fe». En cambio, explicó el Papa, «nuestro padre Abrahán fue capaz de alegrarse porque

tenía fe: fue justificado en la fe». Por su parte, esos doctores de la ley «habían perdido la fe: eran doctores de la ley, pero sin fe». «Más aún: habían perdido la ley, porque el centro de la ley es el amor, el amor a Dios y al prójimo». Ellos, sin embargo, «tenían sólo un sistema de doctrinas precisas y que necesitaban cada día más para que nadie los tocara». Eran «hombres sin fe, sin ley, apegados a doctrinas que se convierten igualmente en actitudes casuísticas». Y el Papa Francisco propuso

ejemplos concretos: «¿Se puede pagar el tributo al César? ¿No se puede? Esta mujer, que estuvo casada siete veces, ¿será esposa de esos siete cuando vaya al cielo?». Y «esta casuística era su mundo: un mundo abstracto, un mundo sin amor, un mundo sin fe, un mundo sin esperanza, un mundo sin confianza, un mundo sin Dios». Precisamente «por ello no podían alegrarse». No se alegraban ni hacían alguna fiesta para divertirse: tanto que, afirmó el Papa, seguramente habrán

«destapado algunas botellas cuando Jesús fue condenado». Pero siempre «sin alegría», es más «con miedo porque uno de ellos, tal vez mientras bebían», recordaría la promesa de «que resucitaría». Y, así «de rápido, con miedo, fueron al procurador para decirle: por favor, ocupaos de esto, que no vaya a ser un engaño». Y todo porque «tenían miedo». Pero «esta es la vida sin fe en Dios, sin confianza en Dios, sin esperanza en Dios», afirmó nuevamente el Papa. «La vida de estos que sólo cuando

entendieron que no tenían razón» —añadió— pensaron que únicamente les quedaba el camino de tomar las piedras para lapidar a Jesús. Su corazón se había petrificado». En efecto, «es triste ser creyente sin alegría —explicó el Papa Francisco— y no hay alegría cuando no hay fe, cuando no hay esperanza, cuando no hay ley, sino solamente las prescripciones, la doctrina fría. Esto es lo que vale». En contraposición, el Papa volvió a proponer «la alegría de Abrahán, ese

hermoso gesto de la sonrisa de Abrahán» cuando escucha la promesa de tener «un hijo a los cien años». Y «también la sonrisa de Sara, una sonrisa de esperanza». Porque «la alegría de la fe, la alegría del Evangelio es el criterio para ver la fe de una persona: sin alegría esa persona no es un verdadero creyente».

Como conclusión, el Papa Francisco invitó a hacer propias las palabras de Jesús:

«Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de

alegría». Y pidió «al Señor la gracia de ser exultante en la esperanza, la gracia de poder ver el día de Jesús cuando nos encontremos con Él y la gracia de la alegría».

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2015. Abril.**



*Textos tomados de:*  
*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*  
*Compuestos por:*

*alphonsus2002@googlemail.com*

13 de abril de 2015. **La valentía de la franqueza.**

14 de abril de 2015. **Armonía, pobreza, paciencia.**

16 de abril de 2015. **Obedecer dialogando.**

17 de abril de 2015. **El tiempo mensajero de Dios.**

20 de abril de 2015. **Del estupor al poder.**

21 de abril de 2015. **Iglesia de mártires.**

24 de abril de 2015. **Un encuentro para cada uno.**

28 de abril de 2015. **Abiertos**

**a las sorpresas.**

***13 de abril de 2015. La  
valentía de la franqueza.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
16, viernes 17 de abril de 2015

Sólo el Espíritu Santo nos da la  
«fuerza de anunciar a  
Jesucristo hasta el testimonio  
final». Y el Espíritu «viene de  
cualquier parte, como el  
viento». En la homilía de la  
misa que celebró el lunes 13 de  
abril en Santa Marta, el Papa

Francisco afrontó el tema de la «valentía cristiana» que es una «gracia que da el Espíritu Santo».

El punto de partida de su reflexión fue un pasaje de los Hechos de los apóstoles (4, 23-31). Se trata de la parte final de un largo relato «que comienza con un milagro que hacen Pedro y Juan: la curación del cojo que estaba en la puerta llamada “Hermosa”, pidiendo limosna». El Papa hizo referencia a todo el episodio y recordó que Pedro miró al cojo «y le dijo: “No tengo plata ni

oro, pero te doy lo que tengo: levántate y camina”». El hombre se curó. La gente que vio esto quedó asombrada «y alababa a Dios». Entonces «Pedro aprovechó para anunciar el Evangelio, para anunciar la buena noticia de Jesucristo: para anunciar a Jesucristo».

A ese punto, explicó el Papa Francisco, los sacerdotes se encontraban molestos: enviaron a «algunos a detener a Pedro y a Juan», quienes se mostraron como «gente sencilla, sin instrucción». Los

dos apóstoles «permanecieron en la cárcel esa noche». Al día siguiente los sacerdotes decidieron «prohibirles hablar en nombre de Jesús, de predicar esta doctrina». Pero ellos «continuaron»; es más, Pedro —que «era quien hablaba en nombre de los dos»— afirmó: «Si es justo obedeceros a vosotros en lugar de obedecer a Dios: nosotros obedecemos a Dios». Y añadió «la palabra que hemos escuchado muchas veces: “No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”».

De aquí el Pontífice retomó el pasaje propuesto por la liturgia del día, donde se lee que los dos, «al ser puestos en libertad», fueron a contar a la comunidad «lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los ancianos», y que todos, ante esas palabras, «invocaron a una a Dios y comenzaron a rezar», recorriendo las etapas de la historia de la salvación hasta Jesús. Y «al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos y todos se llenaron de Espíritu Santo y proclamaban la Palabra de Dios

con franqueza».

Precisamente en esta última palabra —«franqueza»— se detuvo el Pontífice destacando cómo en esa oración común se lee: «“Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos” no huir: “predicar con toda franqueza tu palabra”».

Aquí emerge la indicación para cada cristiano: «Podemos decir», subrayó el Papa Francisco, que «también hoy el mensaje de la Iglesia es el mensaje del camino de la franqueza, del camino de la valentía cristiana». Esa

palabra, explicó, «se puede traducir como "valor", "franqueza", "libertad de hablar", "no tener miedo de decir las cosas"». Es la «parresía». Los dos apóstoles «pasaron del temor a la franqueza, a decir las cosas con libertad».

El círculo de la reflexión del Papa se cerró con la relectura del pasaje del Evangelio de san Juan (3, 1-8), o sea del «diálogo un poco misterioso entre Jesús y Nicodemo, sobre el "segundo nacimiento"». En este punto el Pontífice se

preguntó: «En toda la historia, ¿quién es el verdadero protagonista? En este itinerario de la franqueza, ¿quién es el verdadero protagonista? ¿Pedro, Juan, el cojo curado, la gente que escuchaba, los sacerdotes, los soldados, Nicodemo, Jesús?». Y la respuesta fue: «el verdadero protagonista es precisamente el Espíritu Santo. Porque Él es el único capaz de darnos esta gracia de la valentía de anunciar a Jesucristo». Es la «valentía del anuncio» lo que «nos distingue del simple

proselitismo». Explicó el Papa: «Nosotros no hacemos publicidad» para tener «más “socios” en nuestra “sociedad espiritual”». Esto «no funciona, no es cristiano». En cambio, «lo que el cristiano hace es anunciar con valentía; y el anuncio de Jesucristo provoca, mediante el Espíritu Santo, ese estupor que nos hace seguir adelante». Por eso «el verdadero protagonista de todo esto es el Espíritu Santo», hasta el punto que —como se lee en los Hechos de los Apóstoles— cuando los

discípulos terminaron la oración, el lugar donde se encontraban tembló y todos quedaron llenos del Espíritu. Fue, dijo el Papa Francisco, «como un nuevo Pentecostés». El Espíritu Santo es, por lo tanto, el protagonista, hasta el punto que Jesús dice a Nicodemo que se puede nacer de nuevo pero que «el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene y adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu». Por ello, explicó el Pontífice, «es precisamente el Espíritu

quien nos cambia, quien viene de cualquier parte, como el viento». Y también: «solamente el Espíritu es capaz de cambiar nuestra actitud, de cambiarnos, de cambiar la actitud, de cambiar la historia de nuestra vida, cambiar incluso nuestra pertenencia». Y es el Espíritu mismo quien dio la fuerza a los dos apóstoles, «hombres sencillos y sin instrucción», de «anunciar a Jesucristo hasta el testimonio final: el martirio». Aquí está entonces la enseñanza para cada creyente:

«el camino de la valentía cristiana es una gracia que da el Espíritu Santo». Hay, en efecto, «muchos caminos que podemos tomar, incluso que nos dan una cierta valentía», por lo que se puede decir: «¡Mira qué valiente la decisión que tomó!». Pero todo esto «es instrumento de algo más grande: el Espíritu». Y «si no está el Espíritu, podemos hacer muchas cosas, mucho trabajo, pero no sirve de nada». Por eso, concluyó el Papa, después del día de Pascua, «que duró ocho días», la Iglesia

«nos prepara para recibir el Espíritu Santo». Ahora, «en la celebración del misterio de la muerte y resurrección de Jesús, podemos recordar toda la historia de salvación», que es también «nuestra propia historia de salvación», y podemos «pedir la gracia de recibir el Espíritu para que nos dé la auténtica valentía para anunciar a Jesucristo».

***14 de abril de 2015. Armonía,  
pobreza, paciencia.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
16, viernes 17 de abril de 2015

Tres gracias que hay que pedir  
para las comunidades  
cristianas: la armonía, la  
pobreza y la paciencia.  
Continuando la reflexión sobre  
el relato del diálogo nocturno  
entre Jesús y Nicodemo —en el  
centro de la liturgia de la

Palabra— el Papa Francisco dedicó la homilía de la misa que celebró en Santa Marta el martes 14 de abril al tema de «renacer», que para la Iglesia significa «renacer en el Espíritu».

El obispo de Roma se remitió a las lecturas del día anterior, recordando que las mismas invitaban a «reflexionar sobre una de las numerosas transformaciones» que obra el Espíritu: la de dar «valentía», transformando al hombre «de cobarde y miedoso» a «valiente, con una valentía

fuerte para anunciar a Jesús, sin miedo». De la persona en particular el Papa pasó a considerar «lo que hace el Espíritu en una comunidad». Releyendo el pasaje de los Hechos de los apóstoles (4, 32-37) que describe las primeras comunidades cristianas, parece encontrarse ante la descripción de un mundo ideal: «todos eran amigos, todos ponían todo en común, nadie peleaba». Un relato, explicó el Papa Francisco, que «es como un resumen, como si la vida se detuviese un poco y el Espíritu

de Dios nos hiciese entrever lo que podría hacer en una comunidad, cómo se podría transformar una comunidad: una comunidad diocesana, una comunidad parroquial, religiosa, una comunidad familiar».

En esta descripción el Pontífice puso de relieve dos signos característicos del «renacer en una comunidad». Ante todo la armonía: «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma». Quien renace del Espíritu tiene la «gracia de la unidad, de la armonía». El

Espíritu Santo, en efecto, es «el único que puede darnos la armonía» porque «Él es también la armonía entre el Padre y el Hijo». Hay luego un segundo signo, y es el del «bien común». Se lee en la Escritura: «Entre ellos no había necesitados..., nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía».

En este punto el Papa destacó cómo estos dos aspectos forman «un paso» solo en el camino de la comunidad que renace. Esta, en efecto, comienza a vivir también

«problemas». Por ejemplo está el caso «del matrimonio de Ananías y Safira», quienes, al entrar en la comunidad, «buscaron engañar a la misma». Una experiencia negativa que se puede traer hasta nuestros días: es similar, explicó el Papa Francisco, a los «los bienhechores que se acercan a la Iglesia, entran para ayudarla y usar a la Iglesia para sus propios asuntos». Están, luego, también «las persecuciones» que, por lo demás, habían sido «anunciadas por Jesús»: al

respecto el Pontífice hizo referencia a «la última de las bienaventuranzas de Mateo: “Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa... Alegraos”». Y recordó también que Jesús «promete muchas cosas hermosas, la paz, la abundancia: “Tendréis cien veces más con las persecuciones”».

Todo esto se encuentra «en la primera comunidad renacida por el Espíritu Santo», a la que Pedro explica: «Hermanos no

os maravilléis de estas persecuciones, de este incendio que estalló entre vosotros». En la «imagen del incendio», comentó el Pontífice, encontramos la imagen del «fuego que purifica el oro», o sea: el «oro de una comunidad que renace del Espíritu Santo es purificado por las dificultades, las persecuciones».

A este punto el Papa introdujo un tercer elemento importante, recordando el «consejo de Jesús» a quien se encuentra «en medio de dificultades, de

persecuciones: “tened paciencia, porque con la paciencia salvaréis vuestras vidas, vuestras almas”». Se necesita, por lo tanto, «la paciencia para soportar: soportar los problemas, soportar las dificultades, soportar las maledicencias, las calumnias, soportar las enfermedades, soportar el dolor de la pérdida de un hijo, de una mujer, de un marido, de una madre, de un padre... la paciencia».

He aquí los tres elementos: una comunidad cristiana «muestra

que ha renacido en el Espíritu Santo, cuando es una comunidad que busca la armonía» y no la división interna, «cuando busca la pobreza», y «no la acumulación de riquezas —las riquezas, en efecto, «son para el servicio»— y cuando tiene paciencia, es decir, cuando «no se enfada rápidamente ante las dificultades y se siente ofendida», porque «el siervo de Yahvé, Jesús, es paciente». A la luz de todo lo dicho, el Papa concluyó su reflexión exhortando a todos, «en esta

segunda semana de Pascua», a «pensar en nuestras comunidades», ya sean diocesanas, parroquiales, familiares o de otro tipo, para pedir tres gracias: la «de la armonía, que es más que la unidad», la «de la pobreza» — que no significa «miseria»: en efecto, especificó el Papa Francisco, quien posee algo «debe administrarlo bien por el bien común y con generosidad»— y por último la «de la paciencia». Tenemos que entender, en efecto, que no solamente «cada uno de

nosotros» recibió la gracia de «renacer en el Espíritu», sino que esta gracia es también para «nuestras comunidades».

*16 de abril de 2015. **Obedecer dialogando.***

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 17 de abril de 2015

El Papa Francisco recordó a Benedicto XVI en el día de su octogésimo octavo cumpleaños. Y por el Papa emérito ofreció la misa que celebró el jueves 16 de abril, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, invitando a los presentes a

unirse a él en la oración «para que el Señor lo sostenga y le done mucha alegría y felicidad».

En la homilía, el Pontífice hizo referencia al tema de la obediencia, un tema puesto de relieve por la liturgia del día. Y citó inmediatamente las últimas palabras del pasaje del evangelio de Juan (3, 31-36): «El que no crea al Hijo no verá la vida». Refiriéndose a la primera lectura (*Hechos de los apóstoles* 5, 27-33), el Pontífice recordó también el momento en que «los apóstoles dijeron a

los sumos sacerdotes: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

«La obediencia —explicó el Papa Francisco— muchas veces nos conduce por una senda que no es la que yo pienso que debe ser: existe otra, la obediencia de Jesús que dice al Padre en el huerto de los Olivos “que se cumpla tu voluntad”». Obrando así, Jesús «obedece y nos salva a todos». Por lo tanto, debemos estar dispuestos a «obedecer, tener la valentía de cambiar de camino cuando el Señor nos lo

pide». Y «por ello quien obedece tiene la vida eterna; y quien no obedece, la ira de Dios permanece en él».

Precisamente «en este marco», afirmó el Pontífice, «podemos reflexionar sobre la primera lectura», más precisamente sobre el «diálogo entre los apóstoles y los sumos sacerdotes». Una «historia que había iniciado poco antes, en el mismo capítulo quinto de los Hechos de los apóstoles». Así pues, retomando el tema, «los apóstoles predicaban al pueblo y con frecuencia se reunían en

el pórtico de Salomón. Todo el pueblo iba allí a escucharlos: hacían milagros y el número de los creyentes crecía». Pero «un pequeño grupo no se atrevía a unirse a ellos por temor, estaban lejos». Sin embargo, afirmó el Papa, «también de los sitios vecinos, de los poblados vecinos, llevaban a los enfermos a las plazas, en camillas, para que al pasar Pedro, al menos su sombra, los cubriese un poco y los curase. Y se curaban».

Y así, continúa la narración de los Hechos, «los sacerdotes y el

grupo dirigente del pueblo se enfureció»: de hecho tenían «muchos celos porque el pueblo seguía a los apóstoles, los exaltaba, los loaba». Y así dieron orden «de meterlos en la cárcel». Pero, continuó Francisco, «por la noche el ángel de Dios los libera, y no es la primera vez que hará esto». Por eso cuando «por la mañana los sacerdotes se reúnen para juzgarlos la cárcel estaba cerrada, toda cerrada y ellos no estaban». Después tienen conocimiento de que los apóstoles habían regresado allí,

al pórtico de Salomón, a predicar al pueblo. Y los convocaron de nuevo a su presencia.

El Pontífice dijo que el pasaje de los Hechos que propone hoy la liturgia cuenta lo que sucede en aquel momento: los comandantes y los sirvientes «condujeron a los apóstoles y los presentaron en el Sanedrín». Y, se lee también en la Escritura, «el sumo sacerdote los interrogó diciendo: "¿No os habíamos prohibido expresamente enseñar en ese nombre? Y

habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre».

A estas acusaciones Pedro responde: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Y así «repite la historia de salvación hasta Jesús». Pero «al oír este kerigma de Pedro, esta predicación de Pedro sobre la redención realizada por Dios a través de Jesús al pueblo», los miembros del Sanedrín «se enfurecieron y querían matarlos». En realidad, «fueron incapaces de reconocer la

salvación de Dios» aun siendo «doctores» que «habían estudiado la historia del pueblo, habían estudiado las profecías, habían estudiado la ley, conocían casi toda la teología de pueblo de Israel, la revelación de Dios, sabían todo: eran doctores».

La pregunta es «¿por qué esta dureza de corazón?». Sí, afirmó el Papa, su dureza «no es dureza de mente, no es una simple testarudez». La dureza está en su corazón. Y entonces «se puede preguntar: ¿cómo es el recorrido de esta testarudez

total de mente y corazón?  
Cómo se llega a esto, a esta  
cerrazón, que incluso los  
apóstoles tenían antes de que  
llegara el Espíritu Santo». Tanto  
que Jesús dice a los dos  
discípulos de Emaús: «Necios y  
torpes para entender las cosas  
de Dios». En el fondo, explicó el Papa  
Francisco, «la historia de esta  
testarudez, el itinerario, es  
cerrarse en sí mismos, no  
dialogar, es la falta de  
diálogo». Eran personas que  
«no sabían dialogar, no sabían  
dialogar con Dios porque no

sabían orar y escuchar la voz del Señor; y no sabían dialogar con los demás».

Esta cerrazón al diálogo les llevaba a interpretar «la ley para hacerla más precisa, pero estaban cerrados a los signos de Dios en la historia, estaban cerrados al pueblo: estaban cerrados, cerrados». Y «la falta de diálogo, esta cerrazón de corazón, los llevó a no obedecer a Dios».

Por lo demás «este es el drama de estos doctores de Israel, de estos teólogos del pueblo de Dios: no sabían escuchar, no

sabían dialogar». Porque, afirmó el Papa, «el diálogo se hace con Dios y con los hermanos». Y «esta furia y el deseo de hacer callar a todos los que predicán, en este caso la novedad de Dios, es decir, que Jesús ha resucitado» es claramente «el signo de que no se sabe dialogar, que una persona no está abierta a la voz del Señor, a los signos que el Señor realiza en el pueblo». Por lo tanto, «no tienen razón, pero llegan» a estar furiosos y a querer matar a los Apóstoles. «Es un itinerario doloroso»,

insistió el Papa Francisco, también porque «estos son los mismos que pagaron a los guardias del sepulcro para hacer decir que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús: hacen de todo para no abrirse a la voz de Dios». Antes de seguir con la celebración de la Eucaristía —«que es la vida de Dios, que nos habla desde lo alto, como Jesús dice a Nicodemo»—, el Papa Francisco pidió «por los maestros, por los doctores, por los que enseñan al pueblo de Dios, para que no se cierren,

para que dialoguen, y así se salven de la ira de Dios que, si no cambian de actitud, pesará sobre ellos».

## ***17 de abril de 2015. El tiempo mensajero de Dios.***

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 24 de abril de 2015  
Precisamente «en este momento» muchos cristianos «son martirizados por el nombre de Jesús» y soportan los ultrajes con gozo, incluso hasta la muerte. Y siempre «por amor a Jesús» hay personas «que sufren humillaciones cada día», tal vez

«por el bien de la propia familia». Es el camino de la «imitación de Jesús» que hace vivir «el gozo que da la humillación», afirmó el Papa Francisco en la misa que celebró el viernes 17 de abril, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Con la lectura de los Hechos de los apóstoles (5, 34-42), propuesta por la liturgia del día, concluye la «historia de la persecución de los apóstoles que predicaban en nombre de Jesús», de la cual el Papa Francisco había hablado

también el jueves 16. «Fueron encarcelados, liberados por el ángel» recordó el Papa; «luego enseñaban en el pórtico de Salomón» pero «los llevaron otra vez ante el Sanedrín». La cuestión, explicó, es que «los doctores de la ley no toleraban escuchar el anuncio, el kerigma, el anuncio de Jesucristo». El versículo 33, en particular, «dice que los doctores de la ley, escuchándolos, se enfurecieron y querían matarlos». Era tan fuerte «el odio, la furia que tenían, que querían

asesinarlos». Pero «en ese momento, cuando tal vez estaban listos para detenerlos y llevarlos fuera para lapidarlos, un fariseo se levantó en el Sanedrín».

Se trata de un gesto «importante», destacó el Papa, porque «no todos los fariseos eran malos». No hay que pensar en ellos, en efecto, «como si fuesen diablos: no, estaban los malos y había muchos buenos». Y el pasaje de los Hechos de los apóstoles relata precisamente sobre Gamaliel, «un hombre justo:

estaba en el Sanedrín, doctor de la ley, estimado por todo el pueblo, o sea que tenía autoridad». Se trataba de «un hombre con autoridad moral que dio la orden de dejar salir a los apóstoles haciendo esta reflexión: “Hemos visto muchos revolucionarios que decían ser el Mesías y luego ¿cómo acabaron? Solos. Dejémoslos. Si es cosa de hombres, se disolverá. Pero si es cosa de Dios, por favor, que no os suceda de encontraros combatiendo contra Dios”. Y así los demás siguieron su

parecer».

Es «curioso», destacó el Papa Francisco, que esos «hombres cerrados, seguros de la ley y que no querían oír a nadie que hablase diversamente, que no sabían lo que era el diálogo y preferían el monólogo», al final hayan «aceptado este consejo» de esperar un tiempo.

Precisamente el tiempo, en efecto, «es una gran medicina, porque en el tiempo hay sitio para la esperanza». En tal medida que «san Pedro Fabro decía que el tiempo es el mensajero de Dios».

La recomendación de Gamaliel también es válida para los cristianos de hoy, precisó el Papa: «Cuando tenemos o pensamos algo en contra de una persona, y no pedimos consejo, la tensión crece y crece hasta que revienta: revienta con el insulto, la guerra, con muchas cosas feas». Así «cuando un sentimiento está encerrado crece, crece mal y se justifica porque estos se justificaban con la ley». Por lo tanto «el remedio, la medicina ofrecida por Gamaliel es: “Deteneos,

deteneos". Su consejo es "dar tiempo al tiempo". Una advertencia que «también nos sirve a nosotros cuando tenemos malos pensamientos contra los demás, malos sentimientos, cuando probamos antipatía, odio: no dejarlos crecer, paraos, dar tiempo al tiempo».

El tiempo, de hecho, explicó el Papa, «pone las cosas en armonía y hace ver la cosa justa». Pero, «si reaccionas en el momento de la furia, seguro que serás injusto». Y ser «injusto también te hará mal a

ti». Por eso, reiteró el Pontífice, Gamaliel da una excelente recomendación respecto al «tiempo en el momento de la tentación». Este es también «el sabio consejo de santa Teresa del Niño Jesús: huir de la tentación, es decir, dar tiempo, distanciarse, no dejar que crezca dentro y se justifique, que crezca y crezca» hasta estallar «en odio, en enemistades». Y esto también sucede en las familias, recordó el Pontífice.

Así, pues, en el sanedrín que juzga a los apóstoles, «este

odio es detenido por un sabio consejo y advertencia: "que no os suceda de encontraros luchando contra Dios"».

Gamaliel nos da a entender que «cuando estamos con estos malos sentimientos contra los demás, luchamos contra Dios, porque Dios ama a los demás, ama la armonía, ama el amor, ama el diálogo, ama caminar juntos». Y esto es, por lo tanto, «un hermoso consejo».

«Yo —confesó el Papa Francisco — os digo francamente: a mí me sucede cuando algo no me gusta. El primer sentimiento no

es de Dios, es malo, siempre. Lo he visto en mí mismo. ¡Deteneos, detengámonos!». Para dejar así «espacio al Espíritu Santo, para que nos sane lentamente y nos haga llegar a lo justo, a la paz». Volviendo nuevamente al pasaje de los Hechos de los Apóstoles, el Papa destacó otro hecho significativo. Los miembros del sanedrín, en efecto, siguieron el parecer de Gamaliel pero, «volviendo a llamar a los apóstoles mandaron flagelarles» antes de decir algo. Tenían un odio tan

grande que algo, de algún modo, tenían que hacer contra ellos. Luego ordenaron a los apóstoles «que no hablaran en el nombre de Jesús». Así que «se detuvieron pero hasta un cierto punto: la maldad de esta gente era grande». Por eso, sólo después de la flagelación y la orden de no hablar en el nombre de Jesús «les pusieron en libertad». Pero «¿qué hicieron los apóstoles? ¿Les gritaron? ¿Les dijeron: sois malos, iréis al infierno? No». Los Hechos de los Apóstoles, recordó el obispo de Roma, nos

dicen que los apóstoles «se fueron del sanedrín, alegres de haber sido juzgados dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús»: o sea «la humillación».

Y, así, «el orgullo de los primeros lleva a querer matar a los demás; la humildad, también la humillación, te lleva a asemejarte a Jesús: y esto es algo que nosotros no pensamos». E inmediatamente el pensamiento del Papa se dirigió «a muchos hermanos y hermanas nuestros martirizados por el nombre de

Jesús», también «en este momento». Y «ellos están en este estado, en este momento tienen la alegría de haber sufrido ultrajes, incluso la muerte, por el nombre de Jesús».

Por lo demás, afirmó el Papa Francisco, «para huir del orgullo de los primeros está solamente el camino de abrir el corazón a la humildad, y a la humildad no se llega jamás sin humillación: esto es algo que no se entiende naturalmente». Es más bien «una gracia que debemos pedir: Señor, que

cuando lleguen las humillaciones yo sienta que estoy detrás de ti, en tu camino, que te has humillado». Es la gracia de la «imitación de Jesús» que se refiere, añadió el Papa, «no sólo a los mártires de los que he hablado ahora, sino también a muchos hombres y mujeres que padecen humillaciones cada día y por el bien de la propia familia, el bien de otras cosas, cierran la boca, no hablan, soportan por amor a Jesús. Y son muchos». Esta «es la santidad de la Iglesia: este

gozo que da la humillación no porque la humillación sea algo hermoso, no: eso sería masoquismo»; sino «porque con dicha humillación tú imitas a Jesús».

Aquí se encuentran las «dos actitudes» que se confrontan. Por una parte «la cerrazón que te lleva al odio, a la ira, a querer matar a los demás». Por otro lado «el de la apertura a Dios en el camino de Jesús, que te hace recibir las humillaciones, también las fuertes, con ese gozo interior, porque estás seguro de estar

en el camino de Jesús». Antes de continuar la misa, «celebración del misterio de Jesús, este misterio de la muerte, de la humillación y de la gloria de Jesús», el Papa invitó a rezar para pedir «la gracia de la paciencia: la paciencia que tuvo Jesús para escuchar a todos» y para «estar abierto a todos, y también soportar las humillaciones por amor a todos».

***20 de abril de 2015. Del estupor al poder.***

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 24 de abril de 2015  
El cristiano debe cuidarse de la «tentación» de pasar del «estupor religioso del encuentro con el Señor» al cálculo para aprovecharse de ello con el fin de obtener poder, cediendo de ese modo al espíritu de mundanidad. Es la recomendación del Papa

Francisco durante la misa que celebró el lunes 20 de abril en la capilla de la Casa Santa Marta.

Su reflexión se inspiró en los textos propuestos por la liturgia. En particular el pasaje evangélico de san Juan (6, 22-29) que relata cómo la multitud, por interés material, buscaba a Jesús después de la multiplicación de los panes y los peces. El Evangelio, recordó el Papa, «dice que, después del ayuno y las tentaciones en el desierto, Jesús estaba lleno de la fuerza del Espíritu y

comenzó a predicar». Así «fue a Nazaret, donde se había criado». Y «allí anuncia su misión con ese pasaje del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado con la unción para llevar la buena noticia a los pobres, a los prisioneros la liberación, a los ciegos la vista, a los oprimidos la libertad, y anunciar el año de gracia del Señor”».

Precisamente «este —afirmó el Papa Francisco— era su programa, esta era su misión». Jesús concluye su discurso

diciendo: «Hoy se cumple esta Escritura». Así, pues, inicia su misión con el anuncio. Luego «comienza a hacer los milagros, los signos, las curaciones: esas curaciones que la gente contemplaba» y así «creía en Él y le llevaban a los enfermos». Pero «Jesús hacía esto porque era su misión». He aquí, entonces, «otro pasaje, las catequesis de Jesús: que enseñaba al pueblo con las bienaventuranzas, con muchas parábolas».

Así, destacó el Papa, «vemos tres pasos: el anuncio de su

misión, su trabajo de traer la salud, el bien, la curación, y las catequesis». Y «la gente lo seguía y decía: "Nunca hemos escuchado a un hombre hablar así"». En realidad, reconocían que hablaba «como uno que tiene autoridad, esa fuerza del Espíritu que tenía Jesús». El Evangelio, continuó el Papa Francisco, nos dice luego que «un día la gente siguió a Jesús y permaneció todo el día escuchando sus catequesis». Pero Él «se dio cuenta de que tenían hambre y todos conocemos como acaba esa

historia: había sólo cinco panes y Jesús multiplica los panes y la gente se maravilla». Así, pues, «los milagros de Jesús, sus palabras, conducían a la gente al estupor», hasta hacerles decir: «¡Este hombre es el profeta, es el hombre de Dios!».

Pero esas mismas personas, y esta es la reflexión del Pontífice, «después de haber comido hasta saciarse, comienzan a sentir otra cosa». Y así se dicen: «Aprovechemos a este hombre, aprovechémonos bien,

convirtámoslo en rey». En realidad, «del estupor religioso se deslizan hacia el poder». Pero «Jesús se marcha solo al monte», recordó el Papa refiriéndose expresamente al Evangelio de la liturgia. Y «esta gente lo busca al día siguiente y no lo encuentra, pero hace cálculos». Y dice: «No subió a la barca, pues hay sólo una barca aquí, no comprendemos bien». Al final «lo encuentran en la otra parte del mar». Y cuando ve a toda esa gente que va a su encuentro, «Jesús la recibe con mucha bondad».

Le preguntan: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Y Él, siempre «con gran bondad, les responde: “En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos — como si dijese, no por el estupor religioso que te lleva a adorar a Dios—, sino porque comisteis pan hasta saciaros”». En esencia, les dijo: «Vosotros me buscáis por intereses materiales». Y así «corrige esta actitud».

Una actitud, sin embargo, que «se repite en los Evangelios», destacó el Papa Francisco. Son

«muchos los que siguen a Jesús por interés», incluso «entre sus apóstoles», como «los hijos de Zebedeo que querían ser primer ministro y el otro ministro de economía: tener el poder».

Por lo tanto, puso en guardia el Papa, «esa unción de llevar la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y anunciar un año de gracia, al llegar a ser algo sombrío se pierde y se transforma en algo relacionado con el poder». Y también «el

día de la Ascensión pasó lo mismo», cuando los apóstoles preguntan: «¿Es este el tiempo en el cual reconstruirás el reino de Israel?». En definitiva, explicó el Pontífice, «siempre estuvo esa tentación de pasar de ese estupor religioso —esa es la palabra— que Jesús nos da en el encuentro con nosotros, a llegar a aprovecharnos de ello». Por lo demás, «esta fue también la propuesta del diablo a Jesús en las tentaciones: una sobre el pan, precisamente; la otra sobre el espectáculo». Es

decir: «Hagamos un buen espectáculo, así toda la gente creerá en ti». Y luego la tercera tentación, «la apostasía, es decir, la adoración de los ídolos». Y «esta es una tentación de cada día de los cristianos, nuestra, de todos nosotros que somos la Iglesia: la tentación no del poder, del poder del Espíritu, sino la tentación del poder mundano». Así «se cae en esa tibieza religiosa que te lleva a la mundanidad, esa tibieza que acaba cuando crece, crece, crece, en esa actitud que Jesús

llama hipocresía». De tal modo que llega a decir a los discípulos: «Cuidaos de la levadura de los fariseos, de los doctores de la ley». O sea, «levadura, pan: cuidaos de eso, que es la hipocresía».

De este modo, en efecto, se acaba siendo «cristiano de nombre, de actitud externa, pero el corazón está en el interés». Al respecto, el Papa repitió las palabras de Jesús a la multitud que lo seguía, descritas por san Juan en su Evangelio: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no

porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros». Precisamente «esta es nuestra tentación cotidiana: deslizarse hacia la mundanidad, hacia los poderes y así se debilita la fe, la misión. Se debilita la Iglesia».

Pero el Señor, aseguró el Papa, «nos despierta con el testimonio de los santos, con el testimonio de los mártires que cada día nos anuncian que ir por el camino de Jesús es su misión: anunciar el año de gracia». El Evangelio dice que «la gente entiende la

amonestación de Jesús» y por eso le pregunta: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Jesús les responde: «Esta es la obra de Dios: que creáis en Aquel que ha enviado». Es decir, «la fe en Él, sólo en Él; la confianza en Él y no en otras cosas que nos llevarán, al final, lejos de Él».

Antes de proseguir con la celebración, «con Él presente sobre el altar», el Papa Francisco pidió al Señor en la oración «que nos dé esa gracia del estupor del encuentro y que

nos ayude a no caer en el espíritu de mundanidad, es decir, ese espíritu que detrás o bajo un barniz de cristianismo nos llevará a vivir como paganos».

## ***21 de abril de 2015. Iglesia de mártires.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 24 de abril de 2015 «Hoy la Iglesia es Iglesia de mártires». Y entre ellos están «nuestros hermanos degollados en la playa de Libia; el joven quemado vivo por sus compañeros por ser cristiano; los emigrantes que en alta mar fueron arrojados al mar por ser cristianos; los etíopes,

asesinados por ser cristianos». Haciendo referencia a la historia del protomártir san Esteban, el Papa Francisco, en la misa que celebró el martes 21 de abril en la capilla de la Casa Santa Marta, recordó a los numerosos mártires de hoy: también aquellos de quienes no conocemos los nombres, que sufren en las cárceles o que son calumniados y perseguidos «por los numerosos sanedrines modernos» o, también, los que viven cada día «la fidelidad en su familia».

El Pontífice inició la homilía

indicando precisamente lo que une a los numerosos mártires: son los que, explicó, «en la historia de la Iglesia dieron testimonio de Jesús» sin tener «necesidad de otros panes: para ellos era suficiente sólo Jesús, porque tenían fe en Jesús». Y «hoy —destacó— la Iglesia nos hace reflexionar y nos propone, en la liturgia de la Palabra, al primer mártir cristiano», san Esteban, de quien hablan los Hechos de los apóstoles (7, 51-8,1). «Este hombre no tenía hambre, no tenía necesidad de hacer

negociaciones, componendas con otros panes, para sobrevivir», afirmó el Papa. Y con este estilo «dio testimonio de Jesús» hasta el martirio. Ya «ayer —recordó refiriéndose a la liturgia de la Palabra del día anterior— la Iglesia comenzó a hablar de él: algunos de la sinagoga, los “libertos”, se pusieron de pie para discutir con Esteban pero no lograban resistir a la sabiduría y al espíritu con el que él hablaba». En efecto, explicó, «Esteban estaba lleno del Espíritu Santo y hablaba con la sabiduría del

Espíritu: era fuerte». Y así estas personas «instigaron a algunos para que dijese que lo habían escuchado pronunciar palabras contra Moisés y contra Dios, y dar un falso testimonio». Con estas acusaciones «levantaron al pueblo, a los ancianos, a los escribas: se abalanzaron sobre él, lo capturaron y lo llevaron ante el sanedrín».

«Es curioso» —destacó el Papa — cómo «la historia de Esteban» sigue «los mismos pasos de la historia de Jesús», es decir, el esquema de los

«falsos testimonios» para «levantar al pueblo y llevarlo a juicio. Y hoy hemos escuchado cómo termina esta historia, porque Esteban en el sanedrín explica la doctrina de Jesús, hace una larga explicación». En realidad, sus acusadores «no querían escuchar, tenían el corazón cerrado». Así, «al final Esteban, con la fuerza del Espíritu, les dijo la verdad: "Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos", es decir paganos, "no tenéis el corazón y los oídos de la fe en Dios"». Con ese «sois paganos,

incircuncisos» Esteban precisamente «quiere decir eso». Y añadió: «Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo».

«Una de las características de la terquedad ante la Palabra de Dios» es, precisamente, la «resistencia al Espíritu Santo», explicó el Papa, repitiendo las palabras de Esteban: vosotros sois «como vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran?».

Esteban «recuerda a muchos profetas que fueron perseguidos y asesinados por

haber sido fieles a la Palabra de Dios». Luego, «cuando él confiesa su visión de Jesús, lo que Dios le hace ver en ese momento, estando él lleno del Espíritu Santo, ellos se escandalizaron y a gran voz dieron un grito estentóreo, se taparon los oídos». Y esto es un «buen signo», comentó el Papa, porque «no querían escuchar». Y así «se abalanzaron todos juntos sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo».

Y esta es siempre «la historia de los mártires», también «los

del Antiguo Testamento, de los que hablaba Esteban en el sanedrín». La cuestión es que la «Palabra de Dios no siempre cae bien a algunos corazones; la Palabra de Dios molesta cuando tú tienes el corazón duro, cuando tu corazón es pagano, porque la Palabra de Dios te interpela a seguir adelante, buscando y dándote de comer con ese pan del cual hablaba Jesús».

«En la historia de la revelación» afirmó el Papa Francisco, hay «muchos mártires que fueron asesinados

por ser fieles a la Palabra de Dios, a la verdad de Dios». Así, «el martirio de Esteban se asemeja mucho al sacrificio de Jesús». Y mientras lo lapidaban Esteban oraba diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Cómo no recordar lo que Jesús había dicho en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». E, incluso, los Hechos de los Apóstoles nos relatan que Esteban «cayó de rodillas y gritó a gran voz: "Señor, no le tengas en cuenta este pecado"». De nuevo, Jesús había dicho: «Perdónales

Señor, Padre: no saben lo que hacen». Aquí está toda «la magnanimidad cristiana del perdón, de la oración por los enemigos».

Pero «estos que perseguían a los profetas, estos que persiguieron y mataron a Esteban y a muchos mártires, estos –Jesús lo había dicho– creían que daban gloria a Dios, creían que» haciendo así, «eran fieles a la doctrina de Dios». Y, afirmó el Papa, «hoy quisiera recordar que la historia de la Iglesia, la verdadera historia de la Iglesia,

es la historia de los santos y los mártires: los mártires perseguidos» y muchos también «asesinados por los que creían dar gloria a Dios, por los que creían poseer la verdad: corazón corrupto, pero la verdad».

También «en estos días ¡cuántos “Esteban” existen en el mundo!» exclamó el Papa. Y recordó historias recientes de persecuciones: «Pensemos en nuestros hermanos degollados en la playa de Libia; pensemos en el joven quemado vivo por sus compañeros por ser

cristiano; pensemos en los emigrantes que en alta mar fueron arrojados al mar por los demás porque eran cristianos; pensemos –anteayer– en los etíopes, asesinados por ser cristianos». Y también, añadió, «en muchos otros que no conocemos, que sufren en las cárceles por ser cristianos». Hoy, afirmó el Papa Francisco, «la Iglesia es Iglesia de mártires: ellos sufren, ellos dan la vida y nosotros recibimos la bendición de Dios por su testimonio». Y «están también los mártires ocultos, los

hombres y las mujeres fieles a la fuerza del Espíritu Santo, a la voz del Espíritu, que abren camino, que buscan caminos nuevos para ayudar a los hermanos y amar mejor a Dios». Y por esta razón «son vistos con sospecha, calumniados, perseguidos por muchos sanedrines modernos que se creen dueños de la verdad». Hoy, dijo el Pontífice, hay «muchos mártires ocultos» y entre ellos existen muchos «que por ser fieles en su familia sufren mucho por fidelidad».

«Nuestra Iglesia es Iglesia de mártires» reafirmó el Papa Francisco antes de proseguir con la celebración, durante la cual, dijo, «vendrá a nosotros "el primer mártir", el primero que dio testimonio y, más aún, salvación para todos nosotros». Así, pues, exhortó el Papa, «unámonos a Jesús en la Eucaristía, y unámonos a los numerosos hermanos y hermanas que sufren el martirio de la persecución, de la calumnia y del asesinato por ser fieles al único pan que sacia, es decir, a Jesús».



***24 de abril de 2015. Un  
encuentro para cada uno.***

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
18, viernes 1 de mayo de 2015

Cada hombre tiene un  
encuentro personal con el  
Señor. Un encuentro  
verdadero, concreto, que puede  
cambiar radicalmente la vida.  
El secreto no está sólo en darse  
cuenta de ello, sino también en  
nunca perder la memoria del

mismo, para conservar su frescura y belleza. Lo afirmó el Papa en la misa que celebró el viernes 24 de abril, por la mañana, en la capilla de Santa Marta. Con alguna «tarea para hacer en casa» y dos sugerencias prácticas: rezar para pedir la gracia de recordar y luego releer el Evangelio para reflejarse en los numerosos encuentros de Jesús.

La primera lectura (*Hch* 9, 1-20), destacó inmediatamente el Papa Francisco, relata precisamente «la historia de Saúl-Pablo», el hecho de estar

«convencido de su doctrina, incluso acérrima». Pero «este celo lo llevaba a perseguir este nuevo camino que había nacido allí, es decir, a los cristianos». Así Saúl «pidió las cartas para las sinagogas de Damasco con el fin de ser autorizado para llevar encadenados a los cristianos». Y «esto lo hacía con el celo de Dios».

Luego, explicó el Papa, «sucedió lo que hemos escuchado y que todos sabemos: la visión, y él cayó del caballo». En ese punto, recordó el Papa Francisco, «el

Señor le habla: "Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?"  
—"¿Quién eres, Señor?"—"Soy Jesús"». Se da así «el encuentro de Pablo con Jesús». Hasta ese momento Pablo «creía que todo lo que decían los cristianos eran historias». Pero «he aquí que se encuentra con Él y jamás olvidará ese encuentro: le cambia la vida y lo hace crecer en el amor al Señor que antes perseguía y ahora ama». Un encuentro, añadió el Papa, que lleva a Pablo «a anunciar el nombre de Jesús al mundo como

instrumento de salvación». Así es como sucedió y lo que significó «el encuentro de Pablo con Jesús».

«En la Biblia —afirmó el Papa Francisco— hay muchos otros encuentros». También «en el Evangelio». Y son «todos distintos» entre sí.

Verdaderamente «cada uno tiene su encuentro con Jesús». Pensemos, sugirió el Papa, «en los primeros discípulos que seguían a Jesús y permanecieron con Él toda la tarde —Juan y Andrés, el primer encuentro— y fueron

felices por esto». En tal medida que «Andrés fue al encuentro de su hermano Pedro —se llamaba Simón en ese tiempo— y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías”». Es «otro encuentro entusiasta, feliz, y condujo a Pedro hacia Jesús». Siguió, luego, «el encuentro de Pedro con Jesús» que «fijó su mirada en él». Y Jesús le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan. Te llamarás Cefas», «es decir piedra».

Los «encuentros», recordó el Papa Francisco, son verdaderamente muchos. Está,

por ejemplo, «el de Natanael, el escéptico». Inmediatamente «Jesús con dos palabras lo tira por los suelos». De tal modo que el intelectual admite: «¡Tú eres el Mesías!».

Está también «el encuentro de la Samaritana que, a un cierto punto, se encuentra en una situación difícil e intenta ser teóloga: “Pero este monte, el otro...”». Y Jesús le responde: «Pero tu marido, tu verdad». La mujer «en el propio pecado encuentra a Jesús y va a anunciarlo a los de la ciudad: “Me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será tal vez

el Mesías?”».

El Papa Francisco quiso también que se reviviera «el encuentro del leproso, uno de los diez curados, que regresa para agradecer». Y, además, «el encuentro de la mujer enferma desde hacía dieciocho años, que pensaba: “Si al menos lograra tocar el manto estaría curada” y encuentra a Jesús». Y también «el encuentro con el endemoniado del que Jesús expulsa tantos demonios que se dirigen hacia los cerdos» y después «quiere seguirlo y Jesús le dice: “No,

vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo”».

Así, resumió el Pontífice, «podemos hallar muchos encuentros en la Biblia, porque el Señor nos busca para tener un encuentro con nosotros» y «cada uno de nosotros tiene su propio encuentro con Jesús». Quizá, destacó el Pontífice, «lo olvidamos, perdemos la memoria» hasta el punto de preguntarnos: «Pero ¿cuándo yo me encontré con Jesús o cuándo Jesús me encontró?». Seguramente, precisó el Papa

Francisco, Jesús «te encontró el día de tu Bautismo: eso es verdad, eras niño». Y con el Bautismo, añadió, «te ha justificado y te ha hecho parte de su pueblo».

«Todos nosotros —afirmó el Papa— hemos tenido en nuestra vida algún encuentro con Él», un encuentro verdadero en el que «sentí que Jesús me miraba». No es una experiencia sólo «para santos». Y «si no recordamos, será bonito hacer un poco de memoria y pedir al Señor que nos dé la memoria, porque Él

recuerda, Él se acuerda del encuentro». Al respecto el Papa Francisco hizo referencia al libro de Jeremías donde se lee: «Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia». Habla, por lo tanto, de «aquel encuentro entusiasta del inicio, aquel encuentro nuevo: Él jamás olvida, más bien nosotros olvidamos el encuentro con Jesús». Una «buena tarea para hacer en casa» sugirió el Papa Francisco, sería precisamente volver a pensar «cuando sentí verdaderamente al Señor cerca

de mí», «cuando sentí que tenía que cambiar de vida y ser mejor o perdonar a una persona», «cuando sentí al Señor que me pedía algo» y, por ello, «cuando me encontré al Señor».

Nuestra fe, de hecho, «es un encuentro con Jesús».

Precisamente «este es el fundamento de la fe: he encontrado a Jesús como Saúl» tal y como lo relata el pasaje de los Hechos de los apóstoles propuesto por la liturgia.

Y así, prosiguió el Papa Francisco, si uno se dice a sí

mismo «no me acuerdo» del encuentro con el Señor, es oportuno que pida la gracia: «Señor, ¿cuándo fui consciente de encontrarte? ¿Cuándo me dijiste algo que cambió mi vida o me invitaste a dar aquel paso hacia adelante en la vida?». Y, recomendó el Papa, «esta es una bonita oración, hacedla cada día». Y cuando después «te acuerdes, regocíjate en ese recuerdo que es un recuerdo de amor».

«Otra bonita tarea», propuso el Papa, «sería tomar los Evangelios» y releer las

muchas historias que existen para «ver cómo Jesús encuentra a la gente, cómo elige a los apóstoles». Y darse cuenta, quizá, de que alguno de los encuentros se «asemeja al mío», porque «cada uno tiene su propio» encuentro. He aquí entonces las dos sugerencias prácticas y concretas del Papa, «que nos harán bien». En primer lugar «rezar y pedir la gracia de la memoria» y preguntarnos: «¿Cuándo, Señor, fue ese encuentro, ese primer amor?». Para «no escuchar el reproche

que el Señor hace en el Apocalipsis: "Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero"».

La segunda sugerencia del Papa es, precisamente, «tomar el Evangelio y ver los numerosos encuentros de Jesús con muchas personas diversas».

Resulta evidente, explicó, que «el Señor quiere encontrarnos, quiere que la relación con nosotros sea cara a cara».

Seguramente «en nuestra vida hubo un encuentro fuerte que nos guió a cambiar un poco la vida y a ser mejores».

Precisamente la celebración eucarística, concluyó el Pontífice, es «otro encuentro con Jesús, para realizar lo que hemos escuchado» en el Evangelio (*Juan 6, 52-59*): «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él». Sí, precisamente para permanecer así «en el Señor, vamos ahora hacia este encuentro cotidiano».

***28 de abril de 2015. Abiertos a las sorpresas.***

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 1 de mayo de 2015

Pedir al Señor «la gracia de no tener miedo cuando el Espíritu, con seguridad, me dice que dé un paso adelante». Y pedir el «valor apostólico de llevar vida y no hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos». Esta es la doble

recomendación con la que el Papa Francisco concluyó, el martes 28 de abril por la mañana, la homilía de la misa en la capilla de la Casa Santa Marta.

Al comentar las lecturas del día, el Pontífice se centró especialmente en la primera, tomada de los Hechos de los Apóstoles (11, 19-26), en la que —recordó— se narra que «después de los primeros días de gozo, después de la efusión del Espíritu Santo, había en la Iglesia momentos bellos, pero también muchos problemas».

Uno de estos era el hecho de que algunos predicaran «el Evangelio a los griegos, a los paganos, a los que no eran israelitas». En efecto, explicó el Papa Francisco, «esto era muy extraño, parecía una nueva doctrina». Por lo demás, observó, ya había «ocurrido el episodio de Pedro en la casa de Cornelio» que había suscitado indignación: «Pero tú fuiste allí, entraste en una casa pagana, has quedado impuro», le reprocharon.

Ahora sucedía algo parecido: «tras la persecución, tras el

martirio de Esteban» los discípulos se habían dispersado y en Jerusalén quedaban solamente los apóstoles. Algunos de los discípulos habían «llegado a Antioquía y predicaban en las sinagogas, a los judíos». Pero «otros, llegados de Chipre y de Cirene, comenzaron a hablar también a los griegos, anunciando que Jesús es el Señor: “Y la mano del Señor estaba con ellos y así un gran número creyó y se convirtió”».

Así, cuando «la noticia “llegó a los oídos de la Iglesia de

Jerusalén”, creó inquietud». Hasta el punto que los apóstoles «enviaron una especie de “visita canónica”, diciendo a Bernabé: “Ve, visítalos y luego veremos qué se hace». Sin embargo, «cuando Bernabé llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y llevó tranquilidad y paz a la Iglesia de Jerusalén». En definitiva para el Papa el episodio narrado en los Hechos de los Apóstoles habla una vez más de «novedad», que irrumpe «en esa mentalidad» según la cual Jesús había venido

solamente «para salvar a su pueblo, el pueblo elegido por el Padre». Una mentalidad incapaz incluso de percibir «cómo otros pueblos formaran parte» del plan divino de salvación.

«Pero —advirtió el Pontífice, citando el libro de Isaías— estaba en las profecías». Sin embargo, ellos «no comprendían. No entendían que Dios es el Dios de las novedades: yo realizo algo nuevo, nos dice»; no comprendían «que el Espíritu Santo vino precisamente a

esto, a renovarnos y obra continuamente para renovarnos». Es más, constató, «esto nos da temor. En la historia de la Iglesia podemos ver, desde entonces hasta hoy, cuántos miedos han suscitado las sorpresas del Espíritu Santo. Es el Dios de las sorpresas». Y a quien quisiera objetar: «Pero, padre, hay novedades y novedades. Algunas novedades, se ven que son de Dios, otras no», el Papa Francisco respondió con las palabras de Pedro a los hermanos de Jerusalén, cuando

le reprocharon por haber entrado en la casa de Cornelio: «Cuando vi que se les había dado lo que nosotros recibimos, ¿quién era yo para negar el bautismo?».

Es la misma idea presente en el pasaje de la liturgia del día acerca de Bernabé, calificado como «hombre virtuoso», y «lleno del Espíritu Santo».

Destacando que «en los dos está el Espíritu Santo, que hace ver la verdad». Algo que, en cambio, «solos» no podemos. «Con nuestra inteligencia no podemos», destacó el Papa,

explicando: «Podemos estudiar toda la historia de la salvación, podemos estudiar toda la teología, pero sin el Espíritu no podemos entender. Es precisamente el Espíritu quien nos hace entender la verdad o —usando las palabras de Jesús— es el Espíritu quien nos hace conocer la voz de Jesús: “mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen”».

En definitiva para el Papa Francisco «el seguir adelante de la Iglesia es obra del Espíritu Santo. Es él quien

actúa». El mismo «Jesús dijo a los apóstoles: “Yo os enviaré el don del Padre, será Él quien os vaya recordando y os enseñe todo”». ¿Cómo? Recordando lo que Jesús dijo y refiriéndose a las profecías: «Por eso, en los primeros discursos, también en el de Esteban, hay una relectura —aclaró el Pontífice— de todas las profecías. Es obra del Espíritu Santo, que hace recordar la historia en clave de Jesús resucitado: “y Él os enseñará el camino”».

Al respecto el Papa sugirió también «cómo hacer» para

estar seguros de que la voz que escuchamos es la de Jesús y que lo que oímos que se debe hacer es obra del Espíritu Santo. Es necesario, reiteró «rezar. Sin oración no hay cabida para el Espíritu»; se necesita «pedir a Dios que nos mande este don: "Señor, danos el Espíritu Santo para que podamos discernir en todo tiempo qué tenemos que hacer"». Prestando atención al hecho de que eso «no significa repetir siempre lo mismo. El mensaje es el mismo: pero la Iglesia va hacia adelante, la

Iglesia va hacia adelante con estas sorpresas, con estas novedades del Espíritu Santo». Por lo tanto «se necesita discernir y para discernir se requiere rezar, pedir esta gracia». Como hizo Bernabé que «estaba lleno del Espíritu Santo y lo entendió de inmediato», y Pedro que «vio y dijo: “Pero, ¿quién soy yo para negar aquí el bautismo?”». De hecho, el Espíritu Santo «no nos deja equivocarnos». También en este caso el Papa dijo ser consciente de las objeciones que podrían

aducirse a su razonamiento: «Pero, padre, ¿por qué crearse tantos problemas? Hagamos las cosas como las hemos hecho siempre, así estamos seguros». Y la respuesta es que esta hipótesis podría ser «una alternativa», pero se trataría de «una alternativa estéril; una alternativa de "muerte"». Mientras que es mucho mejor, concluyó, «asumir el riesgo, con la oración, con la humildad, de aceptar lo que el Espíritu nos pide que cambiemos según el tiempo en el que vivimos: este es el camino».



# SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2015. Mayo.



*Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)  
Compuestos por:*

[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)

5 de mayo de 2015. **El consejo de Pablo.**

7 de mayo de 2015. **Menos palabras, más hechos.**

8 de mayo de 2015. **Mucho movimiento.**

11 de mayo de 2015. **Donde está el escándalo.**

15 de mayo de 2015. **Sin miedo.**

19 de mayo de 2015. **La importancia de decir adiós.**

21 de mayo de 2015. **La unidad no se hace con pegamento.**

22 de mayo de 2015. **Tres miradas.**

25 de mayo de 2015.

**Encantados por la serpiente.**

26 de mayo de 2015. **El salario de Jesús.**

5 de mayo de 2015. **El consejo de Pablo.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 8 de mayo de 2015

En las inevitables «tribulaciones de la vida» el cristiano debe confiarse al Señor en la oración, con la certeza de recibir la «auténtica paz» que infunde «valor y esperanza». Lo dijo el Papa Francisco en la misa que

celebró el martes, 5 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«En la liturgia de hoy — observó inmediatamente el Papa Francisco— hay tres palabras que pueden ayudarnos en nuestro camino de fe y esperanza». De esta manera, explicó, en la oración colecta «al inicio de la misa pedimos al Señor fortalecer nuestra fe y nuestra esperanza». Y «estas tres palabras que vienen en estas lecturas son "tribulación", "confianza" y "paz"».

El Papa recordó lo que sucedió

a Pablo, según el relato de los *Hechos de los Apóstoles* (14, 19-28): tras ser apaleado, fue arrastrado fuera de la ciudad para ser apedreado. Y «los que lo perseguían creyeron que estaba muerto». Así que, Pablo «sufrió» pero luego, «cuando se repuso», les aconsejó permanecer «firmes en la fe porque debemos entrar en el reino de Dios pasando por muchas tribulaciones». El Papa Francisco recordó que «en la vida nos esperan las tribulaciones: es parte de la vida pasar por momentos

oscuros, momentos difíciles». Pero el consejo de Pablo «de entrar en el reino de Dios pasando por muchas tribulaciones no es una actitud sadomasoquista: es precisamente la lucha cristiana». Y la razón, explicó el Pontífice, es que, como dice Jesús, «el príncipe de este mundo llega, está cerca y busca separarnos precisamente del reino de Dios, de la Palabra de Jesús, de la fe, de la esperanza». Por eso «hemos pedido al Señor que fortalezca la fe y la esperanza».

Por lo tanto «las tribulaciones» están. Pero Jesús nos alienta a ser valientes: «Yo he vencido al mundo». Y «Él está precisamente por encima de las tribulaciones, Él nos ayuda a seguir adelante».

Significativas, al respecto, las palabras que Jesús elige para explicar «la parábola del sembrador»: cuando «habla de la semilla que cae en terreno pedregoso dice: es como una persona que recibe la Palabra con alegría y luego en el momento de la tribulación no se siente capaz, se desalienta y

desanima».

Aquí está entonces el sentido de «soportar las tribulaciones».

Y «soportar», afirmó el Papa Francisco, «es una palabra que Pablo usa mucho: es más que tener paciencia, es llevar sobre los hombros, llevar el peso de las tribulaciones». También «la vida del cristiano tiene momentos así». Pero «Jesús nos dice: “Tened valor en ese momento. Yo he vencido, también vosotros venceréis”». Así, «esta primera palabra nos ilumina» para afrontar «los momentos más difíciles de la

vida, los momentos que nos hacen también sufrir».

El Papa Francisco recordó después que Pablo, «después de haber dado este consejo, organiza esa Iglesia, ora por sus presbíteros, impone las manos y los confía al Señor». Y he aquí, por lo tanto, la segunda palabra: «confianza». En efecto, «un cristiano puede llevar adelante las tribulaciones y también las persecuciones confiándose al Señor: solamente Él es capaz de darnos la fuerza, de darnos la perseverancia en la fe, de

darnos la esperanza».

Es necesario saber «confiar al Señor algo, confiar al Señor este momento difícil, confiarme a mí mismo al Señor, confiar al Señor a nuestros fieles; nosotros sacerdotes, obispos, confiar al Señor a nuestras familias, nuestros amigos». Es necesario saber decir al Señor: «Cuida de estos, son los tuyos».

Sin embargo, destacó el Papa, es «una oración que no siempre hacemos: «la oración de confianza». Es una bella oración cristiana la que reza:

«Señor te confío esto, llévalo tú adelante». Es «la actitud de la confianza en el poder del Señor, también en la ternura del Señor que es Padre». Por lo tanto, «cuando se hace esta oración —pero auténtica, del corazón— se siente que esta persona que se encomendó al Señor está segura: Él nunca defrauda».

En síntesis, «la tribulación te hace sufrir, la confianza en el Señor te da esperanza, y de aquí viene la tercera palabra: la paz». Todo esto, destacó el Pontífice, «te da paz». Y es

también «lo que Jesús dice como despedida a sus discípulos: “la paz os dejo, mi paz os doy”», como se lee en el pasaje del Evangelio de san Juan (14, 27-31) tomado de la liturgia del día. Pero, advirtió el Papa Francisco, no se trata de «una paz, una simple tranquilidad». Jesús desea precisar: «Yo doy una paz que no es la que te da el mundo», es decir, la que puede dar una cierta condición de tranquilidad. En cambio la paz que viene de Jesús «va adentro», es una «paz que te

da también fuerza, refuerza lo que hoy hemos pedido al Señor: nuestra fe y esperanza».

Para concluir, el Pontífice volvió a proponer las «tres palabras» que marcaron su reflexión:

«tribulación, confianza, paz».

No hay que olvidar nunca que «en la vida debemos ir por los caminos de la tribulación»,

porque «es la ley de la vida»; pero se debe siempre recordar, precisamente «en esos

momentos», de «confiarse al Señor». Y «Él nos responde con la paz». De hecho, «el Señor es

Padre que nos ama mucho y nunca defrauda», reafirmó el Papa. Y prosiguió pidiendo que Dios «refuerce nuestra fe y esperanza», dándonos «la confianza de vencer las tribulaciones, porque él venció al mundo», y «donando a todos su paz».

7 de mayo de 2015. **Menos palabras, más hechos.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 15 de mayo de 2015

Para distinguir el amor verdadero del amor falso «de telenovela», el Papa Francisco sugirió «dos criterios»: ante todo «lo concreto, hechos y no palabras», para no ver «a un Dios lejano» como los

gnósticos; y luego «comunicación», porque quien ama nunca está aislado. Siguiendo estos dos criterios se llega a vivir el amor como alegría auténtica, aseguró el Papa durante la misa que celebró el jueves 7 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. «El Señor nos pide permanecer en su amor, es decir, permanecer en el amor que Él tiene», afirmó el Pontífice refiriéndose al pasaje evangélico de Juan (15, 9-11) propuesto por la liturgia del día

y planteando inmediatamente la pregunta central: «¿Qué amor es ese?». Es «el amor del Padre» y Jesús mismo nos tranquiliza: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo». Es, por lo tanto, «la plenitud del amor: permanecer en el amor de Jesús».

Esta realidad del amor auténtico, explicó el Papa, «hay que entenderla bien». Así, pues, «¿cómo es el amor de Jesús? ¿Cómo sé que yo siento el amor verdadero?». El Papa Francisco indicó «dos criterios que nos ayudarán a distinguir

el amor verdadero del no verdadero». El primer criterio es que «el amor se debe poner más en los hechos que en las palabras». Y el «segundo criterio» consiste en que «comunicar es propio del amor: el amor se comunica». Sólo «con estos dos criterios podemos encontrar el verdadero amor de Jesús en los hechos, pero en los hechos concretos».

El hecho concreto es, por lo tanto, fundamental, indicó el Papa: «Nosotros podemos mirar una telenovela, un amor de

telenovela: es una fantasía. Sí, son historias, pero no nos hacen partícipes. Nos hacen latir un poco el corazón, pero nada más». Por su parte, en cambio, Jesús advertía a los suyos: «No los que dicen: "¡Señor! ¡Señor!" entrarán en el reino de los cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre, los que cumplen mis mandamientos. Si cumplís mis mandamientos, permanecéis en mi amor».

Estas palabras nos conducen al «hecho concreto del amor de Jesús». Este, afirmó el Papa

Francisco, «es concreto, está en los hechos, no en las palabras». Y así «cuando el joven doctor de la ley fue a Jesús y le preguntó: “Dime, Señor, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?”, Jesús dijo la ley como era: “Amarás a tu Dios con todo el corazón y con toda el alma y al prójimo como a ti mismo”». En ese punto, continuó el Papa, el joven «se sintió un poco avergonzado y no sabía cómo salir de esa pequeña vergüenza». Y «para salir hizo la pregunta: ¿quién

es el prójimo?». Para explicárselo «Jesús contó la parábola del buen samaritano». Y al final propuso al joven: «Anda y haz lo mismo». Con esta exhortación Jesús muestra que «el verdadero amor es concreto, está en las obras, es un amor constante; no es un simple entusiasmo». Pero «muchas veces es también un amor doloroso: pensemos en el amor de Jesús al cargar la cruz». En cualquier caso, «las obras del amor son las que Jesús nos enseña en el pasaje del capítulo 25 de san Mateo».

Las palabras son claras y concretas, como si dijese: «quien ama hace esto». Es un poco «el protocolo del juicio: tenía hambre, me has dado de comer, etc...».

«También las bienaventuranzas, que son el programa pastoral de Jesús, son concretas», destacó el Pontífice. Así, reafirmó, «el primer criterio para permanecer en el amor de Jesús es que este amor nuestro sea concreto, y como Él dice: observar los mandamientos, sus mandamientos». Al

confirmar la importancia de lo concreto, el Papa Francisco recordó que «una de las primeras herejías del cristianismo fue la del pensamiento gnóstico», que veía un «Dios lejano y no había nada concreto». No por casualidad «el apóstol Juan lo condena con claridad: “Estos no creen que el Verbo se hizo carne”». En cambio, con su amor el Padre «fue concreto, envió a su Hijo, que se hizo carne para salvarnos». Por lo tanto, resumió el Papa, «el primer criterio es el amor: más

en las obras, en los hechos, que en las palabras».

El «segundo criterio», en cambio, es que «el amor se comunica, no permanece aislado: el amor se da a sí mismo y recibe, se lleva a cabo esa comunicación que existe entre el Padre y el Hijo, una comunicación que obra el Espíritu Santo». Por eso, reafirmó el Pontífice, «no hay amor sin comunicar, no hay amor aislado». Alguien, añadió, podría objetar que «los monjes y las monjas de clausura están aislados». No es así, explicó el

Papa Francisco, porque son personas que «comunican, y mucho, con el Señor, y también con los que van en busca de una palabra de Dios».

«El verdadero amor no puede aislarse», porque «si se aísla no es amor» y se convierte, más bien, en «una forma espiritualista de egoísmo, un permanecer cerrado en sí mismo, buscando el propio provecho». En una palabra es «egoísmo». Así, explicó el Pontífice, «permanecer en el amor de Jesús significa permanecer en el amor del

Padre que nos ha enviado a Jesús; permanecer en el amor de Jesús significa hacer, no sólo decir; permanecer en el amor de Jesús significa capacidad de comunicar, de diálogo, tanto con el Señor como con nuestros hermanos».

En el fondo, hizo notar el Papa Francisco, «es muy sencillo; pero no es fácil, porque el egoísmo, el propio interés atrae», empujándonos a no «realizar gestos concretos: nos atrae para no comunicar». Y aún más: ¿Qué dice el Señor de los que permanecerán en su

amor? «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud». Por lo tanto, dijo el Papa, «el Señor, al permanecer en el amor del Padre, está alegre»; y añade: «si permanecéis en mi amor vuestra alegría será plena». Se trata, en verdad, de «una alegría que muchas veces viene junto con la cruz». Pero es también una «alegría; Jesús mismo nos lo dijo: nadie os la podrá quitar».

Al continuar la celebración eucarística, «con el Señor que

vendrá a nosotros en el altar», el Papa pidió la gracia «de permanecer en su amor: con nuestros hechos y nuestras comunicaciones». Que el Señor, concluyó, nos dé también «la gracia de la alegría, esa alegría que el mundo no puede dar».

8 de mayo de 2015. **Mucho movimiento.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 15 de mayo de 2015

El día de la fiesta de Nuestra Señora de Luján, patrona de Argentina, el Papa Francisco ofreció precisamente por su patria la misa que celebró en Santa Marta el viernes 8 de mayo por la mañana. E invitó a

saber secundar los movimientos provocados por el Espíritu Santo en cada uno de nosotros y en toda la Iglesia: movimientos que aparentemente parecen provocar confusión y, en cambio, desembocan siempre en la unidad.

Ya al inicio de la homilía el Papa recordó que «Jesús había prometido a los apóstoles el Espíritu Santo y había dicho que el Espíritu Santo les enseñaría muchas cosas y les recordaría cuanto Él les había enseñado». Así, «desde el

primer momento de la venida del Espíritu Santo, el mismo día de su venida, comenzaron a moverse las aguas: inició un movimiento en la Iglesia». Los discípulos, por su parte, «estaban encerrados, un poco por temor, pero allí comenzó el movimiento: salieron y Pedro pronunció su primer discurso al pueblo».

Las palabras de Pedro, explicó el Pontífice, «las escuchaban todos en su idioma: cada uno en su propia lengua».

Escuchándolo, muchos «se convirtieron y luego fueron por

el mundo con esta nueva noticia: Jesús está vivo, el Señor ha resucitado». Así, pues, «comenzó este movimiento hacia el mundo». Y es lo que hizo «también el apóstol Felipe con el “ministro de economía” de Etiopía, que era judío, un prosélito judío: le comunicó el mensaje de Jesús, lo bautizó y fue a su tierra a predicar el Evangelio».

El Papa Francisco hizo memoria de los primeros pasos de la evangelización narrados por los Hechos. «Los apóstoles —dijo— comenzaron a predicar en

Jerusalén y, después de la curación del paralítico, que pedía limosna» ante la puerta del templo llamada "Hermosa", Pedro y Juan «fueron convocados a juicio, fueron golpeados: comenzaron las persecuciones». De ese modo «estalló con fuerza, tras la muerte de Esteban, otro movimiento: las persecuciones».

En este punto, afirmó el Papa, surgió «otro problema». Es decir, los primeros discípulos, como Pablo y Pedro mismo, se pusieron en movimiento para

predicar saliendo «al encuentro de los judíos, pero encontraron también paganos». Y «Pedro fue el primero, porque fue a la casa de Cornelio».

Precisamente allí «comenzó otro movimiento en la Iglesia y Pedro, el jefe, fue criticado:

“Este es un poco herético porque entró en la casa de un pagano, es impuro». Por ello también Pedro «sintió esa falta de confianza de algunos de la comunidad». Y «estos son movimientos dentro de la Iglesia; movimientos de grupos que tienen diversos puntos de

vista».

Por su parte «Pablo comenzó a predicar la conversión también a los paganos y ellos escucharon esta buena noticia y se convirtieron». Sin embargo, el grupo cristiano estaba «cerrado, no comprendía», repetía: «¡No, los paganos no!». Hasta el punto que llegaron a lapidar a Pablo y dejarlo «como si estuviera muerto». Luego «buscaron también ayuda en el poder de la sociedad: en Antioquía fueron al encuentro de las piadosas mujeres de la nobleza

y de los hombres de alto nivel para intentar una acción contra los apóstoles».

«Así —prosiguió el Papa— llegamos a este punto, al capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles (22-31), donde se movían precisamente las aguas en Antioquía, porque un grupo de cristianos, muy apegados a la ley judía, quería imponer las condiciones judías a los nuevos cristianos antes de bautizarlos: por ejemplo la circuncisión y otras cosas». Pero «Pablo dijo no». He aquí, entonces, que «comenzó la lucha interna

entre ellos, las aguas se movieron». Se lee, en efecto, que entre ellos había fuertes discusiones. «Discutían con fuerza porque había verdaderamente mucho movimiento» explicó el Papa. Y «¿cómo resolvieron el problema? Se reunieron y cada uno dio su juicio, dio su opinión; discutieron, pero como hermanos y no como enemigos: no hicieron las uniones desde fuera para vencer; no fueron al encuentro de los poderes civiles para imponerse; no mataron para triunfar: buscaron el

camino de la oración y del diálogo». Y así, los «que eran precisamente sus contrarios dialogaron y se pusieron de acuerdo: esto fue obra del Espíritu Santo».

El capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles, afirmó el Papa Francisco, narra «el proceso que acaba», precisamente en el pasaje de la liturgia del día, «con el primer concilio ecuménico, el concilio de Jerusalén». Así, prosiguió, «enviaron una carta a los que no sabían qué hacer a causa de la predicación de los cerrados:

“Los Apóstoles y los presbíteros hermanos saludan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia provenientes de la gentilidad. Habiéndonos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nuestro, os han alborotado con sus palabras, desconcertando vuestros ánimos”

Concretamente, «sembraron cizaña», añadió el Papa, siguiendo la lectura del texto: «“Hemos decidido, por unanimidad, elegir a algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo” —

que habían sido juzgados herejes— “hombres que han entregado su vida al nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os mandamos, pues, a Silas y a Judas que os referirán de palabra lo que sigue”». Al leer estas palabras el Pontífice recalcó cómo al final se pusieron de acuerdo; y también cómo Bernabé y Pablo «habían sido juzgados herejes».

El Papa Francisco leyó después, también de los hechos de los Apóstoles, «esta fórmula que es una fórmula, una expresión solemne: “Hemos decidido, el

Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: que os abstengáis de carne sacrificada a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de uniones ilegítimas». Al respecto el Papa destacó que «fue Pedro quien impulsó esto» con una frase dicha precedentemente: «¿por qué, pues, ahora intentáis tentar a Dios, queriendo poner sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido soportar?». El proceso, en definitiva, acaba

encontrando «el acuerdo de todos».

Precisamente «este —dijo el Papa Francisco— es el camino del Espíritu Santo, esta es la obra del Espíritu Santo».

Porque es Él «quien mueve las aguas, el que causa un poco de desorden, y parece que hay tempestad, tormenta —pensad en el día de Pentecostés— y después crea armonía, unidad: tiene estas dos características». Y en «una Iglesia donde nunca hay problemas de este tipo —añadió— me hace pensar que el Espíritu no está muy

presente». Seguro que «en una Iglesia donde siempre se discute y se forman grupos y los hermanos se traicionan el uno al otro, ahí no está el Espíritu». De hecho, «el Espíritu es el que crea la novedad, mueve la situación para ir hacia adelante, crea nuevos espacios, crea la sabiduría que Jesús prometió: “Él os enseñará”». El Espíritu, por lo tanto, «mueve pero al final crea también la unidad armoniosa entre todos». He aquí lo que «nos enseña esta lectura, que nos presenta

el primer concilio ecuménico», recapituló el Papa Francisco repitiendo de nuevo la fórmula con la cual el Espíritu pone a todos de acuerdo. Y al proseguir la celebración, el Pontífice pidió «al Señor Jesús, que estará presente entre nosotros, que envíe siempre el Espíritu Santo a nosotros, a cada uno de nosotros; que lo envíe a la Iglesia y que la Iglesia sepa ser fiel a los movimientos que causa el Espíritu Santo».

11 de mayo de 2015. **Donde está el escándalo.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 15 de mayo de 2015

«Los coptos degollados por ser cristianos» murieron «con el nombre de Jesús en sus labios» porque habían comprendido hasta las últimas consecuencias «el escándalo de la cruz». Pero «el camino martirial» forma

parte de la vida cotidiana de cada cristiano, también en la familia, en la defensa de los derechos de las personas, en la experiencia de la enfermedad. Y es el Espíritu Santo quien ayuda para saber dar testimonio y acoger «la verdad toda completa». Lo afirmó el Papa Francisco, en la misa que celebró el lunes 11 de mayo en la capilla de la Casa Santa Marta, al recordar también que el domingo llamó por teléfono al patriarca copto Tawadros, con ocasión del día de la amistad entre coptos y

católicos, segundo aniversario del encuentro que tuvo lugar en el Vaticano el 10 de mayo de 2013.

«En la primera oración de hoy» al inicio de la misa, dijo el Pontífice, «hemos pedido la gracia de hacer siempre presente, en cada momento, la fecundidad de la Pascua». Y, en efecto, explicó, «la Pascua es fecunda» porque «es la vida que Jesucristo, el Señor, nos dio a través de su cruz y resurrección». Pero «¿cómo se realiza esta fecundidad?». La respuesta, destacó el Papa

Francisco, la encontramos precisamente en el Evangelio de Juan (15, 26-16.4) propuesto hoy por la liturgia. En realidad, «el Señor prepara a sus discípulos para el futuro». Y «hay una palabra que puede parecer un poco extraña: escandalizar». Dice Jesús, según lo relatado por Juan: «Os he hablado de esto, para que no os escandalicéis». La cuestión que hay que comprender es: «¿de qué escándalo habla Jesús? ¿Del escándalo de las persecuciones que llegarán, del escándalo de

la cruz?».

El Señor «añade una promesa» al decir: «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, él dará testimonio de mí». Y luego, «en el mismo discurso», afirma también: «Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena». En conclusión, explicó el Papa, Jesús «nos habla del futuro, de la cruz que nos espera y nos habla del

Espíritu, que nos prepara para dar testimonio cristiano». Por lo demás, prosiguió el Papa Francisco, «en estos días la Iglesia nos hace reflexionar mucho en el Espíritu Santo: Jesús dice que el Espíritu Santo que vendrá, que Él enviará, nos guiará a la verdad plena, es decir, nos enseñará las cosas que aún no ha enseñado, estas cosas que Él —añadió el Papa citando el pasaje evangélico de hoy— debe decir y de las que ellos, los discípulos, no eran aún capaces de cargar con el peso». Además el Señor afirma

también que «el Espíritu os hará recordar las cosas que dije y que con la vida cayeron en el olvido». Y he aquí, explicó el Papa Francisco, «lo que hace el Espíritu: nos hace recordar las palabras de Jesús y nos enseña también las cosas que Jesús aún no ha podido decirnos, porque no éramos capaces de comprender su alcance».

«Así, la vida de la Iglesia es un camino guiado por el Espíritu que nos recuerda y nos enseña, que nos lleva a la verdad plena», destacó. Y «este Espíritu, que es compañero de

camino, nos defiende también del escándalo de la cruz». San Pablo, al hablar a los corintios dijo: «Pero la cruz es necesidad para los que se pierden». Luego volvió a tomar la palabra y añadió: «Los judíos exigen signos». Y «en verdad cuántas veces en el Evangelio los judíos, los doctores de la ley, exigieron a Jesús» que les diera «un signo». Por su parte «los griegos, o sea los paganos, pidieron sabiduría, ideas nuevas». Pero «nosotros predicamos sólo a Cristo crucificado, escándalo para

vosotros —para los judíos— y necesidad para los gentiles». La cruz de Cristo, por lo tanto, es el escándalo. Por eso, aclaró el Papa, «Jesús prepara el corazón de sus discípulos con la promesa del Paráclito, para lo que les sucederá». Y dice: «Os he hablado todo esto para que no os escandalicéis» de la cruz de Cristo. San Juan trae estas palabras del Señor: «Os excomulgarán de la sinagoga; más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios». Y nosotros hoy, constató

el Pontífice, «somos testigos de los que matan a los cristianos en nombre de Dios porque son infieles, según ellos». Esta «es la cruz de Cristo». He aquí la actualidad de las palabras de Jesús en el Evangelio de la liturgia del día: «Esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí». Jesús nos recuerda de este modo que todo lo que le sucedió a Él, nos ocurrirá también a nosotros: «las persecuciones, las tribulaciones». Por esto no nos debemos escandalizar, conscientes de que «será el

Espíritu quien nos guíe y nos haga comprender».

«Ayer —dijo después el Papa Francisco— tuve la alegría de llamar por teléfono al patriarca copto Tawadros, porque era el día de la amistad copto-católica: hablamos de algunas cosas». Y, añadió, «yo recordaba a sus fieles, degollados en la playa por ser cristianos. Estos fieles, por la fuerza que les dio el Espíritu Santo, no se escandalizaron. Morían con el nombre de Jesús en sus labios. Es la fuerza del Espíritu. El testimonio. Es

verdad, esto es precisamente el martirio, el testimonio supremo».

Está también, prosiguió el Papa, «el testimonio de cada día, el testimonio de hacer presente la fecundidad de la Pascua —que hemos pedido hoy al inicio de la misa—, esa fecundidad que nos da el Espíritu Santo, que nos guía hacia la verdad plena, la verdad toda, y nos hace recordar lo que Jesús nos dice».

Por ello, destacó el Papa Francisco, «un cristiano que no

toma en serio esta dimensión «martirial» de la vida no ha comprendido aún el camino que Jesús nos enseñó: camino «martirial» de cada día; camino «martirial» al defender los derechos de las personas; camino «martirial» al defender a los hijos: papá, mamá que defienden su familia; camino «martirial» de muchos, muchos enfermos que sufren por amor a Jesús. Todos nosotros tenemos la posibilidad de llevar adelante esta fecundidad pascual en este camino «martirial», sin

«escandalizarnos».

Al proseguir la celebración eucarística —«memorial de la cruz» en la que «se hace presente la fecundidad pascual»— el Pontífice pidió «al Señor la gracia de recibir al Espíritu Santo que nos recordará las palabras de Jesús, que nos guiará a la verdad plena y nos preparará cada día para dar testimonio, para ofrecer este pequeño martirio de cada día o un gran martirio, según la voluntad del Señor».

15 de mayo de 2015. **Sin miedo.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 22 de mayo de 2015

Miedo y tristeza enferman a las personas y también a la Iglesia, porque paralizan, hacen egocéntrico y acaban por viciar el aire de las comunidades que sobre la puerta exponen el cartel de «prohibido» porque

tienen miedo de todo. Sin embargo, es la alegría, que en el dolor llega a ser paz, la actitud valiente del cristiano, sostenido por el temor de Dios y el Espíritu Santo. Es lo que dijo el Papa en la misa celebrada, el viernes 15 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

En la liturgia de la Palabra, el Papa Francisco observó inmediatamente, al comentar las lecturas del día, que «existen dos palabras fuertes que la Iglesia nos hace meditar: miedo y alegría». Y,

así, —se lee en los Hechos de los apóstoles (18, 9-18)— el Señor dice a Pablo: «no tengas miedo; sigue hablando».

«El miedo —explicó el Papa— es una actitud que nos hace mal, nos debilita, nos empequeñece, e incluso nos paraliza». En tal medida que «una persona con temor no hace nada, no sabe qué hacer: es medrosa, miedosa, concentrada en sí misma para que no le suceda algo malo, algo feo». Por lo tanto «el miedo lleva a un egocentrismo egoísta y paraliza».

Precisamente «por eso Jesús dice a Pablo: no tengas miedo, sigue hablando».

El miedo, en efecto, «no es una actitud cristiana», sino «una actitud, podemos decir, de un alma encarcelada, sin libertad, que no tiene libertad de mirar adelante, de crear algo, de hacer el bien». Y, así, quien tiene miedo continúa repitiendo: «No, está este peligro, está este otro y ese otro», y así sucesivamente. «¡Qué lástima, el miedo hace mal!» comentó de nuevo el Papa Francisco.

El miedo, sin embargo, «hay que diferenciarlo del temor de Dios, con el que no tiene nada que ver». El temor de Dios, afirmó el Pontífice, «es santo, es el temor de la adoración ante el Señor; y el temor de Dios es una virtud». Esto, en efecto, «no empequeñece, no debilita, no paraliza»; por el contrario, «lleva adelante hacia la misión que el Señor nos da». Y al respecto el Pontífice añadió: «El Señor, en el capítulo 18 del Evangelio de san Lucas, habla de un juez que no temía a Dios ni le

importaban los hombres, y hacía lo que quería». Esto «es un pecado: la falta de temor de Dios y también la autosuficiencia», porque «aleja de la relación con Dios y también de la adoración». Por ello, dijo el Papa Francisco, «una cosa es el temor de Dios, que es bueno; pero otra es el miedo». Y «un cristiano miedoso es poca cosa: es una persona que no ha entendido cuál es el mensaje de Jesús». La «otra palabra» propuesta por la liturgia, «después de la Ascensión del Señor», es

«alegría». En el pasaje del Evangelio de san Juan (16, 20-23), «el Señor habla del paso de la tristeza a la alegría», preparando a los discípulos «para el momento de la pasión: “Vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría”». Jesús sugiere «el ejemplo de la mujer en el momento del parto, que tiene muchos dolores pero después, tras nacer el niño, se olvida del dolor» para dejar espacio a la alegría. «Y nadie

os quitará vuestra alegría»  
asegura el Señor.

Pero «la alegría cristiana —  
advirtió el Papa— no es una  
simple diversión, no es una  
alegría pasajera». Más bien, «la  
alegría cristiana es un don del  
Espíritu Santo: es tener el  
corazón siempre alegre porque  
el Señor ha vencido, el Señor  
reina, el Señor está a la  
derecha del Padre, el Señor me  
miró a mí, me envió, me dio su  
gracia y me hizo hijo del  
Padre». He aquí lo que de  
verdad es «la alegría  
cristiana».

Un cristiano, por lo tanto, «vive en la alegría». Pero, se preguntó el Papa Francisco, «¿dónde está esta alegría en los momentos más tristes, en los momentos de dolor? Pensemos en Jesús en la Cruz, ¿tenía alegría? ¡Pues, no! En cambio, isí, tenía paz!». En efecto, explicó el Papa, «la alegría, en el momento del dolor, de la prueba, se convierte en paz». En cambio, «la sola diversión en el momento del dolor se convierte en oscuridad, se hace tiniebla». He aquí la razón de por qué

«un cristiano sin alegría no es cristiano; un cristiano que vive continuamente en la tristeza no es cristiano». A «un cristiano que pierde la paz, en el momento de las pruebas, de las enfermedades, de tantas dificultades, le falta algo».

El Papa Francisco invitó a «no tener miedo y a tener alegría», y explicó: «No tener miedo es pedir la gracia del valor, el valor del Espíritu Santo; y tener alegría es pedir el don del Espíritu Santo, también en los momentos más difíciles, con la paz que nos da el Señor».

Es lo que «sucede en los cristianos, sucede en las comunidades, en toda la Iglesia, en las parroquias, en tantas comunidades cristianas». En efecto, «existen comunidades miedosas, que van siempre a lo seguro: “No, no, no hagamos esto... No, no, esto no se puede, esto no se puede”». Hasta el punto que «parece que sobre la puerta de entrada hayan escrito “prohibido”: todo está prohibido por miedo». Así, «cuando se entra en esa comunidad el aire está viciado, porque la

comunidad está enferma: el miedo enferma a una comunidad; la falta de valentía enferma a una comunidad». Pero «también una comunidad sin alegría es una comunidad enferma, porque donde no hay alegría hay vacío. No, más bien lo que hay diversión». Y así, al final de cuentas, «será una bonita comunidad divertida pero mundana, enferma de mundanidad porque no tiene la alegría de Jesucristo». Y «un efecto, entre otros, de la mundanidad —alertó el Pontífice— es hablar mal de los

demás». Por lo tanto, «cuando la Iglesia tiene miedo y cuando la Iglesia no recibe la alegría del Espíritu Santo, la Iglesia se enferma, las comunidades se enferman, los fieles se enferman».

En la oración al inicio de la misa, recordó el Papa «hemos pedido al Señor la gracia de elevarnos hacia el Cristo sentado a la derecha del Padre». Precisamente «la contemplación de Cristo sentado a la derecha del Padre, afirmó, nos dará la valentía, nos dará la alegría, nos quitará

el miedo y nos ayudará también a no caer en una vida superficial y de diversión». «Con esta intención de elevar nuestro espíritu hacia Cristo sentado a la derecha del Padre —concluyó el Papa Francisco— continuamos nuestra celebración pidiendo al Señor: eleva nuestro espíritu, quítanos todo miedo y danos la alegría y la paz».

# 19 de mayo de 2015. **La importancia de decir adiós.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 22 de mayo de 2015

El Papa Francisco recordó los sufrimientos de los rohingya de Myanmar, abandonados en medio del mar y rechazados, y de los refugiados cristianos y yazidíes «expulsados de sus casas» en Irak: tragedias que

están sucediendo hoy ante los ojos de todos. Al celebrar la misa el martes 19 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Pontífice propuso una reflexión sobre el sentido último que tiene cada despedida, grande o pequeña, con la palabra «adiós» que expresa siempre un acto de confianza al Padre. Y recordó el dolor y la preocupación de todas las mamás que ven partir a su hijo para afrontar la guerra.

Por lo demás, observó inmediatamente el Papa, «el

clima en estos últimos días del tiempo pascual es un clima de despedida». Y «la Iglesia en la liturgia toma el discurso de Jesús en la última Cena, donde se despedía antes de la Pasión, y lo vuelve a leer: Jesús se despide para ir al Padre y mandarnos al Espíritu Santo» (*Jn 17, 1-11*).

Hoy, afirmó de nuevo el Papa Francisco, «este clima de despedida se concentra también en la primera lectura, una de esas hermosas páginas de los Hechos de los apóstoles: la despedida de Pablo» (20, 17-

27). Él «estaba en Mileto» y «mandó a llamar a Éfeso a los presbíteros de la Iglesia» para «una reunión de pequeñas iglesias, grandes como parroquias». Y, así, «comienza el discurso que terminará en la liturgia de mañana, donde Pablo recuerda su trabajo, lo que realizó: “No he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado”». Así, pues, «le recuerda cómo ha trabajado, pero no se enaltece». Es, precisamente, un recuerdo:

«Esta fue mi vida entre vosotros». Luego, añadió: «Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu».

Pablo «se va», explicó el Papa, con «una despedida que es un poco dramática». Especifica, de hecho, que no sabe «lo que le pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, le da testimonio de que le aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a él no le importa la vida, sino completar la carrera y consumir el ministerio que recibió del

Señor». Y, «así, ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios». Pablo luego «pronuncia un discurso un poco largo, fraternal, y cuando termina comienza a llorar». Y dijo: «Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros volverá a ver mi rostro, pero sé también que no veré más el vuestro». Luego «todos llorando se dirigen a la playa, se arrodillan, rezan llorando y se despiden de Pablo» acompañándolo «hasta la nave».

En definitiva, resumió el Papa haciendo referencia a las dos

lecturas, «Jesús se despide, Pablo se despide; y esto nos ayudará a reflexionar sobre nuestras despedidas». De hecho «en nuestra vida hay tantas despedidas: hay muchas y pequeñas despedidas —se sabe que vuelvo, hoy o mañana — y hay grandes despedidas y no se sabe cómo acabará este viaje».

El Papa Francisco reconoció que hace «bien pensar en esto», porque «la vida está llena de despedidas» y «hay mucho sufrimiento, muchas lágrimas» en algunas situaciones. E invitó

a pensar «en esos pobres rohingya de Myanmar. En el momento que dejaron su tierra para huir de las persecuciones no sabían qué les ocurriría. Desde hace meses están en barcazas, allí... Llegaron a una ciudad donde, tras haberles dado agua y comida, les dijeron: "marchaos": es una despedida». Y luego recordó «la despedida de los cristianos y los yazidíes que previeron no volver a su tierra porque fueron expulsados de sus casas. ¡Hoy!».

El Pontífice recordó, por lo tanto, que «hay también pequeñas, y a su vez grandes despedidas en la vida: pienso en la despedida de la madre que dice adiós, da el último abrazo al hijo que se va a la guerra, y todos los días se levanta con el temor de que venga un oficial a anunciarle: "Agradecemos mucho la generosidad de su hijo que dio la vida por la patria"». Porque «no se sabe cómo acabarán estas grandes despedidas». Y luego «está también el último adiós, que todos debemos

hacer, cuando el Señor nos llama a la otra orilla: pienso en esto».

«Estas grandes despedidas de la vida, también la última, no son las despedidas» que se resuelven diciendo «hasta luego, hasta pronto, adiós».

Despedidas, en definitiva, «en las que uno sabe que regresa o inmediatamente o después de una semana». En las grandes despedidas, en cambio, «no se sabe ni cuándo ni cómo» tendrá lugar el regreso. Y precisamente «esa última despedida la representa

también el arte, en las canciones, por ejemplo». Y, al respecto, el Papa Francisco recordó el tradicional canto de los alpinos, *El testamento del capitán*, que narra «cuando ese capitán se despide de sus soldados». Así, planteó esta pregunta: «¿Pienso en la gran despedida, en mi gran despedida», es decir, «no cuando debo decir “hasta luego”, “hasta pronto”, “hasta ahora”, sino “adiós”?».

Los dos textos de la liturgia de hoy «dicen la palabra “adiós”»: Pablo confía a los suyos a Dios,

y Jesús confía al Padre a sus discípulos, que permanecen en el mundo». Pero precisamente «confiar al Padre, confiar a Dios es el origen de la palabra "adiós"». En efecto, «nosotros decimos "adiós" solamente en las grandes despedidas, ya sea en las de la vida, ya sea en la última».

Frente a la imagen «de Pablo que llora de rodillas en la playa» y la imagen de «Jesús triste porque se dirigía a la Pasión, con sus discípulos, llorando en su corazón», el Pontífice invitó a «reflexionar

sobre nosotros mismos: nos hará bien». Y a preguntarnos «¿quién será la persona que cerrará mis ojos? ¿Qué dejo?». El Papa evidenció, en efecto, que «Pablo y Jesús, los dos, en estos pasajes realizan una especie de examen de conciencia: "Yo he hecho esto, esto, esto"». De la misma manera es bueno preguntarse a sí mismo, como una especie de examen de conciencia: «¿Yo qué he hecho?». Consciente de que «me hace bien imaginarme en ese momento, que no se sabe cuándo será, en el que el

“nos vemos”, “hasta pronto”, “hasta mañana” “hasta la vista” se convertirá en un “adiós”». Y, por consiguiente, preguntó invitando de nuevo a reflexionar, «¿estoy preparado para confiar a Dios a todos los míos? ¿Para confiarme yo mismo a Dios? ¿Para decir esa palabra que es la palabra de la confianza del hijo al Padre?». El Papa Francisco propuso también un consejo «si tenéis un poco de tiempo hoy, y si no lo tenéis, ibuscadlo!»: leer el capítulo 16 del Evangelio de san Juan o el capítulo 19 de los

Hechos de los apóstoles, o sea «la despedida de Jesús y la despedida de Pablo».

Precisamente a la luz de estos textos, es importante «pensar que un día yo también tendré que decir esa palabra: “adiós”». Sí, añadió, «a Dios confío mi alma; a Dios confío mi historia; a Dios confío a los míos; a Dios confío todo».

«Ahora —concluyó el Papa— celebremos el memorial del adiós de Jesús, de la muerte de Jesús». Y deseó «que Jesús muerto y resucitado, nos envíe el Espíritu Santo para que

aprendamos esa palabra, la  
aprendamos a decir  
existencialmente, con toda su  
fuerza: la última palabra,  
“adiós”».

# 21 de mayo de 2015. **La unidad no se hace con pegamento.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 29 de mayo de 2015

La unidad de la Iglesia estuvo en el centro de la reflexión del Papa Francisco en la misa del jueves 21 de mayo. Al releer el pasaje del Evangelio (*Jn 17, 20-26*) propuesto por la liturgia

del día, el Pontífice destacó ante todo cómo «consuela escuchar esta palabra: “No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos”». Es lo que dijo Jesús al despedirse de los apóstoles. En ese momento Jesús ora al Padre por los discípulos y «ora también por nosotros».

El Papa Francisco hizo notar que «Jesús rezó por nosotros, en ese momento, y lo sigue haciendo». Se lee, en efecto, en el Evangelio: «Padre, ruego por ellos pero también por los

muchos otros que vendrán». Un detalle no irrelevante hacia el cual, tal vez, no estamos lo suficientemente atentos. Y sin embargo, reafirmó el Papa, «Jesús rezó por mí» y esto «es precisamente fuente de confianza». Podríamos imaginar a «Jesús ante el Padre, en el cielo», que ruega por nosotros. Y «¿qué ve el Padre? Las llagas», o sea el precio que Jesús «ha pagado por nosotros».

Con esta imagen el Pontífice entró en el corazón de su reflexión. En efecto, se

preguntó, «¿qué pide Jesús al Padre en esta oración?».

«¿Dice acaso: Ruego por ellos para que la vida sea buena, para que tengan dinero, para que sean todos felices, para que no les falte nada?..». No, Jesús «ruega para que todos sean uno: "Como tú, Padre, en mí, y yo en ti"». En ese momento Él ruega «por nuestra unidad. Por la unidad de su pueblo, por la unidad de su Iglesia».

Jesús, explicó el Papa Francisco, sabe bien que «el espíritu del mundo, que es

precisamente el espíritu del padre de la división, es un espíritu de división, de guerra, de envidias, de celos», y que esto está presente «también en las familias, incluso en las familias religiosas, en las diócesis, en toda la Iglesia: es la gran tentación». Por ello «la gran oración de Jesús» es «asemejarse» al Padre: o sea, «como tú, Padre, en mí, y yo en ti», en la «unidad que Él tiene con el Padre».

Alguien podría decir entonces: «Pero, padre, con esta oración de Jesús si queremos ser fieles,

¿no podemos hablar mal del otro? O bien: «¿No podemos etiquetar a este de..., este es así, este es...?». ¿Y «ese otro, que fue tachado como revolucionario...?». La respuesta del Papa fue clara: «No». Porque, añadió, «debemos ser uno, uno solo, como Jesús y el Padre son uno». Y este es precisamente «el desafío de todos nosotros los cristianos: no dar lugar a la división entre nosotros, no dejar que el espíritu de división, el padre de la mentira entre en nosotros». Debemos,

insistió el Papa, «buscar siempre la unidad». Cada uno, naturalmente, «es como es», pero debe buscar vivir en la unidad: «¿Jesús te ha perdonado? Perdona a todos». El Señor rogó para que lográramos esto. Explicó el Pontífice: «La Iglesia tiene mucha necesidad de esta oración de unidad, no sólo la de Jesús; también nosotros tenemos que unirnos a esta oración». Por lo demás, desde los orígenes la Iglesia manifestó esta necesidad: «Si comenzamos a leer el libro de

los Hechos de los Apóstoles desde el inicio –dijo el Papa Francisco– veremos que ahí empiezan las riñas, también los engaños. Uno quiere engañar al otro, pensad en Ananías y Safira...». Ya durante los primeros años existían las divisiones, los intereses personales, los egoísmos. Crear la unidad fue y es una auténtica «lucha».

Es necesario darse cuenta que «solos no podemos» conseguir la unidad: esta, en efecto, «es una gracia». Por ello, destacó el Pontífice, «Jesús reza, rezó

en aquel momento, reza por la Iglesia, rezó por mí, por la Iglesia, para que yo vaya por este camino».

La unidad es tan importante que, destacó el Papa, «en el pasaje que hemos leído» esta palabra se repite «cuatro veces en seis versículos». Una unidad que «no se construye con pegamento». No existe, en efecto, «la Iglesia construida con pegamento»: la Iglesia se hace una con el Espíritu. He aquí, entonces, que «debemos hacer espacio al Espíritu, para que nos transforme como el

Padre está en el Hijo, en uno solo».

Para alcanzar ese objetivo, añadió el Papa Francisco, existe un consejo dado por el mismo Jesús: «Permaneced en mí».

También esta es una gracia. En su oración Jesús pide: «Padre, este es mi deseo: que los que me has dado están conmigo donde yo estoy» para que «contemplan mi gloria».

De esta meditación emerge un consejo: el de releer los versículos 20-26 del capítulo 17 del Evangelio de san Juan y pensar: «Jesús ruega, ruega

por mí, rogó y aún ruega por mí. Ruega con sus llagas, delante del Padre». Y lo hace «para que todos nosotros seamos uno solo, como Él es con el Padre, por la unidad». Esto «nos debe empujar a no hacer juicios», a no hacer «cosas que van contra la unidad», y a seguir el consejo de Jesús «de permanecer en Él en esta vida para que podamos permanecer con Él en la eternidad».

Estas enseñanzas, concluyó el Papa, se encuentran en el discurso de Jesús durante la

Última cena. En la misa «nosotros revivimos» esa cena y Jesús nos repite esas palabras. Durante la Eucaristía «dejamos espacio para que las palabras de Jesús entren en nuestro corazón y todos nosotros seamos capaces de ser testigos de unidad en la Iglesia y de alegría en la esperanza de la contemplación de la gloria de Jesús».

22 de mayo de 2015. **Tres miradas.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 29 de mayo de 2015

«¿Cómo me mira hoy Jesús?». La pregunta sugerida por el Papa Francisco llega e interpela directamente a cada cristiano con la misma fuerza de las «tres miradas que el Señor tuvo hacia Pedro». Miradas que

relatan «el entusiasmo de la vocación, el arrepentimiento y la misión», explicó el Papa en la misa que celebró el 22 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El pasaje que relata el diálogo entre Jesús y Pedro, destacó el Pontífice, «está casi al final del Evangelio de san Juan» (21, 15-19) «Recordemos siempre —continuó— la historia de aquella noche de pesca», cuando «los discípulos no pescaron nada, nada». Y por eso «estaban un poco enfadados». Por ese motivo

«cuando se acercaron a la orilla» y escucharon que un hombre les preguntaba si tenían «algo para comer», he aquí que «ellos enfadados» respondieron: «¡No!». Porque de verdad «no tenían nada». Pero ese hombre les dijo que tirasen las redes hacia la otra parte: los discípulos lo hicieron «y la red se llenó de peces». Es «Juan, el amigo más cercano, quien reconoce al Señor». Por su parte «Pedro, el entusiasta, se lanza al mar para llegar antes que el Señor». Esto fue de verdad

«una pesca milagrosa», indicó el Papa Francisco, pero «al llegar —aquí comienza el pasaje del Evangelio de hoy— encontraron que Jesús había preparado el desayuno: sobre la parrilla estaba el pescado». Y comieron juntos. Luego «tras comer, comenzó el diálogo entre Jesús y Pedro».

«Hoy en la oración —confesó el Papa— surgía en mi corazón, se me hacía presente cómo era la mirada de Jesús hacia Pedro». Y en el Evangelio, añadió, «encontré tres miradas diferentes de Jesús hacia

Pedro».

«La primera mirada», destacó el Papa Francisco, se encuentra «al inicio del Evangelio de san Juan, cuando Andrés fue a su hermano Pedro y le dijo:

“Hemos encontrado al Mesías”». Y «lo llevó al encuentro de Jesús», quien «fijó su mirada en él y dijo: “Tú eres Simón, hijo de Jonás. Te llamarás Pedro”». Es «la primera mirada, la mirada de la misión que, más adelante, en Cesarea de Filipo, explica la misión: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi

Iglesia”: esta será tu misión». «Mientras tanto —afirmó el Pontífice— Pedro se había convertido en un entusiasta de Jesús: seguía a Jesús. Recordemos el pasaje del sexto capítulo del Evangelio de san Juan, cuando Jesús habla de comer su cuerpo y muchos discípulos en ese momento decían: “Es duro este lenguaje”». En tal medida que «comenzaron a marcharse». Entonces «Jesús miró a los discípulos y dijo: “¿También vosotros queréis marcharos?”». Y «es el entusiasmo de Pedro

que responde: "¡No! ¿Dónde iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna"». Por lo tanto, explicó el Papa Francisco, «está la primera mirada: la vocación y un primer anuncio de la misión». Y «¿cómo se muestra el espíritu de Pedro en esa primera mirada? Entusiasta». Es «el primer tiempo del camino con el Señor». Luego, añadió el Papa, «he pensado en la segunda mirada». La encontramos «ya tarde la noche del Jueves santo, cuando Pedro quiso seguir a Jesús y se acercó al

sitio donde estaba Él, en la casa del sacerdote, en prisión, pero lo reconocen: “No, no lo conozco”». Lo niega «tres veces». Luego «escucha el canto del gallo y se acuerda: ha negado al Señor. Lo perdió todo. Perdió a su amor».

Precisamente «en ese momento a Jesús lo llevaron a otra sala, atravesando el patio, y fijó la mirada en Pedro». El Evangelio de san Lucas dice que «Pedro lloró amargamente». Así, «el entusiasmo de seguir a Jesús se convirtió en llanto, porque él había pecado, había negado a

Jesús». Pero «esa mirada cambió el corazón de Pedro, más que al comienzo». Así, pues, «el primer cambio fue el cambio de nombre y también de vocación». Por el contrario, «esta segunda mirada es una mirada que cambia el corazón y es un cambio de conversión al amor».

«No sabemos cómo fue la mirada en ese encuentro, estando solos, tras la resurrección» afirmó el Papa Francisco. «Sabemos que Jesús se encontró con Pedro, dice el Evangelio, pero no sabemos

qué se dijeron». Y así, lo narrado en la liturgia de hoy «es una tercera mirada: la confirmación de la misión; pero también la mirada con la que Jesús pide confirmación del amor de Pedro». De hecho, «tres veces —¡tres veces!— Pedro había renegado»; y ahora el Señor «tres veces le pide la manifestación de su amor». Y «cuando Pedro, cada vez, dice que sí, que le quiere, que lo ama, Él le confía la misión: “Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas”». Y más aún, a la

tercera pregunta —«Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres?»— Pedro «se entristeció, casi llora». Y disgustado porque «por tercera vez» el Señor «le preguntaba "¿me quieres?"», él le respondió: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Y de vuelta Jesús: «Pastorea mis ovejas». He aquí, «la tercera mirada: la mirada de la misión».

El Papa Francisco, luego volvió a proponer la esencia de las «tres miradas» del Señor sobre Pedro: «La primera, la mirada de la elección, con el

entusiasmo de seguir a Jesús; la segunda, la mirada del arrepentimiento en el momento del pecado tan grave de haber renegado a Jesús; la tercera es la mirada de la misión:

“Pastorea mis ovejas”». Pero «no termina ahí. Jesús va más allá: tú haces todo esto por amor y después, ¿serás coronado rey? No». Es más, el Señor afirma con claridad: «Te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará

adonde no quieres». Como diciendo: «También tú, como yo, estarás en aquel patio en el cual yo fijé mi mirada sobre ti: cerca de la cruz».

Precisamente sobre esto el Papa propuso un examen de conciencia. «Nosotros también podemos pensar: ¿cuál es hoy la mirada de Jesús sobre mí? ¿Cómo me mira Jesús? ¿Con una llamada? ¿Con un perdón? ¿Con una misión?». Estamos seguros de que «en el camino que Él ha hecho, todos estamos bajo la mirada de Jesús: Él siempre nos mira con amor,

nos pide algo, nos perdona algo y nos da una misión».

Antes de proseguir con la celebración —«ahora Jesús viene sobre el altar» recordó — el Papá invitó a rezar: «Señor, tú estás aquí, entre nosotros. Fija tu mirada sobre mí y dime qué debo hacer; de qué forma debo llorar mis errores y mis pecados; con qué valor debo ir hacia adelante por el camino que primero tú hiciste». Y «durante este sacrificio eucarístico», es oportuno «que tenga lugar este nuestro diálogo con Jesús». A

continuación, concluyó, «nos  
hará bien pensar durante todo  
el día en la mirada de Jesús  
sobre mí».

25 de mayo de 2015.

## **Encantados por la serpiente.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 29 de mayo de 2015

Ilusión de felicidad y de poder, falta de horizontes y de esperanza. La difícil relación del hombre con la riqueza estuvo en el centro de la reflexión del Papa Francisco durante la misa que celebró en

Santa Marta el lunes 25 de mayo.

La liturgia del día proponía el pasaje evangélico de san Marcos (10, 17-27) que se refiere al joven rico, un episodio que —dijo el Pontífice— podría llevar por título: «El itinerario desde la alegría y la esperanza a la tristeza y la cerrazón en sí mismo». Ese joven, en efecto, «quería seguir a Jesús y al verlo fue a su encuentro, entusiasmado, para plantearle la pregunta: “¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”». A quien el

Señor, tras la invitación a vivir los mandamientos, exhorta: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo». Y el joven, «frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico». Del entusiasmo a la tristeza: «Quería seguir a Jesús y se marchó por otro camino». ¿El motivo? «Estaba apegado a sus bienes. Tenía muchos bienes. Y en el balance vencieron los bienes».

El Papa Francisco destacó la actitud clara de Jesús ante tal

reacción: «Dijo a sus discípulos: "¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!"». En efecto —explicó— «hay un misterio en la posesión de las riquezas. Las riquezas tienen la capacidad de seducir, de conducirnos hacia la seducción y hacernos creer que estamos en un paraíso terrestre». Al respecto el Papa presentó también un ejemplo: «Recuerdo que en los años setenta vi por primera vez un barrio cercado, de gente pudiente; estaba cerrado para

defenderse de los ladrones, para estar seguros». Había también gente buena, pero se habían encerrado en esa especie de «paraíso terrestre». Esto sucede, dijo, «cuando existe la cerrazón para defender los bienes»: se pierde «el horizonte». Y «es triste una vida sin horizonte».

En este punto el Pontífice entró aún más en profundidad: hay que considerar, recordó, que «las cosas cerradas se estropean, se corrompen, entran en descomposición. El apego a las riquezas es el inicio

de todo tipo de corrupción, por doquier: corrupción personal, corrupción en los negocios, incluso la pequeña corrupción comercial —como la practicada, explicó el Papa, por quienes restan algún gramo al peso justo de una mercadería—, corrupción política, corrupción en la educación...». Cuantos «viven apegados al propio poder, a las propias riquezas, se creen en el paraíso. Son cerrados, no tienen horizonte, no tienen esperanza. Al final tendrán que dejarlo todo». Para hacer comprender mejor

este concepto, el Pontífice hizo referencia también a la parábola en la que Jesús habla del hombre que con traje elegante «todos los días tenía grandes banquetes»: este hombre «estaba tan encerrado en sí mismo que ya no veía más allá de su nariz: no veía que allí, en la puerta de su casa había un hombre que tenía hambre y también estaba enfermo, con llagas». Lo mismo nos sucede a nosotros: «el apego a las riquezas nos hace creer que todo está bien, que hay un paraíso terrestre, pero

nos quita la esperanza y nos quita el horizonte. Y vivir sin horizonte es una vida estéril, vivir sin esperanza es una vida triste».

Pero, quiso precisar el Papa Francisco, aquí se está criticando el «apego» y no el hecho de «administrar bien las riquezas». Las riquezas, en efecto, «son para el bien común, para todos», y si el Señor se las concede a alguien, es «para el bien de todos, no para sí mismo, no para que las encierre en su corazón, que luego así se convierte en

corrupto y triste». Jesús usa una expresión fuerte: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Las riquezas, dijo el Papa, «son como la serpiente en el paraíso terrestre, encantan, engañan, nos hacen creer que somos poderosos, como Dios. Y al final nos quitan lo mejor, la esperanza, y nos lanzan en lo peor, en la corrupción». Por ello Jesús afirma: «Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de los cielos».

De esto deriva un consejo válido para cada uno: quien posee riquezas debe orientarse «a la primera bienaventuranza: “Felices los pobres de espíritu”; es decir tomar distancia de este apego y hacer que las riquezas que el Señor le ha dado sean para el bien común». La «única forma» de obrar es «abrir la mano, abrir el corazón, abrir el horizonte». Si, en cambio, «tienes tu mano cerrada, tienes el corazón cerrado como el del hombre que organizaba banquetes y llevaba vestidos lujosos, no tienes horizontes,

no ves a los demás que pasan necesidad y terminarás como ese hombre: lejos de Dios». Lo mismo sucedió al joven rico: «contaba con la senda de la felicidad, la buscaba y... lo pierde todo». Por su apego a las riquezas «termina como un derrotado».

Debemos, por lo tanto, concluyó el Pontífice, pedir a Jesús la gracia «de no apegarnos a las riquezas» para no correr el peligro «de la cerrazón del corazón, la corrupción y la esterilidad».

26 de mayo de 2015. **El salario de Jesús.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 29 de mayo de 2015

El «salario» del cristiano es «asemejarse a Jesús»: no hay una recompensa en dinero o en poder para quien sigue de verdad al Señor, porque el camino es sólo el del servicio y en la gratuidad. Buscando en

cambio un «buen negocio» mundano, con «la riqueza, la vanidad y el orgullo», se «nos sube a la cabeza» y se produce también un «contra-testimonio» en la Iglesia. De esta tentación puso en guardia el Papa durante la misa que celebró el martes 26 de mayo. El «diálogo entre Pedro y Jesús» inspiró la meditación del Pontífice, que partió precisamente del pasaje evangélico de san Marcos (10, 28-31) propuesto por la liturgia del día. Un diálogo, explicó, que tiene lugar tras el encuentro

con «el joven que quería seguir a Jesús: era bueno, Jesús lo amó», como relata el Evangelio. Pero el Señor «le dijo que le faltaba una cosa: vender todo lo que tenía» para darlo «a los pobres: “tendrás un tesoro en el cielo”». Pero «ante estas palabras —afirmó el Papa— el joven frunció el ceño y se marchó triste». Así, pues, «Jesús retomó el discurso y dijo a los discípulos: “¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!”». Y «los discípulos quedaron

desconcertados por sus palabras». Pero «Jesús retomó el discurso y les dijo: "Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios. Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios"».

Y he aquí el pasaje evangélico de la liturgia, con Pedro que asegura a Jesús: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Como si dijese: «Y a nosotros, ¿qué? ¿Cuál será nuestro salario? Lo hemos dejado todo». En pocas palabras, «los ricos que no han

dejado nada —el joven que no quería dejar sus riquezas— no entrarán en el reino de Dio, y para nosotros ¿cuál será la ganancia?».

La cuestión, destacó el Papa Francisco, es que «los discípulos entendían a Jesús a medias, porque el conocimiento de Jesús, plenamente, tiene lugar con la venida del Espíritu Santo». Y, en efecto, Jesús les responde: «En verdad os digo que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá

ahora, en este tiempo, cien veces más, con persecuciones». En realidad, «Jesús responde indicando otra dirección» y no promete «las mismas riquezas que tenía el joven».

Precisamente «el hecho de tener muchos hermanos, hermanas, madres, padres, bienes es la herencia del reino, pero con la persecución, con la cruz. Y esto cambia».

He aquí porqué, explicó el Papa, «cuando un cristiano está apegado a los bienes, hace el mal papel de un cristiano que quiere tener dos cosas: el cielo

y la tierra». Y «el punto de confrontación es precisamente lo que dice Jesús: la cruz, las persecuciones, quiere decir negarse a sí mismo, sufrir la cruz cada día».

Por su parte, «los discípulos tenían esta tentación: seguir a Jesús, ¿pero cuál será el final de este buen negocio?». Y, añadió el Pontífice, «pensemos en la madre de Santiago y Juan cuando pidió a Jesús un sitio para sus hijos: “Ah, a este nómbrale primer ministro y a este ministro de economía”». Era «el interés mundano en el

seguimiento de Jesús»: pero luego «el corazón de estos discípulos fue purificado, purificado, purificado hasta Pentecostés, cuando lo comprendieron todo».

«La gratuidad en el seguimiento de Jesús es la respuesta a la gratuidad del amor y salvación que nos da Él», recordó el Papa. «Cuando se quiere estar con Jesús y con el mundo, con la pobreza y con la riqueza», surge «un cristianismo a medias, que busca la ganancia material: es el espíritu de la mundanidad».

Y «ese cristiano, decía el profeta Elías, “cojea con ambas piernas”», pues «no sabe lo que quiere».

Así, sugirió el Papa Francisco, «la clave para comprender este discurso de Jesús —cien veces más, pero con la cruz— es la última expresión: “Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros”». Y «esto es lo que dice del servicio: “Quien se cree o quien es el más grande entre vosotros, que sea servidor: el más pequeño». No por casualidad, recordó el Papa,

al decir estas palabras Jesús «tomó un niño y lo mostró». «Seguir a Jesús desde el punto de vista humano no es un buen negocio: se trata de servir», insistió el Pontífice. Por lo demás, es exactamente lo que «hizo Él: y si el Señor te da la posibilidad de ser el primero, tú debes comportarte como el último, es decir, con actitud de servicio. Y si el Señor te da la posibilidad de tener bienes, te debes comportar con actitud de servicio, es decir, para los demás».

«Son tres cosas, tres escalones,

los que nos alejan de Jesús: las riquezas, la vanidad y el orgullo», afirmó el Papa. «Por ello —explicó— las riquezas son tan peligrosas: te llevan inmediatamente a la vanidad y te crees importante»; pero «cuando te crees importante, se te sube a la cabeza y te pierdes». Es por ello que Jesús nos recuerda el camino: «Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros, y quien es el primero entre vosotros que sea el servidor de todos». Es «un camino de abajamiento», el

mismo camino «recorrido por Él».

A «Jesús este trabajo de catequesis a los discípulos le costó mucho, mucho tiempo porque no entendían bien». Así hoy, recomendó el Papa Francisco, «también nosotros tenemos que pedir a Él que nos enseñe este camino, esta ciencia del servicio, esta ciencia de la humildad, esta ciencia de ser los últimos para servir a los hermanos y a las hermanas de la Iglesia».

Para el Pontífice «no es algo bueno ver a un cristiano —

laico, consagrado, sacerdote, obispo— que quiera las dos cosas: seguir a Jesús y los bienes, seguir a Jesús y la mundanidad». Es «un contra-testimonio que aleja a la gente de Jesús». Antes de continuar con la celebración de la Eucaristía, el Papa invitó a pensar de nuevo en la pregunta de Pedro: «Lo hemos dejado todo, ¿cómo nos pagarás?». Y a tener bien presente la respuesta de Jesús, porque «el precio que Él nos dará será asemejarnos a Él: este será el "salario"». Y «asemejarse a

Jesús», concluyó, es un «gran salario».

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2015. Junio.**



*Textos tomados de:*  
*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*  
*Compuestos por:*

*alphonsus2002@googlemail.com*

1 de junio de 2015. **La salvación viene del descarte.**

9 de junio de 2015. **La última palabra.**

11 de junio de 2015. **Palabras clave.**

15 de junio de 2015. **Cómo se custodia el corazón.**

16 de junio de 2015. **Riqueza y pobreza.**

18 de junio de 2015. **Fuertes en la debilidad.**

19 de junio de 2015. **En la Bolsa del cielo.**

25 de junio de 2015. **Ante**

**todo escuchar.**

**26 de junio de 2015.**

**Acortemos las distancias.**

1 de junio de 2015. La salvación viene del descarte.

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 5 de junio de 2015

Dios siempre da vida a una «historia de amor» con cada uno de nosotros. Y a pesar de lo que parece ser «fracaso», pequeño o grande, al final vence el «sueño de amor». Precisamente este camino nuestro por una «senda difícil»,

con un Dios que salva a través de lo que se descarta, volvió a proponer el Papa Francisco en la misa que celebró el lunes 1 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Para el Papa, la parábola de los labradores y del dueño de la viña, que relata san Marcos en el pasaje evangélico (12, 1-12) propuesto por la liturgia, «es un resumen de la historia de salvación que Jesús presenta — como hemos escuchado— a los jefes de los sacerdotes, a los escribas, a los ancianos: es decir, a los dirigentes del

pueblo de Israel, a los que tenían en sus manos el gobierno del pueblo, a quienes tenían en sus manos la promesa de Dios».

Y «es una bella parábola», destacó el Papa Francisco, que «comienza con un sueño, un proyecto de amor: el hombre que plantó la viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar» y construyó una torre. Todo esto «se hizo con amor». El hombre, en efecto, «amaba esta viña» y es así que «la dejó en alquiler, la entregó» para que dé frutos. Luego, «en el momento

oportuno, mandó un criado a los labradores para que retirase su parte del fruto de la viña y comenzó todo lo que hemos escuchado: a uno lo golpearon, a otro lo azotaron, a otro lo mataron». Al final «envió a su hijo», pero los labradores «lo mataron: y así termina la historia».

Al final de cuentas, explicó el Papa, «esta historia que parece una historia de amor, que tenía que seguir adelante con pasos de amor entre Dios y su pueblo», se presenta en cambio como «una historia de

fracasos». Hasta el punto que «Dios —el Padre del pueblo, que elige a este pueblo para sí por ser un pueblo pequeño y lo ama, sueña con amor— parece fracasar». Y «esta historia de salvación puede ser llamada historia del fracaso». Pero «el fracaso —dijo el Pontífice— inicia desde el primer momento, también en ese fracaso del sueño de Dios, desde el comienzo hay sangre —la sangre de Abel— y desde allí continúa: la sangre de todos los profetas que fueron a hablar al pueblo, a ayudar a

custodiar la viña, hasta la sangre de su Hijo». Sin embargo, añadió el Papa Francisco, «al final hay una Palabra de Dios, que nos hace pensar».

«¿Qué hará entonces el dueño de la viña?», se preguntó el Papa Francisco. Y respondió: «Vendrá y pondrá al pueblo ante el juicio». Al respecto Jesús dijo «una palabra que parece un poco fuera de lugar: "¿No habéis leído aquel texto de la Escritura: La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular. Es el

Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente?"». El Papa aclaró que «esa historia de fracaso no prospera y lo que había sido descartado se convierte en fuerza». De este modo, «los profetas, los hombres de Dios hablaron al pueblo, que no fueron acogidos, que fueron descartados, serán su gloria». Y «el Hijo, el último enviado, que fue precisamente descartado, juzgado, no escuchado y asesinado, se convirtió en la piedra angular». He aquí, entonces, que «esta historia, que comienza con un

sueño de amor y parece ser una historia de amor, pero luego parece acabar en una historia de fracasos, termina con el gran amor de Dios, que del descarte saca la salvación; de su Hijo descartado, nos salva a todos».

Para el Pontífice es una experiencia bella «leer en la Biblia tantos, tantos lamentos de Dios». Por lo demás, «cuando Dios habla a su pueblo dice: “¿Por qué has hecho esto? Recuerda todo lo que hice por ti: cómo te elegí, cómo te liberé. ¿Por qué me haces

esto?"». El Padre, destacó el Papa Francisco, «se lamenta, incluso llora». Y «al final» está precisamente «el llanto de Jesús ante Jerusalén: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas"». Esta, explicó, «es la historia de un pueblo que no logra liberarse de la voluntad que sembró Satanás en los primeros padres: convertirse en dioses». Es «un pueblo que no sabe obedecer a Dios, porque quiere llegar a ser dios». Esta actitud hace que sea «un pueblo cerrado, un pueblo en el

que los ministros se endurecen». Por lo tanto, el Papa señaló que «el final de este pasaje, que hemos leído, es triste», porque emerge «la rigidez de esos sacerdotes, de esos doctores de la ley: trataban de capturar a Jesús para matarlo pero tenían miedo de la multitud». De hecho, «se dieron cuenta de que había contado la parábola contra ellos». Y así «lo dejaron y se fueron».

«La vía de nuestra redención es un camino donde no faltan muchos fracasos», reconoció el

Pontífice. Tanto es así que «también el último, el de la cruz, es un escándalo: pero precisamente ahí el amor vence». Y «esa historia que comienza con un sueño de amor, y continúa con una historia de fracasos, termina con la victoria del amor: la cruz de Jesús». El Papa Francisco instó a «no olvidar este camino», aunque «es un camino difícil». Y, «también el nuestro» es siempre un camino difícil. Así, «si cada uno de nosotros hace un examen de conciencia, verá cuántas veces

ha echado fuera a los profetas;  
cuántas veces ha dicho a Jesús:  
“¡vete!”; cuántas veces ha  
querido salvarse a sí mismo;  
cuántas veces ha pensado  
tener la razón».

«El amor de Dios con su pueblo  
se manifiesta en el sacrificio de  
su Hijo, que ahora  
celebraremos una vez más,  
verdaderamente», dijo el Papa  
Francisco antes de reanudar la  
celebración eucarística. «Y  
cuando Él desciende sobre el  
altar y lo ofrecemos al Padre —  
añadió— nos hará bien hacer  
memoria de esta historia de

amor que parece fracasar, pero al final triunfa». Es importante, por lo tanto, «hacer memoria, en la historia de nuestra vida, de la semilla de amor que Dios ha sembrado en nosotros». Y en consecuencia, «hacer lo que Jesús hizo en nuestro nombre: se humilló». Así que también a nosotros, concluyó, «nos hará bien humillarnos ante el Señor que ahora viene para celebrar con nosotros el memorial de su victoria».

9 de junio de 2015. **La última palabra.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 12 de junio de 2015

La «identidad cristiana» encuentra su fuerza en el testimonio y no conoce ambigüedad: por ello el cristianismo no puede ser «aguado», no puede esconder su ser «escandaloso» y

transformado en una «bonita idea» para quien siempre tiene necesidad de «novedad». Y atención también a la tentación de la mundanidad, propia de quien «ensancha la conciencia» en tal medida que en ella quepa todo. Lo afirmó el Papa en la misa que celebró el martes 9 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, recordando que «la última palabra de Dios se llama "Jesús" y nada más». «La liturgia de hoy nos habla de la identidad cristiana», destacó el Papa Francisco,

proponiendo inmediatamente la cuestión central: «¿Cuál es esta identidad cristiana?». Refiriéndose a la primera lectura del día (2 Cor 1, 18-22), el Papa recordó que «Pablo comienza contando a los Corintios las cosas vividas, algunas persecuciones», y «el testimonio que dieron de Jesucristo». Y, en concreto, les escribe: «Es motivo de orgullo para mí —es decir yo me enorgullezco de mi identidad cristiana— que haya sido así. Y Dios es testigo de que nuestra palabra hacia vosotros es “sí”,

es decir nosotros os hablamos de nuestra identidad, la que es».

«Para llegar a esa identidad cristiana —explicó el Papa Francisco— nuestro Padre, Dios, nos hizo recorrer un largo camino de historia, siglos y siglos, con figuras alegóricas, con promesas, alianzas, y así hasta el momento de la plenitud de los tiempos, cuando envió a su Hijo nacido de mujer». Se trata, por lo tanto, de «un largo camino». Y, afirmó el Papa, «también nosotros debemos hacer en

nuestra vida un largo camino, para que nuestra identidad cristiana sea fuerte y dé testimonio». Un camino, precisó, «que podemos definir de la ambigüedad a la identidad auténtica».

Así, pues, en la carta a los Corintios el apóstol escribe que «la palabra que os dirigimos no es sí y no, ambigua». En efecto, añade Pablo, «el Hijo de Dios, Jesucristo, que fue anunciado entre vosotros... no fue sí y no, sino que en Él sólo hubo sí». He aquí, entonces, dijo el Pontífice que «nuestra

identidad está precisamente en imitar, en seguir a este Cristo Jesús, que es el "sí" de Dios para nosotros». Y «esta es nuestra vida: caminar todos los días para reforzar esta identidad y dar testimonio de ella, paso a paso, pero siempre hacia el "sí", no con ambigüedad».

«Es verdad», reconoció luego el Pontífice, «está el pecado y el pecado nos hace caer, pero nosotros tenemos la fuerza del Señor para levantarnos y seguir adelante con nuestra identidad». Pero, añadió, «yo

diría también que el pecado es parte de nuestra identidad: somos pecadores, pero pecadores con fe en Jesucristo». En efecto, «no es sólo una fe de conocimiento» sino «una fe que es un don de Dios y que ha entrado en nosotros desde Dios». Así, explicó el Papa, «es Dios mismo quien nos confirma en Cristo. Y nos ha conferido la unción, nos ha impreso el sello, el adelanto, la prenda del Espíritu en nuestro corazón». Sí, repitió el Papa Francisco, «es Dios quien nos da este don de la

identidad» y «el problema es ser fiel a esta identidad cristiana y dejar que el Espíritu Santo, que es precisamente la garantía, la prenda en nuestro corazón, nos conduzca hacia adelante en la vida».

«Somos personas que no vamos detrás de una filosofía», afirmó también el Pontífice porque «tenemos un don, que es nuestra identidad: somos ungidos, tenemos impreso en nosotros el sello y tenemos dentro de nosotros la garantía, la garantía del Espíritu». Y «el Cielo comienza aquí, es una

identidad hermosa que se refleja en el testimonio». Por esto, añadió, «Jesús nos habla del testimonio como el lenguaje de nuestra identidad cristiana» cuando dice: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?». Se refiere al pasaje evangélico de san Mateo propuesto hoy por la liturgia (5, 13-16).

Cierto, continuó el Papa, «la identidad cristiana, porque somos pecadores, es también tentada, es tentada, sufre la tentación —las tentaciones

siempre están— y puede ir tras ella, puede debilitarse y puede perderse». ¿Pero cómo puede ser esto? «Yo pienso —sugirió el Pontífice— que se puede ir tras ello principalmente por dos caminos».

El primero, explicó, es «el de pasar del testimonio a las ideas» y esto es «aguar el testimonio». Como si se dijese: «Pues sí, soy cristiano, el cristianismo es esto, una bonita idea, yo rezo a Dios». Así «del Cristo concreto, porque la identidad cristiana es concreta —lo leemos en las

Bienaventuranzas; esta realidad concreta está también en el capítulo 25 de san Mateo —, pasamos a esta religión un poco *soft*, en el aire y en el camino de los gnósticos». Detrás, en cambio, «está el escándalo: esta identidad cristiana es escandalosa». Como consecuencia «la tentación es decir “no, no, sin escándalo; la cruz es un escándalo; que Dios se haya hecho hombre» es «otro escándalo» y se deja a un lado; es decir, buscamos a Dios «con estas espiritualidades cristianas

un poco etéreas, vagas». En tal medida, afirmó el Papa, que «están los agnósticos modernos y te proponen esto, esto: no, la última palabra de Dios es Jesucristo, no hay otra».

«Por este camino», continuó el Papa Francisco, están también «los que siempre necesitan la novedad de la identidad cristiana: olvidaron que fueron elegidos, ungidos, que tienen la garantía del Espíritu, y buscan: “¿Dónde están los videntes que nos comunican hoy la carta que la Virgen nos mandará a las 4 de la tarde?”. Por ejemplo,

¿no? Y viven de esto». Pero «esto no es identidad cristiana. La última palabra de Dios se llama "Jesús" y nada más». «Otro camino para dar un paso atrás en la identidad cristiana es la mundanidad», continuó el Papa. Es decir «ensanchar tanto la conciencia que allí dentro entra todo: "Sí, nosotros somos cristianos, pero esto sí...", no sólo moralmente, sino también humanamente». Porque «la mundanidad es humana, y así la sal pierde el sabor». He aquí porqué, explicó el Papa, «vemos comunidades

cristianas, incluso cristianos, que se llaman cristianos, pero no pueden y no saben dar testimonio de Jesucristo». Y «así la identidad va hacia atrás, va hacia atrás y se pierde» y es «este nominalismo mundano lo que nosotros vemos todos los días».

«En la historia de la salvación —dijo el Papa Francisco— Dios, con su paciencia de Padre, nos condujo de la ambigüedad a la certeza, a la realidad concreta de la encarnación y la muerte redentora de su Hijo: esta es nuestra identidad». Y «Pablo se

enorgullece de esto: Jesucristo, hecho hombre; Dios, el Hijo de Dios, hecho hombre y muerto por obediencia». Sí, destacó el Pontífice, Pablo «se enorgullece de esto» y «esta es la identidad y allí está el testimonio». Es «una gracia que debemos pedir al Señor: que siempre nos dé este regalo, este don de una identidad que no busque acomodarse a las cosas que le harían perder el sabor de la sal».

Antes de continuar la celebración eucarística, el Papa Francisco no dejó de destacar

que también esta es «un “escándalo”». Es más, concluyó: «Me permito decir que es “un doble escándalo”». Primero, explicó, «porque es el “escándalo” de la cruz: Jesús que entrega su vida por nosotros, el Hijo de Dios». Y luego «el “escándalo” que nosotros cristianos celebramos la memoria de la muerte del Señor y sabemos que aquí se renueva esa memoria». Así, precisamente la celebración eucarística «es un testimonio de nuestra identidad cristiana».

11 de junio de 2015. **Palabras clave.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 19 de junio de 2015

En camino hacia Dios y hacia los demás, en el servicio y la pobreza. Así se podría sintetizar la meditación del Papa Francisco durante la misa que celebró en Santa Marta el jueves 11 de junio. Al

comentar el pasaje de san Mateo (10, 7-13), donde «Jesús envía a sus discípulos a anunciar el Evangelio, la buena nueva, el Evangelio de salvación», el Pontífice destacó cómo se pueden extrapolar «tres palabras clave para comprender bien lo que Jesús quiere de sus discípulos» y «de todos nosotros que le seguimos a Él». Las tres palabras son: «camino, servicio y gratuidad». Ante todo, Jesús envía «a un camino». Un camino que, claro está, no es un simple «paseo». Lo que hace Jesús, explicó el

Papa Francisco, «es un envío con un mensaje: anunciar el Evangelio, salir para llevar la salvación, el Evangelio de la salvación». Y esta es «la tarea que Jesús da a sus discípulos». Por ello, quien «permanece paralizado y no sale, no da a los demás lo que ha recibido en el bautismo, no es un auténtico discípulo de Jesús». En efecto, «le falta la misionariedad», le falta «salir de sí mismo para llevar algo de bien a los demás».

Existe también, profundizó el Papa, otro «itinerario del

discípulo de Jesús», o sea «el itinerario interior», el del «discípulo que busca al Señor todos los días, en la oración, en la meditación». Y no es secundario, destacó el Pontífice: «También ese itinerario debe recorrer el discípulo porque si no busca siempre a Dios, el Evangelio que lleva a los demás será un Evangelio débil, aguado, sin fuerza».

Así, pues, hay un «doble camino que Jesús quiere de sus discípulos». Esto contiene la «primera palabra» que pone de

relieve el Evangelio de hoy:  
«caminar, camino».

Está luego la segunda:  
«servicio». Y está  
estrechamente relacionada con  
la primera. Es necesario, en  
efecto, dijo el Papa, «caminar  
para servir a los demás». Se  
lee en el Evangelio: «Id y  
proclamad que ha llegado el  
reino de los cielos. Curad  
enfermos, resucitad muertos,  
limpiad leprosos arrojad  
demonios». Aquí está el «deber  
del discípulo: servir». Al  
respecto el Pontífice fue muy  
claro: «Un discípulo que no

sirve a los demás no es cristiano».

Punto de referencia de cada discípulo debe ser lo que «Jesús predicó en las dos columnas del cristianismo: las bienaventuranzas y, después, el «protocolo» a partir del cual seremos juzgados», es decir, el que indicó san Mateo en el capítulo 25. Este debe ser el «marco» del «servicio evangélico». No hay escapatorias: «Si un discípulo no camina para servir —dijo el Papa—, no sirve para caminar. Si su vida no es para el

servicio, no sirve para vivir como cristiano».

Precisamente en este aspecto se encuentra, en muchos, la «tentación del egoísmo». Está quien dice: «Sí, soy cristiano, estoy en paz, me confieso, voy a misa, cumplo los mandamientos». Pero, objetó el Pontífice, ¿dónde está el servicio a los demás? ¿Dónde está «el servicio a Jesús en el enfermo, en el preso, en el hambriento, en el desnudo»? Y precisamente esto es lo «que Jesús nos dijo que debemos hacer porque Él está allí». He

aquí, la segunda palabra clave: el «servicio a Cristo en los demás».

Existe una relación también con «la tercera palabra de este pasaje», que es «gratuidad».

Caminar, en el servicio, en la gratuidad. Se lee de hecho:

«Gratis habéis recibido, dad gratis». Una cuestión

fundamental que empuja al Señor a aclararla bien por si

«los discípulos no hubiesen entendido». Él les explica: «No

os procuréis en la faja oro, plata ni cobre, ni tampoco

alforja para el camino, ni dos

túnicas». Como diciendo, puntualizó el Papa Francisco, que «el camino del servicio es gratuito porque nosotros hemos recibido la salvación gratuitamente». Ninguno de nosotros «ha comprado la salvación, ninguno de nosotros la ha merecido»: la tenemos por «pura gracia del Padre en Jesucristo, en el sacrificio de Jesucristo».

Por eso, dijo el Papa, «es triste cuando se encuentran cristianos que olvidan esta Palabra de Jesús: «Gratis habéis recibido, dad gratis». Y

es triste cuando las que se olvidan de la gratuidad son «comunidades cristianas», «parroquias», «congregaciones religiosas» o «diócesis».

Cuando esto sucede, advirtió el Pontífice, es porque detrás «existe el engaño» de presumir «que la salvación viene de las riquezas, del poder humano».

Después el Papa Francisco, finalizó así su reflexión: «Tres palabras. Camino, pero camino como un envío para anunciar. Servicio: la vida del cristiano no es para sí mismo, es para los demás, como fue la vida de

Jesús». Y en tercer lugar, «gratuidad». Así, dijo, podremos volver a poner nuestra esperanza en Jesús, quien nos envía así una esperanza que nunca defrauda». Por el contrario, «cuando la esperanza está en la propia comodidad en el camino o la esperanza está en el egoísmo de buscar las cosas para sí» y no para servir a los demás, o bien «cuando la esperanza está en las riquezas o en las pequeñas seguridades mundanas, todo esto se derrumba. El Señor mismo

hace que se derrumbe».

De aquí la invitación final del Pontífice a proseguir la celebración eucarística:

«Hagamos este camino hacia Dios con Jesús en el altar, para después caminar hacia los demás en el servicio y en la pobreza, sólo con la riqueza del Espíritu Santo que Jesús mismo nos ha dado».

15 de junio de 2015. **Cómo se custodia el corazón.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 19 de junio de 2015

Comprender los tiempos de Dios, tener el corazón libre de las pasiones negativas, para acoger el don de la gracia y no ser, en cambio, arrollados por el «rumor» de la mundanidad. Es una invitación a custodiar el

propio corazón para darse cuenta del paso de Dios, la que dirigió el Papa Francisco en la misa que celebró el lunes 15 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. «La semana pasada —recordó al inicio de la homilía— reflexionamos acerca del consejo de san Pablo y nuestra actitud cristiana. Y también sobre lo que Jesús aconseja a sus discípulos: dar gratuitamente lo que gratuitamente han recibido». Se trata, explicó, de la «gratuidad del don de Dios, la

gratuidad de la salvación, la gratuidad de la revelación de Jesucristo como salvador». Y «esto es un don que Dios nos dio y nos da, cada día».

Hoy, destacó el Papa, «san Pablo vuelve sobre este tema y en la segunda Carta a los Corintios (6, 1-10) escribe: «Os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios». He aquí «la gratuidad de Dios». Por lo tanto, insistió el Papa Francisco, no hay que «echarla en saco roto» sino «acogerla bien, con el corazón abierto». Añade san Pablo: «Dios, pues

dice: en el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé. Pues mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación».

«El Señor nos escuchó y nos dio el don, gratuitamente», afirmó el Pontífice repitiendo las palabras del apóstol:

«Ahora es el tiempo favorable». Así, pues, continuó, «san Pablo nos aconseja no dejar pasar el tiempo favorable, es decir, el momento en el que el Señor nos da esta gracia, nos da la gratuidad; no olvidar

esto: nos la dio y nos la da ahora».

En efecto, explicó el Papa Francisco, «en cada momento el Señor nos vuelve a dar la gracia, vuelve a tener este gesto con nosotros, nos vuelve a dar este don: el don que es gratuito». Así, san Pablo exhorta a «no echar en saco roto» la gracia de Dios, «porque si nosotros la echamos en saco roto, daremos motivo de escándalo». Escribe, en efecto, el apóstol: «Nunca damos a nadie motivo de escándalo». Es precisamente

«el escándalo del cristiano que se llama cristiano, que va incluso a la iglesia, que va los domingos a misa, pero no vive como cristiano: vive como mundano o como pagano». Y «cuando una persona es así, escandaliza».

Por lo demás, dijo el Papa, «cuántas veces hemos escuchado en nuestros barrios, en los negocios: «"Mira a ese o esa, todos los domingos va a misa y después hace esto, esto, esto, esto..."». Es así como «la gente se escandaliza».

Precisamente a esto se refiere

san Pablo cuando exhorta a «no echar en saco roto» la gracia de Dios.

Entonces, «¿cómo debemos acoger» la gracia? Ante todo, explicó el Papa Francisco citando una vez más a san Pablo, con la conciencia de que «es el tiempo favorable». En concreto, «debemos estar atentos para comprender el tiempo de Dios, cuando Dios pasa por nuestro corazón».

Al respecto, «san Agustín decía una hermosa frase: “Tengo miedo cuando pasa el Señor” — “¿Por qué tienes miedo si el

Señor es bueno?”— “No. Tengo miedo de no acogerlo, de no comprender que el Señor está pasando en esta prueba, en esta palabra que he escuchado, que me conmovió el corazón, en este ejemplo de santidad, muchas cosas, en esta tragedia”». Así, pues, recordó el Papa, «el Señor pasa y nos da el don». Pero es importante «custodiar el corazón para estar atentos a ese don de Dios».

Y, «¿cómo se custodia el corazón?», se preguntó una vez más el Papa Francisco. «Se

custodia —explicó— alejando todo rumor que no viene del Señor, alejando muchas cosas que nos quitan la paz». Y «cuando se alejan esas cosas, esas pasiones nuestras, el corazón está preparado para comprender que está pasando el Señor y para recibirlo a Él y la gracia».

Por lo tanto, es importante «custodiar el corazón, custodiar el corazón de nuestras pasiones». Y «nuestras pasiones son muchas». Pero «también Jesús en el Evangelio nos habla de nuestras

pasiones». El Papa Francisco, en especial, repitió las palabras de san Mateo en el pasaje evangélico propuesto por la liturgia (5, 38-42): «Habéis oído que se dijo: «ojo por ojo, diente por diente». Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos».

Se trata, dijo el Papa, de «estar

libre de las pasiones y tener un corazón humilde, un corazón manso». Y «el corazón se custodia con la humildad, la mansedumbre, jamás con las luchas, las guerras». En cambio, continuó, «esto es el rumor: rumor mundano, rumor pagano o rumor del diablo». Pero el corazón tiene que estar «en paz».

Por ello, continuó el Papa Francisco volviendo a proponer las palabras de san Pablo a los Corintios, es importante no dar «a nadie motivo de escándalo, para no poner en ridículo

nuestro ministerio». Y añadió: «Pablo habla del ministerio pero también del testimonio cristiano, para que no sea criticado; y esto en paz y humildad "en las tribulaciones, infortunios, apuros; en golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer"».

«Son cosas feas», comentó el Papa Francisco. Y precisamente de todo esto «yo debo custodiar mi corazón para acoger la gratuidad y el don de Dios». Pero, «¿cómo lo hago?» se preguntó. La respuesta está

también en las palabras de san Pablo: «Con pureza, sabiduría, paciencia, con magnanimidad, con amabilidad; con el espíritu de santidad». En definitiva, dejar espacio a la «humildad, benevolencia, paciencia que sólo mira a Dios y tiene el corazón abierto al Señor que pasa».

Antes de continuar la celebración de la misa, el Pontífice pidió al Señor «no echar en saco roto la gracia de Dios, no echar en saco roto la gratuidad de Dios y, para ello, aprender a custodiar el

corazón». E invitó sobre todo a «pedir a la Virgen la gracia de la docilidad, de la humildad, de la bondad que custodian tan bien nuestro corazón, para no dejar que el Señor pase de largo, para no echar en saco roto el don, la gracia, que el Señor nos da».

16 de junio de 2015. **Riqueza y pobreza.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 19 de junio de 2015

La «teología de la pobreza» fue el núcleo central de la homilía del Papa Francisco en la misa del martes 16 de junio en Santa Marta. La reflexión del Pontífice partió del pasaje de la segunda carta a los Corintios

(8, 1-9), donde san Pablo «organiza en la Iglesia de Corinto una colecta para la Iglesia de Jerusalén, que vive momentos difíciles de pobreza». Para evitar que la colecta se realizara de modo equivocado, el apóstol «hace algunas consideraciones», una especie de «teología de la pobreza», señaló.

Aclaraciones necesarias porque, explicó el Papa Francisco, «pobreza» es una palabra «que siempre crea dificultad».

Cuántas veces, en efecto, hemos escuchado decir: «Pero

este sacerdote habla demasiado de pobreza, este obispo habla de pobreza, este cristiano, esta religiosa hablan de pobreza... Son un poco comunistas, ¿no?». En cambio, destacó el Papa, «la pobreza es precisamente el centro del Evangelio», tanto que «si quitásemos la pobreza del Evangelio, no se comprendería nada del mensaje de Jesús». Aquí, entonces, explicó la catequesis de san Pablo «sobre la limosna, la pobreza y las riquezas» que comienza con un ejemplo de la experiencia de la

Iglesia de Macedonia. Allí, «en la gran prueba de la tribulación —porque sufrían mucho por las persecuciones— y su extrema pobreza, su alegría era superabundante y fue superabundante también la riqueza de su generosidad». Es decir, «al dar, al soportar las tribulaciones se enriquecieron, experimentaron la alegría». Es, añadió el Papa, lo que se encuentra en una de las bienaventuranzas: «Bienaventurados vosotros, cuando os insultarán, cuando os perseguirán...».

Tras presentar ese ejemplo, san Pablo se dirige de nuevo a la Iglesia de Corinto: «Y como vosotros sois ricos, pensad en ellos, en la Iglesia de Jerusalén». Pero, preguntó el Papa, ¿de qué riqueza habla san Pablo? La respuesta se lee inmediatamente después: «Sois ricos en todo: en fe, en la palabra, en conocimiento, en empeño y en el amor que os hemos comunicado». Y sigue una exhortación: «Y lo mismo que sobresalís en todo, sobresalid también en esta obra de caridad». Haced que, explicó

el Papa Francisco, «esta riqueza tan grande —el empeño, la caridad, la Palabra de Dios, el conocimiento de Dios— llegue a los bolsillos». Porque, añadió, «cuando la fe no llega a los bolsillos, no es una fe genuina»; y esto es «una regla de oro» que se debe recordar.

Del pasaje paulino emerge, por lo tanto, una «contraposición entre riqueza y pobreza. La Iglesia de Jerusalén es pobre, se encuentra en dificultad económica, pero es rica, porque tiene el tesoro del anuncio

evangélico». Y es precisamente «esta Iglesia de Jerusalén, pobre», quien enriqueció a la Iglesia de Corinto «con el anuncio evangélico: le dio la riqueza del Evangelio». Quien era rico económicamente en realidad era pobre «sin el anuncio del Evangelio». Se da, dijo el Pontífice, «un intercambio mutuo» y, así, «de la pobreza surge la riqueza». En este punto, explicó el Papa, «Pablo, con su pensamiento, llega al fundamento de lo que nosotros podemos llamar “la teología de la pobreza”, porque

la pobreza está en el centro del Evangelio». Se lee en la epístola: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». Así, pues, «fue el Verbo de Dios quien se hizo carne, el Verbo de Dios en esta condescendencia, en este abajarse, en este empobrecerse, quien nos hace, a nosotros, ricos en los dones de la salvación, de la palabra, de la gracia». Este «es precisamente el núcleo de la teología de la pobreza», que,

por lo demás, encontramos en la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres de espíritu». Destacó el Papa Francisco: «Ser pobre es dejarse enriquecer por la pobreza de Cristo y no querer ser rico con otras riquezas que no sean las de Cristo, es hacer lo que hizo Cristo». No es sólo hacerse pobres, sino que se trata de dar «un paso más», porque, dijo, «el pobre me enriquece».

Bajando a la realidad concreta de la vida cotidiana, el Papa explicó que «cuando damos una

ayuda a los pobres, no hacemos cristianamente obras de beneficencia». Estamos ante un acto «bueno», un acto «humano», pero «esto no es la pobreza cristiana, que Pablo quiere, que Pablo predica». Porque pobreza cristiana significa «que yo doy de lo mío y no lo superfluo, incluso de lo necesario, al pobre, porque sé que él me enriquece». ¿Por qué me enriquece el pobre? «Porque Jesús dijo que Él mismo está en el pobre». El mismo concepto lo recuerda Pablo al escribir: «Nuestro

Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». Esto sucede «cada vez que yo me desprendo de algo, pero no sólo de lo superfluo, para dar a un pobre, a una comunidad pobre, a tanta gente pobre que le falta de todo», porque «el pobre me enriquece» dado que «es Jesús quien obra en él».

He aquí por qué, concluyó el Papa Francisco, la pobreza «no es una ideología». La pobreza «está en el centro del Evangelio». En la «teología de

la pobreza» encontramos «el misterio de Cristo que se abajó, se humilló, se empobreció para enriquecernos». Así se comprende «por qué la primera de las bienaventuranzas es: “Bienaventurados los pobres de espíritu”». Y «ser pobre de espíritu —indicó el Pontífice— es ir por este camino del Señor», quien «se abaja tanto», hasta hacerse «pan para nosotros» en el sacrificio eucarístico. Es decir, Jesús «sigue abajándose en la historia de la Iglesia, en el memorial de su Pasión, en el

memorial de su humillación, en el memorial de su abajamiento, en el memorial de su pobreza, y con este "pan" Él nos enriquece».

De aquí la sugerencia final para la oración: «Que el Señor nos haga comprender el camino de la pobreza cristiana y la actitud que debemos tener cuando ayudamos a los pobres».

18 de junio de 2015. **Fuertes en la debilidad.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 26 de junio de 2015

«Debilidad, oración, perdón»: tres palabras clave para concienciar que sin la ayuda de Dios no podemos dar un paso en la vida. Las sugirió el Papa Francisco en la misa del jueves 18 de junio en la capilla de la

Casa Santa Marta.

En la oración colecta, observó inmediatamente el Pontífice, «hemos pedido ayuda al Señor, que es nuestra fortaleza». Y, en efecto, hemos rezado: «En nuestra debilidad, nada podemos sin tu ayuda».

Palabras que expresan precisamente «la consciencia de ser débiles». Es «esa debilidad que todos nosotros cargamos tras la herida del pecado original: somos débiles, caemos en el pecado, no podemos seguir adelante sin la ayuda del Señor».

He aquí, por qué, afirmó el Papa Francisco, «conocer y confesar nuestra debilidad es precisamente indispensable». En efecto, «quien se cree fuerte, quien se cree capaz de arreglárselas solo, es ingenuo y, al final, es un hombre derrotado por tantas debilidades que lleva consigo». En cambio, precisamente «la debilidad nos lleva a pedir ayuda al Señor», porque, como dice la oración colecta, «en nuestra debilidad nada podemos sin tu ayuda». Así, pues, insistió el Papa, «no

podemos dar un paso en la vida sin la ayuda del Señor, porque somos débiles». Y «quien está en pie tenga cuidado de no caer porque es débil, incluso débil en la fe». Recordemos, continuó, a ese padre que, tras la transfiguración, «había llevado a su hijo para que Jesús lo curase. Y Jesús dijo que todo es posible para quien tiene fe». Por su parte el padre respondió: «Tengo fe, pero hazla crecer Señor, porque es débil».

«Todos nosotros tenemos fe — explicó el Pontífice— y todos

nosotros queremos seguir adelante en la vida cristiana. Pero si no somos conscientes de nuestra debilidad acabaremos todos derrotados». Por ello, añadió, «es hermosa esa oración: "Señor, yo sé que en mi debilidad nada puedo sin tu ayuda"». Y «esta es la primera palabra de hoy: debilidad».

La segunda palabra es «oración». Son los apóstoles quienes piden a Jesús: «Enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos». El Papa recordó que en el pasaje

evangélico de la liturgia,  
tomado del capítulo 6 de san  
Mateo (7-15), «no está esa  
petición, está en otro lugar».  
Jesús enseña a rezar  
recomendando a los discípulos  
que no procedan como los  
paganos que multiplican las  
palabras: «ellos se imaginan  
que por hablar mucho les harán  
caso». Y el Papa Francisco  
repitió las palabras del Señor a  
los discípulos: «No seáis como  
ellos, pues vuestro Padre sabe  
lo que os hace falta antes de  
que lo pidáis».  
El Papa, luego, hizo referencia

a un pasaje del primer libro de los Reyes: en el monte Carmelo «los cuatrocientos profetas del ídolo Baal gritaban; y el profeta Elías en cierto modo se burlaba de ellos», diciendo que tal vez su dios «duerme y no les escucha». Pero «es así como rezan los paganos». Jesús, en cambio, recomienda: «No hagáis esto. Rezad sencillamente, el Padre sabe lo que necesitáis, abrid el corazón ante el Padre». Precisamente «como esa mujer que estaba en el templo de Jerusalén, la madre de Samuel: pedía al

Señor la gracia de tener un hijo y apenas movía los labios». Tanto que «el sacerdote que estaba allí la miraba» hasta convencerse de que estaba ebria, reprendiéndola y alejándola».

Sin embargo, ese era el modo de expresar su «dolor ante Dios: solamente movía los labios porque no podía hablar, pedía un hijo». Es así, afirmó el Papa, «se reza así, ante el Señor». Y «porque sabemos que Él es bueno y sabe todo de nosotros, y sabe lo que necesitamos», sugirió el Papa

Francisco, «comenzamos a decir la palabra "Padre", que es una palabra humana, ciertamente, que nos da vida, pero en la oración solamente podemos decirla con la fuerza del Espíritu Santo».

En la aclamación antes del Evangelio, (*Rm 8, 15*), la liturgia recuerda: «Habéis recibido un espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: "¡*Abba*, Padre!"». Es el Espíritu, explicó el Pontífice. Y por ello «comenzamos la oración con la fuerza del Espíritu que ora en nosotros». Es necesario «orar

así, con sencillez, con el corazón abierto en la presencia de Dios que es Padre y sabe de qué tenemos necesidad antes de decirlo». Y «esta es la segunda palabra» de hoy: oración.

«Hay una condición para orar bien —advirtió el Papa Francisco— que Jesús toma precisamente de la oración que enseña a sus discípulos». Y es precisamente la tercera palabra: perdón. La oración que Jesús nos enseña dice: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros

perdonamos a los que nos ofenden». Y «luego Jesús vuelve a tomar esta idea» diciendo: «Si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas».

Por eso, explicó, «podemos orar bien y decir "Padre" a Dios, solamente si nuestro corazón está en paz con los demás, con los hermanos». A quien se justifica diciendo: «este me hizo esto, este me hizo esto y

me hizo aquello...», la respuesta es sólo una: «perdona, perdona como Él te perdonará». Y, «así, la debilidad que tenemos, con la ayuda de Dios en la oración se convierte en fortaleza, porque el perdón es una gran fortaleza: se necesita ser fuertes para perdonar, pero esta fortaleza es una gracia que tenemos que recibir del Señor porque somos débiles». En la celebración de la Eucaristía, concluyó el Papa, «Él también se hace débil por nosotros, se hace pan: ahí está

la fuerza. Él reza por nosotros,  
se ofrece al Padre por nosotros.  
Y Él nos perdona: aprendamos  
de Él la fortaleza de la  
confianza en Dios, la fortaleza  
de la oración y la fortaleza del  
perdón».

19 de junio de 2015. **En la Bolsa del cielo.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 26 de junio de 2015

Las riquezas que cuentan son las reconocidas por la «Bolsa del cielo». Y no coinciden con las lógicas ávidas de los hombres, destinadas a ser presa de «la polilla y la herrumbre», pero también a

desencadenar guerras. Así, el verdadero secreto es comportarse como administradores auténticos que ponen todos los bienes «al servicio de los demás». Estos son los consejos prácticos que dio el Papa en la misa celebrada el viernes 19 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. «Jesús vuelve a una catequesis muy querida por él: la catequesis sobre las riquezas», observó enseguida el Papa Francisco, releyendo el pasaje evangélico de hoy (*Mt 6, 19-*

23). Y «aquí es muy claro su consejo: "No amontonéis tesoros en la tierra"». Pero Jesús explica también el porqué: «Donde la polilla y la herrumbre corroen y donde los ladrones socavan y roban». En definitiva, afirmó el Papa, «Jesús nos dice que es peligroso jugar con esta actitud de amontar tesoros en la tierra». Es verdad, reconoció el Pontífice, tal vez «en la raíz de esta actitud esté el deseo de seguridad». Como si uno dijera: «Quiero estar seguro y, por eso, tengo este ahorro».

Pero «las riquezas no son como una estatua, no están firmes: las riquezas tienen la tendencia a crecer, a moverse, a ocupar el puesto en la vida y en el corazón del hombre». Y «así este hombre, que para no convertirse en esclavo de la pobreza amontona riquezas, acaba por ser esclavo de las riquezas». De ahí el consejo de Jesús: «No amontonéis tesoros en la tierra». Por lo demás, añadió el Papa, «las riquezas también invaden el corazón, se apoderan del corazón y corrompen el corazón. Y este

hombre termina por corromperse con esta actitud de amontar riquezas».

Así pues, el Papa Francisco recordó que «Jesús, en otra catequesis, sobre el mismo tema, habló del hombre que había tenido una buena cosecha de grano y pensaba: “¿Qué haré ahora? Voy a demoler mis graneros y edificaré otros más grandes”». Pero el Señor dice: «¡Necio! Morirás esta misma noche». Y «este —explicó el Papa— es un segundo rasgo de esta costumbre: el hombre que

amontona riquezas no se da cuenta de que deberá dejarlas».

En el pasaje evangélico de hoy, «Jesús habla de la polilla y la herrumbre: pero, ¿cuáles son? Está la destrucción del corazón, la corrupción del corazón y también la destrucción de las familias». Y así, el Pontífice recordó también «a aquel hombre que fue a decirle a Jesús: "Por favor, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia"». Y, una vez más, se repite el consejo del Señor: «Estad atentos y

guardaos de las riquezas».

Pero «en este discurso va más allá», precisó el Papa. Y «el pasaje que sigue al que se ha leído es muy claro: nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o se entregará a uno y despreciará al otro». En suma, dice el Señor, «no podéis servir a Dios y al dinero».

Es una afirmación clarísima, remarcó el Papa Francisco: «Es verdad, si escuchamos a las personas que tienen esta actitud de amontar riquezas, «amontonarán» tantas excusas

para justificarse, ¡tantas!».

Pero «al final estas riquezas no dan la seguridad para siempre. Más aún, echan por los suelos tu dignidad». Y esto también vale «en familia»: tantas familias se separan precisamente por las riquezas. Más todavía: «Incluso en la raíz de las guerras existe esta ambición que destruye, corrompe», observó el Papa. En efecto, «en este mundo, en este momento, hay muchas guerras por la avidez de poder, de riquezas». Pero «se puede pensar en la guerra en nuestro

corazón: “Evitad toda clase de codicia”, dice el Señor». Porque «la codicia va adelante, va adelante, va adelante: es un escalón, abre la puerta, después viene la vanidad — creerse importante, creerse potente— y, al final, el orgullo». Y «de ahí todos los vicios, todos: son escalones, pero el primero es la codicia, el deseo de amontar riquezas». Por lo tanto, el Papa Francisco recordó «un dicho muy hermoso: el diablo entra por la billetera» o «entra por los bolsillos, es lo mismo: esta es

la entrada del diablo y de ahí a todos los vicios, a estas seguridades no seguras». Y «esta —explicó el Papa— es precisamente la corrupción, es la polilla y la herrumbre que nos lleva adelante». Por lo demás, «amontar es precisamente una cualidad del hombre: hacer las cosas y dominar el mundo es también una misión». Pero, «¿qué debo amontar?». La respuesta de Jesús en el Evangelio de hoy es clara: «Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay ladrones, donde no se

roba, donde no hay polilla ni herrumbre». Precisamente «esta es la lucha de cada día: cómo administrar bien las riquezas de la tierra para que se orienten al cielo y se conviertan en riquezas del cielo».

«Cuando el Señor bendice a una persona con las riquezas — afirmó el Papa Francisco—, la hace administrador de esas riquezas para el bien común y para el bien de todos», y «no para su propio bien». Pero «no es fácil llegar a ser un administrador honrado, porque

existe siempre la tentación de la codicia, de llegar a ser importante: el mundo te enseña esto y nos lleva por este camino».

Al contrario, se debe «pensar en los demás, pensar que lo que tengo está al servicio de los demás, y que nada de lo que tengo podré llevar conmigo». Y «si uso lo que el Señor me ha dado para el bien común, como administrador, esto me santifica, me hará santo». Pero «no es fácil», reconoció el Papa una vez más. Así, «todos los días debemos

estar en nuestro corazón para preguntarnos: ¿Dónde está tu tesoro? ¿En las riquezas o en esta administración, en este servicio al bien común?». ».

Por eso, «cuando un rico ve que su tesoro es administrado para el bien común, y en su corazón y en su vida vive sencillamente, como si fuera pobre, este hombre es santo, este hombre va por el camino de la santidad, porque sus riquezas son para todos». Pero «es difícil, es como jugar con el fuego», añadió el Pontífice. Por este motivo «muchos

tranquilizan su propia conciencia con la limosna y dan lo que les sobra». Pero «este no es el administrador: el administrador toma lo que sobra y da a los demás, como servicio, todo». En efecto, «administrar la riqueza es despojarse continuamente del propio interés y no pensar que estas riquezas nos darán la salvación». Por lo tanto, «amontar está bien, incluso tesoros, pero los que tienen valor —por decirlo así— en la «bolsa del cielo»: ¡allí, amontonar allí!».

Además, explicó el Papa, «el Señor vivió su vida como pobre, pero ¡cuánta riqueza! Pablo mismo, prosiguió el Papa Francisco refiriéndose a la primera lectura (2 *Cor* 11. 18, 21-30), «vivió como pobre, ¿y de qué se gloriaba? De su propia debilidad». Y «tenía la posibilidad, tenía el poder, pero siempre al servicio, al servicio». Por eso, destacó, «al servicio» es en verdad la palabra clave. Y añadió: «El Bautismo nos hace hermanos unos de otros para servirnos, para despojarnos: no para

despojar al otro, sino para despojarme a mí mismo y darle al otro».

Pensemos, sugirió el Papa Francisco, «cómo es nuestro corazón, cómo es la luz de nuestro corazón, cómo es el ojo de nuestro corazón: ¿es sencillo?». En efecto, dice el Señor en el mismo Evangelio de Mateo, que «todo el cuerpo será luminoso». Pero si, al contrario, «es malo, si está apegado a su propio interés y no a los demás, será un corazón tenebroso». Y precisamente «esto es lo que

hacen las riquezas a través de los vicios y la corrupción: hacen que el corazón sea tenebroso cuando el hombre está apegado a ellas.

El Papa concluyó recordando que «en la celebración de la Eucaristía el Señor, que es tan rico —¡tan rico!—, se hace pobre para enriquecernos».

Precisamente «con su pobreza nos enseña este camino de no amontonar riquezas en la tierra, porque corrompen». Y, «cuando las tenemos, a usarlas como administradores, al servicio de los demás».



25 de junio de 2015. **Ante todo escuchar.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 27, viernes 3 de julio de 2015

¿Cómo se reconoce a un cristiano? A partir de su actitud. Durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 25 de junio, el Papa Francisco comentó el pasaje evangélico de la liturgia del día, adaptando la imagen de la casa

construida sobre la roca a la vida cotidiana de los fieles. En primer lugar, al destacar cómo el pasaje de Mateo (7, 21-29) llega al final de «una serie de catequesis que Jesús hace al pueblo» y cómo el pueblo sigue al Señor «asombrado», porque enseña «como alguien que tiene autoridad, y no como los escribas», el Pontífice inmediatamente dio una enseñanza para todos: «La gente —dijo— sabe cuando un sacerdote, obispo, catequista, cristiano, tiene esa coherencia

que le da autoridad, sabe discernir bien».

Por lo demás, Jesús mismo, en un pasaje precedente, «advierde a sus discípulos, a la gente, a todos: “Cuidaos de los falsos profetas”». La palabra justa —«aunque sea un neologismo, especificó el Papa Francisco— debería ser: “pseudoprofetas”». Estos pseudoprofetas «parecen ovejitas, ovejas buenas, pero son lobos rapaces». Y el Evangelio remite precisamente al pasaje donde Jesús explica cómo discernir «dónde están

los auténticos predicadores del Evangelio y dónde están los que predicán un Evangelio que no es Evangelio».

Existen —explicó el Papa— «tres palabras clave para entender esto: hablar, hacer y escuchar». Se parte del «hablar». Jesús afirma: «No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos». Y continúa: «En aquél día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho

en tu nombre muchos milagros?"». Pero a estos responderá: «Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad».

¿Por qué esta oposición?

Porque, dijo el Pontífice, «estos hablan, hacen», pero les falta «otra actitud, que es precisamente la base, que es precisamente el fundamento de hablar, de hacer»: falta «escuchar». En efecto, Jesús continúa: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica...». Por lo tanto, «el binomio hablar-hacer no es

suficiente», incluso puede engañar. El binomio correcto es otro: es «escuchar y hacer, poner en práctica». De hecho Jesús dice: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca». En cambio «el que escucha estas palabras mías y no las hace suyas, las deja pasar, o

sea, no escucha verdaderamente y no las pone en práctica, será como aquel hombre que edificó sobre arena».

Esta es la clave para reconocer a los falsos profetas: «Por sus frutos los conoceréis». Es decir, dijo el Papa, «por su actitud: muchas palabras, hablan, hacen prodigios, hacen cosas grandes pero no tienen el corazón abierto para escuchar la Palabra de Dios, tienen miedo del silencio de la Palabra de Dios». Son estos «los pseudocristianos, los

pseudopastores», que «hacen cosas buenas», pero «les falta la roca».

La oración colecta del día proclama: «Tú jamás abandonas a quien se confía a la roca de tu amor». A estos «pseudocristianos», en cambio, les falta precisamente «la roca del amor de Dios, la roca de la Palabra de Dios». Y, añadió el Papa Francisco, «sin esta roca no pueden profetizar, no pueden construir: fingen, porque al final todo se derrumba».

Se trata, dijo el Papa, de los

«pseudopastores, los pastores mundanos, los pastores o cristianos que hablan mucho» —tal vez porque «tienen miedo del silencio»— y que «hacen quizás mucho». Incapaces de actuar a partir «de la escucha», obran a partir de sí mismos, «no a partir de Dios».

Por lo tanto, resumió el Pontífice, «uno que solamente habla y hace no es un verdadero profeta, no es un verdadero cristiano, y al final se derrumbará todo», porque «no está sobre la roca del amor de Dios, no está “cimentado en

roca"». En cambio, «uno que sabe escuchar y tras escuchar hace, con la fuerza de la palabra de otro, no de la suya», este «permanece firme como la roca: aunque sea una persona humilde, que no parece importante», es grande. Y «¡cuántos de estos grandes hay en la Iglesia!» destacó el Papa añadiendo: «¡Cuántos obispos grandes, cuántos sacerdotes grandes, cuántos fieles grandes hay que saben escuchar y tras escuchar hacen!».

El Papa Francisco presentó también un ejemplo de

nuestros días recordando la figura de Teresa de Calcuta, quien «escuchaba la voz del Señor: no hablaba y en el silencio supo escuchar» y, por lo tanto, obrar. «Hizo mucho» aseguró el Pontífice. Y, como la casa construida sobre roca, «no se derrumbó ni ella ni su obra». A partir de su testimonio se comprende que «los grandes saben escuchar y tras escuchar hacen, porque su confianza y su fuerza» están «sobre la roca del amor de Jesucristo». El Papa concluyó su meditación uniéndola a la celebración

eucarística y recordó cómo la liturgia utiliza «el altar de piedra, fuerte, firme» como «símbolo de Jesús». En ese altar Jesús se hace «débil, es un trozo de pan» que se da a todos. Que el Señor que «se hizo débil» para hacernos fuertes, «nos acompañe en esta celebración —deseó el Papa Francisco— y nos enseñe a escuchar y hacer» partiendo «de la escucha y no de nuestras palabras».

26 de junio de 2015.

## **Acortemos las distancias.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
27, viernes 3 de julio de 2015

Acercarse a las personas marginadas, acortar las distancias hasta tocarlas sin miedo de ensuciarse: Esta es la «cercanía cristiana» que nos mostró Jesús liberando al leproso de la impureza de la enfermedad y también de la

exclusión social. A cada cristiano, y a toda la Iglesia, el Papa pidió tener esta actitud de «cercanía» durante la misa del viernes 26 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. La próxima celebración está prevista para el 1 de septiembre, tras la pausa estival.

«Al bajar Jesús del monte, lo siguió mucha gente»: El Papa Francisco inició la homilía repitiendo las primeras palabras del Evangelio de san Mateo (8, 1-4) propuestas por la liturgia. Y toda la gente,

explicó, «había escuchado sus catequesis: estaban maravillados porque les hablaba “con autoridad”, no como los doctores de la ley» a quienes estaban acostumbrados a escuchar. «Estaban maravillados» señala el Evangelio.

Y, por lo tanto, precisamente «esta gente» comenzó a seguir a Jesús sin cansarse de escucharlo. De tal modo que, recordó el Papa, esas personas «se quedaron toda la jornada y, al final, los apóstoles» se dieron cuenta de que

seguramente tendrían hambre. Pero para ellos «escuchar a Jesús era una alegría». Y, así, «cuando Jesús terminó de hablar, bajó del monte y la gente lo seguía» reuniéndose «alrededor de Él». Esta gente, recordó, «iba por las calles, por los caminos, con Jesús». Pero «había otras personas que no lo seguían: lo miraban de lejos, con curiosidad», preguntándose: ¿pero quién es este?». Por lo demás, explicó el Papa Francisco, «no habían escuchado las catequesis que tanto maravillaban». Y así,

había «gente que miraba desde la acera» y «otras personas que no podían acercarse: les estaba prohibido por la ley, porque eran “impuros”».

Precisamente entre ellos estaba el leproso del que habla san Mateo en el Evangelio.

«Este leproso —destacó el Papa Francisco— sintió en su corazón el deseo de acercarse a Jesús, se armó de valor y se acercó». Pero «era un marginado», y, por lo tanto, no podía hacerlo». Pero «tenía fe en ese hombre, se armó de valor y se acercó», dirigiéndole

«sencillamente su oración: "Señor, si quieres puedes limpiarme"». Dijo así «porque era "impuro"». En efecto, «la lepra era una condena de por vida». Y «curar a un leproso era tan difícil como resucitar a un muerto: por eso lo marginaban, todos se encontraban ahí, no podían mezclarse con la gente». Estaban, sin embargo, prosiguió el Papa Francisco, «también los auto-marginados, los doctores de la ley que miraban siempre con ese deseo de poner a prueba a Jesús para

hacerlo tropezar y después condenarlo». En cambio el leproso sabía que era «impuro, enfermo, y se acercó». Y «Jesús ¿qué hizo?» se preguntó el Papa. No se quedó inmóvil sin tocarlo, sino que se acercó aún más y le extendió la mano curándolo.

«Cercanía», explicó el Pontífice, es una «palabra muy importante, no se puede formar comunidad sin cercanía, no se puede construir la paz sin cercanía; no se puede hacer el bien sin acercarse». En realidad Jesús habría podido decirle:

«¡quedas curado!». En cambio se acercó y lo tocó. «Es más: en el momento en el que Jesús tocó al impuro, se hizo impuro». Y «este es el misterio de Jesús: carga sobre sí nuestras suciedades, nuestras impurezas».

Es una realidad, prosiguió el Papa, que san Pablo dice bien cuando escribe: «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente esta divinidad; se despojó de sí mismo». Y después, Pablo va más allá afirmando que «se hizo pecado»: Jesús se hizo pecado,

Jesús se excluyó, cargó sobre sí la impureza para acercarse al hombre. Por lo tanto, «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios», sino que «se despojó de sí mismo, se hizo pecado, se hizo impuro».

«Muchas veces —confesó el Papa Francisco— pienso que sea, no digo imposible, sino muy difícil hacer el bien sin ensuciarse las manos». Y «Jesús se ensució» con su «cercanía». Pero después, narra san Mateo, fue más allá al decir al hombre liberado de la enfermedad: «ve a

presentarte al sacerdote y haz lo que se debe hacer cuando un leproso es curado».

En síntesis, «al que estaba excluido de la vida social, Jesús lo incluye: lo incluye en la Iglesia, lo incluye en la sociedad». Le aconseja: «Ve, para que todas las cosas se hagan como deben ser». Por lo tanto, «Jesús jamás margina a nadie, jamás». Es más, Jesús «se margina a sí mismo para incluir a los marginados, para incluirnos a nosotros, pecadores, marginados, con su vida». Y «esto es bello»,

comentó el Pontífice.

«¡Cuánta gente siguió a Jesús en ese momento, y sigue a Jesús en la historia porque está maravillada por cómo habla», destacó el Papa Francisco. Y «cuánta gente mira de lejos y no entiende, no le interesa; cuánta gente mira de lejos pero con mal corazón, para poner a prueba a Jesús, para criticarlo, para condenarlo». Y también, «cuánta gente mira de lejos porque no tiene la valentía que tuvo» ese leproso, «pero tiene muchas ganas de acercarse». Y «en ese caso Jesús tendió la

mano, primero; no como en este caso, sino que con su ser nos tendió la mano a todos, haciéndose uno de nosotros, como nosotros: pecadores como nosotros pero sin pecado; sin embargo pecador, sucio por nuestros pecados». Y «esta es la cercanía cristiana».

«Bella palabra, esta de cercanía, para cada uno de nosotros», prosiguió el Papa. Sugiriendo que nos preguntemos: «Pero, ¿sé acercarme? ¿Tengo la fuerza, tengo el valor de tocar a los marginados?». Y «también para

la Iglesia, las parroquias, comunidades, consagrados, obispos, sacerdotes, todos», está bien responder a esta pregunta: «¿Tengo la valentía de acercarme o siempre guardo distancia? ¿Tengo la valentía de acortar las distancias, como hizo Jesús?».

Y «ahora en el altar», destacó el Papa Francisco, Jesús «se acercará a nosotros: acortará las distancias». Por lo tanto, «pidámosle esta gracia: Señor, que no tenga miedo de acercarme a los necesitados, a los necesitados que se ven o a

los que tienen las llagas  
escondidas». Es esta, concluyó,  
«la gracia de acercarme».

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

***Homilías del Papa Francisco, en  
la Misa de la mañana en santa  
Marta.***

**Año 2015. Septiembre.**



*Textos tomados de:*

*www.vatican.va*

*Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

*1 de septiembre de 2015. **El consejo de Pablo.***

*3 de septiembre de 2015.*

***Doble confesión.***

*4 de septiembre de 2015.*

***Morderse la lengua.***

*7 de septiembre de 2015.*

***Perseguidos por ser cristianos.***

*8 de septiembre de 2015. **En lo poco está todo.***

11 de septiembre de 2015.

**Riesgo de la hipocresía.**

14 de septiembre de 2015. **Por**

**el camino de la humildad.**

15 de septiembre de 2015.

**Maternidad contagiosa.**

1 de septiembre de 2015. **El consejo de Pablo.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 36, viernes 4 de septiembre de 2015

El testimonio de Job y la pintura del Juicio universal de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina son dos iconos que pueden reavivar nuestra certeza del encuentro personal con el Señor. Lo volvió a

proponer el Papa relanzando a cada uno el consejo, dirigido por Pablo a los cristianos de Tesalónica, de «animarse mutuamente», y, es decir, «hablar de la venida del Señor», lo único que cuenta, sin perder tiempo en habladurías de sacristía.

En la misa celebrada el martes 1 de septiembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Pontífice sugirió también una serie de preguntas para un examen de conciencia acerca de cómo estamos viviendo la espera del

Señor.

El Papa Francisco se inspiró precisamente para su meditación en el pasaje litúrgico de la primera carta que «el apóstol Pablo escribió a la comunidad de Tesalónica» (Ts 5, 1-6. 9-11).

Tal vez, destacó, «esta carta es la primera escrita por él» y la dirigió a «una comunidad un poco inquieta» por preocuparse sobre «cómo y cuándo» sería y llegaría el día del regreso del Señor.

Era tan así que ya en el pasaje leído el día anterior, precisó el

Papa, san Pablo se ve obligado a recomendar no estar «tristes como los que no tienen esperanza». En efecto, la comunidad se preguntaba: «¿Qué sucede a los muertos? ¿Adónde van los muertos?». Y también: «¿Cuándo viene el Señor?». Y alguno respondía: «No, viene súbito. Y si viene súbito, no trabajemos». Así, Pablo, hombre «concreto», tiene que dirigirse a los cristianos de Tesalónica con una expresión fuerte: «Quien no trabaja, que no coma». En definitiva, afirmó el Papa, a

esta «comunidad con un cierto estilo» el apóstol «debe enseñar el camino de la paz». Y también el pasaje de la epístola del día anterior ponía en guardia de no estar «tristes porque el Señor vendrá y vuestros muertos están con Él».

Pero Pablo mira más lejos: «Y así estaremos siempre con el Señor». Esta afirmación, dijo el Papa Francisco, «es una consolación grande» y «es lo que nos espera a todos nosotros». Además, añadió, «el pasaje de ayer acababa con un

consejo: animaos mutuamente y edificaos con estas palabras». Pero «también hoy —dijo el Papa— el pasaje que hemos leído termina con el mismo verbo: animaos mutuamente». Es, en efecto, «precisamente el consuelo que da la esperanza: el Señor vendrá, y vendrá cuando Él quiera venir, cuando Él vea que haya llegado el momento». Nadie puede decir cuándo será: Pablo escribe que el Señor «vendrá como un ladrón, como los dolores a una mujer embarazada: ¡viene!». Y en esta perspectiva «¿qué

debemos hacer nosotros?».

Pablo sugiere, precisamente, este consejo: «Animaos, animaos mutuamente». Es decir, invita a hablar de estas cosas juntos. «Y yo —dijo el Papa Francisco— os pregunto: ¿hablamos del hecho que el Señor vendrá, que nos encontraremos con Él?». ¿O, en cambio, «hablamos de muchas cosas, incluso de teologías, de asuntos de Iglesia, de sacerdotes, de religiosas, de monseñores, de todo eso»?.

Y, añadió, «¿es esta esperanza nuestro consuelo?».

El consejo de Pablo es animarse recíprocamente, alentarse en comunidad. Y sobre el tema el Papa Francisco propuso un auténtico examen de conciencia: «En nuestras comunidades, en nuestras parroquias, ¿se habla del hecho que esperamos al Señor que viene o se habla de esto, de aquel, de aquella, para pasar un poco el tiempo y no aburrirse demasiado? ¿Cuál es mi consuelo? ¿Es esto la esperanza? ¿Estoy seguro de que el Señor vendrá a buscarme y me llevará con Él?»

¿Tengo esta certeza?».

El Papa repitió luego las palabras del salmo responsorial (Sal 26): «Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida». E inmediatamente

propuso otra pregunta:

«¿Tienes esa certeza de contemplar al Señor?».

Al respecto, el Papa Francisco quiso hacer referencia a «ese final tan bonito del capítulo 19 del Libro de Job», explicando que «Job sufrió mucho», y, sin embargo, «en medio de sus dolores, sus llagas, sus incomprensiones, del

sufrimiento de no comprender por qué le sucedía eso, decía: yo estoy seguro, yo sé que mi Redentor vive; yo sé que Dios está vivo y lo veré, y lo veré con estos ojos».

Un testimonio que interpela a cada uno de nosotros. Y, así, el Papa propuso también una reflexión directa: «¿Creo en esto? ¿O mejor no pensar? Pensamos en otra cosa, porque esta certeza de que el Señor vendrá a mi encuentro, a llevarme con Él... Esta es nuestra paz, este es nuestro consuelo, esta es nuestra

esperanza».

«Es verdad, Él vendrá a juzgar —añadió— y cuando vamos a la Capilla Sixtina vemos esa hermosa escena del Juicio final: ¡es verdad!». Pero «pensemos también que Él vendrá a mi encuentro para que yo lo vea con estos ojos, lo abrace y esté siempre con Él.

Esta es la esperanza que el apóstol Pedro nos pide que expliquemos con nuestra vida a los demás, y dar testimonio de esperanza».

Así, pues, esta es la consolación auténtica: «Estoy

seguro —esta es la verdadera certeza— de contemplar la bondad del Señor». Por ello, continuó el Papa relanzando el consejo de Pablo, «animaos mutuamente y edificaos unos a otros.

Y así iremos adelante». Por lo demás, precisamente «en la oración al inicio de la misa — recordó— hemos pedido al Señor que Él haga crecer la semilla que ha sembrado en nosotros, esa semilla de bondad, esa semilla de gracia». El Papa Francisco continuó la homilía pidiendo «al Señor la

gracia de que esa semilla de esperanza que ha sembrado en nuestro corazón se desarrolle, crezca hasta el encuentro definitivo con Él», para poder afirmar: «Tengo la certeza de que veré al Señor»; «tengo la certeza de que el Señor vive»; «estoy seguro de que el Señor vendrá a mi encuentro». Es este «el horizonte de nuestra vida».

Por lo tanto, concluyó, «pidamos esta gracia al Señor y animémonos unos a otros con las buenas obras y las buenas palabras, por este camino».



3 de septiembre de 2015.

## **Doble confesión.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
36, viernes 4 de septiembre de  
2015

Sólo quien es humilde y sabe reconocer su condición de pecador es capaz de dejarse encontrar realmente por el Señor. Las características del encuentro personal con Jesús ocuparon el centro de la

reflexión del Papa Francisco durante la misa que celebró el jueves 3 de septiembre en Santa Marta.

El Pontífice, para su homilía, se inspiró en el Evangelio del día, el de Lucas (5, 1-11), donde se invita a Pedro a tirar las redes tras una noche de pesca infructuosa. «Es la primera vez que sucede eso, esa pesca milagrosa. Pero después de la resurrección habrá otra, con características semejantes», destacó. Y ante el gesto de Simón Pedro, que se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor,

apártate de mí, que soy un hombre pecador», el Papa Francisco inició una meditación sobre cómo «Jesús encontraba a la gente y cómo la gente encontraba a Jesús».

Ante todo, Jesús iba por las calles, «la mayor parte de su tiempo lo pasaba por las calles, con la gente; luego, ya tarde, se retiraba solo para rezar».

Así, pues, Él «iba al encuentro de la gente», la buscaba. Pero la gente, se preguntó el Papa, ¿cómo iba al encuentro de Jesús? Esencialmente, de «dos formas». Una es precisamente

la que vemos en Pedro, y que es también la misma «que tenía el pueblo». El Evangelio, destacó el Pontífice, «usa la misma palabra para esta gente, para el pueblo, para los apóstoles, para Pedro»: o sea que ellos, al encontrarse con Jesús, «quedaron "asombrados"». Pedro, los apóstoles, el pueblo, manifiestan «este sentimiento de asombro» y dicen: «Pero este habla con autoridad». Por otro lado, en los Evangelios se lee sobre «otro grupo que se encontraba con Jesús» pero

que «no permitía que entrase el asombro en su corazón». Son los doctores de la Ley, quienes escuchaban a Jesús y hacían sus cálculos: «Es inteligente, es un hombre que dice cosas verdaderas, pero a nosotros no nos convienen esas cosas». En realidad, «tomaban distancia». Había también otros «que escuchaban a Jesús», y eran los «demonios», como se deduce del pasaje evangélico de la liturgia del miércoles 2, donde está escrito que Jesús «al imponer sus manos sobre cada uno los curaba, y de

muchos salían también demonios, gritando: “Tu eres el Hijo de Dios”». Explicó el Papa: «Tanto los demonios como los doctores de la Ley o los malvados fariseos, no tenían capacidad de asombro, estaban encerrados en su suficiencia, en su soberbia».

En cambio, el pueblo y Pedro contaban con el asombro.

«¿Cuál es la diferencia?», se preguntó el Papa Francisco. De hecho, explicó, Pedro «confiesa» lo que confiesan los demonios. «Cuando Jesús en Cesarea de Filipo pregunta:

“¿Quién soy yo?”» y él responde «Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Mesías», Pedro «hace su confesión, dice quién es Él». Y también los demonios hacen lo mismo, reconocen que Jesús es el Hijo de Dios. Pero Pedro añade «otra cosa que no dicen los demonios». Habla de sí mismo y dice: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Ni los fariseos ni los doctores de la Ley ni los demonios «pueden decir esto», no son capaces de hacerlo. «Los demonios — explicó el Papa Francisco—

llegan a decir la verdad acerca de Él, pero acerca de ellos mismos no dicen nada», porque «la soberbia es tan grande que les impide decirlo».

También los doctores de la Ley reconocen: «Este es inteligente, es un rabino capaz, hace milagros». Pero no son capaces de añadir: «Nosotros somos soberbios, no somos suficientes, somos pecadores». He aquí, entonces, la enseñanza válida para cada uno: «La incapacidad de reconocernos pecadores nos aleja de la verdadera confesión

de Jesucristo». Precisamente esta «es la diferencia». Lo da a entender Jesús mismo «en esa hermosa parábola del publicano y el fariseo en el templo», donde se encuentra «la soberbia del fariseo ante el altar». El hombre habla de sí mismo, pero nunca dice: «Yo soy pecador, me he equivocado». Frente a él se contrapone «la humildad del publicano que no se atreve a levantar los ojos», y sólo dice: «Piedad, Señor, soy pecador». Y es precisamente «esta capacidad de decir que somos

pecadores» la que nos abre «al asombro del encuentro de Jesús, el verdadero encuentro».

En este punto el Papa dirigió la mirada a la realidad actual:

«También en nuestras parroquias, en nuestras sociedades, incluso entre las personas consagradas: ¿cuántas personas son capaces de decir que Jesús es el Señor? ¡Muchas!». Pero es difícil oír «decir sinceramente: "Soy un pecador, soy una pecadora"». Probablemente, precisó, «es más fácil decirlo de los demás,

cuando se critica» y se señala: «Este, aquel, este sí...». En esto, destacó el Papa Francisco, «todos somos doctores».

En cambio, «para llegar a un auténtico encuentro con Jesús es necesaria la doble confesión: "Tú eres el Hijo de Dios y yo soy un pecador». Pero «no en teoría»: debemos ser honestos con nosotros mismos, capaces de detectar nuestros errores y admitir: soy pecador «por esto, por esto, por esto y por esto...».

Volviendo al hecho evangélico, el Pontífice recordó cómo tal

vez Pedro, más tarde, haya «olvidado ese asombro del encuentro», ese asombro que experimentó cuando Jesús le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás, pero te llamarás Pedro». Tanto que un día, Pedro mismo «que hizo esta doble confesión», negará al Señor. Pero, al ser «humilde», se deja incluso «encontrar por el Señor y cuando sus miradas de encuentran, él llora, vuelve a la confesión: "Soy pecador"». A la luz de todo esto, el deseo final del Papa Francisco: «Que el Señor nos dé la gracia de

encontrarlo, pero también de dejarnos encontrar por Él». La gracia, «tan hermosa», del «asombro del encuentro», pero también «la gracia de contar en nuestra vida con la doble confesión: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, creo. Y yo soy un pecador, creo"».

4 de septiembre de 2015.

## **Morderse la lengua.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 11 de septiembre de 2015

Hablar mal de los demás es terrorismo, es como lanzar una bomba para destruir a las personas y luego huir para salvarse a sí mismo. El cristiano, para ser santo, debe, en cambio, llevar siempre «paz

y reconciliación» y para no ceder a la tentación de las habladurías tiene que llegar incluso a morderse la lengua: sentirá dolor, percibirá hinchazón, pero al menos no habrá desencadenado alguna pequeña o gran guerra. Son los consejos sugeridos por el Papa Francisco, juntamente a un examen de conciencia, en la misa que celebró el viernes 4 de septiembre en la capilla de la Casa Santa Marta.

Pablo, destacó de inmediato el Papa, «en el pasaje de la Carta a los Colosenses (1, 15-20)

presenta la tarjeta de identidad de Jesús». En definitiva, pregunta el apóstol, «este Cristo, que hemos visto entre vosotros, ¿quién es?». Y da esta respuesta: «Él es el primero, es el primogénito de Dios, es el primogénito de toda la creación. En Él fueron creadas todas las cosas... Todo fue creado por Él y para Él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en Él», es decir, «tienen solidez».

A los colosenses, Pablo «presenta a Jesús-Dios: Jesús es Dios, es más grande. Antes

de todo es el primero, es el Creador. Primogénito de todos para ser Él quien tuviese el primado sobre todas las cosas». Y Pablo continúa en esta línea de un modo, dijo el Pontífice, que «parece un poco exagerado, ¿no?», cuando «habla de quién es Jesús». Sí, «a este Jesús el Padre lo envió porque “por Él y para Él quiso reconciliar todas las cosas... haciendo la paz por la sangre de su cruz”».

Relanzando las afirmaciones de Pablo para explicar «cuál fue la obra de Jesús», el Papa

Francisco sugirió dos palabras clave: reconciliar y pacificar. Jesús, nos dice Pablo, «reconcilió la humanidad con Dios después del pecado y pacificó, construyó la paz con Dios». Y, así, «la paz es obra de Jesús, de su sangre, de su trabajo, de ese abajarse para obedecer hasta la muerte y muerte de cruz».

Así, pues, continuó el Papa Francisco, «Jesús nos pacificó y nos reconcilió». En tal medida que «cuando hablamos de paz o de reconciliación —pequeñas paces, pequeñas

reconciliaciones— tenemos que pensar en la gran paz y en la gran reconciliación, la que hizo Jesús». Con la consciencia de que «sin Él no es posible la paz; sin Él no es posible la reconciliación». Y este discurso es válido obviamente también para «nosotros que todos los días escuchamos noticias de guerras, de odio». Es más, «también en las familias se pelea». Y, así, «nuestra tarea es ir por ese camino» para ser «hombres y mujeres de paz, hombres y mujeres de reconciliación».

En este punto el Papa sugirió un auténtico examen de conciencia: «Nos hará bien preguntarnos: ¿yo siembro paz? Por ejemplo, con mi lengua, ¿siembro paz o siembro cizaña?». Y añadió: «Cuántas veces hemos oído decir de una persona que tiene una lengua de serpiente, porque hace siempre lo que hizo la serpiente con Adán y Eva, destruyó la paz». Pero esto, puso en guardia el Pontífice, «es un mal, es una enfermedad en nuestra Iglesia: sembrar la división, sembrar el odio, no

sembrar la paz». El Papa Francisco continuó con su propuesta de examen de conciencia con una pregunta que, dijo, sería bueno plantearse todos los días: «Hoy, ¿he sembrado paz o he sembrado cizaña?». Y de nada sirve intentar justificarse diciendo «pero a veces se deben decir las cosas porque aquel o aquella...». En realidad, destacó, «con esta actitud, ¿qué siembras?».

Volviendo al pasaje paulino, el Papa repitió que Jesús, «el Primogénito, vino a nosotros

para pacificar, para reconciliar». En consecuencia, «si una persona, durante su vida, no hace otra cosa que reconciliar y pacificar, se la puede canonizar: esa persona es santa». Sin embargo, advirtió, «tenemos que crecer en esto, tenemos que convertirnos: jamás una palabra que divida, nunca, nunca una palabra que lleve a la guerra, pequeñas guerras, nunca las habladurías». Y sobre las habladurías el Papa quiso detenerse preguntando «qué son» en realidad.

Aparentemente, explicó, son «nada»: consisten en «decir una palabrita contra otro o contar una historia» del estilo: «Esto ha hecho...». Pero, en realidad, no es así. «Criticar es terrorismo —afirmó el Papa Francisco—, porque quien critica es como un terrorista que lanza una bomba y se marcha, destruye: con la lengua destruye, no construye la paz. Pero es astuto, ¿eh? No es un terrorista suicida; no, no, él se protege bien».

Retomando el pasaje de la Carta de Pablo, el Pontífice

recordó que en Jesús fueron «reconciliadas todas las cosas, haciendo la paz por la sangre de su cruz». Así, pues, «el precio es elevado», afirmó. Y, de este modo, «cada vez que viene a mi boca la intención de decir una cosa que siembra cizaña y división y que habla mal de otro», el consejo justo es «morderse la lengua». E insistió: «Os aseguro que si hacéis este ejercicio de morderos la lengua en lugar de sembrar cizaña, los primeros tiempos se hinchará la lengua, herida, porque el diablo nos

ayuda en esto porque es su trabajo, es su oficio: ¡dividir!». Antes de continuar «este sacrificio —este es el sacrificio de reconciliación, aquí viene el Señor y nosotros hacemos lo mismo que en el Calvario»— el Papa Francisco oró así: «Señor, tú has entregado tu vida, dame la gracia de pacificar, de reconciliar. Tú has derramado tu sangre, que no me importe que se hinche un poco la lengua si me la muerdo antes de hablar mal de los demás». Y concluyó invitando a dar gracias al Señor por habernos

reconciliado con el Padre,  
perdonado los pecados,  
dándonos «la posibilidad de  
tener paz en nuestra alma».  
Muérdete la lengua.

7 de septiembre de 2015.

## **Perseguidos por ser cristianos.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 11 de septiembre de 2015

El horror por la persecución que hoy tiene lugar en el mundo, con terroristas que degüellan a los cristianos ante el «silencio cómplice de muchas potencias», inició precisamente

contra Jesús y fue marcando la historia de la Iglesia. He aquí por qué «no hay cristianismo sin martirio». Y el testimonio de la comunidad armenia, «perseguida sólo por el hecho de ser cristiana», debe hacer que cada uno encuentre el mismo valor de esos mártires, en el caso de que «un día la persecución sucediera aquí». Lo afirmó el Papa en la misa que presidió, el lunes 7 de septiembre, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Durante la celebración tuvo lugar la significación de la

## *ecclesiastica communio*

concedida al nuevo patriarca de Cilicia de los armenios, Gregorio Pietro XX Ghabroyan. Con el Papa concelebraron, juntamente con el patriarca, el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, el arzobispo secretario monseñor Cyril Vasil' y el subsecretario padre Lorenzo Lorusso, todos los obispos miembros del Sínodo de la Iglesia patriarcal armenia católica y algunos sacerdotes.

Para su reflexión sobre el

martirio, además de la mención a los cristianos armenios, el Papa Francisco partió ante todo del pasaje evangélico de Lucas (6, 6-11) propuesto por la liturgia: Jesús curó un día sábado a un hombre que tenía la mano derecha paralizada. Pero «la predicación y el modo de obrar de Jesús —destacó en la homilía— no gustaron a los doctores de la ley». Y «por esto los escribas y fariseos lo observaban para ver lo que hacía: lo espiaban porque tenían malas intenciones en el corazón». Así, «después de que

Jesús abriese el diálogo, y preguntase si es lícito hacer el bien o hacer el mal el día sábado, ellos no hablaron, permanecieron callados». Lucas relata que, después del milagro realizado por el Señor, «ciegos por la cólera» — y aquí el Evangelio usa una expresión de verdad «fuerte»— «se pusieron a discutir entre ellos sobre lo que había que hacer con Jesús».

En una palabra, se pusieron a pensar acerca de cómo proceder para matar al Señor. Y muchas veces, precisó el

Papa, en el Evangelio se repite esa escena. Por lo tanto, esos doctores de la ley no tienen una actitud del estilo: «no estamos de acuerdo, hablemos». Lo que prevalece en ellos, en cambio, «es la cólera: no pueden dominarla y comienzan la persecución contra Jesús, hasta la muerte». También san Pablo, «discípulo fiel del Señor, sufre lo mismo», recordó el Papa. Lo confirma el pasaje de la carta a los Colosenses (Cl 1, 24 - 2, 3) proclamado durante la liturgia: «Ahora me alegro de mis

sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia».

Lo que vivió Pablo, destacó el Pontífice, es «el mismo camino de Jesús: la cabeza de la Iglesia, y lo sigue su cuerpo, la Iglesia». Por lo demás, «la Iglesia es perseguida desde sus primeros días». Pero, ¿hasta cuándo lo será? Con certeza, «hasta hoy», afirmó el Papa. Así, pues, continuó, también «hoy muchos cristianos, tal vez más que en los primeros

tiempos, son perseguidos, asesinados, expulsados, despojados sólo por ser cristianos». Y de este modo, como escribe Pablo, «continúa en el cuerpo de la Iglesia la pasión de Cristo, dándole cumplimiento».

El Papa Francisco repitió que «no hay cristianismo sin persecución». Y sugirió hacer memoria de la «última de las bienaventuranzas: cuando os llevarán a las sinagogas, os perseguirán, os insultarán: este es el destino del cristiano». Hay más: «Hoy, ante este hecho

que sucede en el mundo, con el silencio cómplice de muchas potencia que podrían detenerlo, estamos ante este destino cristiano: ir por el mismo camino de Jesús».

En particular, dijo el Pontífice, «quiero recordar hoy una de las muchas grandes persecuciones, la del pueblo armenio, con ocasión de nuestra comunión. Un pueblo, la primera nación convertida al cristianismo, la primera, perseguida sólo por el hecho de ser cristiana».

«Nosotros hoy al ver los

periódicos —afirmó relanzando las trágicas cuestiones de actualidad— sentimos horror por lo que hacen algunos grupos terroristas, que degüellan a la gente sólo por ser cristianos». El Papa Francisco invitó a pensar «en los mártires egipcios que, hace poco tiempo, fueron degollados en las costas libias mientras pronunciaban el nombre de Jesús». Y volviendo a los armenios, explicó que este pueblo «fue perseguido, expulsado de su patria, sin ayudas, en el desierto».

Precisamente «hoy —recordó— el Evangelio nos relata dónde comenzó esta historia: con Jesús». Y lo «que hicieron con Jesús, durante la historia se ha hecho con su cuerpo, que es la Iglesia». En esta perspectiva el Papa se dirigió directamente a los armenios: «Hoy quisiera, en este día de nuestra primera Eucaristía, como hermanos obispos, a ti, querido hermano patriarca, y a todos vosotros, obispos y fieles y sacerdotes armenios, abrazaros y recordar la persecución que habéis sufrido, y recordar a vuestros

santos, tantos santos muertos de hambre y de frío, en la tortura y en el desierto, por ser cristianos».

El Papa Francisco pidió al Señor que «nos conceda la capacidad de ver allí lo que Pablo dice» y «nos dé una inteligencia plena para conocer el misterio de Dios que está en Cristo». Y «el misterio de Dios que está en Cristo —añadió— lleva a la cruz: la cruz de la persecución, la cruz del odio, la cruz que viene de la cólera de estos hombres, estos doctores de la ley». Pero, «¿quién provoca la

cólera? Lo sabemos todos: ¡el padre del mal!».

«Que el Señor — dijo también el Papa— hoy nos haga sentir, en el cuerpo de la Iglesia, el amor a nuestros mártires y también nuestra vocación martirial. Nosotros no sabemos lo que sucederá aquí: ¡No lo sabemos!».

Pero, concluyó, «que el Señor nos dé la gracia, si un día sucediera esta persecución aquí, de la valentía del testimonio que tuvieron todos estos cristianos mártires y especialmente los cristianos del pueblo armenio».



8 de septiembre de 2015. **En lo poco está todo.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 11 de septiembre de 2015

«En lo poco está todo». El estilo de Dios que actúa en las cosas pequeñas pero que nos abre grandes horizontes fue el centro de la meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el

martes 8 de septiembre,  
memoria litúrgica de la  
natividad de María.

Recordando el texto de la  
oración colecta pronunciada  
poco antes —en la que se pide  
al Señor «la gracia de la unidad  
y de la paz»— el Pontífice  
dirigió su atención a dos verbos  
que ya había señalado en las  
homilías de los «días pasados»:  
reconciliar y pacificar. Dios,  
dijo, «reconcilia: reconcilia al  
mundo consigo y en Cristo».  
Jesús, ofrecido a nosotros por  
María, pacífica, «da la paz a dos  
pueblos, y de dos pueblos hace

uno: de los hebreos y de los gentiles. Un solo pueblo.

Construye la paz. La paz en los corazones». Pero, se preguntó

el Papa, «¿cómo reconcilia Dios?». ¿Cuál es su «estilo»?

¿Quizá él «forma una gran asamblea? ¿Se ponen todos de acuerdo? ¿Firman un

documento?». No, respondió, «Dios pacifica con una

modalidad especial: reconcilia y pacifica en las cosas pequeñas y en el camino».

La reflexión de Francisco inició a partir del concepto de

«pequeño», ese «pequeño» del

que se habla en la primera lectura (*Miqueas* 5, 1-4): «Y tú, Belén Efratá, pequeña...». Este es el comentario del Papa: «Así de pequeña: pero serás grande, porque de ti nacerá tu guía y Él será la paz. Él mismo será la paz», porque de ese «pequeño», viene la paz». Este es el estilo de Dios, que elige «las cosas pequeñas, las cosas humildes para hacer las grandes obras». El Señor, explicó el Papa, «es el Grande» y nosotros «somos los pequeños», pero el Señor «nos aconseja hacernos pequeños

como los niños para poder entrar en el Reino de los cielos», donde «los grandes, los potentes, los soberbios, los orgullosos no podrán entrar». Dios, por lo tanto, «reconcilia y pacifica en lo pequeño». El Pontífice afrontó, a continuación, el segundo concepto, según el cual el Señor reconcilia «también en el camino: caminando». Y explicó: «El Señor no quiso pacificar y reconciliar con la varita mágica: hoy —izaz!— itodo ya hecho! No. Se puso a caminar con su pueblo». Un ejemplo de

esta acción de Dios se encuentra en el Evangelio del día (*Mt* 1, 1-16.18-23). Un pasaje, el de la genealogía de Jesús, que puede parecer un poco repetitivo: «Este engendró a aquel, este otro al de más allá, este a este otro... Es una lista», destacó el Papa Francisco. Sin embargo, explicó, «es el camino de Dios: el camino de Dios entre los hombres, buenos y malos, porque en esta lista están los santos y están los criminales pecadores». Una lista, por lo tanto, donde se encuentra

también «mucho pecado». Sin embargo, «Dios no se asusta: camina. Camina con su pueblo. Y en este camino hace crecer la esperanza de su pueblo, la esperanza en el Mesías». Es esta la «cercanía» de Dios. Lo había dicho Moisés a los suyos: «Pero pensad: ¿Qué nación tiene un Dios así de cercano a vosotros?». He aquí, entonces, que «este caminar en lo pequeño, con su pueblo, este caminar con buenos y malos nos da nuestro estilo de vida». Para «caminar como cristianos», para «pacificar» y

«reconciliar» como hizo Jesús, tenemos el camino: «Con las bienaventuranzas y con aquel protocolo a partir del cual todos seremos juzgados. *Mateo 25*: “Haced así: cosas pequeñas”». Esto significa «en lo pequeño y en el camino».

A este punto el Papa añadió otro elemento. El pueblo de Israel, dijo, «soñaba la liberación», tenía «este sueño porque le había sido prometido». También «José sueña» y su sueño «es un poco como el resumen del sueño de toda la historia del camino de

Dios con su pueblo». Pero, añadió el Papa Francisco, «no sólo José tiene sueños: Dios sueña. Nuestro Padre Dios tiene sueños, y sueña cosas bellas para su pueblo, para cada uno de nosotros, porque es Padre; y siendo Padre, piensa y sueña lo mejor para sus hijos».

En conclusión: «Este Dios omnipotente y grande, nos enseña a realizar la gran obra de la pacificación y de la reconciliación en lo pequeño, en el camino, en no perder la esperanza con esa capacidad»

de realizar «grandes sueños»,  
de tener «grandes horizontes»  
Por ello, el Pontífice invitó a  
todos —en esta conmemoración  
del inicio de una etapa  
determinante de la historia de  
la salvación, el nacimiento de  
la Virgen— a pedir «la gracia  
que habíamos pedido en la  
oración, de la unidad, es decir,  
de la reconciliación y de la  
paz». Pero «siempre en  
camino, cercano a los demás» y  
«con grandes sueños». Con el  
estilo de «lo pequeño», ese  
pequeño, recordó, que se  
encuentra en la celebración

eucarística: «un pequeño trozo de pan, un poco de vino...». En «este "pequeño" está todo. Está el sueño de Dios, está su amor, está su paz, está su reconciliación, está Jesús».

11 de septiembre de 2015.  
**Riesgo de la hipocresía.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
38, viernes 18 de septiembre  
de 2015

«Si se encontrara una persona  
que jamás, jamás, jamás ha  
hablado mal de otra, se la  
podría canonizar  
inmediatamente»: es con una  
expresión fuerte que el Papa  
Francisco puso en guardia de la

tentación «hipócrita» de apuntar con el dedo en contra de los demás. Invitando, sobre todo, a tener «la valentía de dar el primer paso» reconociendo los propios errores y las propias debilidades y acusándose a sí mismos.

Es el consejo espiritual, centrado sobre el perdón y la misericordia, que el Papa sugirió a la misa celebrada el viernes 11 de septiembre, por la mañana, en la capilla de la iglesia de Santa Marta. Porque «la hipocresía» —advirtió— es

un riesgo que corremos todos, a comenzar del Papa hacia abajo».

«En estos días —destacó inmediatamente el Papa Francisco— la liturgia hizo reflexionar muchas veces sobre la paz, sobre el trabajo de pacificar y de reconciliar como lo hizo Jesús, y también sobre nuestro deber de hacer lo mismo», es decir, «hacer la paz, hacer la reconciliación». Además, prosiguió el Papa, «la liturgia nos ha hecho reflexionar, además, sobre el estilo cristiano, sobre todo

sobre dos palabras, palabras que Jesús llevo a la práctica: perdón y misericordia». Pero, insistió el Papa Francisco, «debemos realizarlas también nosotros».

Y así —prosiguió— en estos días, la liturgia nos ha dado que pensar en esto, en reflexionar sobre este camino de la misericordia, del perdón, del estilo cristiano con esos sentimientos de ternura, bondad, humildad, mansedumbre, magnanimidad». El estilo cristiano, en efecto, consiste en

«soportarnos mutuamente, el uno al otro»: una actitud que lleva al amor, al perdón, a la magnanimidad». Porque «precisamente, el estilo cristiano es magnánimo, es grande».

«El Señor —explicó el Pontífice — nos ha dicho además que, con este espíritu grande, está también otra cosa: esa generosidad, generosidad del perdón, generosidad de la misericordia». Y «nos impulsa a ser así, generosos, y a dar: dar todo de nosotros, de nuestro corazón; dar amor, sobre

todo». En esta perspectiva, añadió, «nos habla de la "recompensa": no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Esto, por lo tanto, afirmó el Papa Francisco, «es el resumen del Señor: perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará». Pero «¿qué se os dará? Una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, plena, desbordante —recordó el Papa — os verterán, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Así «es el resumen del

pensamiento de la liturgia en estos días», hizo presente el Pontífice. Todos nosotros, comentó, «podemos decir: ¡Esto es bello, ¿eh?, pero ¿cómo se hace, cómo se comienza con esto? Y ¿cuál es el primer paso para seguir en este camino?».

Precisamente en la liturgia, es la respuesta sugerida por el Papa, vemos este «primer paso, ya sea en la primera lectura, ya en el Evangelio». Y, el primer paso es la acusación de sí mismos, la valentía de acusarse a sí mismos, antes que acusar a

los demás». El apóstol Pablo, en la primera lectura a Timoteo (Tm 1,1-2.12-14), «alaba al Señor porque lo eligió y da gracias porque “se fió de mí y me confió este ministerio, a mí que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente”». Esta, explicó Francisco, «ha sido misericordia». Pablo «dice de sí mismo quién era, un blasfemo, pero quien blasfemaba era condenado con la lapidación, con la muerte». Pablo era, por lo tanto un «perseguidor de Jesucristo, un insolente, un hombre que no

tenía paz en su alma ni hacía la paz con los demás». Y he aquí que hoy «Pablo nos enseña a acusarnos a nosotros mismos». En el pasaje evangélico de Lucas (Lc 6, 39-42) «el Señor, con aquella imagen de la paja que está en el ojo de tu hermano y de la viga que llevas en el tuyo, nos enseña lo mismo: hermano, déjame que te saque la mota del ojo, primero acúsate a ti mismo; sólo entonces verás bien para poder quitar la mota del ojo de tu hermano». Por lo tanto el «primer paso» es: «acúsate a ti

mismo».

Así el Papa Francisco sugirió también un examen de conciencia «cuando nos vienen pensamientos sobre otras personas», del tipo: «Pero mira este así, aquel así, aquel hace esto y esto...». Precisamente en esos momentos es oportuno preguntarse a sí mismos: «¿Y tú qué haces? ¿Qué haces? ¿Yo qué hago? ¿Soy justo? ¿Me siento juez para quitar la mota de los ojos de los demás y acusar a los demás?».

Por estas situaciones Jesús escoge la palabra «hipócrita»

que, destacó el Papa, «usa solamente con aquellos que tienen doble cara, doble alma: ¡hipócrita!». Todos, ¿eh? Todos. Comenzando por el Papa en adelante: todos». En efecto, prosiguió, «si uno de nosotros no tiene la capacidad de acusarse a sí mismo y después decir, si es necesario, a quien se debe decir las cosas de los demás, no es cristiano, no entra en esta obra tan hermosa de la reconciliación, de la magnanimidad, de la misericordia que nos ha traído Jesucristo».

Por eso, afirmó el Pontífice, «si tú puedes dar este primer paso, pide la gracia al Señor de una conversión». Y, efectivamente «el primer paso es este: ¿yo soy capaz de acusarme a mí mismo? ¿Y cómo se hace?». La respuesta en el fondo es «sencilla, es un ejercicio sencillo». Francisco sugirió este consejo práctico: «Cuando me viene a la mente el deseo de decir a los demás los defectos de los otros, detenerse: "¿Y yo?"».

Es necesario tener también «el valor que tuvo Pablo» en

escribir de sí mismo a Timoteo:  
«Yo era un blasfemo, un  
perseguidor, un insolente».  
Pero, preguntó el Papa,  
«¿Cuántas cosas podemos decir  
de nosotros mismos?». Y así  
«nos ahorramos los  
comentarios sobre los demás y  
hacemos comentarios sobre  
nosotros mismos». De este  
modo damos, en verdad, «el  
primer paso en este camino de  
la magnanimidad». Porque  
quien «sabe mirar solamente  
las motas en el ojo del otro,  
acaba en la mezquindad: un  
alma mezquina, llena de

pequeñeces, llena de críticas».

Antes de seguir con la celebración, el Pontífice invitó a pedir en la oración «al Señor la gracia —esta es la valentía de Pablo —de seguir el consejo de Jesús: ser generosos en el perdón, ser generosos en el perdón, ser generosos en la misericordia». De modo que, concluyó, «para reconocer como santa a una persona, hay todo un proceso, se necesita un milagro, y después la Iglesia la proclama santa. Pero si tú

encontraras una persona que jamás, jamás, jamás haya hablado mal del otro, se le podría canonizar inmediatamente. Es hermoso, ¿no?».

14 de septiembre de 2015. **Por el camino de la humildad.**

*Lunes.*

Fuente *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 18 de septiembre de 2015

Para contemplar a Jesús en la cruz no tenemos que pararnos delante de pinturas demasiado hermosas que, sin embargo, no representan la cruda realidad de aquel suplicio. Lo sugirió el Papa, aludiendo a la imagen de

la «serpiente fea» para hacer aún más dinámica e incisiva su meditación. Precisamente la cruz y la serpiente fueron el centro de la homilía de la misa del lunes 14 de septiembre por la mañana, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, en la capilla de Santa Marta, a la que asistieron los cardenales consejeros del C9.

«Parece que la protagonista de estas lecturas de hoy sea la serpiente, y aquí hay un mensaje» ha señalado inmediatamente el Papa Francisco. Sí, «hay una

profecía profunda en esta presentación de la serpiente», que, según explicó, «fue el primer animal que se presentará al hombre, el primero de los cuales se habla en la Biblia», con la definición de «el más astuto de los animales salvajes que Dios había creado».

Y «la figura de la serpiente no hace gracia, siempre da miedo»: aunque «la piel de la serpiente es hermosa», el hecho es que la serpiente tiene una actitud que da miedo». El Génesis, afirmó el Papa,

«dice que es "la más astuta"» y también «es una encantadora y tiene la capacidad del encanto, de encantarte». Y aún más: «es un mentiroso, un envidioso, porque por la envidia del diablo, de la serpiente, ha entrado el pecado en el mundo». Pero «tiene esta capacidad de seducción para llevarnos a la ruina: te promete muchas cosas pero a la hora de pagar, paga mal, es un mal pagador.

Pero, subrayó el Pontífice, «tiene esta capacidad de seducir, de encantar».

Pablo, por ejemplo, se enfada con los cristianos de Galacia que le han dado tanto qué hacer y les dice: «Pero, gálatas insensatos, ¿quién os ha encantado? Vosotros que habéis sido llamados a la libertad, ¿quién os ha encantado?». Les ha corrompido precisamente la serpiente y «esto no es algo nuevo, estaba en la conciencia del pueblo de Israel».

Continuando con la lectura del día, tomada del libro de los Números (21, 4-9), el Papa Francisco recordó que «para

salvar de ese veneno de la serpiente, el Señor dice a Moisés que haga una serpiente de bronce y quien la mirara se salvaría». Y «esta es una figura pero también una profecía, es una promesa: una promesa que no es fácil de entender».

En el Evangelio de hoy «el mismo Jesús explica a Nicodemo un poco más»: de hecho, como él «ensalzó a la serpiente en el desierto, así es necesario que sea ensalzado el Hijo del hombre, para que quien crea en Él tenga vida eterna».

En resumidas cuentas, dijo el Papa «la serpiente de bronce era una figura de Jesús levantado en la Cruz».

El Papa Francisco preguntó por qué el Señor escogió esta figura fea y mala.

Simplemente, respondió, «porque Él ha venido para tomar sobre sí nuestros pecados» convirtiéndose en «el más grande pecador sin haber cometido ninguno pecado».

Pablo nos dice que Jesús se ha hecho pecado por nosotros, Cristo se ha hecho serpiente. Es feo» comentó el Pontífice. Y

de verdad que «Él se ha hecho pecado para salvarnos: esto es lo que significa el mensaje de la liturgia de la Palabra de hoy». Es exactamente «el recorrido de Jesús: Dio se ha hecho hombre y se ha adosado el pecado».

En la carta a los filipenses (Fl 2, 6-11), propuesta por las lecturas de hoy, san Pablo explica este misterio diciendo que «aún teniendo la condición de Dios, Jesús no considera un privilegio ser como Dios sino que se despojó de sí mismo, asumiendo una condición de

siervo, convirtiéndose en igual que los hombres; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y la muerte de cruz». Así pues, repitió el Papa, «se despojó de sí mismo: se hizo pecado por nosotros, Él que no conocía pecado». Este, por lo tanto, «es el misterio» y nosotros «podemos decir: se hizo como una serpiente, fea que provoca asco, por así decirlo».

Hay muchos cuadros bonitos, afirmó el Papa Francisco, que nos ayudan a contemplar a «Jesús en la cruz, pero la

realidad es otra: estaba todo roto, ensangrentado por nuestros pecados».

«Este es el camino que Él ha tomado para vencer a la serpiente en su campo». Por lo tanto, sugirió el Papa, hay que siempre «mirar la Cruz de Jesús, pero no las cruces artísticas, bien pintadas», sino «mirar la realidad que era la cruz en ese tiempo». Y «mirar su recorrido», recordando que «se despojó a sí mismo, se abajó para salvarnos».

«También este es el camino del cristiano», prosiguió el

Pontífice. De hecho «si un cristiano quiere ir adelante en el camino de la vida cristiana debe abajarse, como se abajó Jesús. Es el camino de la humildad» que supone «llevar sobre sí las humillaciones como las llevó Jesús». Esto es precisamente, insistió el Papa «o que hoy la liturgia de hoy nos dice en esta fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz». Y concluyó, pidiendo a la Virgen María a los pies de la cruz, que nos dé la gracia de «llorar, de llorar de amor, llorar de gratitud porque nuestro Dios

nos ha amado tanto que ha  
enviado a su Hijo para abajarse  
y despojarse para salvarnos».

15 de septiembre de 2015.

## **Maternidad contagiosa.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 18 de septiembre de 2015

En un modo que parece «huérfano» está la esperanza de una «maternidad contagiosa» que trae acogida, ternura y perdón. En la memoria litúrgica de la Virgen dolorosa, el Papa Francisco

quiso reflexionar sobre la maternidad de María y de la Iglesia que sin tal característica se reduce a una «asociación rígida».

Inició del texto evangélico de Juan— «“Mujer he ahí a tu Hijo”. Después dice al discípulo: “He ahí a tu madre”» (Jn 19, 25-27)— la meditación del Pontífice durante la misa celebrada el martes 15 de septiembre en Santa Marta, con la presencia de los cardenales consejeros: «es la segunda vez —subrayó— que María escucha que su Hijo le

dice "mujer"». La primera, en efecto, fue en Caná cuando Jesús dice a la madre: «No ha llegado mi hora»; la segunda es esta, bajo la cruz, cuando le entrega al hijo.

Hay que resaltar que en «aquella primera vez ella escuchó la palabra» de Jesús, pero después tomó por las riendas la situación diciendo a los servidores: «Haced lo que Él os dirá». En cambio, en esta circunstancia es Jesús quien domina la situación: «mujer, tu hijo».

Y en aquel momento, dijo el

Papa Francisco, María «se convierte en madre de nuevo». Su maternidad, así, «se alarga en la figura de aquel nuevo hijo, se alarga a toda la Iglesia y a toda la humanidad». Y nosotros, hoy, no podemos «pensar en María sin pensarla como madre». Y en este momento en donde, afirmó el Pontífice, se advierte un sentido de «orfandad», esta palabra «tiene una importancia grande». Una heredad que es también «nuestro orgullo: tenemos una madre, que está con nosotros, nos protege, nos

acompaña, nos ayuda, también en los momentos difíciles, en los momentos malos».

Para mejor argumentar tal consideración suya, el Papa recordó la tradición de los antiguos monjes rusos, quienes «en los momentos de las turbulencias espirituales» dicen que debemos refugiarnos «bajo el manto de la Santa Madre de Dios». Un consejo que encuentra confirmación en la primera antífona latina mariana: *Sub tuum praesidium confugimus*; en esta primera oración encontramos a la

«madre que nos acoge y nos protege y cuida de nosotros». Pero, añadió el Papa, «esta maternidad de María podemos decir que va más allá» y es «contagiosa». En efecto, retomando las meditaciones del antiguo «abad del monasterio de Stella, Isaac», podemos darnos cuenta que más allá de la «maternidad de María» está también «una segunda maternidad», la «de la Iglesia», aquella «nuestra santa madre Iglesia», que nos engendra en el bautismo, nos hace crecer en su comunidad» y tiene esas

actitudes propias de la maternidad: «la mansedumbre, la bondad: la madre María y la madre Iglesia saben acariciar a sus hijos, dan ternura».

Es una característica, subrayó el Papa Francisco, fundamental: pensar, en efecto, en la Iglesia sin esta maternidad, es como pensar «en una asociación rígida, una asociación sin calor humano, huérfana».

La Iglesia, en cambio, «es madre y nos recibe como madre: María madre, la Iglesia madre».

No es todo, Es aún el abad Isaac quien añade otro detalle que, ha dicho el Papa, nos podría «escandalizar», es decir, que «también nuestra alma es madre», también en nosotros está presente una maternidad «que se expresa en las actitudes de humildad, de acogida, de comprensión, de bondad, de perdón y de ternura».

Cada una de estas maternidades proviene precisamente de las «palabras de Jesús a su madre» que estaba bajo la cruz.

Y, explicó el Papa, donde está la maternidad «hay vida, hay gozo, hay paz, se crece en paz», al contrario cuando esta falta, queda sólo «la rigidez, esa disciplina», y, añadió, «no se sabe sonreír».

De ahí la invitación a pensar, que «una de las cosas más bellas y humanas es sonreírle a un niño y hacerlo sonreír».

Aplicando, en fin, la meditación a la celebración eucarística, el Pontífice concluyó: «Ahora hagamos el memorial de la Cruz, Jesús viene aquí y otra vez renueva su sacrificio por

nosotros y su Madre», en el sacrificio eucarístico, explicó, están presentes los dos «aunque en modo diverso: espiritualmente, la madre; él, de un modo real».

La oración al Señor es que «nos haga sentir también hoy», en el momento en el que «otra vez se ofrece al Padre por nosotros», las palabras: «Hijo he ahí a tu madre».

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

***Homilías del Papa Francisco, en  
la Misa de la mañana en santa  
Marta.***

**Año 2015. Octubre.**



*Textos tomados de:*

*www.vatican.va*

*Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

*1 de octubre de 2015.*

***Nostalgia de casa.***

*2 de octubre de 2015. **El ángel y el niño.***

*6 de octubre de 2015. **Ante todo la misericordia.***

*8 de octubre de 2015. **Los sin nombre.***

*9 de octubre de 2015. **Las tentaciones vuelven siempre.***

15 de octubre de 2015. **El que se ha apoderado de la llave.**

16 de octubre de 2015. **La seducción del claroscuro.**

19 de octubre de 2015. **Cuánto y cómo.**

20 de octubre de 2015. **Dios no es mezquino lo da todo.**

22 de octubre de 2015. **Un paso cada día.**

23 de octubre de 2015. **Los tiempos cambian.**

1 de octubre de 2015.

## **Nostalgia de casa.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
41, viernes 9 de octubre de  
2015

Es «la nostalgia de Dios» la que nos conduce a encontrar en Él nuestra verdadera «identidad». Consciente de esa realidad, madurada también a través de la historia del pueblo de Israel, el Papa invitó a mirar en el

interior de sí mismo para nunca dejar apagar en el corazón esa «nostalgia».

En la misa celebrada el jueves 1 de octubre, memoria de santa Teresa del Niño Jesús, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Papa se refirió a la primera lectura, tomada del libro de Nehemías (Nh 8,1-4.5-6.7-12), para recordar que el texto constituye «el final de una larga historia, de décadas, de años de historia: el pueblo de Israel había sido deportado a Babilonia, estaba lejos de Jerusalén, y desde hacía años,

decenas de años, vivía allí». Y «muchos, muchos de ellos se acostumbraron a esa vida y casi llegaron a olvidar su patria». Pero «había algo dentro que siempre les hacía recordar, y cuando llegaba el momento del recuerdo, rezaban con las palabras del salmo: "Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti"».

Sin embargo, prosiguió Francisco, «era un recuerdo imposible, lejano, un pasado que no volvería nunca más». Hasta que «Nehemías, un

israelita muy cercano al rey, logró obtener el permiso para regresar a Jerusalén y reconstruirla, porque estaba en ruinas, totalmente en ruinas». Así «comenzó la historia de los años del regreso a Jerusalén». «Es una historia difícil —afirmó el Pontífice— porque tenían que llevar la madera, luego encontrar las piedras para hacer los muros, y, también allí, había algunos que no querían y destruían los muros nuevos». Así, los «que querían reconstruir la ciudad velaban durante la noche para custodiar

los muros: y así fue». Luego, continuó el Papa recorriendo la página bíblica, «destruyeron los altares de los ídolos e hicieron el altar de Dios, el templo, lentamente». En efecto, «no se trató de una cuestión de un día, sino una cuestión de años». Y «al final llegó el día del que hemos escuchado hablar hoy: ellos encontraron la Ley, el libro de la Ley». Precisamente «Nehemías pide al escriba Esdras que la lea ante el pueblo, ante todo el pueblo, ante ellos en la plaza». Y, así, «el escriba Esdras,

ayudado por otros escribas, leía la Ley y el pueblo comenzó a percibir que ese recuerdo que tenía era verdadero, el recuerdo que les impedía cantar los cantos de Jerusalén cuando estaban deportados: “¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!”». Ese pueblo, explicó el Papa Francisco, «escuchaba lo que tan elegantemente dice el salmo: “Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión... la boca se nos llenaba de risas”». Era de verdad «un pueblo feliz».

El Papa indicó un hecho «curioso»: el pueblo de Israel «estaba alegre pero lloraba, y escuchaba la Palabra de Dios; reía, pero también lloraba, todo junto». ¿Cómo se explica esto? «Sencillamente —dijo—, este pueblo no había sólo encontrado su ciudad, la ciudad donde había nacido, la ciudad de Dios: este pueblo, al escuchar la Ley, encontró su identidad, y por ello estaba alegre y lloraba». Tanto que Nehemías y los levitas, juntos, exhortaban a la gente con estas palabras: «Este día está

consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis». En efecto, recordó el Papa, de verdad «todo el pueblo lloraba mientras escuchaba las palabras de la Ley: pero lloraba de alegría, lloraba porque había encontrado su identidad, había reencontrado esa identidad que con los años de deportación en cierto sentido se había perdido».

Para el pueblo de Israel se trató de «un largo camino». Así recomendaba Nehemías: «¡No os pongáis tristes; el gozo del

Señor es vuestra fuerza!»». Es «la alegría que da el Señor cuando encontramos nuestra identidad». Pero «nuestra identidad se pierde en el camino, se pierde en muchas deportaciones o auto-deportaciones nuestras, cuando hacemos un nido aquí, un nido allá, un nido... y no en la casa del Señor». He aquí, entonces, la importancia de «encontrar la propia identidad».

La cuestión planteada por el Papa Francisco, por lo tanto, es cómo proceder para encontrar la propia identidad. «Hay un

hilo que conduce hasta allí: es la nostalgia, la nostalgia de tu casa». Tanto que «cuando pierdes lo que era tuyo, tu casa, lo que era precisamente tuyo, surge en ti esa nostalgia, y esa nostalgia te lleva de nuevo a tu casa». Así sucedió también al pueblo de Israel, que «con esta nostalgia percibió que era feliz y lloraba de felicidad por eso, porque la nostalgia de la propia identidad lo había conducido a encontrarla: una gracia de Dios».

Sugiriendo un examen de

conciencia, el Papa Francisco propuso esta reflexión: «Si nosotros, por ejemplo, estamos saciados de alimento, no tenemos hambre; si estamos cómodos, tranquilos donde estamos, no necesitamos ir a otro sitio. Y yo me pregunto, y sería bueno que todos nosotros nos preguntásemos hoy: ¿estoy tranquilo, contento, no necesito nada —espiritualmente, hablo— en mi corazón? ¿Está apagada mi nostalgia?».

El Pontífice invitó nuevamente a mirar al pueblo «feliz que lloraba y estaba alegre: un

corazón que no tiene nostalgia, no conoce la alegría». Y «la alegría, precisamente, es nuestra fuerza: la alegría de Dios». Porque «un corazón que no sabe lo que es la nostalgia no puede hacer fiesta, y todo este camino comenzado hace años acaba con una fiesta». El pasaje del libro de Nehemías concluye con la imagen de todo el pueblo que «marcha a comer, a beber, a invitar a los demás y exultar con gran alegría, porque había comprendido las palabras que se le había proclamado». En

definitiva, había encontrado «lo que la nostalgia les hacía percibir» para «seguir adelante». Como conclusión, el Papa insistió para que todos nos preguntemos «cómo es nuestra nostalgia de Dios: ¿estamos contentos, somos felices así o todos los días tenemos ese deseo de seguir adelante?». Y en la oración pidió «que el Señor nos dé esta gracia: que jamás, jamás, jamás se apague en nuestro corazón la nostalgia de Dios».

2 de octubre de 2015. **El ángel y el niño.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 9 de octubre de 2015

Para no dejarnos solos Dios puso al lado de cada uno de nosotros un ángel custodio que nos sostiene, nos defiende y nos acompaña en la vida. Nos corresponde a nosotros saber percibir su presencia

escuchando sus consejos, con la docilidad de un niño, para mantenernos en el camino justo hacia el paraíso, conscientes de la sabiduría popular que nos recuerda cómo el diablo “hace las ollas pero no las tapas”. Precisamente a la misión de «embajadores de Dios» de los santos ángeles custodios, el día de su memoria litúrgica, el Papa Francisco dedicó la homilía de la misa que celebró el viernes 2 de octubre, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Para su reflexión el Pontífice

partió de la plegaria eucarística IV, porque «hay una frase que nos hace reflexionar». En efecto, «decimos al Señor: “Cuando, por su desobediencia, el hombre perdió tu amistad, tú no lo has abandonado”». Y, también, «pensemos —sugirió el Papa Francisco— cuando Adán fue expulsado del paraíso: el Señor no dijo “¡arréglate como puedas!”, no lo dejó solo».

Por lo demás, dijo refiriéndose a la primera lectura, tomada del libro del Éxodo (23, 20-23), Dios «siempre envió ayudas:

en este caso se habla de la ayuda de los ángeles». Se lee, en efecto, en el pasaje bíblico: «Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado». El Señor, por lo tanto, «no abandonó» sino que «caminó con su pueblo, caminó con ese hombre que había perdido la amistad con Él: el corazón de Dios es un corazón de padre y nunca abandona a sus hijos».

El Pontífice puso de relieve que «hoy la liturgia nos hace reflexionar sobre esto, y

también sobre un modo especial de compañía, de ayuda que el Señor nos ha dado a todos: los ángeles custodios». Cada uno de nosotros, explicó, «tiene un ángel; tiene un ángel que lo acompaña». Y, añadió, precisamente «en la oración, al inicio de la misa, hemos pedido la gracia de que en el camino de la vida seamos sostenidos por su ayuda para luego gozar, con ellos, en el cielo».

Nos «sostiene precisamente su ayuda: el ángel que camina con nosotros», recordó el Papa, haciendo referencia a la

expresión del Éxodo: «Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado».

El ángel custodio «está siempre con nosotros y esto es una realidad: es como un embajador de Dios con nosotros». Y, también en el pasaje del libro del Éxodo, precisamente «el Señor nos aconseja: "Hazle caso y obedécele"». Así, «cuando nosotros, por ejemplo, hacemos algo malo y pensamos» que estamos solos, tenemos que

recordar que no es así, porque «está Él». He aquí, entonces, la importancia de «hacerle caso» y «escuchar su voz, porque Él nos aconseja». Por ello, «cuando percibimos esta inspiración: "Haz esto... esto es mejor... esto no se debe hacer..."», el consejo justo es escuchar esa voz y no rebelarnos ante el ángel de la guarda.

«Mi nombre está en él», afirmó el Papa Francisco. Y «él nos aconseja, nos acompaña, camina con nosotros en el nombre de Dios». Y el libro del

Éxodo nos indica también la mejor actitud: «Si le obedeces fielmente y haces lo que yo digo, tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios serán mis adversarios». Pero, «¿qué quiere decir?», se preguntó el Papa. La respuesta de Dios es clara: «"Yo seré tu defensor, estaré siempre para defenderte, para protegerte", dice el Señor, pero porque tú has escuchado los consejos, la inspiración del ángel».

Tal vez, continuó el Pontífice, en algunas ocasiones pensamos que podemos «ocultar muchas

cosas»: es verdad, «podemos esconderlas». Sin embargo, «el Señor nos dice que podemos ocultar muchas cosas malas, pero al final todo se sabrá». Y «la sabiduría del pueblo dice que el diablo hace las ollas, pero no las tapas». Por ello, al final «se sabe todo»; y «este ángel, que todos nosotros tenemos, está para aconsejarnos, para ir por el camino». Por lo tanto «es un amigo, un amigo que no vemos, pero que sentimos; es un amigo que estará con nosotros en el cielo, en el gozo

eterno».

«Dios nos manda el ángel — dijo el Papa Francisco— para liberarnos, para alejar el temor, para alejarnos de la desventura». Nos «pide sólo que lo escuchemos, lo respetemos». Así, pues, «sólo esto: respeto y escucha». Y «este respeto y escucha a este compañero de camino se llama docilidad: el cristiano debe ser dócil al Espíritu Santo», pero «la docilidad al Espíritu Santo comienza con la docilidad a los consejos de este compañero de camino».

Es «el icono del niño» que Jesús elige «cuando quiere decir cómo debe ser un cristiano». Nos lo recuerda el pasaje litúrgico de Mateo (18, 1-5.10): «El que se haga pequeño como este niño» será el más grande en los cielos; y «cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial». Estas palabras de Jesús significan, explicó el Papa, «que la docilidad a este compañero de camino nos hace como

niños: no soberbios, nos hace humildes; nos hace pequeños; no suficientes como el orgulloso y soberbio. No, ¡como un niño!». Precisamente «esta es la docilidad que nos hace grandes y nos lleva al cielo». Concluyendo su meditación, el Papa Francisco pidió al Señor «la gracia de esta docilidad, de escuchar la voz de este compañero, de este embajador de Dios que está a nuestro lado en su nombre», para que podamos ser «sostenidos con su ayuda, siempre en camino». Y «también en esta misa, con la

que alabamos al Señor —  
concluyó—, recordamos cuán  
bueno es el Señor: después de  
haber perdido la amistad no  
nos ha dejado solos, no nos ha  
abandonado», sino que «ha  
caminado con nosotros, con su  
pueblo, y también hoy nos da  
este compañero de camino».  
Por lo tanto, «damos gracias y  
alabamos al Señor por esta  
gracia y estamos atentos a este  
amigo que el Señor nos ha  
dado».

6 de octubre de 2015. **Ante todo la misericordia.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 9 de octubre de 2015

No comprender y no aceptar la misericordia de Dios es el riesgo acerca del cual nos puso en guardia el Papa Francisco, invitando a no tener la terquedad y la rigidez de considerar más importante la propia predicación, los propios

pensamientos y «toda esa lista de mandamientos que debo hacer cumplir». Una invitación a obedecer la voluntad de Dios, dejando actuar su misericordia y no desafiarla, dirigió precisamente el Papa en la misa que celebró el martes 6 de octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Hace algunos días, el día de la fiesta de los Ángeles custodios, hemos reflexionado sobre la docilidad a Dios, la docilidad al Espíritu Santo, como camino de santidad y de vida cristiana»,

recordó el Papa Francisco al inicio de la homilía. Luego, continuó, «en estos tres días —ayer, hoy y mañana— la liturgia nos hace reflexionar sobre la realidad contraria, es decir la resistencia a la voluntad de Dios: no hacer lo que Dios quiere, no ser dóciles».

Y «el personaje que se resiste es el profeta Jonás», dijo el Pontífice, poniendo de relieve que él «era terco de verdad». Las lecturas bíblicas se tomaron precisamente del libro que lleva su nombre. Jonás, explicó el

Papa, «tenía sus ideas, las propias ideas, y no había nadie —ni siquiera Dios!— que se las hiciera cambiar». En la «liturgia de ayer nos contaba cuando el Señor lo mandó a Nínive a predicar para que Nínive se convirtiese, y él se marchó hacia la parte opuesta, hacia España». Luego «el naufragio y toda esa historia que conocemos» (1, 1-2,1.11). «Después de esa experiencia», afirmó el Pontífice releendo el texto litúrgico (3. 1-10), Jonás «aprende que debe obedecer al Señor: "Ponte en marcha y ve

a la gran ciudad"». Jonás «obedece, va y predica, predica muy bien: la gracia de Dios está muy presente en él y la ciudad se convierte, hace penitencia, cambia de vida». Verdaderamente «hace el milagro, porque en este caso él dejó a un lado su terquedad y obedeció a la voluntad de Dios, e hizo lo que el Señor le había mandado».

«En el tercer capítulo, el que la liturgia nos propondrá mañana» (4, 1-11), continuó el Papa, «Nínive se convierte y ante esa conversión Jonás, este

hombre no dócil al Espíritu de Dios, se enfada». La Escritura dice precisamente que «Jonás se disgustó y se indignó profundamente», llegando incluso a decir al Señor: «¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal».

Así, pues, resumió el Papa Francisco, «el primer capítulo es la resistencia a la misión que el Señor le confía: "Ponte en

marcha y predica, para que se conviertan". Y él se resiste». Luego, «el segundo capítulo es la obediencia, y cuando se obedece se hacen milagros». He aquí, entonces, la obediencia de Jonás a la voluntad de Dios y la conversión de Nínive. Por último «el tercer capítulo: está la resistencia a la misericordia de Dios». Jonás se dirige al Señor, como si dijese: «Hice todo el trabajo de predicar, hice bien mi trabajo, ¿y tú les perdonas?». Su corazón, destacó el Papa

Francisco, tiene «esa dureza que no deja entrar la misericordia de Dios: es más importante mi predicación, son más importantes mis pensamientos, es más importante toda esa lista de mandamientos que tengo que cumplir —todo, todo, todo— que la misericordia de Dios». Y «este drama —afirmó el Pontífice— lo vivió también Jesús con los doctores de la Ley que no comprendían porqué Él no permitió que lapidasen a la mujer adúltera» y porqué «iba a cenar con los publicanos y los

pecadores». El punto es que «no comprendían la misericordia». Y, así, Jonás dice: «tú eres misericordioso y compasivo», pero «no acepta». El salmo 129 «que hoy hemos rezado —dijo también el Papa Francisco— nos sugiere esperar en el Señor “porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa”». Así, pues, volvió a decir el Papa, «donde está el Señor, está la misericordia». Y «san Ambrosio añadía: “Y donde hay rigidez están sus ministros”», refiriéndose a la «terquedad

que desafiaba la misión, que desafiaba la misericordia».

«Cercanos al inicio del Año de la misericordia —exhortó el Pontífice antes de retomar la celebración— pidamos al Señor que nos haga comprender cómo es su corazón, qué significa “misericordia”, qué quiere decir cuando Él dice: “Misericordia quiero y no sacrificio”». Y «por esto —concluyó— en la oración colecta de la misa hemos rezado con esa frase tan bonita: “Derrama sobre nosotros tu misericordia”, porque sólo se comprende la

misericordia de Dios cuando es  
derramada sobre nosotros,  
sobre nuestros pecados, sobre  
nuestras miserias».

8 de octubre de 2015. **Los sin nombre.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 16 de octubre de 2015

Los gritos de dolor dirigidos insistentemente a Dios por los hombres también le llegan, escritos en papel, al Papa Francisco en las numerosas cartas que recibe cada día. Lo confesó él mismo,

compartiendo los sentimientos de una joven madre de familia ante el drama de un tumor, y de una mujer anciana que llora al hijo asesinado por la mafia. Escribieron al Papa preguntando por qué los malvados parecen ser felices mientras que a los justos las cosas marchan en el sentido equivocado. Es precisamente a estos fuertes interrogantes que el Pontífice respondió celebrando el jueves 8 de octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Y asegurando que Dios nunca

abandona a quien confía en Él. Para esta reflexión se inspiró en las palabras salmo 1 —«Feliz el hombre que confía en el Señor»— que es precisamente «como una respuesta a los lamentos de mucha gente, a tantos por qué que decimos a Dios». Y esos «muchos por qué» están expresados en el pasaje bíblico tomado del libro de Malaquías (3, 13-20), propuesto por la liturgia del día.

«El Señor —afirmó el Papa Francisco— se lamenta con esta gente, también Él se lamenta, y

dice así: "Levantáis la voz contra mí"». Y el Señor añade «decís: "¿En qué levantamos la voz contra ti?". En que decís: "¿Qué sacamos con guardar sus mandatos, haciendo duelo ante el Señor del universo? Al contrario, los orgullosos son los afortunados; prosperan los malhechores, tientan a Dios y salen airosos"».

«Cuántas veces —volvió a decir el Papa— vemos esta realidad en gente mala; gente que obra el mal y que parece que en la vida le vaya bien: son felices, tienen todo lo que quieren, no

les falta nada». De aquí la pregunta: «¿Por qué Señor?». Sí, afirmó el Papa, «es uno de los tantos por qué: ¿por qué a este que es un descarado, a quien no le importa nada de Dios ni de los demás, una persona injusta e incluso mala, le va todo bien en la vida, tiene todo lo que quiere y nosotros que queremos hacer el bien tenemos tantos problemas?». Al respecto, el Papa confesó haber recibido precisamente ayer «una carta de una mamá valiente»: cuarenta años, tres hijos, el marido y, en casa, el

drama de un tumor, «de los malos». La mujer escribió al Papa Francisco para preguntarle: «¿Por qué me sucede esto?». Además, añadió el Papa, «hace algunas semanas», en «otra carta, una anciana, que se quedó sola porque el hijo fue asesinado por la mafia», le presentó otro «¿por qué?». Añadiendo: «Yo rezo». Y, además, «otro por qué» en otra carta: «Yo educo a mis hijos, sigo adelante con una familia que ama a Dios: ¿por qué?». «Estos "por qué"», afirmó el

Pontífice, en realidad nos los planteamos todos. Y en especial nos preguntamos «¿por qué los malvados parecen ser tan felices?». A estas preguntas viene en ayuda la Palabra de Dios. En el pasaje de Malaquías, recordó el Papa, precisamente se lee: «El Señor atendió y escuchó». En efecto, «el Señor escucha nuestros por qué, siempre».

«Ahora —explicó el Papa— no vemos los frutos de esta gente que sufre, de esta gente que carga la cruz» precisamente «como el Viernes Santo y el

Sábado Santo no se veían los frutos del Hijo de Dios crucificado, de sus sufrimientos». Y «todo lo que hará, dará buenos frutos» dice el salmo 1.

¿Qué dice, en cambio, el mismo salmo «acerca de los malhechores, de los que pensamos que todo les va bien?». El Papa Francisco hizo una relectura de esos versículos: «No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento... Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos

acaba mal». O sea, «tú hoy estás bien, lo tienes todo, nada te importa Dios, no te interesan los demás, los explotas: eres injusto, sólo piensas en ti mismo, no en los demás».

Pero, sugirió el Papa, «hay una cosa que Jesús dijo y siempre me vuelve a la mente: "Dime, ¿cuál es tu nombre?"». Sí, esta gente ni siquiera sabe cómo se llama, «no tiene nombre». Y recordó la parábola del pobre Lázaro «que no tenía qué comer y los perros lamían sus heridas». Mientras que «el hombre rico, que participaba en

banquetes, se divertía sin mirar las necesidades de los demás». Y «es curioso, destacó el Papa, que «de ese hombre no se dice el nombre» sino que «es sólo un adjetivo: es un rico». En efecto, «en el libro de la memoria de Dios de los malvados no hay nombre: es un malvado, es un estafador, es un explotador». Son personas que «no tienen nombre, sólo tienen adjetivos». En cambio, destacó el Pontífice, «todos los que buscan seguir la senda del Señor estarán con su Hijo, que tiene nombre: Jesús

Salvador. Pero un nombre difícil de comprender, incluso inexplicable por la prueba de la cruz y por todo lo que Él sufrió por nosotros».

Como conclusión el Papa Francisco invitó a volver a pensar precisamente en las palabras del salmo 1: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos... sino que su gozo es la ley del Señor». Y así, «aunque haya sufrimientos, espera en el Señor». Precisamente, «como hemos rezado en la oración colecta, pide al Señor que

conceda lo que su conciencia  
"no se atreve a pedir"». Sí,  
«también eso pide: que el  
Señor le done más esperanza».

## 9 de octubre de 2015. **Las tentaciones vuelven siempre.**

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 16 de octubre de 2015

Contra el riesgo de «anestesiarse la conciencia» es necesario discernimiento y vigilancia: lo recomendó el Papa Francisco durante la misa Del viernes 9 de octubre, en Santa Marta. Se refería al pasaje de san Lucas 11, 15-26, donde el evangelista

«une diversas cosas que tal vez dijo Jesús» en momentos distintos y luego «describe la respuesta que da a los que lo acusaban de expulsar los demonios con el poder del jefe de los demonios». Al describir el contexto en el cual se desarrolla la escena, el Pontífice recordó que «Jesús estaba entre la gente, hacía el bien, predicaba, la gente lo escuchaba y decía que hablaba con autoridad». Pero había también, destacó, «otro grupo de gente, personas, que no lo querían y buscaban siempre

interpretar» sus palabras y sus actitudes de modo contrario, en su contra. ¿Los motivos? El Papa enumeró diversos: «algunos por envidia, otros por rigidez doctrinal, otros porque tenían miedo de que viniesen los romanos e hiciesen una masacre». O sea, «por muchos motivos» se trataba «de alejar la autoridad de Jesús del pueblo», recurriendo incluso «a la calumnia, como en este caso» específico. Retomando las palabras del Evangelio el Pontífice repitió: «Él expulsa los demonios por medio de

Belzebú. Él está endemoniado. Él hacía magia, es un brujo. Y continuamente lo ponían a prueba». En esencia, «lo ponían una trampa, para ver si caía».

He aquí, entonces, la referencia al primero de los dos temas, el discernimiento. Actualizando como de costumbre el episodio, el Papa Francisco destacó que es esto lo que hace «el mal espíritu» también «con nosotros». O sea: «trata siempre de engañar, de conducirnos, de hacer que elijamos un camino

equivocado». Por eso «es necesario el discernimiento». Por lo demás, «si a Jesús le hacían estas cosas, si el mal espíritu hacía estas cosas a Jesús, ¿qué no hará con nosotros?», se preguntó el Papa. Y a partir de la pregunta exhortó a «saber discernir las situaciones: esto es de Dios y esto no es de Dios; esto viene del Espíritu Santo y esto viene del maligno».

Así, pues, para el Papa Francisco «la primera palabra que surge al escuchar este pasaje del Evangelio es

discernimiento. El cristiano no puede estar tranquilo, que todo vaya bien. Debe discernir las cosas y mirar bien de dónde proceden, cuál es su raíz», preguntándose continuamente: «¿De dónde viene esto? ¿Dónde está el origen de esto, de esta opinión, de estos fenómenos, de estas cosas?».

Además, Jesús parece que da «un consejo, y esta es la segunda palabra: vigilancia». Una vez más el Papa repitió un pasaje de san Lucas. «Cuando —dijo— un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio,

sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín». O sea, «vigilancia, porque el enemigo puede llegar», explicó el Pontífice, añadiendo que «este enemigo no es tan peligroso, porque se descubre inmediatamente y uno puede defenderse. Pero el otro, el otro es muy peligroso». En efecto, Jesús continúa: «Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre —cuando es expulsado—, da vueltas por lugares áridos, buscando un

sitio para descansar, y al no encontrarlo, dice: "Volveré a mi casa de donde salí"». Habla así para decir, destacó el Papa Francisco, que las tentaciones vuelven siempre. «El mal espíritu nunca se cansa. Fue expulsado: tiene paciencia, espera para volver. Al regresar a la casa la encuentra barrida y arreglada, y le gusta. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se meten a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que al principio».

Pero, «¿por qué es peor?» se

preguntó el Papa. «Porque —y esta fue la respuesta— primero era consciente del mal espíritu que tenía dentro, que era el demonio, que atormentaba y mandaba». Mientras que, indicó, «en el segundo caso el maligno está oculto, viene con sus amigos muy educados, llama a la puerta, pide permiso, entra y convive con ese hombre, su vida cotidiana y, gota a gota, da las instrucciones». Y así «ese hombre acaba destruido por la modalidad educada que tiene el demonio, que tiene el diablo de

convencer, de hacer las cosas con relativismo: “Pero, no es... pero no es para tanto... no, tranquilo, quédate tranquilo...”».

De aquí alertó contra el «mal grande» de «tranquilizar la conciencia» anestesiándola. «Cuando el mal espíritu logra anestesiar la conciencia — advirtió el Papa— se puede hablar de su verdadera victoria: se convierte en el dueño de esa conciencia». Y de poco sirve, explicó el Papa Francisco, decir como hacen algunos: «¡Esto sucede en

todas partes! Todos tenemos problemas, todos somos pecadores». Porque en ese «"todos" está el "ninguno". Todos, pero yo no». Y de ese modo se acaba viviendo «esa mundanidad que es hija del mal espíritu».

Entonces, para ejercitar la vigilancia, concluyó el Pontífice, «la Iglesia nos aconseja siempre el ejercicio del examen de conciencia: ¿Qué pasó hoy en mi corazón, hoy, por esto? ¿Ha venido ese demonio educado con sus amigos?». Y lo mismo para el discernimiento:

«¿De dónde vienen los comentarios, las palabras, las enseñanzas? ¿Quién dice esto?». En definitiva, hay que pedir al Señor la doble gracia del discernimiento y de la vigilancia «para no dejar entrar al que nos engaña, seduce y fascina».

15 de octubre de 2015. **El que se ha apoderado de la llave.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 23 de octubre de 2015

«Una de las cosas más difíciles de comprender, para todos nosotros cristianos, es la gratuidad de la salvación en Cristo». Porque desde siempre han existido «doctores de la ley» que engañan reduciendo

el amor de Dios en «pequeños horizontes», cuando, en cambio, es algo «inmenso, sin límites». Es una cuestión en la que inicialmente se comprometió Jesús mismo, el apóstol Pablo y muchos santos en la historia, hasta nuestros días. Y entre ellos también Teresa de Ávila. El día en el que la Iglesia recuerda a la mística carmelita —de quien se conmemoran los 500 años de su nacimiento— el Papa Francisco puso de relieve cómo esta mujer recibió del Señor «la gracia de comprender los

horizontes del amor».

En la celebración de la misa del jueves 15 de octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Pontífice relacionó las lecturas — tomadas de la carta de san Pablo a los Romanos (3, 21-30a) y del Evangelio (*Lucas* 11, 47-54)— con la extraordinaria experiencia vivida por Teresa. También ella, explicó, «fue juzgada por los doctores de su tiempo. No acabó en la cárcel, pero se salvó por poco, y fue enviada a otro convento y vigilada». Por lo demás,

destacó, «esta es una lucha que perdura en la historia, toda la historia».

La historia precisamente de la que hablan los dos pasajes de las lecturas. Hablando de ellos, el Papa indicó que tanto Pablo como Jesús parecen «un poco enfadados, digamos molestos». Por ello se preguntó de dónde vendría ese malestar en Pablo. El apóstol, fue la respuesta, «defendía la doctrina, era el gran defensor de la doctrina, y el malestar tenía su origen en esa gente que no toleraba la doctrina». ¿Qué doctrina? «La

gratuidad de la salvación. Dios —dijo el Papa al respecto— nos salvó gratuitamente y nos salvó a todos». Mientras que había grupos que decían: «No, se salva sólo aquella persona, aquel hombre, aquella mujer que hace esto, esto, esto, esto, esto... que hace estas obras, que cumple estos mandamientos». Pero de ese modo «lo que era gratuito, el amor de Dios, según esta gente en contra de la cual habla Pablo», acababa siendo, con el paso del tiempo, «algo que podemos obtener: "Si yo hago

esto, Dios tiene la obligación de darme la salvación". Es lo que san Pablo llama "la salvación por medio de las obras"».

Por ello es tan difícil comprender la gratuidad de la salvación en Cristo. «Nosotros estamos acostumbrados — continuó el Papa— a escuchar que Jesús es el Hijo de Dios, que vino por amor, para salvarnos y que murió por nosotros. Pero lo hemos oído así tantas veces que nos hemos acostumbrado». En efecto, cuando «entramos en este misterio de Dios, de este amor

de Dios, este amor sin límites, un amor inmenso», nos quedamos tan «maravillados» por todo ello que «tal vez preferiríamos no comprenderlo: mejor la salvación con el estilo "hagamos estas cosas y seremos salvados"». Ciertamente, aclaró el Pontífice, «hacer el bien, hacer las cosas que Jesús nos dice que hagamos, es bueno y se debe hacer»; sin embargo «la esencia de la salvación no deriva de ello. Esta es mi respuesta a la salvación que es gratuita, que viene del amor gratuito de

Dios».

Y es por esto que Jesús mismo puede parecer «un poco obstinado contra los doctores de la Ley», a los que «dice cosas fuertes y muy duras: “¡Ay de vosotros, maestros de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia: vosotros no habéis entrado y a los que intentaban entrar se lo habéis impedido”, porque os habéis llevado la llave”, es decir la llave de la gratuidad de la salvación, de la ciencia». En efecto, destacó el Papa, estos doctores de la ley pensaban

que la salvación sólo se encontraba «respetando todos los mandamientos», mientras que «quien no hacía lo indicado se condenaba». En concreto, dijo el Papa Francisco con una imagen muy evocadora, «limitaban los horizontes de Dios y empequeñecían el amor de Dios, haciéndolo pequeño, pequeño, pequeño, pequeño, a la medida de cada uno de nosotros». He aquí, entonces, la explicación de «la lucha que tanto Jesús como Pablo afrontaban para defender la doctrina». Y a quien objetase:

«Pero padre, ¿no están los mandamientos?», el Papa respondió: «Sí, existen. Pero hay uno que Jesús dice que es precisamente como la síntesis de todos los mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo». Precisamente gracias a «esta actitud de amor, nosotros estamos a la altura de la gratuidad de la salvación, porque el amor es gratuito». ¿Un ejemplo? «Si yo digo: "¡Ah, yo te amo!", pero por detrás tengo otro interés, eso no es amor, eso es interés. Y por ello Jesús dice: "El amor

más grande es este: amar a Dios con toda la vida, con todo el corazón, con todas las fuerzas, y al prójimo como a ti mismo". Porque es el único mandamiento que está a la altura de la gratuidad de la salvación de Dios». Y Jesús luego añade: «En este mandamiento están todos los demás, porque este llama — realiza todo el bien— a todos los demás". Pero la fuente es el amor; el horizonte es el amor. Si tú has cerrado la puerta y te has llevado la llave del amor, no estarás a la altura de la

gratuidad de la salvación que has recibido».

Es una historia que se repite. «Cuántos santos —afirmó el Pontífice— fueron perseguidos por defender el amor, la gratuidad de la salvación, la doctrina. Muchos santos. Pensemos en Juana de Arco». Porque la «lucha por el control de la salvación —sólo se salvan estos, estos que hacen estas cosas— no acabó con Jesús y con Pablo». Y no acaba tampoco para nosotros. En efecto, es una lucha que también nosotros llevamos

dentro. He aquí el consejo del Pontífice: «Nos hará bien hoy preguntarnos: ¿creo que el Señor me ha salvado gratuitamente? ¿Creo que yo no merezco la salvación? ¿Y que si merezco algo es por medio de Jesucristo y de todo lo que Él hizo por mí? Es una hermosa pregunta: ¿creo en la gratuidad de la salvación? Y, por último, ¿creo que la única respuesta es el amor, el mandamiento del amor, del que Jesús dice que allí están contenidas las enseñanzas de todos los profetas y toda la

ley?»». De aquí la invitación conclusiva a renovar «hoy estas preguntas. Sólo así seremos fieles a este amor tan misericordioso: amor de padre y de madre, porque también Dios dice que Él es como una madre con nosotros; amor, horizontes amplios, sin límites, sin limitaciones. Y no nos dejemos engañar por los doctores que ponen límites a este amor»».

16 de octubre de 2015. **La seducción del claroscuro.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 23 de octubre de 2015

Existe un «virus» potente y peligroso que nos insidia, pero existe también un Padre «que nos ama mucho» y nos protege. La solapada seducción de la hipocresía estuvo en el centro de la homilía que el

Papa Francisco pronunció durante la misa celebrada en Santa Marta el viernes 16 de octubre, por la mañana.

Se refiere al pasaje evangélico propuesto por la lectura del día (*Lc 12, 1-7*): «Jesús estaba rodeado por miles de personas» —una multitud reunida a su alrededor hasta el punto de «pisarse unos a otros»— y, antes «de hablar a la gente, de enseñar» como lo hacía habitualmente, se dirige «a los discípulos que estaban allí». En medio de tanta gente «les habla de algo muy pequeño: de

la levadura».

La advertencia del Señor —«Cuidado con la levadura de los fariseos»— se parece, dijo el Pontífice, a la de «un médico, que dice a sus colaboradores, a sus ayudantes: “Estad atentos, que toda esta gente no se contagie con el virus”». Y la «levadura de los fariseos», añadió el Papa Francisco, es «la hipocresía». Esa hipocresía de la que Jesús siempre les habló con total franqueza, diciéndoles «de frente»: «Hipócritas, hipócritas: vosotros sois

hipócritas».

Pero, ¿qué es, en esencia, ese virus del que habla Jesús «en medio de esa multitud»? Lo explicó el Papa: «La hipocresía es el modo de vivir, de obrar y de hablar que no es claro», que se presenta de forma ambigua: «en alguna ocasión sonrío, en otra está serio... no es luz, es tiniebla». Es un poco como la serpiente: «se mueve de un modo que parece no amenazar a nadie» y tiene «la fascinación del claroscuro». La hipocresía cuenta con el atractivo «de no decir las cosas claramente; la

fascinación de la mentira, de las apariencias». Jesús mismo, en los Evangelios, añade algunas anotaciones sobre el comportamiento de los «fariseos hipócritas» diciendo que están «llenos de sí mismo, de vanidad» y que les gusta «pasear por las plazas» para demostrar que son importantes.

Jesús alerta acerca de ellos y, retomando la palabra, dice a todos: «Cuidado con la levadura de los fariseos... pues nada hay cubierto que no llegue a descubrirse, ni nada

escondido que no llegue a saberse. Por eso, lo que digáis en la oscuridad será oído a plena luz, y lo que digáis al oído en las recámaras se pregona desde la azotea». Como si dijese: ocultarse no ayuda, porque al final «todo se conocerá». Y decía esto, explicó el Papa, «porque la levadura de los fariseos llevaba a la gente a amar más las tinieblas que la luz». El mismo apóstol Juan lo destaca cuando escribe: «Los hombres amaron más las tinieblas que la luz». Al llegar aquí, añadió el Papa

Francisco continuando su reflexión, Jesús «centra la atención en la confianza en Dios». Porque si es verdad que «esta levadura es un virus que contagia enfermedad» y lleva a la muerte —y Jesús advierte: «¡Cuidado! Esta levadura te lleva a las tinieblas. ¡Cuidaos!»—, también es verdad que hay alguien «más grande», y es «el Padre que está en el cielo». Para explicar esta amable presencia del Padre, Jesús dice: «¿No se venden cinco pájaros por dos céntimos? Pues ni de uno solo

de ellos se olvida Dios. Más aún, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados». De aquí «la exhortación final: “No tengáis miedo: valéis más que muchos pájaros”».

El Pontífice profundizó precisamente este aspecto. «Ante todos estos miedos» — dijo — que son insinuados por el «virus», por la «levadura de la hipocresía farisaica», tenemos que ser confortados por lo que dice Jesús: «Hay un Padre. Existe un Padre que os ama. Hay un Padre que os cuida».

Ante la «seducción del claroscuro, la seducción de la serpiente», Jesús nos serena: «Tranquilos, el Padre os ama, os defiende. Confíad en Él. No tengáis miedo a estas cosas». Así, explicó el Papa, Jesús, «partiendo del más pequeño en medio de tanta gente, llega al más grande, al Padre que cuida a todos, también a los más pequeños, para que no se enfermen, para que no se contagien con esta enfermedad». Y, destacó el Papa Francisco: «Cuando Jesús nos dice esto, nos invita a

rezar», nos invita a rezar para no caer «en esta actitud farisaica que no es ni luz ni tiniebla», que está siempre a mitad de camino y «nunca llegará a la luz de Dios».

Por ello, concluyó, «recemos mucho». Pidamos al Señor: «protege a tu Iglesia, que somos todos nosotros: custodia a tu pueblo, el que se había reunido y se pisaban entre ellos, mutuamente. Protege a tu pueblo, para que ame la luz, la luz que viene del Padre, que viene de tu Padre». Tenemos que pedir a Dios, añadió el

Papa, que proteja a su pueblo  
«para que no llegue a ser  
hipócrita, para que no caiga en  
la tibieza de la vida», para que  
«cuenta con la alegría de saber  
que existe un Padre que nos  
ama mucho».

19 de octubre de 2015. **Cuánto y cómo.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 23 de octubre de 2015

«La codicia es una idolatría» que se debe combatir con la capacidad de compartir, de donar y de donarse a los demás. El tema espinoso de la relación del hombre con la riqueza ocupó el centro de la

meditación del Papa Francisco durante la misa que celebró en Santa Marta el lunes 19 de octubre por la mañana.

Partiendo del pasaje evangélico de san Lucas (12, 13-21) que habla del hombre rico preocupado por acumular las ganancias de sus cosechas, el Pontífice destacó cómo «Jesús insiste contra el apego a las riquezas» y «no contra las riquezas en sí mismas»: Dios, en efecto, «es rico» —Él mismo «se presenta como rico en misericordia, rico de muchos dones»—, pero «lo que Jesús

condena es precisamente el apego a las riquezas». Por lo demás, lo «dice claramente», es «muy difícil» que un rico, es decir un hombre apegado a las riquezas, entre en el reino de los cielos.

Un concepto, continuó el Papa, que se recuerda de un modo aún más fuerte: «No podéis servir a dos señores». En este caso Jesús, destacó el Papa Francisco, no pone en contraposición a Dios y al diablo, sino a Dios y las riquezas, porque «lo opuesto de servir a Dios es servir a las

riquezas, trabajar para las riquezas, para tener más, para estar seguros». ¿Qué sucede en este caso? Que las riquezas «se convierten en una seguridad» y la religión en una especie de «agencia de seguros: “Yo me aseguro con Dios aquí y me aseguro con las riquezas allí”». Pero Jesús es claro: «Esto no puede ser».

Al respecto el Pontífice se refirió también al pasaje evangélico «del joven bueno que conmovió a Jesús», el joven rico que se marchó «triste» porque no quería

dejarlo todo para darlo a los pobres. «El apego a las riquezas es una idolatría», comentó el Papa. Estamos, en efecto, ante «dos dioses: Dios, el Dios vivo, el Dios viviente, y este dios de oro, en quien pongo mi seguridad. Y esto no es posible».

También el pasaje evangélico propuesto por la liturgia «lleva a esto: dos hermanos que pelean por la herencia». Una circunstancia que experimentamos también hoy: pensemos, dijo el Papa Francisco, en «cuántas familias

conocemos que han peleado, que no se saludan y se odian por una herencia». Sucede que «lo más importante no es el amor de la familia, el amor de los hijos, de los hermanos, de los padres, no: es el dinero. Y esto destruye». Todos, dijo con seguridad el Papa, «conocemos al menos a una familia dividida de este modo».

Pero la codicia está también en la raíz de las guerras: «sí, hay un ideal, pero detrás está el dinero: el dinero de los traficantes de armas, el dinero de los que sacan provecho de la

guerra». Y Jesús es claro: «Guardaos de toda clase de codicia: es peligroso». La codicia, en efecto, «nos da esta seguridad que no es verdadera y hace, sí, que reces —tú puedes rezar, ir a la iglesia— pero también que tengas el corazón apegado, y al final se acaba mal».

Volviendo al ejemplo evangélico, el Pontífice trazó el perfil del hombre del que se habla: «Se ve que era bueno, era un buen empresario. Su campo había dado una cosecha abundante, estaba siempre

lleno de riquezas». Pero en lugar de pensar en compartirlas con sus empleados y sus familias, pensaba en el modo de acumularlas. Y buscaba acumular «cada vez más». Así «la sed de apego a las riquezas no acaba nunca. Si tienes el corazón apegado a la riqueza — cuando tienes muchos bienes—, cada vez quieres más. Y este es el dios de la persona que está apegada a las riquezas». Por ello, explicó el Papa Francisco, Jesús invita a estar atentos y mantenerse alejados de todo tipo de codicia. Y, no

por casualidad, cuando «nos explica el camino de la salvación, las bienaventuranzas, la primera es la pobreza de espíritu, es decir “no os apeguéis a las riquezas”: bienaventurados los pobres de espíritu», los que «no están apegados» a los bienes. «Tal vez tienen riquezas —dijo el Papa— pero para el servicio de los demás, para compartir, para ayudar a mucha gente a seguir adelante».

Alguno, añadió, podría preguntar: «Pero, padre, ¿cómo

se hace? ¿Cuál es la señal de que yo no cometo este pecado de idolatría, de estar apegado o apegada a las riquezas?». La respuesta es sencilla, y se encuentra también en el Evangelio: «desde los primeros días de la Iglesia» existe «un signo: dad limosna». Pero no es suficiente. En efecto, si yo doy algo a los que pasan necesidad «es un buen signo», pero también debo preguntarme: «¿Cuánto doy? ¿Doy lo que me sobra?». En ese caso «no es un buen signo». Es decir, tengo que darme cuenta si al donar

me privo de algo «que tal vez es necesario para mí». En esa circunstancia mi gesto «significa que es más grande el amor a Dios que el apego a las riquezas».

Así, pues, sintetizó el Papa Francisco, la «primera pregunta: "¿Doy?"»; la segunda: «¿Cuánto doy?»; la tercera: «¿Cómo doy?», ¿procedo como Jesús donando «con la caricia del amor o como quien paga un impuesto?». Y entrando aún más en detalles preguntó: «Cuando ayudas a una persona, ¿la miras a los

ojos? ¿le tocas la mano?». No hay que olvidar, dijo el Pontífice, que a quien tenemos delante «es la carne de Cristo, es tu hermano, tu hermana. Y tú en ese momento eres como el Padre que no deja faltar el alimento a los pájaros del cielo».

Por ello, concluyó, «pidamos al Señor la gracia de estar libres de esta idolatría, del apego a las riquezas»; pidámosle «la gracia de mirarlo a Él, rico en amor y rico en generosidad, en misericordia»; y también la gracia «de ayudar a los demás

con la práctica de la limosna, pero como lo hace Él». Alguien podría decir: «Pero, padre, Él no se privó de nada...». En realidad, fue su respuesta, «Jesucristo, al ser igual a Dios, se privó de esto, se abajó, se anonadó».

20 de octubre de 2015. **Dios no es mezquino lo da todo.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 30 de octubre de 2015

No tenemos «un Dios mezquino» ni tampoco «un Dios estático». El nuestro es «un Dios que sale» para «buscarnos a cada uno de nosotros». Cuando nos encuentra, «nos abraza, nos

besa», porque es «un Dios que hace fiesta» y en el cielo se «festeja más por un solo pecador que se convierte» que «por cien que permanecen justos». Sobre este amor «sin medida» del Padre, habló el Pontífice en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el martes 20 de octubre por la mañana.

Como de costumbre Francisco se inspiró en las lecturas de la liturgia, en particular, el pasaje de la Carta a los Romanos (5, 12.15.17-19.20-21) en el que san Pablo recuerda que «lo

mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron, con mayor gracia de Dios y el don otorgado en virtud de un hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos». Se trata —señaló el Papa— de «un resumen de la historia de la salvación», donde el apóstol «nos dice cómo Dios salva, cómo nos ha salvado, cómo nos salva: cómo da la salvación que es «la amistad entre nosotros y Él».

El Pontífice puso en relación este pasaje con el de la liturgia del día anterior, en el que — recordó— «habíamos hablado de la limosna, habíamos dicho que Dios da sin medida: se da a sí mismo, a su Hijo». Una vez más el discurso aborda esta idea: «¿cómo Dios da, en este caso, la amistad, toda nuestra salvación?». La respuesta del Pontífice es que Dios «da como dice que nos dará cuando hagamos una obra buena: nos dará una medida buena, llena, colmada, rebosante». Una generosidad que trae a la

mente el concepto de «abundancia». Y no es coincidencia, señaló el Papa Francisco, que «esta palabra “abundancia” en este pasaje se repite tres veces».

Por lo tanto «Dios da en abundancia». Tanto es así que Pablo, a modo de «resumen final» de su discurso, afirma: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Este es «el amor de Dios: sin medida. Todo de sí mismo». Él, de hecho, recordó el Papa, «envió a su Hijo, se abajó para convertirse en compañero de

camino, para caminar con nosotros: Él mismo caminó con nosotros, desde el inicio con su pueblo».

¿Qué significa entonces «esta sobreabundancia en el darse que es el amor de Dios»?

Significa que «Dios no es Dios mezquino: Él no conoce la mezquindad, lo da todo».

Significa además que «Dios no es un Dios estático: Él mira, espera que nos convirtamos».

En esencia, dijo el Pontífice, «Dios es un Dios que sale: sale a buscar, a buscarnos a cada uno de nosotros». Cada día «Él

nos busca, nos está buscando», como hace el pastor con la «oveja perdida» o la mujer con la «moneda perdida». Dios «busca, es siempre así. Dios espera activamente. Nunca se cansa de esperarnos». Se comporta como el «padre anciano» del Evangelio que «ve que el hijo vuelve a casa desde lejos» e inmediatamente sale a su encuentro «para abrazarlo». También «Dios nos espera: siempre, con las puertas abiertas». Porque su corazón «no está cerrado: siempre está abierto». Y «cuando nosotros

llegamos, como ese hijo, nos abraza, nos besa: un Dios que hace fiesta». Jesús «lo dice explícitamente hablando de la justificación, es decir de los pecados perdonados: en cielo se hace más fiesta por un solo pecador que se convierte que por cien que permanecen justos».

Es verdad, reconoció Francisco, que «no es fácil, con nuestros criterios humanos —nosotros somos pequeños, limitados— entender el amor de Dios. Podemos ver en estos gestos del Señor esta

sobreabundancia, pero entenderlo todo no es fácil». En este sentido, el Papa recordó la figura de una religiosa que conoció durante su ministerio en Buenos Aires. Era «una monja anciana, muy anciana, que toda la vida había trabajado en una sala de hospital y aún trabajaba allí». Tenía «más de 84 años» pero trabajaba «siempre con una sonrisa. Con seguridad tenía la experiencia del amor de Dios, porque siempre hablaba del amor de Dios y hacía sentir este amor». Por esto «le habían

dado un apodo»: la llamaban «la monja amor de Dios». Es «una gracia», comentó el Pontífice, «encontrar esta gente, estos santos, a los que el Señor ha dado el don de entender este misterio, esta sobreabundancia de su amor». Por otro lado, «nosotros siempre tenemos la costumbre de medir las situaciones, las cosas, con las medidas que tenemos: y nuestras medidas son pequeñas». Por esto — recomendó Francisco— «nos hará bien pedir al Espíritu Santo la gracia, rezar al

Espíritu Santo, la gracia de acercarnos por lo menos un poco para comprender este amor y desear ser abrazados, besados con esa medida sin límites». San Pablo, en realidad «se había dado cuenta de lo malo que era pecado, pero cuán grande era la sobreabundancia del amor de Dios. Tanto es así que se siente pequeño y en un momento, movido por el Espíritu Santo, llama a Dios "papá"». Por lo general, «habla del Padre, el Padre», pero «en un momento dice: papá». Por lo tanto,

confirmó el Pontífice, «gracias al Espíritu le puedo llamar "papá"». De ahí la invitación conclusiva: «Pidamos la gracia de sentir este amor, que es un amor de padre, un gran amor, sin límites».

22 de octubre de 2015. **Un paso cada día.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 30 de octubre de 2015

Como un atleta se entrena cada día para alcanzar sus metas, así la vida del cristiano debe estar marcada por un continuo esfuerzo, por un «trabajo cotidiano» para dejar espacio a Dios, para «abrir la puerta» al

don de la gracia que salva. Una reflexión marcada por el pensamiento paulino ofreció el Papa Francisco durante la misa que celebró en Santa Marta el jueves 22 de octubre, por la mañana. El hilo conductor fue el tema de la conversión. La homilía del Pontífice se inspiró en la primera lectura del día, un pasaje de la carta de san Pablo a los Romanos (6, 19-23) donde el apóstol «recuerda la salvación, la gracia de la salvación», y habla del «camino de santificación. Y dice a los nuevos cristianos:

“Vosotros estabais al servicio de la iniquidad —es decir del pecado— y ahora estáis al servicio del don de Dios”, es decir al servicio de la gracia y de la santificación». Pablo hace concretas sus palabras y usa «esta imagen: antes ofrecisteis vuestros miembros a la impureza y a la maldad, como esclavos suyos... ofreced ahora vuestros miembros a la justicia», al servicio de la gracia y de la santificación. El apóstol escribe a sus interlocutores que ahora «han cambiado», que han

experimentado algo  
«fundamental, o sea la  
salvación en Jesucristo, el don  
de Dios».

Esta, explicó el Papa Francisco,  
«es la catequesis de la  
conversión». Pablo «exhorta a  
la conversión». Y es un  
mensaje que llega hasta  
nuestros días. «Nosotros —dijo  
el Papa— podemos pensar: la  
mayor parte de nosotros fue  
bautizada siendo niños, y no  
sabíamos lo que significaba la  
iniquidad. Pero luego lo  
aprendimos en la catequesis»,  
y entonces también para

nosotros sirve el consejo de Pablo: «No uséis vuestra alma, vuestro corazón, vuestro cuerpo para el pecado, al servicio del mal, de la iniquidad; sino usadlo al servicio del don de Dios, de la alegría» que conduce «a la vida eterna en Jesús».

He aquí sintetizado el significado de la conversión: «para el cristiano —explicó el Pontífice— la conversión es una tarea, un trabajo de todos los días». Para ayudar a comprender aún mejor, el Papa Francisco presentó la imagen

del deportista usada por san Pablo. Pensando en el «hombre que se entrena para prepararse para una competición, y hace un gran esfuerzo», el apóstol dice: «Pero si él para ganar una competición hace este esfuerzo», entonces también «nosotros, que tenemos que llegar a la victoria grande del cielo, ¿cómo no hacerlo?», y exhorta en más de una ocasión a todos «a seguir adelante en este esfuerzo».

Pero podría surgir un malentendido y alguno podría decir: «Padre, ¿podemos

pensar que la santificación es fruto de mi esfuerzo, como para quien practica deporte la victoria viene del entrenamiento?».

«No», respondió el Papa, y explicó: «El esfuerzo que nosotros realizamos, ese trabajo de todos los días de servir al Señor con nuestra alma, con nuestro corazón, con nuestro cuerpo, con toda nuestra vida» sirve sólo para abrir «la puerta al Espíritu Santo». En ese punto es el Espíritu «quien entra en nosotros y nos salva», el

Espíritu que «es don en Jesucristo». Si no fuese así, añadió el Papa Francisco, «nos asemejaríamos a los santones: no, nosotros no somos santones. Nosotros, con nuestro esfuerzo, abrimos la puerta».

Se podría presentar, en este punto, una legítima objeción: «Pero, padre, es difícil... Es difícil, todos los días, hacer este esfuerzo». Y es verdad: «No es fácil —comentó el Pontífice— porque nuestra debilidad, el pecado original, el diablo siempre nos hacen retroceder».

Precisamente al respecto «el autor de la Carta a los Hebreos previene contra esta tentación de retroceder» y escribe: «Nosotros somos de los que no ceden». Por eso, el Papa exhortó a «no retroceder, no ceder», haciendo referencia también a una imagen “fuerte” utilizada por el apóstol Pedro para describir a los «que se cansan de seguir adelante y al final dicen: “Sigo siendo así”». Estos, en efecto, se comparan con el «perro que vuelve a su vómito». El pasaje de la Escritura de hoy, en cambio,

«pone en guardia, exhorta a seguir adelante, siempre: cada día un poco». Incluso cuando nos vemos obligados a hacer frente a «una gran dificultad». Para hacerse comprender aún mejor, el Papa Francisco habló de un encuentro que tuvo «hace algunos meses» con una mujer, «joven, madre de familia —una hermosa familia— que tenía cáncer. Un cáncer maligno». No obstante esto, contó el Papa, «ella se movía con felicidad, obraba como si estuviese sana. Y hablando de esta actitud, me dijo: “Padre, lo

arriesgo todo para vencer el cáncer"». Es precisamente la actitud que debe tener el cristiano. Nosotros, explicó el Pontífice, «que hemos recibido este don en Jesús y que hemos pasado del pecado, de la vida de iniquidad a la vida de la entrega en Cristo, en el Espíritu Santo, tenemos que hacer lo mismo».

¿Cómo? «Cada día un paso. Cada día un paso». Y ocasiones «hay muchas». El Papa Francisco presentó un par de ejemplos muy sencillos: «¿Me vienen ganas de hablar contra

alguien? Haz silencio», o bien: «¿Me viene un poco de sueño y no tengo ganas de rezar? Ve a rezar un poco». No tenemos que pensar en grandes gestos, sino en «pequeñas cosas de todos los días». Porque las «pequeñas cosas» son las que «nos ayudan a no ceder, a no retroceder, a no volver a la iniquidad; sino a seguir adelante hacia este don, esta promesa de Jesús que será el encuentro con Él». Como lo hace habitualmente, el Papa concluyó su homilía con la invitación a la oración y al

compromiso personales:  
«Pidamos esta gracia al Señor:  
ser constantes en este  
entrenamiento de la vida hacia  
el encuentro, porque hemos  
recibido el don de la  
justificación, el don de la  
gracia, el don del Espíritu en  
Cristo».

23 de octubre de 2015. **Los tiempos cambian.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 30 de octubre de 2015

«Los tiempos cambian y nosotros cristianos debemos cambiar continuamente». El Papa Francisco repitió en más de una ocasión esta invitación al cambio durante la misa que celebró el viernes 23 de

octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Una invitación a obrar «sin miedo» y «con libertad», manteniendo distancia de los conformismos tranquilizadores y permaneciendo «firmes en la fe en Jesús» y «en la verdad del Evangelio», pero moviéndose «continuamente según los signos de los tiempos».

Para la reflexión el Pontífice partió de las lecturas de esta última parte del año litúrgico, que proponen en especial la carta a los Romanos. «Hemos

destacado —recordó al respecto — cómo Pablo predica con tanta fuerza la libertad que tenemos en Cristo». Se trata, explicó el Papa, de «un don, el don de la libertad, de la libertad que nos ha salvado del pecado, que nos ha hecho libres, hijos de Dios como Jesús; esa libertad que nos conduce a llamar a Dios Padre». Así, pues, el Papa Francisco añadió que «para tener esta libertad debemos abrirnos a la fuerza del Espíritu y comprender bien qué sucede dentro de nosotros y fuera de nosotros». Y si los «días

pasados, la semana pasada», nos habíamos detenido en «cómo distinguir lo que sucede dentro de nosotros: lo que viene del buen Espíritu y lo que no viene de él», o sea sobre el discernimiento de lo que «sucede dentro de nosotros», en la liturgia del día el pasaje del Evangelio de san Lucas (12, 54-59) exhorta a «mirar hacia fuera», haciendo «reflexionar sobre cómo valoramos las cosas que suceden fuera de nosotros».

He aquí entonces la necesidad de preguntarnos acerca de

«cómo juzgamos: ¿somos capaces de juzgar?». Para el Papa «las capacidades la tenemos» y Pablo mismo «nos dice que nosotros juzgaremos al mundo: nosotros cristianos juzgaremos al mundo».

También el apóstol Pedro dice algo análogo cuando «nos llama estirpe electa, sacerdocio santo, nación elegida precisamente para la santidad».

En definitiva, aclaró el Pontífice, nosotros cristianos «tenemos esta libertad de juzgar lo que sucede fuera de

nosotros». Pero —advirtió— «para juzgar debemos conocer bien lo que sucede fuera de nosotros». Y entonces, se preguntó el Papa Francisco, «¿cómo se puede hacer esto que la Iglesia llama “conocer los signos de los tiempos”?». Al respecto el Papa dijo que «los tiempos cambian. Es característico de la sabiduría cristiana conocer estos cambios, conocer los diversos tiempos y conocer los signos de los tiempos. Qué significa uno y qué significa lo otro». Ciertamente, el Papa es consciente de que esto

«no es fácil. Porque nosotros escuchamos muchos comentarios: “He escuchado que lo sucedió allá es esto y lo que sucede allá es otra cosa; he leído esto, me han dicho esto...”». Pero, añadió inmediatamente, «yo soy libre, debo emitir mi propio juicio y comprender qué significa todo esto». Y «se trata de un trabajo que a menudo nosotros no hacemos: nos conformamos, nos tranquilizamos con “me han dicho, he escuchado, la gente dice, he leído...”. Y así nos quedamos tranquilos». En

cambio deberíamos preguntarnos: «¿Cuál es la verdad? ¿Cuál es el mensaje que el Señor quiere darme con ese signo de los tiempos?». Como es habitual el Papa propuso también sugerencias prácticas «para comprender los signos de los tiempos». Ante todo, dijo, «es necesario el silencio: hacer silencio y mirar, observar. Y después reflexionar dentro de nosotros. Un ejemplo: ¿por qué ahora hay tantas guerras? ¿Por qué ha sucedido todo esto? Y rezar». Por lo tanto, «silencio, reflexión

y oración. Sólo así podremos comprender los signos de los tiempos, aquello que Jesús quiere decirnos».

Y en este sentido no hay pretextos. Aunque, en efecto, cada uno de nosotros se pueda ver tentado de decir: «Pero yo no estudié mucho... No fui a la universidad y tampoco a la escuela secundaria...», las palabras de Jesús no dejan espacio a dudas. Él no dice: «Mirad cómo hacen los universitarios, mirad cómo proceden los doctores, mirad cómo lo hacen los

intelectuales...». Al contrario, dice: «Mirad a los campesinos, a los sencillos: ellos, en su sencillez, saben comprender cuando llega la lluvia, cómo crece la hierba; saben distinguir el trigo de la cizaña». Como consecuencia «esa sencillez —si va acompañada por el silencio, la reflexión y la oración— nos hará comprender los signos de los tiempos». Porque, recordó, «los tiempos cambian y nosotros cristianos debemos cambiar continuamente. Tenemos que cambiar firmes en la fe en

Jesucristo, firmes en la verdad del Evangelio, pero nuestro obrar se debe mover continuamente según los signos de los tiempos».

Al término de su reflexión el Pontífice volvió a la reflexión inicial. «Somos libres —afirmó— por el don de la libertad que nos dio Jesucristo. Pero nuestro trabajo es examinar lo que sucede dentro de nosotros, discernir nuestros sentimientos, nuestros pensamientos; y analizar lo que sucede fuera de nosotros, discernir los signos de los

tiempos». ¿Cómo? «Con el silencio, con la reflexión y con la oración», repitió como conclusión de la homilía.

**SANTO PADRE FRANCISCO.**  
*Homilías del Papa Francisco, en  
la Misa de la mañana en santa  
Marta.*

**Año 2015. Noviembre.**



*Textos tomados de:*

*www.vatican.va*

*Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

*5 de noviembre de 2015.*

***Jamás excluir.***

*6 de noviembre de 2015.*

***Servir, no servirse.***

*13 de noviembre de 2015.*

***Pequeña y gran belleza.***

*16 de noviembre de 2015.*

***Identidad a subasta.***

*17 de noviembre de 2015. Sin*

***falsos compromisos.***

*19 de noviembre de 2015. El*

**camino de la paz.**

**20 de noviembre de 2015.**

**Lucha cotidiana.**

**23 de noviembre de 2015. *El***

**único tesoro.**

5 de noviembre de 2015.  
Jamás excluir.

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
45, viernes 6 de noviembre de  
2015

Jesús nos pide incluir a todos  
con gestos concretos, porque  
como cristianos «no tenemos  
derecho» de excluir a los  
demás, juzgarlos y cerrarles las  
puertas. También porque «la  
actitud de excluir» está en la

raíz de todas las guerras, grandes o pequeñas. Lo afirmó el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 5 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«San Pablo —destacó el Papa remitiendo al pasaje litúrgico tomado de la Carta a los Romanos (14, 7-12)— no se cansa de recordar el don de Dios, ese regalo que Dios nos hizo de recrearnos, de regenerarnos». Y «dice esta palabra muy fuerte: “Ninguno de nosotros vive para sí mismo

y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que ya vivamos ya muramos, somos del Señor. Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos"». Así, pues, volvió a afirmar el Papa Francisco, «es Cristo quien une, quien hace la unidad; es Cristo quien, con su sacrificio en el Calvario, realizó la inclusión de todos los hombres en la salvación». «La actitud que Pablo quiere poner de relieve es

precisamente la inclusión», explicó el Papa. En efecto, el apóstol «quiere que ellos sean inclusivos, que incluyan a todos, como lo hizo el Señor. Y les dice: “Y tú, con esto que hizo el Señor, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano?”». O sea, el apóstol «les hace ver que tienen una actitud que no es la del Señor». Porque «el Señor incluye; también Pablo decía en otro pasaje: “De dos pueblos hizo uno solo”». En cambio «estos excluyen». «Cuando juzgamos a una

persona —continuó el Papa Francisco— estamos excluyendo», tal vez diciendo: «Con este no, con esta no, con este no...». Actuando así «permanecemos con nuestro grupito, somos selectivos, y esto no es cristiano». Y decimos: «No, este es un pecador, este hace esto otro...». La cuestión, insistió el Papa, es que «nosotros juzgamos a los demás». Pero «lo mismo le sucedió a Jesús». Y lo dice el pasaje evangélico de san Lucas (15, 1-10) propuesto por la liturgia:

«Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores —es decir los excluidos, todos los que se dejaban a un lado— para escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”». También «la actitud de los romanos era excluir». He aquí porqué Pablo «les pone en guardia acerca de no juzgar». Se trata precisamente de la «misma actitud de los escribas, de los fariseos, que decían: “Nosotros somos perfectos, nosotros seguimos la ley: estos

son pecadores, son publicanos"».

Pero «la actitud de Jesús es incluir». Aquí, explicó el Papa, «hay dos caminos posibles: la senda de la exclusión de las personas de nuestra comunidad y la senda de la inclusión». Y «la primera, incluso a nivel limitado, es la raíz de todas las guerras: todas las calamidades, todos los conflictos comienzan con una exclusión». Así, «se excluye de la comunidad internacional, pero también de las familias, entre amigos: ¡cuántos conflictos!». En

cambio «el camino que nos muestra Jesús, y nos enseña Jesús, es todo otra cosa, es lo contrario de la otra: incluir». En el Evangelio «dos parábolas —explicó el Pontífice— nos hacen comprender que no es fácil incluir a la gente porque hay resistencia, está esa actitud selectiva: no es fácil». La primera habla del «pastor que vuelve a casa con las ovejas y se da cuenta que de las cien que tenía le falta una». Ciertamente, hubiese podido decir: «Mañana la encontraré...». En cambio «deja todo —tenía

hambre, había trabajado todo el día— y sale, ya casi de noche, tal vez en medio de la oscuridad, para encontrarla». Lo mismo «hace Jesús con estos pecadores, publicanos: va a comer con ellos, para ir a su encuentro».

La otra parábola a la hizo referencia el Papa es «la de la mujer que pierde la moneda: es lo mismo, enciende la lámpara, barre la casa y busca con mucho cuidado hasta que la encuentra». Y «tal vez fue necesario todo un día pero la encontró».

«¿Qué sucede en ambos casos?», se preguntó el Papa Francisco. Sucede que el pastor y la mujer «están llenos de alegría, porque encontraron lo que estaba perdido. Y van a los vecinos, a los amigos porque están muy felices: “¡Lo encontré, lo incluí!”».

Precisamente «esto es el incluir de Dios —destacó el Papa— en contraposición con la exclusión del que juzga, que aparta a la gente, a las personas», diciendo: «No, este no, este no, este no...». Creando así «un pequeño círculo de amigos, que

es su ambiente».

Esta, añadió el Pontífice, «es la dialéctica entre exclusión e inclusión: Dios nos ha incluido a todos en la salvación, a todos». Y «este es el inicio: nosotros, con nuestras debilidades, con nuestros pecados, con nuestras envidias, celos, tenemos siempre esta actitud de excluir que, como he dicho antes, puede acabar en las guerras».

Jesús actúa precisamente como el Padre «cuando lo envió a salvarnos: nos busca para incluirnos, para entrar en la

comunidad, para ser una familia». Y «la alegría de Pablo es la salvación grande que recibió del Señor». Así, recordó el Papa volviendo a las dos parábolas evangélicas, la alegría del pastor y de la mujer está precisamente en el hecho de «haber encontrado lo que creían» haber «perdido para siempre».

Invitando a la reflexión, el Papa Francisco sugirió no juzgar jamás, «al menos un poco», en «nuestro ambiente pequeño». Porque «Dios sabe: es su vida. Pero no lo excluyo de mi

corazón, de mi oración, de mi sonrisa, y si se presenta la ocasión le digo una palabra afable». En definitiva, «jamás excluir, no tenemos el derecho» de hacerlo. Pablo escribe en la Carta a los Romanos: «Todos nos presentaremos ante el tribunal de Dios. Así, pues, cada uno de nosotros rendirá cuentas de sí mismo a Dios». Por lo tanto, «si yo excluyo, un día estaré ante el tribunal de Dios y tendré que rendir cuenta de mí mismo». El Papa concluyó pidiendo «la gracia de ser hombres y

mujeres que incluyen siempre —¡siempre!— en la medida de la sana prudencia, pero siempre». Nunca «cerrar las puertas a nadie» sino estar «siempre con el corazón abierto». Y decir «me gusta, no me gusta», pero con «el corazón abierto».

6 de noviembre de 2015.

**Servir, no servirse.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
46, viernes 13 de noviembre de  
2015

Existen «sacerdotes y obispos  
trepas y apegados al dinero»  
que «en lugar de servir se  
sirven de la Iglesia»,  
haciéndola «especuladora» y  
«tibia» con su forma de vivir  
cómodamente el propio estatus

sin honestidad. De esta «tentación de una doble vida» el Papa puso en guardia en la misa del viernes 6 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Una celebración matutina, confesó, en la que a menudo participan misioneros y religiosas que entregan toda la vida al servicio de los demás, imitando el modelo de san Pablo y yendo «siempre más allá, siempre en salida». «La liturgia de hoy —afirmó inmediatamente el Papa Francisco— nos hace

reflexionar sobre dos figuras, dos figuras de servidores, de empleados, dos personas que están llamadas a realizar una tarea». En el pasaje de la Carta a los Romanos (15, 14-21) emerge «la figura de Pablo: precisamente el celo por evangelizar». Escribe, en efecto, el apóstol: «Lo he dicho en virtud de la gracia que Dios me ha otorgado —¿cuál era la gracia que él había recibido?—: ser ministro de Cristo Jesús... ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios». Es decir «ministrar, servir». Y «Pablo

tomó en serio esta vocación y se entregó totalmente al servicio, siempre iba más allá, nunca estaba quieto: siempre más allá, más allá, más allá... para acabar, después, aquí en Roma, traicionado por algunos de los suyos. Y terminó como un condenado, precisamente así».

Pero «¿de dónde venía esa grandeza, esa audacia de Pablo?». Él mismo declara: «yo me glorío de esto». Y «¿de qué se gloriaba? Se gloriaba de Jesucristo». Se lee, en efecto, en el pasaje litúrgico de su

Carta a los Romanos: «Así pues, tengo de qué gloriarme en Cristo y en relación con las cosas que tocan a Dios. En efecto, no me atreveré a hablar de otra cosa que no sea lo que Cristo hace a través de mí en orden a la obediencia de los gentiles, con mis palabras y acciones, con la fuerza de signos y prodigios, con la fuerza del Espíritu de Dios». Con esta actitud, continuó el Pontífice, san Pablo «fue a todos lados: él se gloriaba de servir, de ser elegido, de tener la fuerza del Espíritu Santo, de

ir por todo el mundo». Pero «había algo que para él era una alegría grande». Lo dice así: «Pero considerando una cuestión de honor —un punto de honor: ¿cuál era?— no anunciar el Evangelio más que allí donde no se haya pronunciado aún el nombre de Cristo, para no construir sobre cimiento ajeno». En definitiva, «Pablo se dirigía a sitios donde no se conocía el nombre de Cristo; era el siervo que servía, administraba, abriendo a nuevos horizontes, es decir, anunciando a Jesucristo

siempre más allá, siempre en salida, cada vez más lejos; nunca se detenía con el fin de tener la ventaja de un puesto, de una autoridad, de ser servido». Pablo «era ministro, siervo para servir, no para servirse».

El Papa Francisco confesó la alegría que experimenta hasta llegar a emocionarse cuando, precisamente en la misa celebrada por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta, «vienen algunos sacerdotes y me saludan» diciendo: «Padre, he venido aquí para visitar a mi

familia, porque desde hace cuarenta años soy misionero en la Amazonia». Alegría y emoción suscita también el testimonio de una religiosa que trabaja «desde hace treinta años en un hospital en África» o bien «que desde hace treinta o cuarenta años está en un sector del hospital con los discapacitados, siempre sonriente». En concreto, afirmó el Papa Francisco, «esto se llama servir, esta es la alegría de la Iglesia: ir más allá, siempre; ir más allá y dar la vida». Y precisamente «esto es

lo que hizo Pablo: servir». Retomando luego el pasaje evangélico de san Lucas (16, 1-8) que habla del administrador deshonesto, propuesto por la liturgia, el Papa destacó que «el Señor muestra la imagen de otro siervo que, en lugar de servir a los demás, se sirve de ellos». En el Evangelio «hemos leído lo que hizo este siervo, con cuánta astucia se movió para quedarse en su puesto, en otra parte, pero siempre con cierta dignidad». Y «también en la Iglesia —dijo el Papa— están estos que, en lugar de servir,

de pensar en los demás, de abrir a nuevos horizontes, se sirven de la Iglesia: los trepas, los apegados al dinero. Y cuántos sacerdotes y obispos hemos visto así. Es triste decirlo, ¿no?».

«La radicalidad del Evangelio, de la llamada de Jesucristo» — recordó el Pontífice— está en «servir: estar al servicio, no detenerse, ir siempre más allá, olvidándose de sí mismo». Por otra parte, en cambio, está «la comodidad del estatus: he alcanzado un estatus y vivo cómodamente sin honestidad,

como los fariseos de los que habla Jesús que paseaban por las plazas, haciéndose ver por los demás». Y estas son «dos imágenes: dos imágenes de cristianos, dos imágenes de sacerdotes, dos imágenes de religiosas. Dos imágenes».

En san Pablo, explicó el Papa, «Jesús nos hace ver» el «modelo» de una «Iglesia que nunca se detiene, que siempre se abre a nuevos horizontes, que siempre sigue adelante y muestra que ese es el camino».

En cambio, «cuando la Iglesia es tibia, cerrada en sí misma,

también especuladora muchas veces, no se puede decir que sea una Iglesia que ministra, que está al servicio, sino que se sirve de los demás».

El Papa Francisco concluyó pidiendo al Señor «la gracia que dio a Pablo, ese punto de honor de seguir siempre adelante, siempre, renunciando muchas veces a las propias comodidades». Y que así «nos salve de las tentaciones, de esas tentaciones que en el fondo son tentaciones de una doble vida: me hago ver como ministro, como el que sirve,

pero en el fondo me sirvo de los demás».

13 de noviembre de 2015.  
**Pequeña y gran belleza.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
47, viernes 20 de noviembre de  
2015

«Nunca caer en la idolatría de  
las inmanencias y en la  
idolatría de los hábitos» y  
apuntar, en cambio, «siempre  
hacia más allá: desde la  
inmanencia contemplar la  
trascendencia y desde los

hábitos mirar la meta final, que será la contemplación de la gloria de Dios». Con la certeza de que si «la vida es bella, también el ocaso será muy bonito». Estas son las recomendaciones, para no caer en las dos idolatrías, sugeridas por el Papa en la misa que celebró el viernes 13 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El Papa Francisco se inspiró en el Salmo 18, propuesto por la liturgia. En la oración, dijo, «hemos repetido: “Los cielos

narran la gloria de Dios”: su gloria, su belleza, la única belleza que permanece para siempre».

En cambio «las dos lecturas — tanto la del libro de la Sabiduría (13, 1-9) como la del Evangelio (Lucas 17, 26-37)— nos hablan de glorias humanas, es más, de idolatrías». En particular, destacó el Papa, «la primera lectura habla de la belleza de la creación: ¡es hermosa! ¡Dios hizo cosas hermosas!». Pero inmediatamente «destaca el error, la equivocación de esa

gente que, en estas cosas hermosas, no fue capaz de mirar más allá, a la trascendencia». Sí, ciertamente son cosas «hermosas en sí mismas, tienen su autonomía de belleza en este caso», pero esos hombres «no fueron capaz de ver que esta belleza es un signo de otra belleza más grande que nos espera». Precisamente «esa belleza» a la que se refiere el salmo 18: «Los cielos narran la gloria de Dios». Es «la belleza de Dios». En cambio, se lee en el libro de la Sabiduría, estos hombres

«fascinados» por la belleza de las «cosas creadas por Dios acabaron por considerarlas «dioses».

Es precisamente «la idolatría de la inmanencia». En concreto, pensaron que «estas cosas no van más allá y son tan bonitas que son dioses». Pero de este modo «se han apegado a esta idolatría; asombrados por su poder y energía». Sin pensar, en cambio, en «cuán superior es su creador, porque los ha creado Aquel que es principio y autor de la belleza». «Es una idolatría contemplar

las numerosas bellezas sin pensar que habrá un ocaso», destacó el Pontífice, considerando que «también el ocaso tiene su belleza». Y todos contamos con «el peligro» de tener «esta idolatría de estar apegados a las bellezas de la tierra, sin la trascendencia». Se trata, precisamente, insistió el Papa Francisco, de «la idolatría de la inmanencia: creemos que las cosas como son, son casi dioses y no acabarán nunca». Y «olvidamos el ocaso».

«La otra idolatría es la de los

hábitos», afirmó el Papa Francisco. En el pasaje evangélico del día, «Jesús, hablando del último día, precisamente del ocaso, dice: "Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre: comían, bebían, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposa, hasta el día en que Noé entró en el arca"». En definitiva, «todo son hábitos, la vida es así: vivimos así, sin pensar en el ocaso de este modo de vivir». Pero «también esto es una

idolatría: estar apegado a los hábitos, sin pensar en que esto se acabará». Y «la Iglesia nos hace contemplar el final de estas cosas». Por lo tanto, «también los hábitos pueden ser pensadas como dioses». De este modo, «la idolatría» consiste en pensar que «la vida es así», que se sigue adelante por costumbre. Y «como la belleza acabará en otra belleza, nuestras costumbres terminarán en una eternidad, en otros hábitos. ¡Pero con Dios!».

Es por esto, entonces, explicó

el Papa Francisco, que «la Iglesia nos prepara, durante esta semana, al final del año litúrgico y nos hace pensar precisamente en el final de las cosas creadas».

Sí, «serán transformadas, pero hay un consejo —añadió el Papa— que Jesús nos da en este Evangelio de hoy: “No retroceder, no mirar hacia atrás”». Y «presenta el ejemplo de la mujer de Lot».

También «el autor de la Carta a los Hebreos», destacó al final el Pontífice, recoge «este consejo y dice: “Nosotros —los

creyentes— no somos gente que retrocede, sino gente que siempre va hacia adelante”». Y el Papa Francisco relanzó también el consejo de «seguir siempre adelante por este camino, contemplando las bellezas, y con los hábitos que todos tenemos, pero sin divinizarlos» porque «acabarán». Así, pues, concluyó, «que sean estas pequeñas bellezas, que reflejan la gran belleza, nuestros hábitos para sobrevivir en el canto eterno, en la contemplación de la gloria de

Dios».

16 de noviembre de 2015.

## **Identidad a subasta.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 20 de noviembre de 2015

El Papa Francisco comentando la liturgia de la palabra del lunes 16 de noviembre durante la celebración matutina de la misa en la capilla de la Casa Santa Marta, hizo un llamamiento a no poner «a

subasta nuestra identidad cristiana», y no uniformarnos al espíritu del mundo, que cuando prevalece conduce a la apostasía y la persecución. El Pontífice dedicó su reflexión por completo a la primera lectura, tomada del primer libro de los Macabeos (1, 10-15.41-43.54-57 62-64), reasumiendo los contenidos «con tres palabras: mundanidad, apostasía y persecución». En su relectura el Papa evidenció «que el pasaje empieza de este modo: “En esos días salió una raíz perversa”». Y explicó

cómo: «la imagen de la raíz que está debajo de la tierra, no se ve, parece que no hace mal, pero después crece y se muestra, hace ver la propia realidad» negativa, está presente también en la carta de los Hebreos, cuyo «autor lo advertía del mismo modo: “Que no surja, ni crezca entre vosotros ninguna raíz venenosa, que provoque males y contagie a muchos”».

En este sentido, el Papa describió «la fenomenología de la raíz», que «crece, siempre crece», aun cuando —como en

el caso del pasaje analizado— puede parecer una «raíz razonable: "Vamos a estrechar una alianza con las naciones que nos rodean; ¿por qué tantas diferencias? Porque desde que nos separamos de ellos, muchos males nos han sobrevenido. Vamos a ellos, somos iguales"». Y así, prosiguió en la descripción, «algunas del pueblo tomaron la iniciativa y fueron al rey que les dio poder para introducir las instituciones de las naciones. ¿Dónde? En el pueblo elegido, es decir, en la Iglesia de ese

tiempo».

Pero, de inmediato, advirtió Francisco, en esa acción «está la mundanidad. Hacemos lo que hace el mundo, lo mismo: subastamos nuestro documento de identidad; somos iguales a todos». Al igual que los hombres de Israel, que «empezaron a hacer esto: construyeron un gimnasio en Jerusalén, de acuerdo a las costumbres de las naciones, las costumbres paganas; borraron los signos de la circuncisión, es decir renunciaron a la fe, y se alejaron de la santa alianza; se

unieron a las naciones y se entregaron a hacer el mal». Pero, advirtió el Pontífice, precisamente «esto, que parecía tan razonable, —“somos como todos, somos normales”— se convirtió en la destrucción». Porque, reiteró, «esto es la mundanidad. Este es el camino de la mundanidad, de esa raíz venenosa y perversa».

En este sentido, Francisco confesó cómo siempre lo había sorprendido el hecho de «que el Señor en la Última cena orase por la unidad de los

suyos y pidiese al Padre que les librase de todo espíritu del mundo, de toda mundanidad, porque la mundanidad destruye la identidad; la mundanidad conduce al pensamiento único, no hay ninguna diferencia».

Y la primera consecuencia de esto es la apostasía. El Papa lo demostró continuando con la lectura del pasaje: «Después, el rey prescribió en todo su reino que todos fuesen un solo pueblo —el pensamiento único, la mundanidad— y que cada uno abandonase sus propias costumbres. Todos los pueblos

se adaptaron a las órdenes del rey; también muchos israelitas aceptaron su culto: sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado». Por lo tanto, «la apostasía. Es decir, la mundanidad te lleva al pensamiento único y la apostasía. No se permiten, no son permisibles las diferencias». Terminamos siendo «todos iguales. Y en la historia de la Iglesia, en la historia lo hemos visto, pienso en un caso, que a las fiestas religiosas se les cambió el nombre —la Natividad del

Señor tiene otro nombre— para borrar la identidad».

Tampoco hay que olvidar, parece querernos decir la lectura, que a la apostasía le sigue la persecución. «El rey — continuó el Papa— elevó sobre el altar una devastación abominable. Incluso en las cercanas ciudades de Judá erigieron altares y quemaron incienso en las puertas de las casas y en las plazas; rasgaban los libros de la ley que encontraban y los arrojaban al fuego. Si, a alguien, se le encontraba en posesión del

libro de la alianza y si alguien obedecía la ley, la sentencia del rey lo condenaba a muerte». Esa es, de hecho, «la persecución» que «inicia a partir de una raíz», también «pequeña, y termina con la abominación de la desolación». Por otra parte, «este es el engaño de la mundanidad». Y por eso, en la última cena Jesús pidió al Padre: «No voy a pedirte que los quites del mundo, pero que los salvaguardes del mundo», o sea, «de esta mentalidad, este humanismo, que viene para

ocupar el lugar del verdadero hombre, Jesucristo»; esta mundanidad «que vienen a quitarnos la identidad cristiana y nos lleva al pensamiento único: " Todos lo hacen así, ¿por qué nosotros no?" ».

De ahí la actualidad del pasaje de hoy, que «en estos tiempos, nos debe hacer pensar» en cómo es nuestra identidad. Hay que preguntarse: «¿Es cristiana o mundana? O ¿me digo cristiano porque me bauticé de niño o nací en un país cristiano, donde todos son cristianos?». El Papa dijo que es necesario

encontrar una respuesta a estas preguntas porque «la mundanidad entra lentamente», después «crece, se justifica y se contagia». ¿Cómo? «Crece como esa raíz» que se cita en la lectura; «se justifica —“hacemos como toda la gentes, no somos muy diferentes”— busca siempre una justificación, y al final se contagia, tanto males proviene de ahí».

Después de la homilía, el Papa subrayó que toda «la liturgia, en los últimos días del año litúrgico», nos hace pensar en

estas cosas, y sobre todo hoy decimos «en el nombre del Señor: tened cuidado con las raíces venenosas, las raíces perversas que te llevan lejos del Señor y te hacen perder tu identidad cristiana». Se trata en definitiva de una exhortación a mantenerse alejado «de la mundanidad» y pedir en la oración, en particular, que la Iglesia sea preservada «de toda forma de mundanidad. Para que la Iglesia siempre tenga la identidad dispuesta por Jesucristo; que todos tengamos

la identidad recibida en el bautismo; «y que esta identidad no sea descartada» sólo por querer «ser como los demás, por motivos de "normalidad"». Por último, el Pontífice concluyó, «que el Señor nos dé la gracia para mantener y preservar nuestra identidad cristiana contra del espíritu de mundanidad que siempre crece, se justifica y contagia».

17 de noviembre de 2015. **Sin falsos compromisos.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 20 de noviembre de 2015

No dejarse debilitar por el espíritu del mundo y vivir coherentemente, sin ceder y sin componendas, el propio ser cristiano. Es la invitación que el Papa Francisco, meditando en las lecturas del día, dirigió

durante la misa que celebró el martes 17 de noviembre en Santa Marta. Siguiendo el camino a través del cual en estos días «la Iglesia nos prepara para el final del año litúrgico», el Pontífice habló acerca de «cómo comportarse en la persecución». Y para hacerlo desarrolló el hilo lógico que había iniciado el día anterior, cuando su reflexión se había centrado en los tres conceptos de la «mundanidad», de la «apostasía» y de la «persecución». El punto de partida lo presentó

el pasaje del segundo libro de los Macabeos (6, 18-31), donde Eleazar —una especie de «Policarpo», de pater familias del Antiguo Testamento—, con sus noventa años, «no permite que el espíritu de la mundanidad lo debilite» y «ante la prueba no se entrega».

¿Qué había sucedido? «El pensamiento único de la apostasía —explicó el Papa— pretendía que comiese carne de cerdo»; él en cambio la rechazó y la escupió. Entonces «sus amigos mundanos, los que

habían cedido al espíritu de la mundanidad, lo llamaron, lo llevaron a un sitio aparte y trataron de convencerlo», proponiéndole una solución cómoda: «Hagamos una cosa, prepárate una buena sopa de carne que tú puedas comer y simula que comes la carne de cerdo, así salvas tu vida y no pecas». Pero el anciano escribía «se indignó». Y «con esa dignidad, con esa nobleza que él tenía de una vida coherente» se encaminó al «martirio», dando testimonio: «No, yo a mi edad no daré este ejemplo a los

jóvenes».

Es un claro ejemplo de «coherencia de vida» de la cual nos aleja «la mundanidad espiritual». Precisamente en esto se centró el Papa Francisco analizando el comportamiento de muchos: «Tú finges ser así, pero vives de otra forma». Es la mundanidad que se introduce en el espíritu humano y poco a poco va tomando posesión de él: «es difícil identificarla desde el comienzo —destacó el Papa Francisco— porque es como la polilla que lentamente

destruye, carcome la tela y luego esa tela es inutilizable». Así «el hombre que se deja llevar por la mundanidad pierde la identidad cristiana», la arruina, llegando a ser «incapaz de coherencia». En efecto, continuó el Papa, está quien dice: «Oh, yo soy muy católico, padre, voy a misa todos los domingos, soy muy católico»; luego, sin embargo, en la vida cotidiana o en el trabajo es incapaz de ser coherente. Así, por ejemplo, cede ante el discurso de quien le propone: «Si me compras

esto, hacemos este acuerdo y tú te quedas con una suma de dinero».

«Esto —recordó el Pontífice— no es coherencia de vida, esto es mundanidad». Y es precisamente la mundanidad la que «conduce a la doble vida, la que es apariencias y la que es verdadera, y te aleja de Dios y destruye tu identidad cristiana». Por esto «Jesús es tan fuerte cuando pide al Padre: «Padre, no te pido que los quites del mundo sino que los salves, que no tengan el espíritu mundano"», es decir

«ese espíritu que destruye la identidad icristiana».

De la Sagrada Escritura, en particular del relato que habla del anciano Eleazar, surge un «ejemplo contra este espíritu de mundanidad». No por casualidad el Pontífice invitó a los fieles a volver a escuchar sus palabras coherentes: «Si muchos jóvenes piensan que yo a los noventa años me he pasado a las costumbres extranjeras, a su vez, por causa de mi comportamiento, se perderán por mi culpa». Eleazar, por lo tanto, se

preocupa por el ejemplo que podría dar a los jóvenes si cediese. Es una elección que el Papa interpretó así: «El espíritu cristiano, la identidad cristiana, nunca es egoísta, siempre trata de iluminar con la propia coherencia, cuidar, evitar el escándalo, cuidar a los demás, dar un buen ejemplo».

Cierto, añadió el Papa Francisco, alguno podría objetar: «Pero no es fácil, padre, vivir en este mundo, donde las tentaciones son tantas, y la astucia de la doble vida nos tienta todos los días,

ino es fácil!»). En realidad, explicó el Pontífice, «para nosotros no sólo no es fácil, es imposible. Sólo Él es capaz de hacerlo». Por ello la liturgia del día invita a rezar con el Salmo: «El Señor me sostiene».

Es Dios, recordó el Papa, «nuestro apoyo contra la mundanidad que destruye nuestra identidad cristiana, que nos conduce a la doble vida». Sólo Él puede salvarnos. Y, así, «nuestra oración humilde será: "Señor, soy pecador, de verdad, todos lo somos, pero te pido tu apoyo, dame tu apoyo,

para que de una parte no finja ser cristiano y por otra viva como un pagano, como un mundano"». El Pontífice concluyó la homilía con un consejo: «Si hoy tenéis un poco de tiempo, tomad la Biblia, el segundo libro de los Macabeos, capítulo sexto, y leed esta historia de Eleazar. Os hará bien, os animará a todos a ser ejemplo y también os dará fuerza y ánimo para vivir la identidad cristiana, sin componendas, sin doble vida»

19 de noviembre de 2015. **El camino de la paz.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 48, viernes 27 de noviembre de 2015

Que el mundo vuelva a encontrar el camino de la paz «precisamente a las puertas de este Jubileo de la misericordia». Es el grito lanzado por el Papa Francisco en la misa que celebró el

jueves 19 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Jesús lloró», afirmó inmediatamente el Papa Francisco en la homilía, relanzando las palabras del pasaje evangélico de san Lucas (19, 41-44). Cuando, en efecto, «se acercó a Jerusalén», el Señor «lloró al ver la ciudad». ¿Por qué? Es Jesús mismo quien responde: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos».

Así, pues, Él «llora porque Jerusalén no había comprendido el camino de la paz y había elegido la senda de las enemistades, del odio, de la guerra».

«Hoy Jesús está en el cielo, nos mira» —recordó el Papa Francisco— y «vendrá entre nosotros, aquí sobre el altar». Pero «también hoy Jesús llora, porque nosotros hemos preferido el camino de las guerras, la senda del odio, la senda de las enemistades». Todo esto se comprende aún más ahora que «estamos cerca

de la Navidad: habrá luces, habrá fiesta, árboles luminosos, también pesebres... todo apariencia: el mundo sigue declarando la guerra, declarando la guerra. El mundo no ha comprendido la senda de la paz».

E incluso, dijo el Pontífice, «el año pasado hemos conmemorado el centenario de la Gran guerra». Y «este año otras conmemoraciones en el aniversario de Hiroshima y Nagasaki, sólo por nombrar dos de ellos». Y «todos se lamentan» diciendo: «¡Qué

historias horribles!».

Recordando su visita al cementerio militar de Redipuglia, el 13 de septiembre de 2014, en el centenario de la primera guerra mundial, el Papa confesó que había vuelto a pensar en las palabras de Benedicto xv: «masacres inútiles». Masacres que han provocado la muerte de «millones y millones de hombres». Sin embargo, añadió, «aún no hemos comprendido el camino de paz». Y «no acabó allí: hoy, en los telediarios, en la prensa,

vemos que en algunos sitios hay bombardeos» y escuchamos que «eso es una guerra». Pero «por todas partes hoy hay guerra, hay odio». Llegamos incluso a consolarnos diciendo: «Sí, hubo un bombardeo, pero gracias a Dios murieron sólo veinte niños». O sino decimos: «No murieron muchas personas, muchos fueron secuestrados...». De esta forma «también nuestro modo de pensar se convierte en una locura».

En efecto, se preguntó el Pontífice, «¿qué queda de una

guerra, de esta que estamos viviendo ahora?». Quedan «ruinas, miles de niños sin educación, tantos muertos inocentes: ¡muchos!». Y «mucho dinero en los bolsillos de los traficantes de armas». Es una cuestión crucial. «Una vez —recordó el Papa— Jesús dijo: “No se puede servir a dos señores: o Dios o las riquezas”». Y «la guerra es precisamente optar por las riquezas: “Fabricamos armas, así la economía se equilibra un poco, y seguimos adelante con nuestros intereses”». Al

respecto, afirmó el Papa Francisco, «hay una palabra fea del Señor: “¡Malditos!”», porque «Él dijo: “¡Benditos los constructores de paz!”». Por lo tanto, los «que causan la guerra, que provocan las guerras, son malditos, son delincuentes».

Una guerra, explico el Pontífice, «se puede justificar —entre comillas— con muchas, muchas razones. Pero cuando todo el mundo, como sucede hoy, está en guerra —itodo el mundo!— es una guerra mundial por fascículos: aquí, allí, allá, por

todos lados». Y «no hay justificación. Y Dios llora. Jesús llora».

Vuelven, así, las palabras del Señor sobre Jerusalén, que nos recuerda el Evangelio de san Lucas: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz!». Hoy «este mundo no es constructor de paz». Y «mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres agentes de paz que dan la vida sólo por ayudar a una persona, a otra, a otra, a otra». Y realizan esta misión tomando como modelo

«un símbolo, un icono de nuestros tiempos: Teresa de Calcuta». En efecto «con el cinismo de los poderosos se podría decir: ¿qué hizo esa mujer? Perdió su vida ayudando a la gente a morir». La cuestión es que hoy «no se comprende el camino de la paz».

O sea, «la propuesta de paz de Jesús no fue escuchada». Y «por eso llora mirando Jerusalén y llora ahora». «Nos hará bien a nosotros —dijo como conclusión el Papa— pedir la gracia del llanto por este

mundo que no reconoce el camino de la paz, que vive para declarar la guerra, con el cinismo de decir que no se haga». Y, añadió, «pidamos la conversión del corazón».

Precisamente «a las puertas de este Jubileo de la misericordia —fue le deseo del Papa Francisco—, que nuestro jubileo, nuestra alegría, sea la gracia de que el mundo vuelva a encontrar la capacidad de llorar por sus crímenes, por lo que causa con las guerras».

20 de noviembre de 2015.

## **Lucha cotidiana.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
48, viernes 27 de noviembre de  
2015

Invitado por la liturgia del día,  
Francisco volvió a hablar de la  
Iglesia y de los peligros que  
corre cuando se deja vencer  
por la tentación de la  
mundanidad: en lugar de ser  
fiel al Señor, se deja seducir

por el dinero y el poder. En la homilía que pronunció durante la misa en Santa Marta, el viernes 20 de noviembre, el Papa puso de relieve cómo «en estos últimos días» la Iglesia nos hizo reflexionar «sobre el proceso de mundanidad, de apostasía que acaba en la persecución». Las Escrituras propusieron para la reflexión «la mundanidad del pueblo de Dios que quería cambiar la alianza con las costumbres de toda la gente pagana». Un cambio, explicó el Pontífice, que conduce al

«pensamiento único»; y quien no se adhiere a ello es «perseguido», después de «muchos martirios» y «muchos sufrimientos». Un ejemplo, en las lecturas de los días pasados, se vio en la situación del anciano escriba Eleazar, «que dio ejemplo, hasta el final, de su fidelidad a la ley».

En el pasaje tomado del primer libro de los Macabeos (4, 36-37. 52-59) se lee cómo fueron derrotados «estos paganos, este espíritu de mundanidad». Inmediatamente Judas y sus hermanos dijeron: «Nuestros

enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a restaurarlo». Así, explicó el Papa, todo el pueblo de Dios se sintió feliz, porque volvió a encontrar «la propia identidad, la de la alianza con el Dios vivo; no la de la mundanidad, que le habían propuesto». Y, destacó, se volvió a consagrar el templo «entre cantos, sonidos de cítaras, arpas y timbales. Todo el pueblo se postró en tierra adorando y alabando al cielo, que les había dado el triunfo... Celebraron la consagración del

altar con holocaustos, con alegría y alabanza».

Se percibe en estos renglones una «actitud de fiesta». Y, dijo el Papa Francisco, «la fiesta es algo que la mundanidad no sabe ofrecer, no puede hacer», porque «el espíritu mundano nos conduce, como máximo, a vivir un poco de diversión, un poco de ruido»; pero «la alegría sólo viene de la fidelidad a la alianza y no de estas propuestas mundanas». «Lo mismo —destacó el Pontífice— le pasó a Jesús» cuando fue al templo y

«empezó a expulsar a los vendedores. Los expulsó a todos, diciéndoles: “Está escrito: mi casa será casa de oración. Pero vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones”». Es una situación análoga: en el «tiempo de los Macabeos era precisamente el espíritu mundano lo que había ocupado el sitio de la adoración al Dios viviente», y también aquí encontramos «el espíritu mundano», si bien «de otra forma». En ese tiempo, explicó el Papa Francisco haciendo referencia al Evangelio de san

Lucas (19, 45-48) que se acababa de leer, «los jefes del templo, los jefes de los sacerdotes y los escribas había cambiado un poco las cosas. Habían entrado en un proceso de degradación y habían convertido en impuro al templo, habían ensuciado el templo».

Esto tiene algo que decir también a los cristianos de hoy, porque «el templo es un icono de la Iglesia». Y, destacó el Papa, «la Iglesia siempre — ¡siempre! — experimentará la tentación de la mundanidad y

la tentación de un poder que no es el poder que Jesucristo quiere para ella». Jesús no dice: «No, esto no se hace, hacedlo fuera»; sino «vosotros habéis hecho aquí una cueva de ladrones». Y, comentó el Pontífice, «cuando la Iglesia entra en este proceso de degradación el final es muy feo. ¡Muy feo!».

El Papa Francisco se centró en este concepto fundamental, haciendo referencia una vez más a las imágenes del Antiguo Testamento donde se ve «al pobre anciano sacerdote» que

estaba «allí, débil» y «permitía que sus hijos sacerdotes se corrompiesen». Es un peligro actual. En efecto, dijo el Papa, «en la Iglesia siempre está la tentación de la corrupción». Se cae en ella cuando «en lugar de apegarse a la fidelidad al Señor Jesús, al Señor de la paz, de la alegría, de la salvación», ella «se deja seducir por el dinero y el poder». Como se lee en el Evangelio del día, donde los «jefes de los sacerdotes —estos escribas estaban todos apegados al dinero, al poder— habían olvidado el espíritu». No

sólo. «Para justificarse y decir que eran justos, que eran buenos, habían cambiado el espíritu de libertad del Señor por la rigidez».

Al respecto, el Pontífice recordó cómo Jesús, en el capítulo 23 de san Mateo, habla precisamente «de esta rigidez de ellos». Se ve que la gente, precisamente como se leía en el pasaje del Antiguo Testamento, «había perdido el sentido de Dios, también la capacidad de alegría, de alabanza: no sabían alabar a Dios porque estaban apegados

al dinero y al poder, a una forma de mundanidad».

En este punto el Papa siguió analizando la escena evangélica, destacando cómo los jefes de los sacerdotes y los escribas «se enfadaron». Jesús no los expulsa a ellos del templo, sino a los que «hacían negocios, a los especuladores del templo»; sin embargo «los jefes de los sacerdotes y los escribas estaban vinculados a ellos», porque evidentemente recibían dinero de ellos. Existía, dijo el Papa Francisco, la «santa tangente». Y ellos

«estaban a pegados al dinero y veneraban a esta "santa"».

En el Evangelio se leen palabras muy fuertes y se dice que los jefes de los sacerdotes, los escribas y los jefes del pueblo «buscaban acabar con Él». Lo mismo había pasado en tiempos de Judas Macabeo.

«¿Por qué?» se preguntó el Pontífice, explicando la dificultad en la que se debatía quien acabaría con Jesús: «No sabían qué hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de Él, escuchándolo». La fuerza de Jesús, por lo tanto, «era su

palabra, su testimonio, su amor. Y donde está Jesús, no hay sitio para la mundanidad, no hay sitio para la corrupción».

Todo esto habla claro también hoy: «esta es la lucha de cada uno de nosotros, esta es la lucha cotidiana de la Iglesia», que está llamada a estar «siempre con Jesús». Y los cristianos deben estar «siempre pendientes de sus labios, para escuchar su palabra; y nunca buscar seguridades donde hay cosas de otro patrón». Por lo demás, «no se puede servir a

dos señores: o Dios o las riquezas; o Dios o el poder». He aquí por qué, concluyó el Papa Francisco, «nos hará bien rezar por la Iglesia, pensar en los numerosos mártires de hoy que, por no entrar en este espíritu de mundanidad, de pensamiento único, de apostasía, sufren y mueren. ¡Hoy!». Y recordando que «hoy hay más mártires en la Iglesia que en los primeros tiempos», exhortó: «Nos hará bien pensar en ellos, y también pedir la gracia» de no entrar nunca «en este proceso de degradación

hacia la mundanidad que nos conduce al apego del dinero y el poder».

23 de noviembre de 2015. **El único tesoro.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 48, viernes 27 de noviembre de 2015

El «único tesoro» de la Iglesia es Cristo, en consecuencia, si ésta coloca su seguridad «en otras realidades», se vuelve «tibia, mediocre y mundana». De ahí que, durante la misa del lunes 23 de noviembre, por la

mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Papa invitase a repetir «Ven Señor Jesús».

«Las dos lecturas de la liturgia de hoy» se apresuró a señalar Francisco refiriéndose a los pasajes del libro del profeta Daniel (1, 1-6.8-20) y del Evangelio de san Lucas (21, 1-4) «nos hablan de personas necesitadas, especialmente en la tradición de Israel: el forastero y la viuda». Y «el tercer necesitado es un huérfano».

«Los forasteros —explicó

refiriéndose a la primera lectura— eran estos jóvenes llevados a Babilonia: estaban lejos de sus tierras y habían decidido permanecer fieles a sus tradiciones, a la ley del Señor». Pero «el personaje que acapara mayor atención, en este Evangelio, es la viuda». En la Biblia, afirmó el Papa, «las viudas aparecen muchas veces, muchísimas, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo». La viuda, continuó Francisco, «es la mujer sola que no tiene marido que la proteja; la mujer que tiene que

arreglárselas como puede, que vive de la caridad pública». Concretamente, dijo el Papa, «la viuda de este pasaje del Evangelio, que Jesús nos muestra, era una viuda que tenía su única esperanza en el Señor». Y «Jesús, mientras observaba a los que echaban donativos en el templo, vio que ésta había lanzado sólo dos pequeñas monedas y dijo: “Esa pobre viuda ha echado más que todos porque todos esos han contribuido a los donativos con lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad ha echado todo

lo que tenía para vivir”».

«Me gusta contemplar en las viudas del Evangelio —afirmó el Papa— la imagen de “viudez” de la Iglesia que espera el regreso de Jesús». De hecho, «la Iglesia es la esposa de Jesús, pero su Señor se ha ido y su único tesoro es su Señor». Y «la Iglesia, cuando es fiel, deja todo a la espera de su Señor. Por el contrario, cuando la Iglesia no es fiel, o no es tan fiel o no tiene mucha fe en el amor de su Señor, trata de arreglárselas con otras cosas, con otras seguridades, más

propias del mundo que de Dios».

«Las viudas del Evangelio — continuó el Pontífice— nos transmiten un hermoso mensaje de Jesús sobre la Iglesia». Por ejemplo, esa mujer «que salía de Naín con el ataúd de su hijo, lloraba sola». Sí, «la gente la acompañaba con mucho cariño, pero su corazón estaba solo!». Es «la Iglesia viuda que llora cuando sus hijos mueren a la vida de Jesús».

También, nos encontramos con esa otra mujer «que para

defender a sus hijos se presenta ante el juez injusto y le hace la vida imposible, tocándole a la puerta todos los días para decirle "¡hazme justicia!"». Y «al final» ese juez «hace justicia». Ella «es la Iglesia viuda que reza e intercede por sus hijos». Pero «el corazón de la Iglesia está siempre con su Esposo, con Jesús. Está allá arriba. También nuestra alma, tal y como decían los padres del desierto, se asemeja mucho a la Iglesia», aclaró el Papa. Y «cuando nuestra alma, nuestra

vida, está más cerca de Jesús se aleja de muchas cosas mundanas, cosas que no sirven, que no ayudan y que alejan de Jesús». Así «es nuestra Iglesia que busca a su Esposo, espera a su Esposo, espera ese encuentro, que llora por sus hijos, lucha por sus hijos, da todo lo que tiene porque su interés es sólo su Esposo».

«En estos últimos días del año litúrgico —sugirió Francisco— nos hará bien interrogarnos sobre nuestra alma: si es como esta Iglesia que quiere Jesús, si

nuestra alma se dirige a su Esposo y dice: "¡Ven Señor Jesús! Ven"». Y si «dejamos de lado todas estas cosas que no sirven, que no ayudan a la fidelidad, de la misma forma que los jóvenes de la primera lectura dejaron de lado todos esos manjares que no ayudaban a su fidelidad».

«La "viudez" de la Iglesia — explicó el Papa— se refiere al hecho de que la Iglesia está esperando a Jesús, esto es una realidad: puede ser una Iglesia fiel a esta expectativa, esperando con confianza el

regreso del marido o una Iglesia no fiel a esta "viudez", que busca seguridad en otras realidades... la Iglesia tibia, la Iglesia mediocre, la Iglesia mundana». Para concluir el Papa invitó a que «pensemos también en nuestra alma ¿nuestra alma busca seguridad sólo en el Señor o busca otras seguridades que no gustan al Señor?». Así, «en estos últimos días, nos hará bien repetir este último versículo de la Biblia: "¡Ven Señor Jesús!"».

**SANTO PADRE FRANCISCO.**  
***Homilías del Papa Francisco,***  
***en la Misa de la mañana en***  
***santa Marta.***  
**Año 2015. Diciembre.**



*Textos tomados de:*

*www.vatican.va*

*Compuestos por:*

*alphonsus2002@gmail.com*

10 de diciembre de 2015.

**Caricia de padre.**

14 de diciembre de 2015. **La**

**lección de una abuela.**

15 de diciembre de 2015. **Tres**

**características.**

10 de diciembre de 2015.

## **Caricia de padre.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51-52, viernes 18 de diciembre de 2015

Un papá o una mamá que dice a su hijo: «No tengas miedo, estoy yo» y lo mima con una caricia, es la imagen de la condición privilegiada del hombre: pequeño, débil, pero tranquilizado, sostenido y

perdonado por un Dios que está enamorado de él. Al inicio del camino jubilar el Papa Francisco —en la misa celebrada en Santa Marta el jueves 10 de diciembre con la participación de los cardenales consejeros— encontró en la liturgia del día la ocasión para volver a hablar de la misericordia del Padre.

La meditación se inspiró en el salmo responsorial, donde se repetía: «El Señor es misericordioso y grande en el amor». Es, dijo el Pontífice, «una confesión de fe» en la

que el cristiano reconoce que Dios «es misericordia y es grande, pero grande en el amor». Una afirmación sencilla sólo en apariencia porque «comprender la misericordia de Dios es un misterio, es un camino que se debe hacer durante toda la vida».

Para ayudar a entrar mejor en este misterio, el Papa citó la lectura tomada del libro del profeta Isaías (Is 41, 13-20), donde hay un monólogo de Dios que se dirige a su pueblo. Y se lee que Él «dijo a su pueblo que lo había elegido no

porque era grande o potente», sino «porque era el más pequeño de todos, el más miserable de todos». Dios, explicó Francisco, se ha precisamente «enamorado de esta miseria», de esta «pequeñez».

Es un texto del que emerge claramente este amor: «un amor tierno, un amor como el del papá o de la mamá», cuando se dirigen al niño «que por la noche se despierta asustado de un sueño». Con la misma atención Dios habla a su pueblo y le dice: «Yo, el Señor,

tu Dios, te tomo por tu diestra y te digo: "No temas, yo te auxilio"». Y, utilizando imágenes para describir su condición de pequeñez, continúa: «No temas, gusanillo de Jacob, oruga de Israel, yo mismo te auxilio, tu libertador es el Santo de Israel».

No temas. En estas palabras se centró el Papa para volver al ejemplo de la vida familiar: «Todos nosotros conocemos las caricias de los papás o de las mamás cuando los niños están inquietos por un susto».

También ellos dicen: «No

temas, yo estoy aquí». A cada uno de nosotros el Señor nos recuerda con ternura: «Me he enamorado de tu pequeñez, de tu nada» y nos repite: «No tengas miedo a tus pecados, yo te quiero mucho y estoy aquí para perdonarte». Esto, en síntesis, explicó el Pontífice, «es la misericordia de Dios». Continuando con su meditación, el Papa Francisco hizo referencia a un ejemplo tomado de una hagiografía («creo que de san Jerónimo, pero no estoy seguro», confesó) y recordó que de un

santo se dice que fue muy penitente en su vida, que hacía sacrificios, oraciones, y que el Señor le pedía siempre más. El santo seguía preguntando: «Señor, ¿qué puedo darte?», hasta que dijo: «Pero Señor, ya no tengo nada más para darte, te lo he dado todo». Y la respuesta fue: «No, falta una cosa». —«¿Qué te falta, Señor?». —«Dame tus pecados». Con este episodio el Pontífice quiso destacar que «el Señor quiere cargar con nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestros cansancios».

Es una actitud que encontramos también en los Evangelios, en Jesús, que afirmaba: «Venid a mí, todos vosotros que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare». Dios, dijo el Papa Francisco, nos lo repite continuamente: «Yo soy el Señor tu Dios, te tomo por tu diestra, no temas pequeño, no temas. Yo te daré la fuerza. Dame todo y yo te perdonaré, te daré la paz». Son estas, añadió, «las caricias de Dios», las caricias «de nuestro Padre, cuando se expresa con su misericordia».

Nosotros los hombres, continuó el Pontífice, «somos muy nerviosos» y «cuando algo no va bien, hacemos ruido, somos impacientes». En cambio Dios nos consuela: «Tranquilízate, has cometido un gran error, sí, pero tranquilízate; no temas, yo te perdono». Y así nos acoge en todo, también con nuestros errores, con nuestros pecados. Precisamente esto significa lo que se repite en el salmo: «El Señor es misericordioso y grande en el amor». Así, sintetizó el Papa, «nosotros somos pequeños. Él nos ha

dado todo. Nos pide sólo nuestras miserias, nuestra pequeñez, nuestros pecados, para abrazarnos, para acariciarnos».

Recordando, por último, la oración recitada al inicio de la misa («Despierta, Señor, nuestros corazones»), Francisco concluyó invitando a todos a pedir al Señor que «despierte en cada uno de nosotros y en todo el pueblo la fe en esta paternidad, en esta misericordia, en su corazón». Y también a pedirle «que esta fe en su paternidad y su

misericordia» nos haga «un poco más misericordiosos con los demás».

14 de diciembre de 2015. **La lección de una abuela.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51-52, viernes 18 de diciembre de 2015

«Dios perdona todo, de otra forma el mundo no existiría»: las palabras que una anciana mujer dijo en 1992 a Jorge Mario Bergoglio son una auténtica «lección» al inicio del Año santo de la misericordia. Y

ponen en guardia acerca de no caer en la «rigidez clerical», sugiriendo más bien seguir sin dudar el camino de la esperanza y de la misericordia que nos hace «libres». El Papa, en la misa celebrada el lunes 14 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, relanzó la invitación a tener «una mirada penetrante», que sepa ir más allá para ver y decir la verdad. «En la primera lectura — destacó inmediatamente el Papa— hemos escuchado un pasaje del libro de los

Números» (Nm 24, 2-7.15-17) sobre la «historia de Balaán: era un profeta, pero era también un hombre y tenía sus defectos, incluso pecados». Porque, destacó el Papa Francisco, «todos pecamos, todos somos pecadores». Pero «no os asustéis —dijo el Papa con palabras que tranquilizan— Dios es más grande que nuestros pecados». «Balaán —explicó— había sido “contratado” por un tal Balac, general y rey, que quería destruir el pueblo de Dios. Y lo envió a profetizar en contra del

pueblo de Dios». Pero «en el camino Balaán se encontró con el ángel del Señor y cambia el corazón, y ve la verdad». Pero «no cambia de partido: hoy soy de este partido político y después paso a este otro, no. Cambia del error a la verdad y dice lo que ve».

Pero «¿qué pasó en el corazón de Balaán?». El hecho, dijo Francisco, es que «él abrió el corazón y el Señor le dio la virtud de la esperanza». Y «la esperanza es la virtud cristiana que nosotros tenemos como un gran don del Señor que nos

hace ver lejos, más allá de los problemas, los dolores, las dificultades, más allá de nuestros pecados».

En el pasaje del Evangelio de Mateo (Mt 21, 23-27) propuesto por la liturgia, continuó, «vemos, en cambio, hombres que no tienen esta libertad, no tienen horizontes, hombres cerrados en sus cálculos». Así, los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo preguntan al Señor: «¿Con qué autoridad haces esto?». A la sucesiva pregunta de Jesús, antes de responder

«no sabemos», hacen sus cálculos: «Pero si digo esto tengo este peligro, y si digo eso otro...». De este modo, destacó el Papa, «los cálculos humanos cierran el corazón, cierran la libertad». Es «la esperanza» la que «nos hace ágiles». Así, «esta hipocresía de los doctores de la ley, que está en el Evangelio y que cierra el corazón, nos hace esclavos: estos eran esclavos». «¡Qué hermosa es la libertad, la magnanimidad, la esperanza de un hombre y de una mujer de Iglesia», aseguró el Papa. Y,

«en cambio, que fea y cuánto mal hace la rigidez de una mujer y de un hombre de Iglesia: la rigidez clerical, que no tiene esperanza».

«En este Año de la misericordia —dijo el Pontífice— están estos dos caminos». Por una parte está «quien tiene esperanza en la misericordia de Dios y sabe que Dios es Padre», que «Dios perdona siempre, y todo», y que «más allá del desierto está el abrazo del Padre, el perdón». Pero por otra parte «están también los que se refugian en su esclavitud, en su rigidez, y

no conocen nada de la misericordia de Dios». Aquellos de los que habla el Evangelio de Mateo «eran doctores, habían estudiado, pero su ciencia no los salvó».

«Quisiera terminar —dijo como conclusión— con una anécdota de un hecho que me sucedió a mí, en el año 1992. Había llegado a la diócesis la imagen de la Virgen de Fátima. Se celebraba una gran misa para los enfermos —muy grande, en un campo grande, con mucha gente—, y yo fui a confesar allí. Y confesé desde cerca del

mediodía hasta las seis, cuando terminó la misa. Había muchos confesores».

Precisamente «cuando me levanté para ir a celebrar una Confirmación en otro lugar — recordó— se acercó una anciana, de unos ochenta años, con una mirada que veía más allá, con ojos llenos de esperanza». Y «yo le dije: «Abuela, ¿usted viene a confesarse? Pero, ¡usted no tiene pecados!». A partir de la respuesta de la mujer —«Padre, ¡todos pecamos!»— Bergoglio relanzó el diálogo:

«¿Tal vez el Señor no los perdona?». Y la mujer, fuerte en su esperanza, dijo: «Dios perdona todo, porque si Dios no perdonara todo, el mundo no existiría».

Y así, «ante estas dos personas» —el «libre» con su «esperanza, con lo que te conduce a la misericordia de Dios»; y «el cerrado, el legalista, precisamente el egoísta, el esclavo de sus rigideces»— el Papa Francisco sugirió hacer propia «la lección que me dio esa anciana de ochenta años —era portuguesa

—: Dios perdona todo, sólo espera que tú te acerques».

15 de diciembre de 2015. **Tres características.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 53, miércoles 30 de diciembre de 2015

¿Cuáles son las características del pueblo de Dios? ¿Cómo debe ser la Iglesia? Este fue el tema de la reflexión que el Papa Francisco realizó, a partir de la liturgia del día, durante la misa celebrada el martes 15 de

diciembre en Santa Marta. Analizando el pasaje del Evangelio de san Mateo ( Mt 21, 28-32) en el que Jesús se dirige a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, y afirma: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios», el Pontífice destacó «la energía» con que critica a quienes eran considerados maestros en el «modo de pensar, de juzgar, de vivir».

También el profeta Sofonías, en la primera lectura (Mt 3, 1-2.9-

13), «se convierte en voz de Dios y dice: "Ay de la ciudad rebelde, impura, tiránica, No ha escuchado la llamada, no ha aceptado la lección, no ha confiado en el Señor, no ha recurrido a su Dios"». Es, prácticamente, «el mismo reproche» dirigido «al pueblo elegido, el clero de la época». Y, el Papa destacó que «decirle a un sacerdote, a un sumo sacerdote, que una prostituta será más santa que él en el reino de los cielos» es una acusación muy «fuerte». Por otra parte, Jesús «tenía el

valor de decir la verdad». Pero luego, agregó Francisco, ante ciertos reproches, uno se pregunta: «¿Cómo debe ser la Iglesia?». Las personas de quienes se habla en el Evangelio, de hecho, eran «hombres de Iglesia», eran «jefes de la Iglesia». Llegó Jesús, también Juan el Bautista, pero ellos «no les habían escuchado». Y en el pasaje del profeta se recuerda que aunque Dios había escogido a su pueblo, «este pueblo se convierte en una ciudad rebelde, una ciudad

impura, no acepta a la Iglesia como debe ser, como debe ser el pueblo de Dios».

De aquí, que ante todo esto, el profeta Sofonías, comunique al pueblo una promesa del Señor: «Yo te perdonaré». Es decir, explicó el Papa, «el primer paso para que el pueblo de Dios, la Iglesia, todos nosotros, seamos fieles es sentirnos perdonados».

A la promesa del perdón, también le sigue la explicación de «cómo debe ser la Iglesia: «Dejaré en ti un resto, mi pueblo humilde y pobre que

buscará refugio en el nombre del Señor». El pueblo de Dios fiel, reiteró Francisco, debe, por lo tanto, «tener estas tres características: humilde, pobre, con confianza en el Señor».

A continuación el Pontífice se detuvo a analizar cada una de estas tres características fundamentales.

Antes que nada la Iglesia debe ser «humilde». Es decir, una Iglesia «que no se pavonee de los poderes, de las grandezas». Pero, cuidado, avisó el Papa: «Humildad no significa una persona lánguida, floja», con

expresión de resignación, porque «esto no es humildad, es teatro! Esto es fingir humildad». La verdadera humildad, por el contrario, «tiene un primer paso: yo soy pecador». Francisco explicó que «si tú no eres capaz de decirte a ti mismo que eres pecador y que los demás son mejores que tú, no eres humilde». Por lo tanto, «el primer paso de una Iglesia humilde es sentirse pecadora», y al mismo tiempo este es el primer paso para «todos nosotros». Si, por el contrario, «alguno de nosotros

tiene la costumbre de mirar los defectos de los demás y chismorrear», no es ciertamente humilde sino que «se cree juez de los demás». Dice el profeta: «dejaré en medio de ti un pueblo humilde». Y nosotros, recomendó el Pontífice, «debemos pedir esta gracia: que la Iglesia sea humilde, que yo sea humilde, que cada uno de nosotros sea humilde». Seguidamente pasó a la segunda característica: el pueblo de Dios «es pobre». Al respecto, Francisco recordó

como la pobreza es «la primera de las bienaventuranzas».

Pero, ¿qué quiere decir ser pobre en el espíritu? Significa «solo apegado a las riquezas de Dios». No lo es «una Iglesia que vive apegada al dinero, que piensa en el dinero, que piensa cómo ganar dinero...».

Por ejemplo, explicó el Papa, hace un tiempo, se le decía «ingenuamente» a la gente que para pasar la Puerta santa «se debía hacer una ofrenda»: esta, afirmó con claridad el Pontífice, «no es la Iglesia de Jesús, esta es la Iglesia de los

sumos sacerdotes, apegada al dinero».

Para explicar mejor su pensamiento, Francisco también recordó la historia del diácono Lorenzo —que era «el ecónomo de la diócesis»— cuando el emperador le pidió que «le llevase las riquezas de la diócesis» para así pagarle algo y evitar su asesinato, y éste volvió «con los pobres». Son los pobres «las riquezas de la Iglesia». Y se puede también ser «el director de un banco», pero solo si «tu corazón es pobre, no estás apegado al

dinero», se pone «al servicio» de los demás. «La pobreza», añadió el Papa, se caracteriza precisamente por «este desapego» que nos lleva a «servir a los necesitados». Y finalizó con una pregunta dirigida a cada uno: «¿Yo soy o no soy pobre?».

Por último, la tercera característica: el pueblo de Dios «debe confiar en el nombre del Señor». También aquí invitó a hacerse una pregunta: «¿Dónde está mi confianza? ¿En el poder, en los amigos, en el dinero? ¡En el Señor!».

Es esta, por tanto, «la herencia que nos promete el Señor: “Dejaré en medio de ti a un pueblo humilde y pobre que confiará en el nombre del Señor”. Humilde porque se siente pecador; pobre porque su corazón está apegado a las riquezas de Dios y si tiene es para administrarlas; confiado en el Señor porque sabe que sólo el Señor puede garantizarle lo que hace bien». Por eso Jesús tuvo que decirles a los sumos sacerdotes, quienes «no entendían estas cosas», que «una prostituta

entraría en el cielo antes que ellos». Y el Pontífice concluyó: «En esta espera del Señor, de la Navidad, pidamos que nos dé un “corazón humilde”, un corazón “pobre” y sobre todo un corazón “confiado en el Señor”, porque el Señor no decepciona nunca».